

peronismo y liberación

1

Dir. Juan José Hernández Arregui

Nº 1/Agosto 1974/Argentina \$15.—

Perón / Marcos / Guillán
Hernández Arregui / Alemo
Sbarra Mitre / Rodríguez
Lamborghini / Bonsoir

Atilio López / Ibarra / Arias
Camuso y Schnaith / Borro
Roberto / Solanas y Gettino
Grupo de Cine 17 de Octubre



“...el único sucesor de Perón será el pueblo argentino, que en el último análisis, será quien debe decidir.”

La política de Perón es resultante y síntesis de treinta años de práctica social dentro de un mismo cauce histórico, el cauce histórico cada vez más definido y ambicioso de lo nacional, que latía en el interior del país y en las clases populares, coincidentemente hasta ahí lo más castigado y postergado.

Perón se constituyó en uno de los polos de la relación especial líder-masas. Pudo comunicarse, interpretar e impulsar más allá de un lazo aparentemente primario los más recónditos anhelos, necesidades y potencialidades de masas que con él pasarían de un estado inorgánico a formas más organizadas.

Sufrimos hoy la muerte de nuestro Líder, la falta de una relación tan vital y prolongada como la propia experiencia política de las mayorías obreras y populares, hasta ahí sin poder ser protagonistas del proceso histórico.

Obviamente ya no va a ser lo mismo. Y el dolor de todo un pueblo expresándose masivamente el 1º de julio también nacía de esa certeza. Las excepcionales y reconocidas cualidades personales de Perón sumadas a toda su trayectoria histórica le otorgaban un lugar decisivo; a muchos de nosotros —ante la tremenda pérdida del jefe del Movimiento— nos pudo parecer por un momento que su desaparición acarrearía la del Movimiento entero.

Se piensa en una tendencia general a la dispersión. Se teme el papel futuro del Ejército. Aparecen inciertas las acciones próximas de la cúpula sindical y de sectores del Movimiento que la autoridad de Perón mantenía enmarcados. Pero Perón fue la expresión de fuerzas sociales profundas del país. Su proyecto político demostró tener el aval de los trabajadores. Su fruto es el Movimiento, con la extremadamente rica experiencia de los últimos treinta años. La perspectiva de anarquía en nuestras filas realmente no está a la vista. Podrán existir desmembramientos por ambos extremos, quizá de aquellos a los que sólo la autoridad de Perón mantenía dentro. Pero esa línea de dispersión no puede alcanzar el cuerpo central del Movimiento: la clase trabajadora peronista. Tenemos sin embargo la responsabilidad de reforzar las corrientes peronistas, las que apoyan, defienden y tienden a profundizar el proyecto del jefe del Movimiento. Ellas tienen que dar un paso al frente y sustituir como pueden, como podamos, el tremendo vacío que nos deja la muerte de Perón.

La tarea es posible. Hay una línea histórica que está trazada y cosas que no se van a romper. El proyecto peronista en sus aspectos sociales se ha hecho carne y cuerpo en forma masiva. No fue vana en ese sentido la lucha que compartió con Perón la compañera Evita. En los aspectos políticos

y económicos quedaron claras también muchas concepciones. El principio de solidaridad con el Tercer Mundo, la necesidad de la unión latinoamericana, el vínculo con los países socialistas y el rompimiento de las barreras ideológicas ya son hechos indiscutibles para todo peronista. El aparato sindical a nivel de sus conducciones está, con todos sus contactos, sus tramoyas, su aburguesamiento, jugado dentro de una política nacional. No tendría capacidad, por otra parte, para mantener a la clase obrera pasiva frente a una política antinacional en la que eventualmente podría intervenir.

Habrà que llegar pues en el plano interno a una política que pueda continuar la línea histórica en la que Perón ha expresado a la clase obrera. Así se encontrará un punto de convergencia de todas las fuerzas peronistas que en lo fundamental son leales al proyecto de Perón. Todo esto implica necesariamente un grado de democracia, consulta y acuerdo mayor, y esto por simple razones prácticas: hay que sustituir ahora con una fuerza colectiva lo que representaba Perón en confianza para todos los peronistas. Las fuerzas del Movimiento van a tender a expresiones de carácter más activo.

Perón ha buscado la institucionalización del proyecto nacional. Previó evidentemente su desaparición física, eligiendo a la compañera Isabel como vicepresidente y con ello también como presidente de los argentinos, convencido de que proporcionaría la máxima garantía política, más allá de las parcialidades.

Así lo entendió el pueblo argentino respaldando con 7 millones de votos la fórmula en esa oportunidad y ahora apoyando sin ninguna vacilación la gestión de Isabel al frente de la nación, lo cual conserva legítimamente al peronismo en el gobierno.

Desde el particular punto de vista obrero peronista, habrá que buscar la unidad y organización política de nuestra clase por-

que ésta será el eje decisivo para el mantenimiento del proyecto nacional de Perón. Dentro de la propia diversidad que existe en la clase obrera y con todas las contradicciones que se tienen con el aparato vanguardista, habrá que mantener el máximo grado de organización y unidad posibles. El proyecto nacional de Perón tendrá así el marco máximo de garantías que nosotros le podamos dar.

Hay que apostar, pues, no a la confianza en los radicales, en el ejército, sino a nuestra propia clase obrera que es peronista y es nacional, tiene poderosas organizaciones de masas y está unida en la política de Perón y en el apoyo al gobierno peronista de la compañera Isabel.

La política de unidad nacional y de desarrollo del proyecto de Perón no la podemos plantear en forma independiente de lo que es nuestra principal misión, garantizar la unidad del desarrollo político de la clase obrera dentro del proyecto. Esto significa un solo sindicato, una sola CGT, una sola 62, un solo proyecto político, el máximo grado de democratización dentro del Movimiento, la no escisión, la no ruptura.

Se perdió físicamente el jefe del Movimiento, pero no el Movimiento. La corriente histórica, con su política, sus organizaciones, su propio gobierno, todo esto está. Falta desde el punto de vista individual la expresión más grande del Movimiento. Pero incluso esa pérdida de Perón se produce cuando nos deja tras él la Unidad Nacional, siendo indiscutido incluso por enemigos enconados de ayer, en la culminación de su fuerza política. ¿Y quién puede cerrar la brecha que se produjo sino el Movimiento y la clase social que ha mantenido una total comunidad con Perón desde el 17 de octubre de 1945 hasta el 12 de junio del 74? Esa continuidad indica que ese Movimiento y esa clase trabajadora son los señalados para cubrir la dolorosa brecha.

peronismo y liberación 1

Año 1 / N° 1 / Agosto 1974 / Buenos Aires



Director

Juan José Hernández Arregui

Consejo de redacción

Horacio J. Casco

César A. Sánchez

Mario R. dos Santos

Secretario político

Horacio J. Casco

Secretario de redacción

Mario R. dos Santos

Corresponsal gremial

Juan José Hernández Arregui (h.)

Publicación de Editorial
PERONISMO Y SOCIALISMO,
Guise 2064, piso 3°, Cap. Fed., Buenos Aires,
República Argentina.
Casilla de Correo núm. 91, Sucursal 28,
Buenos Aires.

Impresa en Talleres Gráficos Garamond,
Cabrera 3856, Capital Federal.

Precio del ejemplar: \$ 15.

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.
Aparición cuatrimestral.

- | | |
|--|---|
| <p>5 Aclaración sobre el cambio de nombre de nuestra revista.</p> <p>6 La liberación nacional y las definiciones socialistas.</p> <p>8 Editorial.</p> <p>13 Juan José Hernández Arregui
Los trabajadores argentinos y la defensa del país frente al imperialismo.</p> <p>15 Guillermina Camuso y Nelly Schnaith
Organización nacional y liberación nacional.</p> <p>23 César F. Marcos
La cosa fue así.</p> <p>26 Compañeros de La Cantábrica opinan sobre cuestiones gremiales, políticas y sociales.</p> <p>28 Leónidas C. Lamborghini
El libro Azul y Blanco de Perón.</p> <p>35 César Arias
Para una reforma constitucional peronista</p> <p>46 El Plan Trienal
Conversación con el compañero Oscar Sbarra Mitre.</p> <p>52 Fernando Solanas y Octavio Gettino
El mundo como sistema de dominación imperialista.</p> <p>57 Replanteo alrededor de la JTP.
Conversación con el compañero Roberto.</p> | <p>62 Reportaje a un compañero de base de ATE: Juan Carlos Ibarra.</p> <p>67 Juan José Hernández Arregui
Raúl Scalabrini Ortiz.</p> <p>71 Ramón Bonsoir
Sobre Raúl Scalabrini Ortiz.</p> <p>84 Enrique O. Rodríguez
Lo esencial del Proyecto de Ley de Contrato de Trabajo.</p> <p>89 Perón hoy, el de siempre.</p> <p>90 Dirigentes obreros peronistas: Atilio H. López y Julio I. Guillán.</p> <p>92 Carta a la redacción.</p> <p>93 Las elecciones en FOETRA: un avance de la clase obrera peronista.</p> <p>97 El Lisandro de la Torre del 59: bastión de Resistencia Peronista
Conversación con el compañero Sebastián Borro.</p> <p>103 La Resistencia desde sus orígenes
Un testimonio: Alemo.</p> <p>110 Opinan trabajadores del gremio del caucho.</p> <p>111 Grupo de Cine 17 de Octubre
¿Por qué filmamos "La memoria de nuestro pueblo"?</p> <p>114 El golpe militar proimperialista en Chile
Habla un militante de la Unidad Popular.</p> |
|--|---|

Aclaración sobre el cambio de nombre de nuestra revista

No es frecuente el cambio de nombre de una revista política, y tal circunstancia pide una explicación. Al adoptar el nombre de PERONISMO Y LIBERACION, en sustitución de PERONISMO Y SOCIALISMO, lo hacemos luego de una compulsión de opiniones, particularmente entre trabajadores amigos de esta publicación, que han coincidido en la conveniencia del cambio, sin que esto implique un cambio análogo en la orientación político-ideológica de la misma.

Los motivos que nos llevan a esta resolución adquieren particular significado con el fallecimiento del teniente general Juan Domingo Perón, pérdida irreparable para la Argentina, Iberoamérica y el Tercer Mundo, cuyas consecuencias, en el orden interno del país, deben mantener alertas a todos los peronistas y en especial al movimiento obrero.

La unidad de la clase trabajadora es el requisito indispensable en la lucha por la liberación. Esta unidad no significa que las tendencias internas del movimiento deban desaparecer. Antes bien, es de prever que las mismas acentuarán su enfrentamiento, hasta que los trabajadores se sientan realmente representados en los organismos políticos del país, o sea en la Confederación General del Trabajo, que es lo mismo que decir en el Partido Peronista como herramienta fundamental de la Revolución Nacional y de su propia emancipación como clase revolucionaria.

No obstante, este punto de vista en general justo debe adecuarse a los múltiples problemas de la realidad, es decir, a la previsible ofensiva, tenaz y concertada, que las fuerzas de la antipatria y del imperialismo ya han iniciado a fin de debilitar, fragmentar y anular el frente del pueblo.

El país asistirá a toda clase de provocaciones a fin de precipitar esta división, deseada por los enemigos internos y externos de la Argentina. Por citar sólo un caso, dentro de este plan tenebroso de provocaciones, basta un ejemplo de importancia secundaria en apariencia y, sin embargo, anticipo de una campaña oscura y sistemática destinada a confundir y agitar a la opinión pública. Nos referimos al insólito editorial del diario La Prensa, propiedad de la familia Gainza Paz, órgano de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y cuyo anzuelo han mordido sindicatos, centros estudiantiles, etc., e incluso órganos oficiales del Partido Nacional Peronista. Como es sabido, el mencionado editorial inmediato al fallecimiento del teniente general PERON, por su inusitada y abierta intención calumniosa contra el grande hombre yacente, promovió el estupor y la indignación impotente de millones de argentinos. Esta actitud de La Prensa no es casual, ni responde al mero e irredimible odio del patriciado y los monopolios internacionales ante la política emancipadora de PERON en el orden mundial, con la apertura de la Argentina, como ESTADO-NACION, hacia la afirmación de su soberanía, que es decir, de su destino histórico.

Incitar a las masas, obreros y estudiantes, a una acción violenta contra La Prensa, y preparar así el clima de caos que se vería estimulado por la propaganda mundial, dirigida desde Estados Unidos en particular, tal es, expresado en forma simple, la intención canalla de ese editorial presentado como ejercicio de la libertad de prensa. La inteligencia invisible y calculada de la antinación ha empezado a moverse. Tiene diarios, medios de comunicación social, esto es de información y deformación de la opinión pública y, sobre todo, un gigantesco poder económico volcado contra el gran intento de autonomía nacional puesto en ejecución por JUAN DOMINGO PERON, un estadista de genio.

Estas provocaciones, fría y metódicamente orquestadas, serán ensayadas en el movimiento obrero, en la Universidad y fundamentalmente en la clase media, propensa al miedo y la desmoralización. Todo será explotado, desde el fantasma de la guerrilla, pasando por el peligro comunista, hasta la propaganda sutil y permanente en el Ejército, para confundir a los militares de orientación nacional, vacilantes entre el viejo país colonial y la decisión de convergir con el pueblo en una acción conjunta de las diversas clases y sectores populares, por la defensa del país ante la confabulación extranjera. Esta guerra ya ha comenzado. Más aún, está en marcha. Con el pretexto, no siempre honrado, de la ortodoxia y la verticalidad dentro del peronismo, está planteada una lucha de sectores, que en este momento especial, en este gran paréntesis abierto por la desaparición —muerte— de PERON, sólo puede servir al enemigo cuyo objetivo inmediato es promover las divisiones en el seno del pueblo que abrirían el camino a una brutal dictadura, aun a riesgo de la guerra civil entre los argentinos, recurso al que el imperialismo en bancarrota no vacilará en acudir en medio de su sangriento ocaso histórico.

Todo error, toda intransigencia política dentro de las corrientes internas del peronismo serán estimuladas y agudizadas por el enemigo principal, a saber, el imperialismo, la oligarquía y sus aliados. Las disputas ideológicas sobre las distintas concepciones del peronismo en marcha hacia el capitalismo independiente, o bien hacia el socialismo, con ser importantes —¡más aún, importantísimas!— deben postergarse transitoriamente porque el mandato de la hora, no es en este momento particular y dramático de la historia argentina disputar sobre palabras escolásticas mientras el enemigo golpea la puerta.

Todas las energías populares deben centrarse hoy en la divisa única de la emancipación, es decir, en la grandiosa lucha de liberación nacional que engloba a todas las otras luchas y clases sociales no ligadas al imperialismo, en un solo frente unificado. Desde hoy, por estas razones políticas y exigencias patrióticas, convencidos de que cambiar el nombre no es cambiar la cosa, esta revista pasa a llamarse PERONISMO Y LIBERACION.

C. de R.

La liberación nacional y las definiciones socialistas

La fuerza política que utilizó en nuestro país el nombre Socialista para definirse, fue el socialismo amarillo, la tradicional ala izquierda de la oligarquía terrateniente que después de Caseros hizo de un país soberano una colonia. Esa oligarquía vendepatria que tuvo originalmente por lema "no ahorrar sangre de gauchos", luego con el surgimiento del proletariado tampoco economizó sangre del peón de campo ni de obreros de la industria.

El socialismo cipayo del "maestro" Juan B. Justo, para quien el imperialismo era un invento, contribuyó inicialmente a hacer de esa palabra "socialismo" sinónimo del desprecio a las masas nativas y a toda lucha nacional. Socialista y amarillo fueron durante años sinónimos para nuestro pueblo. Aún hoy, en gremios como los de ferroviarios, socialista equivale a antiperonista.

Las masas sólo pueden valorar una política o ideología por su traducción concreta en la práctica y el socialismo fue no sólo expresión del derrotismo, como lo ha calificado Perón recientemente, sino que más allá constituyó la expresión de una concepción antinacional enmascarada tras un ropaje reformador. Social-imperialismo es su justo nombre.

Las excepciones, que las hubo, fueron sólo eso, y desde que el Movimiento Nacional Peronista existe, encontraron en él su encauzamiento natural, como el precursor Ugarte y los dirigentes sindicales que se sumaron al coronel Perón en 1945.

El "socialismo" de quienes estuvieron durante estos 25 años de lucha por la liberación al lado de la oligarquía o del brazo con Braden es repudiado por el pueblo, en razón de que apoyaron a la Unión Democrática en 1945/6, estuvieron con el "Cristo sí, Perón no" en la acción golpista de 1955, elogiaron la fracción "democrática y liberal" de Isaac Rojas, levantaron como consigna ante la proscripción peronista de 1957 "No vote en blanco, vote en rojo", ... hasta presentar su fórmula propia en las elecciones de marzo de 1973 restándole votos al peronismo, con lo que favorecieron objetivamente los planes de la camarilla militar, al darles la posibilidad de una segunda vuelta, que el pueblo hizo imposible, y hoy pretenden denunciar al plan Trienal como proimperialista.

Sólo cuando para los intereses políticos internacionales es conveniente apoyar las fuerzas de liberación en Iberoamérica, ellos, mitristas, liberales y antiperonistas desde la médula, varían su posición de 30 años. Los pocos meses de forzado giro hacia el peronismo no alcanzan a redimirlos de una trayectoria que se definió a sí misma al calificar el 17 de Octubre de 1945 como una acción provocada por lumpen proletariado y bandas fascistas.

Pero las malandanzas de estas expresiones del colonialismo mental, no pueden alterar el curso de la historia, aunque sí complicarlo y atrasar su avance. Todas las Revoluciones Nacionales de los pueblos de nuestro Tercer Mundo, como la que en la patria encabeza el peronismo, son parte del campo socialista mundial, porque enfrentan al imperialismo, al capitalismo de las burguesías monopolistas de las naciones explotadoras. El peronismo no pudo llamar socialista a su doctrina política en 1945, por el equívoco que provocaría en el pueblo, dado su uso por fuerzas que servían objetivamente al colonialismo. Ello llevó a Perón cuando hubo de darle nombre a escoger el de Justicialismo. A partir de entonces el Movimiento ha sido el canal concreto por donde avanzan políticamente las masas de nuestro proletariado nacional y con ellas marcha toda la historia de nuestra liberación.

El desarrollo de las luchas de nuestra clase obrera peronista en estos últimos 18 años hizo avanzar más aún al Movimiento. El cierre de toda perspectiva de legalidad política luego del golpe militar de 1966 para mejor servir a la orientación económica promonopolista de Krieger Vasena se combinaron con la mayor ofensiva destinada a quebrar la clase obrera peronista y liquidar la jefatura de Perón. En este intento, no por inconcesable menos real, estuvieron comprometidos el participacionismo y vanderismo. Esta acción del enemigo tanto externo como interno obligaron a la clase trabajadora peronista, a sus organizaciones y a Perón a la adopción de programas, métodos de acción y definiciones de carácter estratégico que nos encuadran expresamente en un contenido socialista. Para diferenciarnos del socialismo cipayo en plena descomposición, se le dio por parte de Perón el nombre de Socialismo Nacional,

bandera con la cual se llevó adelante la última etapa de lucha contra la dictadura militar.

Lo que se consolidó en esa definición era la continuidad de un desarrollo que ya se perfilaba en el peronismo resistente. Los programas de Huerta Grande, La Falda, Movimiento Revolucionario Peronista, 62 de Pie Junto a Perón, CGT de los Argentinos, Agrupaciones, Sindicatos y Regionales del peronismo combativo y la Juventud Peronista hasta el 25 de mayo de 1973, todos tienen un desarrollo que apunta definitivamente hacia un socialismo de características nacionales, fruto del avance en conciencia de las masas peronistas.

Pero este largo último año nos enseñó, una vez más, que el curso histórico no discurre siempre en permanente avance revolucionario, apresuradamente, ni en línea recta. El Movimiento ha recuperado el gobierno y con él la posibilidad de conducir la Nación, en un punto muy atrasado en la lucha de liberación. "La reacción interna y su apoyo exterior son muy poderosas", como ha dicho Perón. La definición de los objetivos inmediatos de la etapa como de Reconstrucción Nacional evidencia cuán lejos estamos aún de una política peronista que pueda definirse como socialista. El Pacto Social y la nueva cuota de sacrificio que se le pide a los trabajadores son una evidencia de lo anterior. Pero hoy es Perón quien pide el sacrificio y dentro de una política nacional que tiende a mejorar gradualmente las condiciones sociales de la clase obrera.

La incomprensión de esta realidad, aunque nos disguste, por encima de las buenas intenciones que se puedan tener, coloca a quienes se equivocan con "los pies fuera del plato". Y el enemigo de la Liberación es quien puede instrumentar todas las oposiciones a Perón. La clase obrera peronista, y peronista de la única clase de peronismo que conoció y reconoció, el peronismo de Perón, ve entonces en definiciones y consignas políticas "socialistas" una concepción ajena a la suya, que se expresó masiva y fervorosamente en el histórico 12 de junio de 1974, cuando "los obreros de Perón" se concentraron en Plaza de Mayo para ratificar la mutua lealtad soldada el 17 de octubre de 1945.

Hoy nos encontramos con que las fuerzas del antiperonismo de la ultraizquierda tienen todas, como en el pasado, una definición que de nombre es "socialista". Estas banderas "socialistas" las levanta una pequeña burguesía revolucionaria, aún colonizada tras el velo del marxismo dogmático. También es preciso señalar que fuerzas definidas como peronistas pero que alzan un proyecto y una conducción alternativa de la de Pe-

rón, cuestionan el Movimiento y el gobierno popular desde definiciones que de palabra también son "socialistas".

No habrá alternativas pretendidamente socialistas frente a la política peronista. El peronismo tiene en su seno todo el socialismo posible, al poseer un programa liberador, único eje de la unidad nacional contra el imperialismo, y por sostenerse fundamentalmente en el apoyo que le da nuestra clase obrera. Al margen de la política de la clase obrera peronista y de la Unidad Nacional construida en torno de su eje social, con la conducción de Perón, ¿qué desarrollo político hacia el socialismo es posible?

Con el gobierno popular la clase trabajadora ha conquistado un ancho margen de libertad política, aumentó su gravitación social y en el aparato estatal, aunque sea en muchos casos por intermedio de la burocracia sindical vanderista. Luego del 12 de junio comienza a participar orgánicamente en el control económico. Se va avanzando en ese largo camino histórico que deberá colocar al proletariado nacional como conductor de todo el pueblo. Esa hegemonía, sin la cual no puede hablarse de socialismo, se va construyendo lenta y dificultosamente, pero siempre dentro del cauce histórico en que desarrolla sus luchas la clase obrera peronista.

En estas condiciones, las definiciones socialistas se prestan a interpretaciones equívocas. Si bien durante un lapso comenzó a no haber en el Movimiento Nacional Peronista contraposición entre las dos definiciones, otra vez —como dijimos— se hace antiperonismo en nombre del socialismo.

Este hecho determina que políticamente sean de nuevo divergentes, aunque el peronismo llena realmente en nuestra patria de contenido definido y propio la marcha del mundo hacia el socialismo. Por otra parte, nuestra política peronista de hoy es de Liberación Nacional y no tiene objetivos inmediatos que sean socialistas.

Decir Peronismo es decir Liberación Nacional. Pero el peronismo no se agota en la Liberación Nacional tanto por ser nuestra Revolución Nacional parte del campo de las fuerzas que luchan por el socialismo —el futuro de la humanidad— como por el peso de la clase trabajadora, su base fundamental, en la que ya existe un desarrollo socialista, incipiente y fraccionado, pero no por ello menos real. Ya el peronismo no se agota en los objetivos de Liberación de la Patria, sino que se orienta hacia el Socialismo Nacional.

C. de R.

19 La política del general Perón y el nuevo encuadramiento mundial

Si bien toda política nacional es en lo fundamental expresión de las condiciones objetivas internas del país, ella se debe desarrollar en un marco internacional que expresa las tendencias generales de la marcha de la humanidad.

Es parte fundamental del proyecto político peronista el enfrentamiento con las pretensiones de hegemonía de los Estados Unidos. Desde el "Perón o Braden" hasta la ruptura del cerco comercial a la hermana república de Cuba, el Movimiento expresó siempre en lo concreto la conciencia nacional antiimperialista y en especial frente a los yanquis. Fueron los enemigos de Perón, con cualquier enmascaramiento político o ideológico, colaboracionistas concretos de la acción neocolonialista, rapaz y proscriptiva del imperialismo yanqui y sus agentes internos.

Sobre la concepción Tercermundista de nuestro Movimiento, sostenida en condiciones adversas, tales como las existentes cuando salió al mundo, durante la Segunda Guerra interimperialista, en verdad la historia ya reconoce el papel precursor del peronismo. Siendo hoy el dilema "liberación o neocolonialismo" como dice Perón, vemos agruparse en una solidaridad combativa a todos los pueblos del Tercer Mundo, constituyendo la principal fuerza que conmueve la estabilidad del sistema capitalismo-imperialista, sostenido precisamente en la explotación colonial.

En el presente al auge y consolidación del movimiento de Liberación Nacional, se suma la ruptura del bloque capitalista-imperialista y la pér-

didada creciente de hegemonía por parte de los Estados Unidos, lo cual no es un fenómeno independiente de lo primero. Es evidente en los últimos años la rivalidad creciente entre los renacientes capitalismos de Europa occidental y el Japón con los Estados Unidos. La pérdida de unidad política de los países imperialistas es una realidad. El deterioro de la anterior posición dominante de los Estados Unidos, tiene uno de sus signos, entre otros muchos, en la crisis del dólar, a la que podríamos agregar la pérdida de reservas, la crisis de su comercio exterior, el menor desarrollo relativo de sus fuerzas productivas, la dificultad creciente de exportar su inflación, la disminución de su primacía tecnológica, la reducción de su ritmo de exportación de capitales y el incremento de la desocupación obrera.

La crisis del sistema capitalista-imperialista fue caracterizada como de "multipolaridad", pero siempre dentro del esquema de dominación de las burguesías monopolistas. El retiro derrotado de Vietnam por parte de los gendarmes de los imperialistas norteamericanos es un signo decisivo de la evolución de fuerzas entre el campo de la reacción mundial y las fuerzas de la Liberación y el socialismo. La etapa de ascenso de la revolución nacional árabe desemboca en hostilidades económicas con los países capitalistas adelantados que han fabricado su opulencia apoyados en el saqueo de los recursos y el trabajo de los países coloniales y atrasados. El petróleo abundante y a vil precio, manejado por las empresas monopolistas, se ha terminado. Las luchas de Liberación del Tercer Mundo y en particular la de la nación árabe han sostenido esta política de independencia económica que con-

movió toda la estructura productiva del imperialismo. La división internacional del trabajo impuesta por el capitalismo imperialista a los pueblos del Tercer Mundo, que lleva a concentrar la riqueza en un puñado de naciones poderosas y arrojar a la miseria a las grandes masas de la población del mundo colonial, es cuestionada por la Revolución Nacional que recorre todo el Tercer Mundo.

Los precios de los principales productos básicos en los últimos 18 meses se han más que duplicado en promedio y algunos se incrementaron en tres o cuatro veces. Las reservas de los países del Tercer Mundo han aumentado en forma acelerada, sobre todo a partir de 1973; van camino de triplicar el total alcanzado diez años antes.

El peso político del Tercer Mundo es mayor, día a día las naciones y movimientos que luchan contra el imperialismo por su Liberación extienden y consolidan sus filas. El peso en el terreno militar de los pueblos del Tercer Mundo también es creciente; el imperialismo y sus agentes encuentran cada vez más la justa respuesta de los pueblos a su política de guerra. La repercusión en el campo económico, la respuesta a la política imperialista donde más le afecta, la defensa de las riquezas y el trabajo de los pueblos, agrava las contradicciones de los países imperialistas entre sí, conmueve su estructura productiva y social, debilitando su posición ante las luchas del Tercer Mundo por liberarse.

Dentro de este encuadramiento mundial, que favorece el desarrollo de las luchas de Liberación, la política del Movimiento Nacional Peronista, bajo la conducción de Perón, se orienta a conformar dentro del Tercer Mundo, una concertación de intereses entre las naciones iberoamericanas para hablar con una sola voz ante la potencia dominante de esta área, los Estados Unidos. La política de Perón en el orden internacional, política soberana y peronista, defensora leal de los intereses de Argentina, si bien tiene sus raíces en la propia realidad nacional, posee un marco internacional favorable, quizá sin paralelo en su historia —pese a retrocesos importantes para nosotros, como los de Chile y Bolivia— que corresponde a la nueva posición de los pueblos del Tercer Mundo frente al capitalismo imperialista.

La política de Perón tiende a aprovechar la actual coyuntura para acentuar el cambio en la correlación internacional de fuerzas, a los fines de colocar la demanda y el comercio internacional, la cooperación técnica y financiera, junto a las inversiones posibles del Tercer Mundo, países socialistas y países capitalistas-imperialistas en oposición al imperialismo yanqui, como un factor dinámico que apunte al desarrollo de las fuerzas productivas internas, sostenido naturalmente en el desarrollo de nuestro propio mercado interno.

El proyecto político-económico de Perón en ejecución, nacido de las condiciones objetivas y

de conciencia de las clases sociales que integran el campo nacional, conserva "como eje de aglutinamiento a la clase obrera peronista" tal como sucedió en estos 30 años de existencia del Movimiento. Pero es evidente que el proyecto de Perón no se lo puede definir integralmente ni profundizarlo si no se lo encuadra en la nueva coyuntura que impulsa la Revolución Colonial del Tercer Mundo.

20 La política económica de la dictadura militar y la del gobierno de Perón

Es sumamente ilustrativo establecer comparaciones entre la política económica que impulsó, sin mayores variantes, la dictadura militar, con la aplicada por el gobierno del general Perón.

En pocas palabras, la dictadura militar se ajustó plenamente al modelo neocolonialista del imperialismo yanqui, a su plan de división del trabajo a escala iberoamericana, que tiene en el sistema brasileño su ejemplo. Concentrar la economía en el desarrollo monopolista, asociado a la gran burguesía nativa, desnacionalización progresiva, aumentando la rentabilidad de los sectores más "eficientes", con lo que se generaba en un mercado interno deprimido, una creciente dependencia de factores externos. Restringir el salario y por este medio, achicar el mercado interno de consumo, mientras se elevaban las tasas de ganancia del capitalismo en el sector monopolista, acompañándolo por una promoción del desarrollo tecnológico "eficientista", provocando un mayor desempleo al asimilar una tecnología imperialista con mínima utilización de mano de obra. El cierre de empresas calificadas de anti-económicas, desde el punto de vista estrictamente financiero, sin atender a su papel en la producción ni al costo social de la desaparición de fuentes de trabajo, encuentra en el cierre de ingenios de Tucumán su mejor ejemplo.

La pérdida de salarios en virtud de su congelación, pero no de los precios, la eliminación de conquistas sociales, como la calificación de trabajos insalubres, edad para jubilación, desprotección ante despidos, liquidación de reglamentos de trabajo, etc., hizo recaer sobre los hombros de la clase obrera el peso principal del Plan Krieger Vasena.

Pero lo que se pudo aplicar en Brasil fue barrido con las rebeliones obreras y populares de 1968 y 1969, que encuentran su punto más alto en el Cordobazo. La existencia de un Movimiento Nacional como el peronista y una organización de la clase obrera peronista de carácter masivo aunque defensiva (los sindicatos), convirtieron a esa clase obrera en el eje social del agrupamiento de todas las fuerzas del frente de resistencia antidictatorial, que tomó al Movimiento Nacional Peronista como su expresión de vanguardia y a su jefe el general Perón como barrera ante las maniobras de la dictadura militar.

En la articulación concreta de todas las fuerzas que iban colocándose al lado del peronismo en el frente de resistencia antidictatorial, hubo un solo conductor, Perón, pero la historia dirá lo que la Nación les debe a los hombres y mujeres anónimos que integraron la CGT de los Argentinos, la Regional CGT de Córdoba, los Gremios del Peronismo Combativo y en la última etapa la Juventud Peronista y sus "formaciones especiales". También habrá que escribir la verdadera historia del participacionismo, vanderismo, neo-peronismo y otras malas yerbas que se integran total o parcialmente a los planes de la dictadura militar.

La política de Perón de darse la más amplia base de sustento posible para accionar no es nueva, sino que constituye una constante, remarcada en toda la última etapa de la dictadura militar. La sucesión de las instancias Hora del Pueblo, Frente Justicialista de Liberación, Pautas de coincidencia programática de las organizaciones políticas y sociales (CGT-CGE) del Nino, los "10" puntos para la Reconstrucción Nacional —planteados a las Fuerzas Armadas durante el gobierno de Lanusse—, el documento "Apreciación de la situación para el año 1972", etc., confirma lo que decimos.

La salida institucional que buscó la dictadura militar, como mal menor, frente a una guerra civil inminente si persistía en proscribir al Mov. Nacional, lleva al triunfo del peronismo y el Plan Krieger Vasena naufraga definitivamente.

El Plan económico que actualmente aplica el gobierno de Perón es una de las versiones posibles, que inspiradas en la concepción política-ideológica peronista, existían dentro del Movimiento y sus aliados, en la etapa de constitución del Frente Justicialista de Liberación.

La política económica del gobierno de Perón tiene como factor dinámico el aumento de la capacidad adquisitiva del mercado interno, tal como él lo ha explicado reiteradamente, precisamente lo contrario del Plan Krieger Vasena. En el último trimestre de 1973, el consumo interno se incrementó por encima del 10 %, en comparación al mismo período del año anterior. La tendencia a extender el mercado interno va acompañada con una reducción del margen de rentabilidad empresarial, que no obstante todos los aumentos especulativos realizados antes del 25 de Mayo y al incremento del conjunto de las ventas han reducido sus beneficios en un 4,2 %. La limitación de la tasa de ganancia de las empresas imperialistas, no su nacionalización, es un objetivo expreso de la actual política económica, reformulando las condiciones de operación del capital extranjero, desde la ley de radicación, los contratos de provisión de tecnología y marcas, el reconocimiento de la dependencia de la casa matriz por parte de la sucursal desde el punto de vista de las deudas y toda responsabilidad legal consiguiente, la nueva política de cré-

ditos que excluye la provisión de fondos a las empresas extranjeras, etc., todas medidas que en su conjunto tienden a rescatar la mayor proporción del mercado interno para el empresariado nacional.

Colocar el mercado interno como un factor coadyuvante a la par de la ampliación del mercado interno, liquidando todas las barreras que el imperialismo yanqui ha colocado en el comercio internacional, es otra característica sustancial de este plan.

Desde el punto de vista de la clase obrera esta es una política dura de tragar; tal como lo admite la propia conducción burocrática de la CGT, "el movimiento obrero puede hacer un nuevo sacrificio", juicio que avala Perón cuando el 1º de Mayo agradece a los trabajadores el haber "sostenido" el Pacto Social. Los asalariados en conjunto acrecentaron un 4,5 % su parte en la distribución del ingreso en el año 1973 en relación a 1972. Este aumento de por sí modesto se debe reducir pues el 1,7 % corresponde al aumento registrado en el número de trabajadores y sólo el 2,8 % al incremento medio de las remuneraciones, si bien corresponde aclarar que ha sido mayor el aumento para las categorías peor pagas. Mejoran parcialmente este cuadro, los grandes beneficios otorgados a jubilados y pensionados, la asistencia a la salud pública y la inminente aplicación del Plan de Salud Integral de Liotta, el restablecimiento de condiciones de trabajo y reglamentos anulados por la dictadura militar, y la próxima ley de Contrato de Trabajo.

El aumento de salarios que flexibilizó antes de lo previsto la política económica con un incremento nominal del 15,2 % (es mayor para los que cobran el salario mínimo) revela claramente uno de los puntos débiles de la política económica, que precisamente alivia en muy escasa medida la situación de quienes más producen, los trabajadores en relación de dependencia, y quienes sufren los dramas sociales de una nación dependiente, llámese mortalidad infantil, superexplotación, desocupación, etc.

Perón es quien ha elegido este camino, confiando la conducción económica a los empresarios de la CGE. Es una política económica nacionalista que se concreta por medio de la concertación social. Si bien se vuelca el peso del aparato estatal en apoyo de esta política, no se instrumenta fundamentalmente por medio de la violencia, sino por acuerdo de las partes, aunque se cuestione la representación de la conducción obrera. En todos los frentes en que se desarrolla la política económica de Perón en esta etapa, rige el principio de concertar, con el apotegma "la situación de la Argentina es de tal gravedad que la arreglamos entre todos o no la arregla nadie".

Si bien se trata de una política económica de contenido nacional, y en esa medida es una política revolucionaria para un país dependiente como nosotros, se trata de una política de corte

"neo-capitalista" como la ha calificado el propio Perón, y es la clase obrera la que hace el principal sacrificio aunque mejore parcialmente su situación. Por otra parte es evidente que no hay desde las filas obreras una opción de corrección del pacto social, y mucho menos una estrategia sustitutiva de anti-Pacto Social. El papel de la burocracia sindical, pre-existente al gobierno popular es el del instrumento que usa Perón para frenar la acción de la clase obrera que podría desbordar el Pacto Social y derrumbar toda la política económico-social del Movimiento. Este Pacto Social es concebido como el fundamento de la etapa de Reconstrucción Nacional, especialmente en el aspecto económico, como condición previa para una modificación de la estructura económica dependiente, creciente desarrollo de las fuerzas productivas, de la ocupación y la redistribución social de ingresos.

La ampliación del área estatal es una condición de inexorable cumplimiento para enfrentar el poder monopolista extranjero en nuestra economía, un verdadero cáncer al servicio de la dependencia. Paradójicamente no se percibieron aún señales evidentes de cambio en la estructura, cuadros y rendimiento del deteriorado aparato del Estado. El marco político prestado por el Movimiento Nacional Peronista está por ahora insuflándole el oxígeno faltante. El Plan Trienal prevee que las inversiones estatales deberán crecer hasta 1977 en un 21,9 % mientras que la inversión privada aumentará en sólo el 5 %. La constitución de empresas mixtas con los países socialistas, junto con su aporte tecnológico y financiero, sumado a la cooperación de los países del Tercer Mundo, posibilitará desde el punto de vista económico, avanzar en este proyecto nacional del peronismo. De la participación activa de la clase obrera, sus formas de coacción, control de precios y calidad de la producción y su avance a la par en conciencia de clase y organización dependerá en lo fundamental la construcción de la Argentina Liberada.

3º Balance de la situación del Movimiento Nacional Peronista (acción de los enemigos y respuesta)

Si bien sólo el proyecto político nacional de Perón ha expresado el campo popular durante treinta años y la clase obrera siempre actuó dentro de sus líneas generales, como hoy lo sigue haciendo, hay factores que determinan reacciones diferentes ante el proceso político actual y sus requerimientos.

La burocracia vanderista-participacionista le resta a Perón prestigio. Una de las principales

críticas que recibe Perón por parte de los trabajadores es la de que les permite a esos burócratas traidores estar al lado de él. Por eso la burocracia sindical es también una fuerza divisionista del peronismo y un factor aislante entre las bases y el conductor del movimiento. Esta es sin duda una de las causas que explican el 1º de mayo, ocasión en que no hubo una concurrencia masiva de la clase trabajadora a Plaza de Mayo. No la llevaron en ese momento ni Perón a través de la burocracia, ni los Montoneros, las principales fuerzas orgánicas que participaron del acto.

La concurrencia peronista estuvo entre un juego de pinzas, de un lado el aparato vanderista y del otro la organización política Montoneros. La clase obrera peronista sindicalmente organizada, la del Cordobazo, Rosariazo, Mendozazo, 17 de noviembre, 20 de junio, ausente.

Sin embargo, también es evidente que la acción desmovilizadora de la burocracia también la envuelve a ella misma. Pareciera afirmarse la tendencia a la parálisis política gremial de la CGT, Regionales y principales sindicatos que gobierna. Su retroceso ante las bases de cada gremio, pese a las recomposiciones parciales y a las crisis de improvisados oponentes, es permanente. Refluye hacia tareas administrativas del manejo sindical, se dedica a la acción de copamiento del aparato estatal. La oposición a ella parte de la propia clase obrera peronista, tuvo origen y desarrollo dentro de ella, de ahí el irremediable retroceso de esa alianza participacionista-vanderista, que sólo se podrá hacer más lenta con la coraza legal proporcionada por algunos artículos de la ley de Asociaciones Profesionales.

La convocatoria hecha por Perón el 12 de junio, encuadrada en una situación política modificada, donde el desborde del Pacto Social y la amenaza a toda la política puesta en práctica proviene realmente de los enemigos, muestra otra cara bien distinta del Movimiento. Ante esa amenaza el apoyo de la clase trabajadora se vuelve activo; la continuidad de Perón en el gobierno resulta lo más importante y se recupera la iniciativa frente a la acción gorila manifestada en las formulaciones de la prensa venal —tradicional enemiga de la causa nacional—, el desabastecimiento y el mercado negro promovido por los monopolios y la oligarquía (con la tolerancia de la propia burguesía nacional) las declaraciones críticas de la Iglesia, de la Sociedad Rural, del lanussismo en el ejército.

O sea aparecen los enemigos constantes del peronismo y Perón los señala al pueblo, que sale sobre la marcha, desde las fábricas, dispuesto a enfrentar a los que "empiezan a mostrar las uñas".

El histórico 12 de junio fue de Perón y de los trabajadores. Los apresurados llegaron tarde porque para sostener su castillo de naipes político han "inventado" un Perón no peronista, repudiado por el pueblo y desmovilizador. La burocracia sindical participacionista-vandorista, por su parte —como tuvo la rara honradez de reconocerlo uno de sus voceros—, "nada que ver" con la movilización.

En la Plaza de Mayo hubo sólo peronismo; por las consignas, los participantes y los enemigos (no ya internos). De ahí el fortalecimiento de Perón que, dejando atrás el antecedente del 1º de mayo, reafirmó la necesidad de la participación activa de los trabajadores para proseguir la tarea iniciada. En esta etapa el punto crítico de la política de Perón, que la clase trabajadora respaldó el 12 de junio, es sin duda la política salarial. Sin la vigencia de la Justicia Social no hay peronismo y no hay verdadera justicia social sin salarios justos. Mas la lucha de los trabajadores se deberá dar en los términos de la política que se avaló, o sea dentro del Pacto Social, poniendo el acento en la Justicia Social.

Un salario justo es lo principal, pero no es el único componente de la Justicia Social y el papel que Perón requirió de los trabajadores es el de la participación activa en la fiscalización y en el control económico (a nivel de la producción y distribución), donde junto a las exigencias de cumplimiento de condiciones de trabajo dignas, se impida el acaparamiento y el mercado negro, fa-

cilitando la plena producción y con ella la mayor ocupación.

Poniendo el eje en lo político, obrero y peronista, sin retroceder en ningún momento al campo de un sindicalismo revolucionario siempre mechado de antiperonismo, se facilitará mantener la unidad de la clase obrera, la de cada gremio, lo cual dará margen para avanzar, consolidando el peso de la clase trabajadora en el Movimiento y en el gobierno, al par que se va construyendo así un futuro de Liberación.

Frente a esa unidad y solidaridad orgánica de la clase trabajadora, manifestada activamente dentro del proyecto de Perón, y que es necesaria para garantizar el cumplimiento de los objetivos de la Reconstrucción y Liberación Nacional, se estrellará lo que constituye el instrumento principal de la reacción gorila-imperialista, o sea la promoción de la violencia en el campo de las fuerzas que integran la Unidad Nacional, como un primer escalón para desatar la guerra civil. Toda violencia parapolicial, foquista, de comandos civiles, etcétera, atenta —deliberadamente o no, pero con igual efectividad— contra el proceso de concertación e institucionalización sostenido en la soberanía popular, base del proyecto nacional de Perón y único camino ante la guerra civil que buscan las fuerzas irrepresentativas del Pueblo.*

"Proyecto de Perón o guerra civil"

* Este editorial, como la totalidad de los artículos que siguen, fueron escritos antes del fallecimiento del Teniente General Juan Domingo Perón.

Los trabajadores argentinos y la defensa del país frente al imperialismo

Juan José Hernández Arregui

La intervención activa de los trabajadores en la historia nacional modificó para siempre el ordenamiento previo a 1945 e iba a impedir la institucionalidad estable de la restauración colonial intentada en 1955. En este artículo escrito dos meses después del derrocamiento de Perón, en momentos en que aviones de combate aterrizaron en barrios obreros como Avellaneda, amenazando con una masacre, vibra ese convencimiento. Los 18 años posteriores de la Resistencia confirmaron para nuestro país la tesis de que los intereses del imperialismo resultan inconciliables con los del proletariado nacional de los países dependientes, o sea que la unidad política y de organización de los trabajadores, a escala nacional, es la columna fundamental de las fuerzas de la Liberación Nacional.

Por su importancia, incluimos este texto inédito (escrito para el periódico El 45, el cual no lo publicó) que anticipaba valientemente el proceso argentino que habría de lograr el retorno de Perón a la patria.

C. de R.

Hablemos con claridad. A dos meses de la caída del gobierno constitucional, el país busca a tientas su rumbo. La pacificación nacional no se entrevé. Y un interrogante sombrío se cierne sobre el destino nacional.

A sesenta días del triunfo de la revolución libertadora, que contó con el apoyo de importantes sectores sociales —oligarquía, clases medias, Iglesia y parte de las fuerzas armadas— el panorama es el siguiente: esas fuerzas que antes de la victoria estuvieron unidas tras la consigna de la lucha de la libertad contra la tiranía, por la heterogeneidad y confusión de sus objetivos económicos, políticos y sociales, manejados desde el exterior, una vez conquistado el poder asisten a un proceso de descomposición ideológica, en el que se conjugan no sólo esos intereses antagónicos, sino concepciones opuestas sobre los fines proclamados por la revolución de 1955.

La Revolución Libertadora

La revolución encabezada por el general Lonardi ha desatado fuerzas que amenazan su existencia misma, a través de la pugna interna de los grupos militares por el poder, y tras la cual se mueven intereses extranjeros invisibles, en medio de un país desgarrado por el odio entre hermanos, y en consecuencia, desarmado ante la ofensiva imperialista. La segunda conclusión

es que frente a la revolución, cuyos grupos se enrostran mutuamente errores y traiciones, se levanta otro hecho al que se hace necesario analizar y valorar en toda su importancia nacional. Este hecho está dado por la unidad de las fuerzas vencidas, concentradas alrededor de un partido nacional, y que en la derrota, mantiene vivas las banderas de la independencia económica y la soberanía política.

¿Cómo explicar que un partido desalojado del poder por un golpe militar victorioso, convierta simultáneamente a ese partido, en árbitro de un pleito nacional que no podrá resolverse sin su participación? Tal hecho se explica por la presencia de una clase obrera organizada en escala nacional.

En efecto, las sucesivas crisis del gobierno provisional han girado, directa o indirectamente, alrededor de la Confederación General del Trabajo, y de la táctica a seguir frente a ella. Pero este hecho nuevo, al mismo tiempo prueba que la solución del problema nacional no podrá alcanzarse, sin la participación de la clase trabajadora en nuestra historia. Clase trabajadora argentina, convertida en un factor decisivo, aunque no único, del destino nacional.

Es indispensable, por eso, examinar las nuevas condiciones creadas por esta presencia de las masas trabajadoras en la Argentina actual, y calcular sobre esta base el desarrollo de los próximos acontecimientos.

La clase trabajadora entra en la historia

El 17 de octubre de 1945 podrá ser una fecha odiosa para muchos. De hecho lo es. Pero los procesos históricos son más fuertes que las pasiones humanas y los intereses de las clases reaccionarias.

Esa fecha significa la aparición de la clase trabajadora en el escenario de la historia nacional. Las masas han sido siempre actrices de la Historia. Y hoy conocen su misión. Esta es la diferencia entre el pasado y el presente argentino. Quienes pretendan impedir la gravitación de la clase trabajadora argentina en el proceso histórico contemporáneo, imitan al filósofo del cuento, que creía refutar la existencia del mundo exterior con sólo cerrar los ojos.

Es por eso una utopía reaccionaria, intentar reducir a los trabajadores —como lo proclama el gobierno provisional— a la mera acción gremial. Gremialismo y política son la doble faz de un mismo fenómeno. Es verdad, que una de esas fases, el sindicalismo, importa la defensa de intereses comunes asociados a reivindicaciones salariales. Pero la manifestación de este defensismo económico es siempre política, por ser política la naturaleza del hombre y social la función del proletariado dentro del proceso de la producción y de la lucha nacional.

No es casual que las clases conservadoras y el socialismo reformista aliado a ellas, sostengan la tesis del gremialismo puro. Esta tesis es defendida, sobre todo, en los países dependientes, justamente porque los intereses de todo proletariado nacional son inconciliables con los del imperialismo opresor.

El movimiento sindical argentino

Por esta causa, la organización de los trabajadores en escala nacional, como en el caso argentino, es la mejor defensa del país. Y esto explica la tendencia de los partidos reaccionarios y pequeñoburgueses, a dividir las organizaciones obreras centralizadas por Perón, a fin de mediante esta táctica, debilitar los frentes antiimperialistas nacionales de base popular liberadora, particularmente en América latina.

La Confederación General del Trabajo —y tal fue el objetivo central de la revolución que derrocó a Perón— para muchos debe ser destruida o por lo menos debilitada, por aquello de que muerto el perro se acabó la rabia. Pero los trabajadores argentinos, aunque sufran derrotas parciales, no entregarán esa unidad del movimiento sindical, pues esa unidad de los trabajadores implica la defensa de ellos, no sólo como clase productora, sino de la industria nacional, es decir, de la economía y la soberanía argentinas.

Esta intervención activa de los trabajadores argentinos en el proceso histórico, no ha caído del cielo. Es el efecto de la transformación operada en la Argentina de los últimos diez años, vinculada al creciente proceso industrial. Tal

cambio, a su vez, ha modificado para siempre el ordenamiento político del país. Dicho de otro modo, el orden político, en la Argentina, depende hoy de la clase obrera organizada. Se entiende así que la amenaza de desarticulación de la economía a través del Plan Prebisch haya convulsionado al país. A quienes propugnan el retorno al pasado, con la vuelta al campo de los trabajadores industriales, conviene recordarles que, en realidad, están preparando en la actual contingencia mundial y nacional, las condiciones necesarias de una revolución social más avanzada que la que representó Perón.

El peronismo como partido nacional

El gran partido que agrupa a los trabajadores argentinos no se lo puede disolver con decretos. Pues ese partido, que en su momento concilió a las diversas clases sociales contra el imperialismo angloyanqui, hoy sigue representando, frente al avance de las fuerzas antinacionales del pasado, la voluntad nacional al servicio del país.

Se equivocan quienes piensan que a los trabajadores argentinos se los puede reducir a la mera actividad gremial; se engañan si subestiman el heroísmo de las masas que se hará cada día más patente; y erran quienes creen posible anestesiar la conciencia histórica de los trabajadores.

Este error de perspectiva —y de clase— explica el fracaso de una campaña periodística a la que millones de argentinos asisten con vergüenza, destinada a borrar la influencia de Perón en las masas. La importancia de Perón es proporcional a los odios y adhesiones de clase que encarnó y encarna, en un momento de la liberación nacional. Lucha que venía del fondo de la Historia Nacional. Y el error consiste en creer que destruida la imagen desaparecerá la lucha de las masas contra la opresión extranjera.

Además, 1945 libró a vastos sectores populares de la miseria, de la humillación cívica y moral. Ni la miseria será aceptada sin cruentas luchas, ni la humillación sufrida con la resignación de antaño. La Revolución Nacional de 1945 fue simultáneamente económica y política. Fue una revolución de masas. De ahí su fuerza. El hombre argentino se sintió reconciliado con la tierra. Y es abominable que esa prensa amarilla, dirigida desde afuera, acuse de esclavos a millones de argentinos por haber votado libremente a un hombre que concentró la voluntad defensiva y nacional de la patria. No son esclavos esos trabajadores argentinos. Son hombres libres. Y es por eso, que el destino nacional gira alrededor del movimiento obrero organizado por Perón. Quien pretenda gobernar el país, sin comprender este hecho gigantesco y nuevo, actúa al margen de la Historia, y al ignorar al proletariado nacional prepara, como ya se ha dicho, una revolución más avanzada que la que representó Perón. Por eso, el 17 de octubre de 1945 no puede ser extirpado de la Historia Argentina. ♦

Organización nacional y liberación nacional

Guillermina Camuso y Nelly Schnaith

La reivindicación de Rosas no responde a meros intentos justicieros de los intelectuales. De ser así, no trascendería el ámbito restringido de los cenáculos cultos. La justicia histórica se confirma en la conciencia de las masas que surge, ante todo, de la injusticia que padecen los oprimidos. En nuestros países, la opresión está marcada por la dependencia. De allí que todo proyecto nacional deba recuperar en el pasado los eslabones que marcan su propia trayectoria.

La primera forma en que las masas se reconocen como revolucionarias —sin requerir una acabada elaboración intelectual— se da en el plano de la sensibilidad que, lacerada por la injusticia, emprende intuitivamente su propio revisionismo histórico. Los valores que orientan esta revisión se contraponen, casi “naturalmente”, a los de la clase que sancionó las condiciones de la opresión. Así, mientras la historia liberal es una historia de minorías para minorías, representadas por sus héroes individuales; la historia popular es la historia de las reivindicaciones políticas y sociales de la mayorías trabajadoras que no reconocen otras pautas de valoración que las que expresan sus luchas revolucionarias, donde no se exaltan las formas tradicionales del heroísmo individual.

Por eso, las “lecciones” de la historiografía oficial no encontraron eco colectivo en la conciencia de las masas que, oponiéndose a las fórmulas condenatorias o laudatorias consagradas, señalaron a sus propios traidores y conductores.

Los sectores liberales vieron en todo movimiento nacional un peligro para sus intereses de clase, no vacilando en condenar a sus representantes como enemigos de las “libertades humanas”. El pueblo comprendió de qué libertades se trataba y el sentido oculto detrás de las acusaciones empecinadas que la prensa oficial endilgó, antes a Rosas, después a Perón. Comprendió que el punto irritativo era, desde siempre, la propia lucha por su libertad social que, en los dos casos, había alcanzado el mayor nivel político.

Esta lucha no está destinada a erigir héroes de mármol, sino que identifica a sus conductores con un proceso cuyo último e inapelable sujeto son las mayorías nacionales. Sólo a partir de la unidad política de las grandes masas podrá plantearse como alternativa un socialismo nacional auténticamente revolucionario, sobre la base del poder popular.

El gobierno de Juan M. de Rosas abarca casi un cuarto de siglo de nuestra historia nacional. Su firme actitud frente a la desembozada política de las potencias imperiales, más el hecho de haber pacificado el país devastado por largos años de anarquía, nos lleva a preguntarnos sobre la coherencia de su proyecto político nacional y los reales alcances de sus formulaciones antiimperialistas.

El revisionismo rosista reivindica la total coherencia de esa política, la historia liberal la impugna en bloque. Creemos que la insuficiencia del primer planteo y la

interesada tergiversación del segundo, no tienen en cuenta la complejidad de factores que es preciso considerar para responder a las exigencias de nuestro presente.

La interpretación liberal, profundamente antinacional por esencia, explica los términos en que se produce su refutación por el revisionismo rosista. Es comprensible que esta corriente haya exaltado los aspectos nacionales de la tradición, menospreciados por los historiadores oficiales en detrimento de la verdad histórica. Pero la reivindicación de Rosas concluye en un enfoque parcial y simplificador si se la pretende rescatar, en su totalidad, en función del proyecto nacional independiente en que está empeñado hoy el pueblo argentino. Si el

litar del Interior, presidida por el general Paz. Vencido Paz, las provincias del interior ingresan al Pacto Federal: Santiago del Estero, Córdoba, Mendoza, Corrientes, La Rioja, Tucumán, San Luis, Catamarca y San Juan.

Esta será la base histórica real de la política de integración empírica de Rosas, cuyos fundamentos doctrinarios expuso éste en la célebre carta a Quiroga, desde la hacienda de Figueroa, el 20 de diciembre de 1834. Es conveniente analizar esa carta para comprender en qué espíritu se plantea Rosas el problema de la organización nacional, ante la insistente requisitoria, por parte de las provincias, de llamar a un congreso constituyente. En ese sentido es un anticonstitucionalista, en cuanto no considera a la constitución como un factor decisivo y previo para la unidad nacional. Rosas considera que en el estado de guerra civil general que padece la República, las discusiones sobre una constitución, lejos de ser un elemento pacificador, pueden desencadenar las discordias latentes entre las provincias. Por eso, la constitución debe ser el resultado del ordenamiento institucional efectivo en lo que hace a la administración pública y económica del país: "Además usted conocerá que teniendo que pugnar no solamente con el poder de los hábitos contraídos en el período de la revolución, en que ha prevalecido más o menos tiempo el sistema de la unidad y la opinión de un número considerable de ciudadanos que aún no han perdido del todo el influjo de su posición, es preciso preparar los resortes en que debe montarse la nueva máquina política; y mientras las provincias no hayan organizado su sistema representativo y afianzado su administración interior, mientras no hayan calmado las agitaciones internas y moderado las pasiones políticas que la última guerra ha encendido, y mientras las relaciones sociales y de comercio bajo los auspicios del país no indiquen los principales puntos de interés general que deben ocupar nuestra atención, creo sería funesto ocuparnos de un Congreso Federativo." (Carta a Felipe Ibarra, diciembre 16 de 1832.)

En una palabra, "la unión y tranquilidad crea el gobierno general (establecido constitucionalmente [agregado nuestro]) la desunión lo destruye, él es la consecuencia, el efecto de la unión, no la causa...". Por eso "...el Gobierno General en una República Federativa no une los Pueblos Federados, los representa, unidos; no es para unirlos, es para representarlos en unión ante las demás naciones..." (Carta de la Hacienda de Figueroa.)

Estas ideas serán llevadas a la práctica, en parte, sobre la base del respeto por el orden establecido, la tradición de las autonomías provinciales —en lo cual se apoya Rosas para manejar sus relaciones con las provincias—, y en parte, por el arbitrio de una política de integración que "...negociando por medio de tratados el acomodamiento sobre lo que importa el interés de las provincias todas, fijaría gradualmente nuestra suerte; lo que no sucedería por medio de un congreso, en el que al fin prevalecería, en las circunstancias, la obra de las intrigas a que son expuestos. El bien sería más gradual, es verdad; pero más seguro". (Carta a Quiroga, 5 de febrero de 1831.) Con tales argumentos, Rosas postergará sin término la convocatoria a un Congreso Constituyente.

La política del orden se reducirá ahora a una larga tarea de persuasión ejercida sobre los caudillos locales para que, por sucesivos acomodamientos de las partes entre sí, se recomponga la unidad. La máxima de la política de Rosas, su concepto de la función del gobernante consistirá en "...dar tiempo a que se destruyan en los pueblos los elementos de discordia..." a fin de dirigir sus tendencias "...para hacerlos variar de rumbo sin violencia y por su convencimiento práctico de la imposibilidad de llegar al punto de sus deseos...", que no eran otros que la organización constitucional. (Carta de la Hacienda de Figueroa.)

El Pacto Federal, con la posterior incorporación de casi todas las provincias, autoriza a Rosas a "ejercer el manejo de las relaciones exteriores de la Federación". Esta autorización cobra fuerza legal en 1835, a comienzos de su segundo gobierno, cuando la legislatura bonaerense lo inviste con la suma del poder, refrendado

por un plebiscito en la ciudad de Buenos Aires exigido por Rosas (marzo de 1835). La suma del poder concedida por plebiscito provincial lo acreditaba de derecho y de hecho (dada la supremacía de Buenos Aires) para ejercer la representación nacional ante el exterior, otorgada por las provincias.

La idea de la Federación es exaltada en adelante, a través del uso oficial de fórmulas muy precisas, sobre cuya importancia insiste Rosas permanentemente, de modo que "...al decir todo argentino, los buenos argentinos, todo patriota, los buenos patriotas..." se deba decir "...todo argentino federal, los buenos argentinos federales, todos los buenos patriotas federales...", porque el uso de esas voces desnudas (argentino, patriota) que "...tenían entre nosotros una significación noble hoy la tienen muy ambigua y sospechosa". (Carta a Heredia, 16 de julio de 1837.) Esto, agregado a los mecanismos legales y al fortalecimiento de los vínculos de la religión —como factor de cohesión política—, configura un cuadro ideológico que traduce la general acquiescencia a los principios del federalismo.

Pero, en el panorama real del país, es preciso determinar las diferentes reivindicaciones regionales que se ocultaban bajo el rótulo común del federalismo. Por una parte, el "federalismo" bonaerense, que a pesar de su mayor apertura a los reclamos provinciales, se mantiene aferrado a los privilegios de la provincia de Buenos Aires. En segundo lugar, el federalismo del Litoral, que comparte los intereses de Buenos Aires pero no detenta las prerrogativas del puerto único. Por último, el federalismo de las provincias mediterráneas, las más afectadas por el centralismo porteño, abandonadas a la impotencia económica y social como secuela del mismo. Esta situación genera, a lo largo del gobierno de Rosas, permanentes manifestaciones de descontento que revelan la persistencia de resquemores no superados en el interior.

La Ley de Aduana de 1835, que intenta paliar esas dificultades, es recibida con gran beneplácito por las provincias. El gobierno la fundamentó ante la Legislatura en los siguientes términos: "Largo tiempo hacía que la agricultura y la naciente industria fabril del país se resentían de la falta de protección y que la clase media de nuestra población que por la cortedad de sus capitales no puede entrar en empresas de ganadería, carecía del gran estímulo al trabajo que producen las fundadas esperanzas de adquirir con él medios de descanso en la ancianidad y de fomento a sus hijos. El gobierno ha tomado este asunto en consideración y notando que la agricultura e industria extranjera impiden esas útiles esperanzas sin que por ello reportemos ventajas en las formas o calidad, que por otra parte la agricultura es el mejor plantel de los defensores de la patria, y madre de la abundancia, y que de la prosperidad y bienestar de toda esta clase tan principal de la sociedad, debe resultar el aumento progresivo del comercio interior y extranjero, así como el mayor producto de las contribuciones, ha publicado la Ley de Aduana, que será sometida a vuestro examen por el Ministerio de Hacienda".

O sea que, por dicha ley, Buenos Aires sustituye el libre cambio por un proteccionismo franco: se prohibía la importación de manufacturas elaboradas en el país y se gravaba con fuertes derechos la introducción de coches, monturas, bebidas alcohólicas entre otros productos. No se cobraba impuestos a las carnes transportadas por barcos argentinos y se impulsaban industrias nacionales como la talabartería, el tabaco, los astilleros, fábricas de tejidos, artesanías y vinos.

Esto produjo la reacción de los comerciantes ingleses que se quejaron a su gobierno de las desventajas que les acarrearían tales restricciones.

Pero aun cuando inicialmente la Ley de Aduana produjo consecuencias beneficiosas, la implementación de la misma no logró incrementar la producción del interior más allá de su carácter esencialmente artesanal y por lo tanto no lo capacitó para satisfacer las demandas del mercado interno. Por otra parte, la incidencia de los bloqueos paralizó los efectos de la ley. Después de 1841, el proteccionismo se debilita en forma progresiva sin que se arbitren medidas para refortalecerlo.

El verdadero impulso industrialista se registra en el campo de la ganadería bonaerense. Prueba de ello es



la pujanza que logra la industria saladeril. Sin embargo, esto resulta insuficiente para la formación de una burguesía industrial nativa capaz de propulsar un capitalismo nacional diversificado, no centrado en la absoluta supremacía del latifundio exportador porteño.

De todos modos, frente a la orientación tradicional de la política unitaria, es indudable el carácter nacional de muchas medidas económicas de Rosas, aun cuando no se hayan enmarcado dentro de un plan político-económico de alcances nacionales en sus efectos. A pesar de estas limitaciones, el gobierno de Rosas, en tanto apoyado en una política de marcada defensa de nuestra soberanía, se destaca frente a los proyectos entreguistas que instrumentaron los gobiernos liberales posteriores a Cárlos.

IV. La soberanía nacional

A pesar de la legislación proteccionista de Rosas en lo económico, los intereses británicos en el Río de la Plata seguían siendo hegemónicos con respecto a las otras potencias europeas.

² La política francesa, a partir de 1836, sin romper su entendimiento con Inglaterra contra la Santa Alianza, adquiere independencia en sus proyectos expansionistas. Por entonces se establecieron los protectorados en Argelia, Tahití y Egipto.

El afán expansionista de Francia², a la zaga del poderío inglés, fijó también sus miras en la cuenca del Plata. Esta competencia es la causa real del bloqueo ordenado por Francia desde 1838 hasta 1840. La declarada intromisión de los intereses extranjeros en la política argentina repercutió en sus conflictos internos. Francia instrumenta las disidencias contra Rosas aunando las pretensiones de los unitarios, los intereses económico-políticos de la Banda Oriental y del Litoral y el descontento siempre latente de las provincias mediterráneas. En su alianza política con Rivera, que provoca el derrocamiento del presidente constitucional Oribe (adicto a Rosas), los franceses se proponen ocupar el puerto de Montevideo como primer paso de su asentamiento en el Río de la Plata. Por otra parte, favorecen las campañas unitarias en el interior de la Confederación y promueven una conspiración contra Rosas en las provincias del Noroeste.

La habilísima diplomacia de Rosas, por medio de dilaciones que evitan el enfrentamiento armado, se pone en acción: con tacto sofoca las rebeliones intestinas, por otro lado, y rebaja a un tercio de su valor los derechos aduaneros sobre las importaciones inglesas, con lo que obtiene una inmediata adhesión de los comerciantes británicos en el Río de la Plata. Esto atrae el apoyo de Inglaterra en la solución del conflicto.

El ministro Palmerston, informado por Mandeville de

las alianzas secretas de los franceses con los unitarios y con Rivera, remite ese informe detallado al gabinete francés, como velada amenaza a los planes de Francia. Esta, ante la presión de los ingleses y de la liga europea, que no está en condiciones de soportar, comisiona al barón de Mackau para iniciar tratativas de paz. El bloqueo concluye en octubre de 1840 con la firma de un tratado definitivo. Según Cady: "Aunque Mackau estaba entusiasmado con su obra es perfectamente evidente que el arreglo fue una victoria de Rosas. El gobernador había desafiado durante más de dos años a una potencia europea y hecho la paz voluntariamente en términos considerablemente menos desfavorables que las exigencias originales de Roger (cónsul francés en Buenos Aires [agregado nuestro]). Sus enemigos locales quedaban desesperadamente desacreditados por su alianza con el extranjero y él en libertad de acción para determinar hasta qué punto intervendría en el Uruguay. El artículo sexto³ sugería una intención definida por su parte de atraer a aquel Estado a una relación política más o menos directa con la Confederación Argentina"⁴.

La solución del conflicto por vía diplomática bajo condiciones favorables a la Confederación confiere a Rosas un inmenso prestigio americanista por su tenaz defensa de la soberanía nacional.

Este prestigio se pondrá a dura prueba en ocasión del segundo bloqueo conjunto de Inglaterra y Francia hacia 1845.

A mediados del siglo XIX la política expansionista de Inglaterra se rige, en el orden internacional, por la imposición del principio del *laissez-faire*. En tanto el *laissez-faire* propugna la libre concurrencia a nivel universal (falsa libertad proclamada entre desiguales) es, por esencia, antiproteccionista⁵. A través de los teóricos liberales de los países periféricos Inglaterra instrumenta en los mismos la aplicación de esa política que la favorece. Por ello sabotea todo intento proteccionista que obstaculice el libre acceso a nuevos puertos y mercados.

A este respecto, el interés de franceses e ingleses, de larga data, por la independencia de la Banda Oriental, indica la importancia geopolítica de la misma como pieza clave para lograr la libre navegación del Plata y sus afluentes. Por ese medio pretendían dominar el "libre" comercio en la cuenca del Plata y supeditar así el "desarrollo" de todo el sector (Brasil, Uruguay, Paraguay y Argentina) a las necesidades de su propio mercado.

En los prolegómenos del segundo bloqueo Rosas lanza, por medio de Oribe, una campaña contra Rivera, para recuperar el dominio sobre la Banda Oriental. Después del primer bloqueo, Rivera, ante el fracaso de la alianza con los franceses, había intentado establecer un protectorado inglés en el Uruguay. Su propuesta fue rechazada por Gran Bretaña que firmó, en cambio, un tratado comercial con vistas a una futura apertura de los ríos. Entre 1842 y 1844 la diplomacia anglo-francesa en el Plata es zigzagueante. Sus agentes ejercen un permanente hostigamiento, no exento de vacilaciones, que reflejan la ambigüedad de las metrópolis. Tales oscilaciones, durante ese período, obedecían a una política dual en sus objetivos: por una parte, el gabinete inglés ve en Rosas una garantía de orden social indispensable para sus negocios oficiales; por otra, los intereses muy específicos que apuntan al predominio sobre la Banda Oriental

y a la libre navegación de los ríos, los vuelve particularmente atentos a las relaciones de Rosas con el Uruguay. Los ingleses necesitaban los dos puertos —Buenos Aires y Montevideo— para dar plenos alcances a la penetración comercial en el interior de Sudamérica.

Una vez más los unitarios, aliados con Rivera, sirven a los ingleses en sus pretensiones intervencionistas y éstos intrigan, en beneficio propio, apoyándolos contra Rosas. Se envía a Florencio Varela a Londres en una misión para gestionar la directa intervención inglesa en el Plata. La misma contemplaba un proyecto segregacionista por el que Entre Ríos y Corrientes formarían un estado independiente.

Frente a la acción conjunta de todos estos factores Rosas demostró nuevamente sus grandes dotes diplomáticas: inicia contactos políticos con Estados Unidos, contando con los aparentes contenidos americanistas de la doctrina Monroe. De hecho, sólo recibió apoyo moral. Cuando la escuadra inglesa trata de impedir el bloqueo de Brown a Montevideo, Rosas, con gran sagacidad, ordena su retirada a Buenos Aires, anticipando la posterior desautorización del gobierno inglés. Las potencias imperiales no previeron el ajeteo a que las sometería la compleja trama de la diplomacia rosista. Las misiones de paz se suceden sin que logren la definitiva anuencia del jefe de la Confederación.

Otras dificultades, además, encontrarían los europeos en la consecución de sus intentos de conquista. Estas fueron señaladas por San Martín, con previsión estratégica, en la carta que dirigiera al cónsul argentino en Londres:

"... Bien sabido es la firmeza de carácter del jefe que preside la República Argentina... y aunque no dudo que en la capital tenga un número de enemigos personales, estoy bien seguro que sea por la prevención heredada de los españoles contra el extranjero, ello es que la totalidad se le unirán y tomarán una parte activa en la actual contienda; por otra parte (como la experiencia ya lo tiene demostrado), que el bloqueo que se ha declarado no tiene en las nuevas Repúblicas de América (sobre todo en la Argentina) la misma influencia que lo sería en Europa; él sólo afectará a un corto número de propietarios, pero a la masa del pueblo que no conoce las necesidades de esos países, le será bien indiferente su continuación. Si las dos potencias en cuestión quieren llevar más adelante las hostilidades, es decir, declarar la guerra, yo no dudo un momento que podrían apoderarse de Buenos Aires, con más o menos pérdidas de hombres y gastos, pero estoy convencido que no podrán sostenerse por mucho tiempo en posesión de ella: los ganados, primer alimento... pueden ser retirados en muy pocos días a distancias de muchas leguas; lo mismo que los caballos y demás medios de transporte; los pozos de las estancias inutilizados, en fin, formando un verdadero desierto de 200 leguas de llanuras sin agua ni leña, imposible de atravesar por una fuerza europea, la que correría tanto más peligros a proporción que ésta sea más numerosa si trata de internarse. Sustener una guerra en América con tropas europeas, no sólo es muy costoso, sino más que dudoso su buen éxito tratar de hacerla con los hijos del país; mucho difícil y aun creo imposible encuentre quien quiera enrolarse con el extranjero."

Esta carta, dada a conocer por la prensa europea, indicó, a manera de advertencia, tanto en la opinión pública como en esferas oficiales. Los argentinos confirmaron las previsiones de San Martín: el 20 de noviembre de 1845 se enfrentan la poderosa escuadra anglo-francesa y el fervor patriota de las tropas de Mansilla. En el perdido recodo de Obligado se concentró la dignidad de toda América en el coraje con que los gauchos defendieron sus ríos contra la avidez de las potencias civilizadoras. Los aliados, que se internaron hasta Asunción, no recogieron los frutos de su victoria. Al decir de Cady: "... La expedición al río Paraná no contribuyó para nada a realizar los propósitos de la intervención. La tentativa resultó también un fracaso lamentable desde el punto de vista comercial, pues muchos de los barcos regresaron con sus cargamentos completos. La consecuencia más importante fue exaltar el patriotismo del pueblo argentino hasta un grado sin precedentes. Todas las fac-

ciones se unieron para oponerse a los extranjeros, que trataban de desmembrar el país. Rosas llegó a obtener el apoyo de un número de voluntarios británicos, los cuales prestaron servicios en la batería que actuó con más eficacia en el combate de Obligado"⁶.

A la larga, la firmeza empecinada de Rosas obligó a las potencias a levantar el bloqueo a pesar de su triunfo. En 1847, Gran Bretaña; en 1848, Francia. El conflicto había terminado sin que Rosas hubiera reconocido, en ningún momento, la independencia de la Banda Oriental. Es la culminación de una política totalmente coherente con su idea inicial sobre la integridad territorial del antiguo virreinato.

V. Rosas, hombre de Buenos Aires

La claridad de los principios sobre soberanía que guían la pertinaz defensa de la integridad nacional mantenida por Rosas es irrefutable aún para sus detractores. Sin embargo, los acontecimientos que desembocan en Caseros nos llevan a preguntarnos sobre las bases reales de sustentación que, a partir de su política interna, dio a su política exterior.

Caseros es la culminación de un proceso "impulsado por la presión expansionista del capitalismo europeo". Pero fue posible por la colaboración de las fuerzas económicas insatisfechas del Litoral, que al bregar por la libertad de los ríos coincidían con los objetivos del comercio inglés⁷.

Hasta entonces, el equilibrio del gobierno de Rosas se ha basado en su capacidad para las soluciones parciales en los conflictos internos y en la firmeza de su política exterior. En 1850, estos métodos son ya inoperantes para contrarrestar los intereses conjugados de las dos fuerzas que, por su propio desarrollo, enfrentaron a Buenos Aires. En efecto, aunque la política de Rosas protegió a las provincias con medidas económicas favorables —Ley de Aduana—, nunca lo hizo en detrimento de Buenos Aires. No concibió la implementación de un proyecto económico integral. Su federalismo logró una unificación ideológica que no tuvo su correlato en una igualdad económica entre las provincias. Esta situación hizo crisis en el caso del Litoral que, hacia 1850, había incrementado su desarrollo como para discutir con Buenos Aires, en paridad de condiciones, sus prerrogativas económicas. Pero, en esta ocasión, la característica habilidad de Rosas para neutralizar las fricciones internas lo hubiese llevado a lesionar las pretensiones hegemónicas de los terratenientes ganaderos. Dice Burgin: "Al trazar la política económica de su gobierno, muy pocas veces se aventuró Rosas a pasar los límites relativamente estrechos de la provincia y la clase que representaba. Para él y la mayoría de los jefes federales porteños, el concepto de la economía nacional era impracticable y hasta peligroso. La economía nacional suponía un grado de integración política y económica de las provincias difícilmente alcanzable y, desde el punto de vista de Buenos Aires, indeseable"⁸.

Los ganaderos de Buenos Aires, a diferencia del resto del país, no fueron especialmente perjudicados por los bloqueos. Si los efectos proteccionistas de la Ley de Aduana pudieron resentirse por causas exteriores como los bloqueos, también es verdad que Rosas no la complementó con otras medidas de orden económico que reforzasen esos efectos: política de tierras, política tributaria. La carencia de tales medidas, que hubiesen compensado la desigualdad económica entre Buenos Aires y las provincias del interior, la ahondó aún más y contrapuso las clases provinciales empobrecidas a los ricos terratenientes bonaerenses. El comercio interno de

⁶ J. F. Cady, ob. cit.

⁷ La libertad de los ríos también incluía la situación del Paraguay, cuya incorporación al mercado internacional obstaculizaba el proyecto de Rosas de reincorporarlo a la Confederación. No encaramos este último tema, ni el de Bolivia, Chile y Brasil, porque consideramos que la política americana de Rosas tendría que ser objeto de un tratamiento particular.

⁸ Burgin, Mirón: Aspectos económicos del federalismo argentino, Hachette, Buenos Aires, 1960, pág. 315.

la Confederación, regulado por un sistema de aduanas provinciales que entorpecía el intercambio interior gravando enormemente sus productos, permaneció inmodificado hasta la caída de Rosas y debilitó los vínculos interprovinciales. A las provincias más alejadas (Salta o Jujuy) las importaciones llegaban sobrecargadas de impuestos y a su vez, les resultaba muy difícil colocar sus propios productos en los mercados centrales del país. Esta situación es relativamente independiente de los efectos de los bloqueos, en cuanto hace a la estructura misma de un sistema económico general que sigue sometido al ámbito restringido de los intereses ganaderos de Buenos Aires. Incluso en la misma provincia no se impulsó un desarrollo industrial que revertisese, aun en ínfima medida, en beneficio de la economía nacional.

No se trata de evaluar la política económico-social de Rosas con criterios actuales en lo que hace a contenidos revolucionarios. Por el contrario, intentamos apreciar esos contenidos a la luz de las posibilidades históricas de su propia época.

El adalid del federalismo americano, su primer promotor, José Artigas, había comprendido que la esencia revolucionaria del federalismo consistía en la posibilidad de instaurar una justicia interregional.

La clarividencia de Artigas dio relevancia a los aspectos económicos del federalismo, sin los cuales pierden importancia sus planteos políticos. En el *Reglamento provisional de derechos aduaneros para las provincias confederadas de la Banda Oriental del Paraná*, de 1815, se imponen los mismos derechos de importación y exportación a todas las provincias federales, englobándolas dentro de una especie de "unión aduanera" que las convertía en un único organismo económico⁹. Artigas mismo, en carta al gobernador de Corrientes, dice al respecto: "Con ese motivo mandé a ese gobierno un reglamento provisorio con los derechos correspondientes a formar el equilibrio comercial de las demás provincias y asegurar un resultado favorable con las demás"¹⁰. Los términos en que concibe la relación de las provincias federadas son claros: igualdad de beneficios.

Después de la invasión portuguesa a la Banda Oriental, en 1816, y ante la indiferencia de Buenos Aires que no le ofrece ninguna ayuda, Artigas debe reglamentar las condiciones del comercio con los ingleses. En esa oportunidad mantiene intactos los principios proteccionistas ya expresados en la carta al gobernador de Montevideo, del 12 de agosto de 1815: "... Los ingleses deben conocer que ellos son los beneficiados y, por lo mismo, jamás deben imponernos: al contrario, someterse a las leyes territoriales según lo verifican todas las naciones, y la misma inglesa en sus puertos"¹¹. Artigas intuye genialmente que el libre cambio exterior propugnado por Inglaterra está respaldado por siglos de proteccionismo "en sus puertos", y pretende aplicar una política económica similar.

Cabe preguntarse en qué medida el mero proteccionismo aduanero podía posibilitar el desarrollo autónomo de una economía de integración interregional, dado el carácter artesanal y la precariedad de las industrias provinciales. Las provincias argentinas no pudieron lograrlo, pues carentes de capital y mano de obra, necesitaban de la nacionalización de la renta aduanera. Y Buenos Aires nunca hubiese consentido en compartir con las provincias los beneficios que le reportaba su monopolio financiero. El federalismo de las provincias no es un mero sentimiento vinculado a la tradición hispánica, es una necesidad surgida de la impotencia económica que se les impone en su realidad cotidiana. Por eso reclaman a Buenos Aires una "justicia regional" que las haga partícipes de la distribución equitativa de la

⁹ José P. Barran y B. Nahum: Bases económicas de la revolución artiguista, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1964, pág. 64.

¹⁰ Ob. cit., pág. 70. La bastardilla es nuestra.

¹¹ Ob. cit., pág. 71.

¹² Obsérvese que la desigualdad económica no se planteaba a nivel de las libertades individuales —como lo afirma falsamente el liberalismo— sino de los grupos socio-económicos de las diferentes regiones.

riqueza nacional¹². En el caso de Rosas resulta indicativo que, pese al proteccionismo instaurado por la Ley de Aduana, ningún considerando de la misma haya contemplado la posible nacionalización de su renta. Sin embargo, es en este plano de exigencias que se plantea, desde la perspectiva de las provincias, el problema de la organización nacional.

Este problema que, en otros términos, es el de la escisión del país en el litoral marítimo-fluvial e interior, ha cobrado en el curso de la historia argentina una realidad cada vez más dramática. La organización nacional, tan ansiada por las provincias, se cumple, después de Caseros, con la Constitución de 1853. Pero, aunque el preámbulo de la Constitución reconozca su base en los "pactos preexistentes", de hecho, los constituyentes del 53 sólo convalidaron un pacto: la alianza de Buenos Aires con el Litoral argentino. Allí se refirma una comunidad económica que, unida ahora al capitalismo internacional, sella en 1880 los destinos de la nación. Allí enraza la realidad distorsionada de "dos países" que aún hoy bregan por su unidad nacional.

VI. Política y liberación nacional

El desarrollo de los países imperialistas necesitaba, para afianzarse, de la subordinación económico-política de países periféricos que se incorporasen al proceso de división internacional del trabajo como productores de materias primas. Esta necesidad, impuesta por el extraordinario impulso que cobraron las capacidades productivas de la industria capitalista y su correspondiente exigencia de nuevos mercados, está en la base de la oposición entre países desarrollados-países subdesarrollados que condicionó la dependencia histórica de las naciones que surgieron a una presunta soberanía a principios del siglo XIX. El subdesarrollo sólo existe como complemento imprescindible del desarrollo de la economía de los países centrales y no, como nos hizo creer la ideología liberal, en función de un atraso intrínseco, atribuido ya sea a la colonización española, ya sea a una "inferioridad" connatural a las razas autóctonas.

La universalización de los intereses económicos de la burguesía internacional se estructura sobre la universalización de la situación de dependencia de todos los países hoy integrados en el Tercer Mundo. Y el proceso de esta integración, tal como se manifiesta en el siglo XX, culmina con la universalización de las luchas por la liberación que impulsan los movimientos revolucionarios tercermundistas, cuya expresión más alta es la resistencia heroica del pueblo vietnamita contra el genocidio organizado del imperialismo yanqui.

Para que se constituyese esa estructura desarrollo-subdesarrollo, las metrópolis debieron contar con la colaboración cómplice de las burguesías nativas. Estas hicieron suya la tesis del desarrollo económico como principio del progreso universal, propugnada por los teóricos del liberalismo: el curso de las fuerzas económicas condiciona el avance de la humanidad en todos los órdenes y, a su vez, el librecurso franquea el curso ventajoso de las fuerzas económicas. Las consecuencias de la adopción de este principio en los países dependientes resultaron nefastas en el campo político y social. Se aplicó una política sustitutiva de lo propio: el "humanismo civilizador" encandiló a las burguesías nativas trazando el camino de una alienación cada vez mayor con respecto a lo nacional y popular. Por eso, la ficción de una democracia económica en base al librecurso ni siquiera logró expresarse a través de una ficción correlativa en el plano político: el pueblo no intervino en la constitución de nuestra democracia representativa.

De modo que, bajo el supuesto ajeno de que los cambios económicos favorables no son introducidos por el poder político sino que se imponen a éste, las burguesías criollas adoptan el principio de que el éxito de una política depende de su incorporación al curso de los intereses de las fuerzas económico-sociales internacionalmente dominantes, adoptan el principio de la dependencia. La consecuencia histórica para nuestros países, contraria a la pura lógica de ese principio, fue la miseria endémica.

Privilegiar el aspecto económico para enfrentar la dominación imperialista, desde la situación de la dependencia, supone, tanto en la conducción como en la interpretación de los procesos, luchar dentro de la estructura misma del condicionamiento y por lo tanto, adoptar una política que está condenada de antemano al fracaso. Sólo la refirmitación prioritaria de lo político sobre lo económico puede ofrecer un espacio para el enfrentamiento real con los poderes del imperialismo internacional. Los movimientos por la liberación del Tercer Mundo nacen bajo el signo de la unidad política de sus luchas que, en cada país, asumen formas nacionales propias.

En ese sentido, reconocemos en el gobierno de Rosas el primer intento de aplicación de una política nacional apoyada en la adhesión de las masas populares y en reacción contra la actitud entreguista de las oligarquías porteñas. Los grupos que, desde el Primer Triunvirato y a través de la clase directorial, se imponen luego con Rivadavia, son representantes de esta clase dirigente que, en el curso de la Revolución, se vuelve socialmente cada vez más conservadora y políticamente cada vez más subordinada a las exigencias del imperialismo europeo. Después de Caseros se consolida la alianza entre la oligarquía terrateniente y la burguesía comercial porteña que culmina, en 1880, con la incorporación de la Argentina, bajo la égida de Inglaterra y como simple factoría, a la órbita del mercado mundial.

En el curso de este proceso, un hecho sobresale como ejemplo de la expoliación desembozada a que conduce la alianza de las oligarquías nativas con los poderes internacionales: la guerra del Paraguay. El exterminio del Paraguay es la muestra más clara de la mistificación que encierra la aplicación de los principios liberales en los países dependientes. Allí se destruyó el único intento logrado por la América indígena de afirmar su autonomía y con ello, por mucho tiempo, la única posibilidad abierta a una auténtica democracia política para afianzar su liberación nacional. La guerra del Paraguay cristaliza, en una imagen última, la progresiva derrota de la montonera y el definitivo exterminio del indio ante la cruzada implacable de la "civilización" contra la barbarie.

En resumen: las luchas políticas aparecen como el detonante de un movimiento emancipador de los pueblos y, al mismo tiempo, como su instrumento. Pero, como hemos visto, la dependencia se estructura en dos frentes, el interno y el externo, cuya alianza revierte en la opresión social y económica de los sectores que sostienen la producción en beneficio de aquellas fuerzas antinacionales. Por lo tanto, los alcances históricos de toda política de liberación se remiten necesariamente a un proyecto económico-social revolucionario bajo el control de las fuerzas populares organizadas, sin lo cual las luchas políticas emancipadoras pueden perderse en brotes esporádicos. Aun cuando la ruptura con la dominación requiera la preeminencia del momento político, esto no implica que, en la concepción global del proceso, pueda olvidarse la inescindible unidad dialéctica de los dos momentos: el político y el económico-social.

Si bien la política revolucionaria, en lo económico-social, está sujeta a los términos que imponen las condiciones objetivas del proceso, en lo que hace a la acción interna de las clases trabajadoras dentro del mismo, todo abandono de este aspecto en sus luchas políticas (el de sus justas exigencias de clase) implica una traición que no sólo alcanza el ámbito de lo estrictamente gremial sino que vulnera el proyecto en su totalidad. No hay liberación nacional sin liberación social pero, a su vez, la liberación nacional no puede reducirse a los límites del Estado. Por el contrario es sólo la unidad de las fuerzas revolucionarias de todos los países del Tercer Mundo la que da cohesión a las luchas nacionales en su enfrentamiento con la coalición de las potencias imperialistas. Las soluciones, como dice Cooke, "presuponen cambiar las estructuras, pero no sólo las estructuras políticas, sino el conjunto de estructuras que constituyen un sistema de relaciones propio de un determinado ordenamiento económico, social y político". (J. W. Cooke, *Informe a las bases*, Ed. Acción Revolucionaria Peronista, Buenos Aires, 1966, pág. 20.) ♦

La cosa fue así

César F. Marcos

En 1955 fue la caída. Entonces el cielo entero se nos vino encima. El mundo que conocíamos, el mundo cotidiano, cambió por completo. La gente, los hechos, el trabajo, las calles, los diarios, el aire, el sol, la vida se dio vuelta. De repente entramos en un mundo de pesadilla en que el peronismo no existía. Todo fue anormal. Como fue anormal, absurda, alucinada, la odisea de la Resistencia. Eramos pigmeos que debíamos luchar contra gigantes. Y una vez más el mosquito debió luchar contra el elefante.

Unos cuantos locos sueltos comenzamos a escribir en las paredes y a llenar los mingitorios de grafitos. Claro que no éramos ni Lugones ni Borges, pero creamos un logotipo tan fascinante y poderoso como el perfil del pez de los primitivos cristianos. Así fue el "Perón Vuelve".

La dictadura de la "libertadora" se había propuesto barrernos totalmente de la historia y de la geografía. Nosotros enfatizamos la propaganda callejera mural y escrita. Luchamos contra el decreto 4161, una disposición tan insensata como la mentalidad de quienes lo impusieron. Una disposición tan monstruosa y aberrante que sólo hubiera podido ocurrírsele a un Stalin o a un emperador de la tercera dinastía Han.

Incansablemente, sin tregua, sin pausa, nos aplicamos a emborronear paredes. Después, cuando se alcanzó la etapa superior del mimeógrafo, pasamos a los volantes, a los panfletos, los pequeños pasquines, los informativos. La dictadura, naturalmente, tenía todos los medios masivos de opinión. Estaba empeñada en dismantelar al país

PERON VUELVE

de todas sus defensas y reservas y en derogar el artículo 40 de la Constitución Justicialista de 1949.

Además, y no era el menor de sus empeños, la "libertadora" se había encaprichado en "desterrar el mal gusto impuesto por los peronistas" y substituirlo por la cultura de las señoras gordas.

Pero la tiza y el carbón vencieron una vez más. Y ésta obra fue realizada por el pueblo anónimo que, como Martín Fierro, figura en todas las listas pero en las de pago no. Ya se sabe que en la hora del triunfo y la victoria, primero los ventajeros. Desde el 55 hasta el 58 luchó el pueblo, sólo el pueblo. Después hubo otras aperturas que permitieron que otro tipo de gente subiera a la superficie.

¿Cómo fue descabezado el Movimiento en el 55? Desde un punto de vista estrictamente formal, la mecánica fue muy simple: la "libertadora" detuvo y encerró a todos los que pudo, de los entonces llamados dirigentes. El resto, lisa y llanamente, desaparece de circulación negándose a toda actividad. Salvo muy escasas y muy honorables excepciones las figuras de primera y aún de segunda línea no se ven en la resistencia. Nadie: ni sindicalistas, ni políticos, ni militares. Los que no están presos están exilados y el resto, la mayoría, no quieren lola.

Y hasta los que están presos, muchos de ellos tratan de hacer buena letra. Los que estuvieron en Caseros deben recordar a una de las más altas autoridades partidarias, un mozo grandote, bien plantado, dueño de un gran apellido y de toda la guita del mundo. Habitualmente usaba boina. Cuando era requerido por un celador, se ponía de pie, se sacaba la boina, las manos en la espalda y "sí, señor" y "sí, señor". Hacía buena conducta. En el conocido libro de Jacinto Oddone, su familia aparecía entre las primeras grandes poseedoras de latifundios.

Naturalmente, los duros y grasunes si estábamos parados nos sentábamos; si estábamos sentados nos acostábamos. Ninguno lo hacía para seguir el proverbio árabe pero era norma no llevar el apunte al carcelero.

Por lo demás, es una ley histórico-social. En toda gran causa nacional la que se juega entera, siempre, es la gente más humilde, los pobres, los estamentos más vinculados a la tierra, al país real. Cuando los romanos invaden las Galias, la aristocracia no tarda en plegarse a los vencedores y adaptar con entusiasmo sus usos y costumbres; es el pueblo el que resiste con Vercingetorix. Lo mismo pasa en Grecia. Los llamados eupátridas —los bien nacidos, los decentes— son los que se rinden primero, hasta expresando simpatía al dominador.

El patriotismo siempre está en el pueblo. La montonera gaucha resiste y derrota catorce invasiones godas mientras la oligarquía salteña negocia en nombre del orden y la autoridad. Es la misma oligarquía que asesina a Güemes y que después se llena la boca con su nombre y le levanta una estatua. Este sí que es verdadero "contrabando ideológico..."

Lo que resulta incomprensible es cómo todavía hay boludos para los cuales no existe ninguna diferencia entre el terror blanco, que proviene de los privilegiados, con la cólera reivindicativa del pueblo. El terror blanco asesina sin piedad, con violencia perversa. Es una mezcla de odio y temor, como puede comprobarse en los ojos de los represores. Es el odio y el miedo mezclados el que produce esa morbosidad sádica que es el terror blanco. Saben que, a la larga, van a ser desplazados inexorablemente, que tienen el futuro en contra. Por eso siempre destruyen sin sentido, estérilmente. Destruyen lo grande y lo pequeño. Destruyen.

No hay como la propia experiencia que se vive en la lucha para comprender la historia. La práctica concreta, vale más que una biblioteca o, por lo menos, la complementa exhaustivamente. No hay distingos entre la masacre de Villamayor y la masacre de José León Suárez. En Villamayor, 130 gauchos mal montados y mal armados siguen al coronel don Gerónimo Costa, el héroe de Martín García. Es una pequeña montonera rosista recién desembarcada. Mitre, ministro de guerra, con todos los medios y recursos en sus manos, disponiendo de una enorme superioridad en hombres y potencia de fuego, los busca, los aplasta y los degüella implacablemente. Debe ser la única batalla que gana en su vida. Y luego es agasajado y festejado como un paladín por los eupátridas miembros del Club del Progreso.

La historia es siempre eso: una eterna lucha entre la opresión y la liberación. Ni siquiera cambia el lenguaje. Cuando el oprimido se defiende y lucha y pelea, además de vago y mal entretenido es un cobarde emboscado, carente de valor para dar la cara, él solo, a una fuerza regular especialmente entrenada y sólidamente armada. El valor, la altivez, la guapeza, siempre la tuvo el Remington cuando enfrentó la tacuara. Así fue ayer y así es hoy. Es igual en Villamayor, en 1856, que cien años después, en 1956, en los basurales de José León Suárez y en los fusilamientos de Lanús y la Penitenciaría.

En esa época nos costó comprender que ya no corrían ni las aventuras militares, ni las chirinadas, ni los golpes de Estado, sino la rebelión de todo un pueblo. Tuvimos que entender que una insurrección auténtica no nace en los cuarteles sino en el seno del pueblo. Las revoluciones legítimas no se improvisan ni surgen sin un proceso previo de maduración y de preparación.

Todo eso debimos aprenderlo en la dura y áspera experiencia diaria. Como también aprendimos que, en el camino de la liberación, hasta los errores también suman y la sangre derramada nunca es estéril, siempre es fecunda y constituye el único ligamento con que se construye firmemente el porvenir.

Ya entonces recorriamos las zonas del Gran Buenos Aires, donde los peronistas comenzaban a estar como el pez en el agua. Allí siempre había una cocina amiga donde tomar unos mates y un sitio seguro donde poder aguantarse si era ne-

cesario. ¡Las cocinas que hemos conocido! En esos años, el que más o el que menos, los trabajadores ya tenían su casita y su cocina hospitalaria, abrigada en invierno y fresca en verano. Cocinas alegres, limpias, con su heladera en un rincón, la mesa con el hule, las sillas acogedoras. Y el mate o una cervecita helada y, a veces —en ese entonces, claro—, la carne para el asadito en el fondo. No sé hacer poemas, pero sugiero ese pequeño homenaje que todavía no se ha rendido a las cocinas humildes, de nuestras barriadas, que fueron verdaderos fortines del Movimiento Peronista.

Allí se realizaban las reuniones con los compañeros barriales, se distribuía la propaganda, se establecían enlaces, se programaban las pintadas, se planeaba la acción. Allí nos reuníamos, en el ámbito mimético de las cocinas, donde todos son iguales y se confunden, donde nadie llama la atención, como en una gran familia.

¿Cómo hacíamos para encontrarnos, reconocernos, hablarnos? En aquel tiempo todos éramos otros y nadie decía nada. Eramos como ostras cerradas hasta que un algo leve, un mutismo expresivo, una manera especial del silencio o un no sé qué difícil de explicar, como si fuera un código esotérico para iniciados únicamente, nos hacía reconocer como compañeros. Y entonces nos agarrábamos fuertemente y nos sentíamos como si fuéramos una fortaleza.

A veces nos llegaba una información. En Villa Crespo o en Mataderos, en algún lado, existía un compañero o un grupo que quería "trabajar" o estaba "trabajando". Ir, encontrarnos, conversar, entendernos. Así se iban formando los llamados Comandos de la Resistencia, tan frágiles de medios y de recursos pero tan fuertes en la voluntad y en la decisión.

Comenzaron a surgir algunos signos de reconocimiento a través de expresiones pintorescas, por ejemplo, los emblemas de nomeolvides en la solapa del saco, cuando todavía se llevaba saco. El silbido de "fumando espero", un viejo tango que hicimos resurgir. Así, a veces, reconocíamos un cumpa, un hermano, un peronista.

Otro sistema consistía en "pescar" frente a las pizarras de los diarios, que siempre estaban llenas de gente comentando las noticias. Era cuestión de estarse allí y esperar el momento de largarse con una reflexión o un comentario. O, de repente, salía un tipo que no había abierto la boca para nada y de golpe se despachaba con una sola frase, seca como un puñetazo, para decir lo justo. Era una peronista y no nos equivocábamos.

Solía ser una manera de no decir nada, a veces, diciéndolo todo para los que estábamos en la cosa. Entonces al personaje en cuestión se lo abordaba con todo el ritualismo necesario.

Había personajes extraordinarios. Recuerdo a una compañera desconocida que, en plena calle Florida, frente a "La Nación", exasperaba a los contreras que la increpaban, con su silencio rebelde y medido. Hasta el momento oportuno en

que, hábilmente, se soltaba con alguna expresión aparentemente tangencial pero tan contundente que dejaba sin respuesta a sus interlocutores. Y era una simple mujer de pueblo, una compañera peronista, para la cual el 4161 era joda.

Recuérdese que ninguno de nosotros tenía experiencia conspirativa. Jamás habíamos trabajado en la clandestinidad. Tampoco teníamos una auténtica tradición de lucha. Las masas obreras de nuestro Movimiento tenían su origen en la emigración interna de los trabajadores del campo, que se habían desplazado a la ciudad y se habían transformado en obreros industriales. Eran los "cabecitas negras" que habían nacionalizado, acriollado al movimiento obrero, pero carecían, naturalmente, de una tradición de lucha en centros urbanos fabriles. La límpida trayectoria montonera de sus antepasados había sido borrada después de cien años de régimen cotidiano cipayo y entreguista.

La caída del 55, realizada violentamente desde arriba, arrasando con todo, fue nuestra gran prueba: fue como un Juicio de Dios. Fue entonces cuando tuvimos que aprender muchas cosas. Saber quiénes éramos y dónde y cómo encontrarnos. No buscamos en absoluto alianza con nadie. Sabíamos que seguíamos siendo la mayoría del pueblo, aunque en ese momento éramos muy pocos, férreamente compartimentados en ínfimos grupúsculos.

Por lo demás, esa férrea compartimentación fue necesaria. Eramos sectarios y dogmáticos. Fue la mejor manera de defendernos y pervivir. Cada grupo o conjunto creyó ser el primero, el único, el inventor exclusivo de las consignas que se lanzaban a la calle.

La verdad es que nadie inventa una terminología. Surge un poco de todos. La primer divisa, el primer lema —y recuerdo que pensando en las pintadas me pareció largo— fue LA VUELTA INCONDICIONAL E INMEDIATA DEL GENERAL PERON. Larga o no prendió en todos. La repetimos, la reiteramos, la afirmamos. Salió como pie en todos los volantes, en todos los panfletos, en todas las proclamas. La escribimos en todas las paredes. Se difundió en el país.

Bueno, compañero, todo esto es bastante incoherente y, además, es seguro que no dije todo lo que quería, o dije mucho o dije poco. Y terminaré con una reflexión: después de Caseros pasaron más de ochenta años de escamoteo histórico, de falseamiento de la verdad nacional, de ignorancia premeditada de la época de Rosas el Grande.

A la Primera Resistencia, la que va del 55 al 58, no me corresponde juzgarla. Le reivindico un mérito que nadie podrá discutirlo. NOSOTROS, LAS PERONISTAS DE LA PRIMERA RESISTENCIA, EVITAMOS LA REPETICION DE CASEROS. Sin permitir que se apagara, mantuvimos encendida la llama sagrada de Perón. Y esa llama fue la que, al final, floreció en la gran hoguera del 25 de mayo de 1973. ♦

Compañeros de La Cantábrica

responden sobre cuestiones económicas, gremiales y políticas

P. y L. — ¿A quién pertenece la mayoría de los capitales de La Cantábrica?

— Actualmente, desde que acudió en su ayuda en el año 1972 el Banco Nacional de Desarrollo, esta institución tiene el 63 % de las acciones, el resto pertenece a capitales privados nacionales.

P. y L. — ¿Cuáles fueron los orígenes y el desarrollo de La Cantábrica?

— Fundada en el año 1902, La Cantábrica es la pionera de la industria siderúrgica argentina. Se traslada de Barracas a Haedo —donde se halla ahora— en el año 1942 e instala los primeros hornos Siemens-Martin para la producción de acero en lingotes; también trenes laminadores a vapor para transformar los aceros en distintos perfiles. Esa fue y es la principal actividad de la empresa. Se han instalado luego los talleres de máquinas agrícolas, fundición, mecánica, parque de materia prima, etcétera. Alcanza en el año 1959-60 a tener el máximo personal: 5.000 obreros y empleados. Marca también ese año el comienzo de una larga y profunda crisis que aún perdura, motivada por diversas causas, entre ellas la coyuntura económica nacional, la deficiente dirección técnica-administrativa y el retiro paulatino de tradicionales y poderosos capitalistas privados, que veían peligrar su negocio. Actualmente cuenta con un plantel de 2.000 trabajadores, se han realizado cuantiosas inversiones y con apoyo oficial está saliendo de un estado prácticamente de quiebra.

P. y L. — ¿Se ha tecnificado? ¿Es tecnológicamente independiente del extranjero?

— En la crisis mencionada tuvo fundamental importancia el atraso tecnológico de sus instalaciones, que la imposibilitaba para competir en el mercado. Hoy, con la instalación de un tren laminador de alta producción, está en ese sentido a la altura de las empresas más avanzadas. Otros dos trenes laminadores están medianamente tecnificados, lo mismo que las secciones de máquinas agrícolas, de fundición, etcétera. El atraso técnico más notable corresponde a la sección acería, que no produce todo el acero necesario para el sector laminación. Tecnológicamente es independiente del extranjero, salvo en lo concerniente a los repuestos del tren nuevo, importado de los Estados Unidos.

P. y L. — ¿Qué evolución han tenido los aspectos sociales, como por ejemplo la ocupación, el nivel de ingreso en comparación con la productividad del obrero y con lo que ocurre en otras siderurgias, el régimen disciplinario, la insalubridad, la realización de horas extras, el atraso en los pagos, etcétera?

— Como es natural, la situación inestable de la empresa —que ya mencionamos— repercutió sobre la ocupación. Los premios por producción alcanzaron un máximo del 30-40 % del salario básico en años anteriores al 66-67. Desde esa fecha han ido disminuyendo hasta alcanzar en la actualidad un 10-15 % en acería y laminación; en otros sectores esa proporción es aún menor. A niveles relativos de producción, está por debajo de los premios que se pagan en la misma. Esta situación debe ser totalmente revisada y adecuada a la realidad actual. Esto incluye desde luego el aspecto social, las tareas insalubres, el trabajo penoso porque hay que soportar altas temperaturas, etcétera. La realización de horas extras varía de acuerdo

con las necesidades de la producción; se trata de algo que hay que analizar en profundidad por su implicancia económico-social. Los atrasos en los pagos que soportamos en los últimos años, se solucionaron a partir de los últimos tres meses.

P. y L. — ¿Cuál es la materia prima que usa la empresa? ¿Es técnicamente aceptable? ¿Hay garantías en cuanto a su provisión? ¿Cuál es la situación general del país en lo referente a materia prima? ¿Qué pasa en particular con la chatarra?

— Dentro de las dificultades financieras que todavía no están superadas, el abastecimiento de materia prima es aceptable. Luego de una reciente crisis de abastecimiento de palanquillas y chatarra se ha logrado, a través de tratativas oficiales, los cupos requeridos. El abastecimiento de palanquilla, que elabora SOMISA —principal proveedora del país a las plantas semiintegradas, como la de La Cantábrica— va a ser resuelto definitivamente con la puesta en marcha de las obras de expansión de la citada empresa, la cual cubrirá totalmente el mercado interno.

En lo referente a la chatarra la situación general es de escasez a nivel nacional, como reflejo de la escasez a nivel mundial. La gran demanda del producto hace que los precios superen cada vez más a los establecidos en la política económica nacional, por eso consideramos necesario que el Estado, ante la existencia de unos pocos acaparadores que pretenden distorsionar las leyes vigentes fijando ellos precios de mercado negro para un producto tan vital en las industrias básicas de la producción de acero, monopolice el producto. Así se terminaría con estas maniobras que dañan seriamente las fuentes de trabajo y la economía nacional en este proceso de reconstrucción y de liberación.

La Cantábrica, como ente del Estado, ha comenzado a sufrir la falta de ese producto —lo que todavía no está superado— por negarse a pagar precios mayores que los establecidos; eso confirma nuestra apreciación en toda su real magnitud.

P. y L. — ¿Qué tipo de producción tiene la fábrica? ¿Cuál es la situación del mercado interno para sus productos? ¿Debe competir con importaciones o empresas monopolistas imperialistas radicadas en el país al amparo de la legislación sobre inversiones extranjeras anterior?

— Fundamentalmente La Cantábrica produce aceros laminados en una variada gama de perfiles; en este año alcanza ya las 110.000 toneladas. Además fabrica máquinas agrícolas, por ejemplo sembradoras y arados de diversos tipos, así como otras piezas de máquinas para el campo, repuestos para ferrocarriles y para tractores y máquinas viales. La situación del mercado interno en los rubros mencionados es altamente favorable por la gran demanda. La competencia con importaciones o con empresas extranjeras radicadas en el país tiene escasa importancia o no existe, según los casos.

P. y L. — La parte obrera ha sido requerida para apoyar la conducción de la empresa en las crisis debidas a créditos atrasados, provisión de materia prima, etcétera. O sea que la representación de los trabajadores en la conducción es admitida e inclusive requerida en los momentos de crisis. Teniendo en cuenta eso ¿no sería mucho

más conveniente y justo que los obreros tengan una participación permanente en un sistema de cogestión empresarial?

— Nosotros consideramos, a la luz de los sucesos que ya mencionamos, conveniente y justo la participación permanente de la parte obrera en un sistema de cogestión empresarial. Ha sido la clase obrera la que, con su movilización y su lucha, permitió superar los momentos de aguda crisis y de amenaza a la continuidad de la fuente de trabajo.

P. y L. — En la presente situación política del país, que posibilita un desarrollo más libre de las fuerzas de la clase obrera, ¿cuáles serían los objetivos para alcanzar en el mediano plazo?

— Creemos que en el mediano plazo debemos lograr condiciones de trabajo dignas, asegurar de todas formas la marcha de esta empresa, conseguir su recuperación y un control estricto del correcto empleo de los fondos del Banco Nacional de Desarrollo.

P. y L. — ¿Debería ser nacionalizada La Cantábrica, para dar las bases de un plan siderúrgico con independencia de los capitales extranjeros y con el respaldo de los trabajadores participando de su conducción?

— La Cantábrica debe ser nacionalizada para evitar —como lo demuestra la dura experiencia vivida— que una vez lograda su recuperación pueda ser vendida a accionistas privados. Además, la participación de los trabajadores en la conducción asegura, para beneficio de la Nación, la independencia de toda penetración extranjera en un rubro vital para la economía y el desarrollo nacionales.

P. y L. — ¿Cuál es la posición del Secretariado Nacional del gremio metalúrgico sobre los temas planteados?

— La conducción de la U.O.M., lo mismo que a nivel de la seccional Morón, ha tenido la actitud de contemporizar con las reglas de juego impuestas por los empresarios y de no plantear soluciones de fondo, como aquí se ha hecho, soluciones de fondo que están en el sentir de los trabajadores metalúrgicos de La Cantábrica, quienes han demostrado su madurez y su rica experiencia al requerir soluciones definitivas.

P. y L. — ¿Qué comentario final considera necesario hacer sobre la situación actual y las perspectivas de La Cantábrica?

— Son varios los factores que han colocado a La Cantábrica en su actual estado de estancamiento productivo y crisis financiera; aquí analizaremos las nuevas perspectivas que se presentan para superar esa situación y sus implicancias políticas, económicas y gremiales.

A principios de este año la Directiva Gremial informó al Cuerpo de Delegados de fábrica que a raíz del déficit crónico de la empresa el Banco Nacional de Desarrollo no ayudaría más a La Cantábrica con los préstamos que venía otorgando. Por ese motivo se realizaron tratativas entre el Banco, la U.O.M. y la C.G.E., para analizar la posibilidad de que la empresa pasara a manos de la U.O.M. y la C.G.E. en partes iguales tratando de recuperarla en todos sus aspectos económicos (que fuera rentable) y productivos, a fin de evitar el cierre de la misma con todas las implicancias negativas para el futuro de 2.000 compañeros y para la economía de la Nación.

Mientras se forma una comisión de expertos de la U.O.M., a principios de febrero se integra al directorio de la empresa un delegado obrero enviado por la C.G.T., que entra en funciones para resolver los problemas más urgentes y recavar directamente todos los datos, planes y situación económica financiera de La Cantábrica. Dentro de esa coyuntura analizaremos luego la actitud de la U.O.M. y la campaña electoral mezclada y manejada por el Secretario General CACHEDA.

La semana pasada se proporcionó al cuerpo de delegados un informe del delegado obrero acerca de las tratativas realizadas, las soluciones a que se arribó en algunos casos y el estudio y posibles soluciones en otros.

1) Las tratativas realizadas con SOMISA: con respecto a la normal entrega de palanquillas, de acuerdo con la

capacidad de laminados, se logra un compromiso de entrega de alrededor de 5.000 toneladas mensuales (actualmente se entregaban 1.200 toneladas mensuales), de la siguiente manera: 3.000 toneladas de palanquillas y la instalación en SOMISA de lingoteras de La Cantábrica para recibir chorro líquido de acero, con una capacidad de 20.000 toneladas anuales, lo que sumado a la producción propia de acería llegaría a las 10.000 toneladas mensuales de productos laminados.

2) El abastecimiento de chatarra se cumple con normalidad, pero se deben pagar precios elevados por ser un producto que escasea a nivel nacional e internacional y monopolizado por 3 ó 4 distribuidores. Precisa el compañero delegado obrero la necesidad de romper ese monopolio y que el Estado sea el encargado de la distribución y comercialización para evitar la especulación de todo tipo con un insumo vital para la siderurgia, cosa que nosotros compartimos totalmente.

3) Otro rubro que se ha dejado de producir es el de las máquinas agrícolas y sus respectivos repuestos. Esto es lo más crítico en la actualidad, porque se está por llevar a cabo una maniobra fraudulenta para vender los planos de esas máquinas que fueron otorgados a La Cantábrica hace 30 años por la firma norteamericana "Oliver". Se ha hecho la correspondiente denuncia y se investiga el caso. Esto es sumamente grave para el futuro del sector, que es fuente de trabajo para 300 compañeros, sobre todo cuando existen favorables condiciones nacionales y externas en ese rubro por los planes de expansión de la producción agropecuaria elaborados por el gobierno popular. El problema mayor por solucionar es el de una financiación a través de préstamos, ya que por las condiciones financieras propias, La Cantábrica no está en condiciones de abastecer tales productos, por cuanto se cobra a 180 días de plazo. También es necesario encargar una red de comercialización en varios puntos del país y asegurar los repuestos para los mismos, ya que el principio de esta crisis en el sector agrícola se manifiesta cuando comienzan a dejar de fabricarse, poniendo al descubierto los intereses en juego contra La Cantábrica que provienen desde las esferas directivas y de otros personeros. Todo esto se suma a otras maniobras realizadas, como por ejemplo la de la maquinaria para la sección forja, que estaba en el puerto desde hace dos años y que no se trajo a la fábrica para su instalación hasta la semana pasada, aunque sirve para producir bienes muy requeridos en el mercado, ya que se trata de diversas piezas para ferrocarriles, tractores, automóviles, etcétera.

Otra maniobra que se investiga es la pérdida para La Cantábrica del mercado de torres de alta tensión, por una supuesta no rentabilidad en su fabricación y que ha sido otorgado a otra empresa. Todo ello demuestra la existencia de oscuros intereses que actúan en contra de nuestra fuente de trabajo. Nosotros debemos llegar hasta las últimas consecuencias en resguardo de nuestro medio de vida y en resguardo de la economía nacional.

4) En cuanto al traspaso de la empresa a la U.O.M. es evidente la maniobra que con fines electorales fue hecha por la directiva gremial a comienzo de la campaña, por cuanto como institución gremial está imposibilitada de ejercer funciones empresariales. Eso hace que hasta el presente — pese al tiempo que pasó — no se comunique ningún avance en las tratativas que se dice hay en altas esferas entre funcionarios del Banco Nacional de Desarrollo, la U.O.M. y la C.G.E. Para los compañeros cada vez es más evidente el engaño a que fueron llevados por directivos sin escrúpulos, que apelan a cualquier método para sostenerse en sus sillones.

5) Nosotros debemos plantearnos firmemente, luego de pasar por todos estos hechos que muestran la corrupción empresarial privada y la gremial en contra de los intereses de los trabajadores y de la economía nacional, la necesidad —y la posibilidad con el Gobierno Popular— de que esta empresa pase a manos del Estado con el control y la participación activa de la clase obrera en su dirección.

Morón, 30 de marzo de 1974.

El libro Azul y Blanco de Perón

Leónidas C. Lamborghini

Poco antes de las elecciones del 24 de febrero de 1946 tuvo circulación el llamado libro "Azul", un libelo pergeñado por Spruille Braden con la complicidad del Partido Comunista local para dar "viento" a la Unión Democrática. Fue publicado por la Secretaría de Estado yanqui en la que, luego de sus correrías por la Argentina, Braden se desempeñaba como ayudante. Su cargo inmediato anterior había sido el de embajador de los Estados Unidos en nuestro país, algo que, precisamente, las implicaba y de un modo por demás notorio: la aventura había consistido en anudar los intereses de la oligarquía vernácula con los de la superestructura política liberal y el P.C. de don Victorio Codovilla, contra los de la clase trabajadora, cuyo candidato natural era Perón.

Los dardos tenían por centro, sustancialmente, a este último, al que se caracterizaba como "nazi", "fascista", "totalitario", etc. La maniobra consistía en escindir a la clase media de la clase obrera contraponiéndola a ésta, con los conocidos slogans de "democracia" y "libertad"; de este modo la oligarquía dominante buscaba instrumentar el "colchón" de los sectores medios para neutralizar el empuje revolucionario del peronismo naciente. La patraña "democrática" no dejó de causar impacto en esas capas tradicionalmente confundidas, asimiladas al proyecto colonial, en momentos en que, por lo demás, el esquema aliadófilo funcionaba como fuerte señuelo diversionista.

Lo que se jugaba realmente era —como si ahora saltáramos de pronto al 11 de marzo de 1973 y su ballottage del 15 de abril último— la continuidad en la dependencia o el intento siempre latente de la liberación nacional. En ese entonces la antinomia Dependencia o Liberación tuvo esta otra expresión: Braden o Perón, pero quería decir exactamente lo mismo. Contra la confabulación oligárquica-imperialista las urnas, finalmente, dieron el triunfo al peronismo, que obtuvo 1.527.231 votos contra 1.207.155 de la Unión Democrática; la diferencia fue de 320.076 sufragios, lo que representaba un 11 por ciento de los votos.

El Libro "Azul" de Braden y del P.C. codovillista fue, con todo, una pieza maestra a los fines

de la oligarquía nativa y el imperialismo yanqui, unidos en un mismo propósito de perpetuar el statu quo colonial. La presencia del P.C. local confería el necesario tinte "progresista" y, asimismo, ratificaba la alianza entre las dos superpotencias imperiales durante la guerra. La Unión Soviética y Estados Unidos se disponían a repartirse el mundo, tal como en seguida lo hicieron: un connubio perfecto, que tenía su réplica argentina en la alianza P.C. codovillista-Braden.

La escasa diferencia de votos lograda por el peronismo el 24 de febrero de 1946 debe evaluarse en este contexto donde la clase media virtualmente en masa siguió los sonos de flautistas como Braden, Tamborini, Santamarina y Codovilla que la conducían a su propio precipicio. Del otro lado estuvieron los obreros, los peones de campo —esos lumpen, esos descamisados según los llamaban los esclarecidos dirigentes del P.C.— que se habían pronunciado por la Patria y por su Líder. Una vez más la "alpargata" era dueña de la razón histórica frente a los letrados; una vez más la "Civilización" podía usarse como sinónimo de cipayismo, en tanto la "Barbarie" se erigía como bastión de la resistencia frente a la descarada intervención imperialista.

La publicación del Libro "Azul" provocó la del Libro "Azul y Blanco", eficaz refutación donde se ponía al desnudo, precisamente, dicha intervención. Desde el lado de la Revolución del 4 de junio de 1943 y lo actuado hasta ese momento, apuntaba a dejar probada de modo irrefutable la descarada intromisión yanqui y la traición de los sectores "nativos" que estuvieron a su servicio. Nuevamente se había tratado de falsificar la realidad con "mentiras a designio" tal como lo quería el gorila Sarmiento, pero sin haber contado con la lucidez y madurez de una clase trabajadora para la que había llegado su hora y que tenía plena conciencia de ello.

En el Libro "Azul y Blanco" se arrancaba la careta a la mascarada "democrática" a través de la simple enumeración de sus dirigentes más conspicuos miembros del "Círculo Braden": como en una pantalla aparecen retratadas nítidamente en esas páginas las vinculaciones oligárquico-im-

perialistas de cada uno de estos personajes, pelucos de la era del fraude todos ellos.

Como es sabido, detrás de la Unión Democrática estaba el grupo monopólico de los Bemberg. En la página 33, se detallan pormenores que hacían a la amistad de este último con los Bemberg, sancionados —casualmente— durante el gobierno de la Revolución del 43, por defraudación de impuestos. Respecto de los dos candidatos de la U.D. Tamborini y Mosca —integrantes del elenco—, sus respectivos "curriculum" muestran que el primero de ellos había sido uno de los inspiradores del movimiento anti-yrigoyenista y era socio del Jockey Club, reducto de la más rancia oligarquía (donde se había consagrado como campeón de "rummy" en 1945); en cuanto al segundo, sus antecedentes "democráticos" lo señalaban derogando la Constitución provincial de Santa Fe en 1921; otra gema: diploma rechazado por el Senado de la Nación "por sus orígenes fraudulentos". Esta era la pareja presidencial de los paladines de la democracia y la libertad que se rasgaban las vestiduras a cada rato en los altares de la U.D.

Pero ni Braden, ni los Bemberg, ni todos los representantes "nativos" de la antipatria pudieron contra la clase trabajadora argentina.

En la ya citada página 33 se dice textualmente: "Debemos comprender que la presencia del pueblo argentino en las calles de Buenos Aires ha sido una de las más graves sorpresas que conmovieron al espíritu del señor Braden. En efecto, el señor Braden, encerrado en el círculo de sus numerosos amigos vinculados con los negocios de nuestro país, no intuyó jamás tras de ellos la existencia de una masa cuyas necesidades más primordiales iban siendo resueltas por el Gobierno de la Revolución. Sólo supo de los hombres de gobierno a través de ese círculo de resentidos que se amparaban en la embajada norteamericana solicitando su apoyo, casi caritativamente, para salvar las migajas que los decretos revolucionarios restaban a sus inmensas fortunas. Para que el lector tenga una idea de quiénes frecuentaban al señor Braden, tendríamos que reproducir 'in extenso' la guía de sociedades anónimas que funcionan en el país y agregar a ella lo más conspicuo de nuestra oligarquía terrateniente y sus elencos políticos. Por nuestra parte, transcribiremos al azar algunos nombres y títulos para que no se nos juzgue malicidentes, recomendando al lector que repare que tales títulos nada tienen que ver, ni tienen relación alguna, con esos problemas de cultura en nombre de la cual los aludidos y el señor Braden se permiten menospreciar al pueblo trabajador, atribuyéndole ceguera de juicio y miseria espiritual." Y a continuación se daban los nombres de algunos de esos caballeros, nómina en la que figuraban —además de los ya nombrados— Joaquín S. de Anchorena, Justiniano Allende Posse, Pablo Calataud, Luis Colombo, Félix Alzaga Unzué, Octavio Amadeo, Julio A. Noble, Mariano Castex, Alejandro Ceballos.

Y bien, desde entonces, bastante agua ha corrido bajo los puentes. Y sangre también. Esto no hay que olvidarlo; no por revanchismo sino, estrictamente, por un deber que impone la justicia liberadora. El Libro "Azul y Blanco", en ese sentido, patentiza reveladoramente la situación de un país colonial llegado al límite en que se juega su sumisión total o la tentativa renovada de liberarse de sus cadenas. Como puede verse, una encrucijada recurrente a lo largo de nuestra historia pero cuyas variantes, en cada estadio, señalan un avance cada vez más significativo hacia el logro del objetivo de la liberación nacional.

Para no remitirnos sino al elemento sintomático que proporciona el llamado "veredicto de las urnas", tenemos que si el 24 de febrero de 1946 el pueblo trabajador ganó por un 11 por ciento, entre el 11 de marzo y el 15 de abril de 1973 se computa —para no tomar más que las cifras oficiales— una ventaja promedio del 55 por ciento entre las dos vueltas.

Al margen de esto, el Libro "Azul y Blanco" ofrece la posibilidad de trazar ciertas comparaciones, cotejamientos. Si para aquellos días se produjo la intervención desembozada de los Estados Unidos a través de su embajador "increíble", en el presente no hubo necesidad de ello: la penetración imperialista actuando desde el mismo corazón del gobierno "native" ha buscado torcer la voluntad popular para salvaguardar, al mismo tiempo, sus intereses de casta y de clase ligados a los intereses de la metrópoli. La antinomia del 11 de marzo y del 15 de abril admitió también esta formulación: Lanusse o Perón, igual a Braden o Perón, igual a Dependencia o Liberación.

En el Libro "Azul y Blanco" se hace por demás evidente el papel que el peronismo y Perón reservan al pueblo en su conjunto y a la clase obrera en particular, erigiéndolos en los verdaderos protagonistas del proceso, en tanto el clan Braden y su Unión Democrática —como queda consignado— no contaban con esa irrupción. Por eso la sorpresa de Mr. Braden, tal como se la alude en la ya citada Introducción. Pero para Perón y el peronismo el pueblo, la clase obrera siempre contó en primer término, y la sorpresa en 1973 fue esta vez de Lanusse, quien creyó que el Gran Acuerdo Nacional podía hacerse en una especie de pulseada entre él y Perón, al margen del pueblo trabajador. Pero eso era apostar al absurdo y Lanusse perdió la apuesta, como un Braden cualquiera. No vio o no quiso ver, más bien, que para Perón se trataba de jugar en el tapete de la historia y con el pueblo interviniendo en la partida, y no en la mesa de los fulleros, con las cartas marcadas y el pueblo como invitado de piedra.

Sobre el papel del P.C. "argentino" como eje de la contrarrevolución, aliado al demoliberalismo vernáculo, su deterioro entre 1946 y 1973 se hace también patente. El P.C. del finado don Victorio Codovilla y del todavía no finado don Rodolfo Ghioldi (esto en el sentido meramente físico, por supuesto) aparecía en 1946 como la verdadera

sostiene el Partido Comunista, refiriéndose entonces al "Cabildeo Abierto": "Los inspiradores del 'Cabildeo' dirán que esa es la opinión personal de un periodista —alude a las denuncias formuladas por Mangan en la revista aristocrática "Fortune" de Nueva York—, o la opinión de un grupo de millonarios que sueñan con la 'vieja diplomacia del dólar'. Dirán, mentirosos y farsantes que esa no es la política actual de la Casa Blanca, de Roosevelt, de Cordell Hull. A estos vendepatria, a estos quintacolumnistas, para confundirlos les reproduciremos unas interesantes declaraciones de Cordell Hull . . . ". El diario "La Hora" publica también, el 23 de mayo, esta interesante manifestación: "¿Sería lógico, para enfrentar el peligro que viene de Estados Unidos, entregarnos en brazos de Alemania? Sería una traición. Pues es igualmente una traición querer prevenir el peligro nazi entregándonos al imperialismo yanqui o inglés".

En el periódico "Orientación", órgano oficial del Partido Comunista, el señor Rodolfo Ghioldi, el jueves 17 de abril de 1941 publica un extenso artículo para denunciar los planes que el señor Spruille Braden está desarrollando en América. Asevera el jefe del Partido Comunista en la Argentina que "en los planes norteamericanos, América latina no saldrá de su actual degradación económica, continuaría siendo el abastecedor de materias primas y alimenticias. Con esta diferencia, sin embargo: que pasaría a ser exclusivamente fiscalizada por el imperialismo yanqui. El plan económico panamericano no es otra cosa que el espacio vital exigido por los Estados Unidos. No se trata ya de coparticipación en la explotación colonial, sino del monopolio norteamericano sobre América latina". Añade el señor Rodolfo Ghioldi poco después: "Alentada por la experiencia de sus conquistas en ocasión de la primera guerra imperialista, la clase capitalista de los Estados Unidos aspira ahora a ganancias mayores. Su apetito ha crecido fantásticamente. Desea la hegemonía mundial, como lo dice Wilkie, y necesita la dirección monopolista sobre América latina". Concluye el dirigente del Partido Comunista de la Argentina con estas palabras: "Nadie deja de ver, en la guerra desatada por el imperialismo —se refiere a la que ha terminado en 1945—, la salida revolucionaria. Nunca como hoy el fantasma de la revolución atormenta a los dirigentes del capitalismo mundial. La combinación de las insurrecciones proletarias en los países avanzados con los levantamientos nacionales antiimperialistas en los países coloniales y semicoloniales, preséntase como uno de los más probables caminos. Precisamente por ello, los socialistas argentinos, que siempre negaron la existencia del imperialismo, surgen ahora como sus abanderados, los socialistas chilenos como sus instrumentos y el aprismo como su puntal. Hay que frenar y evitar los movimientos antiimperialistas de masas, y ello puede obtenerse únicamente al precio de pasar franca y directamente al campo del imperialismo yanqui. Cuando las cuestiones de la liberación na-

cional se colocan agudamente y con carácter de inminencia, hay que despojarse hasta de la hipocresía antiimperialista y exhibirse como heraldos del imperialismo norteamericano. Ese camino, es el mismo recorrido por el señor Haya de la Torre desde su consigna 'contra el imperialismo yanqui' a su 'slogan' actual: 'Por la alianza con los Estados Unidos'. Las posiciones activas contra el movimiento de liberación nacional conducen inevitablemente, como ocurre en Argentina y Chile, a la alianza con la oligarquía".

Muchas son, desde luego, las pruebas semejantes a las expresadas que se podrían acumular para demostrar que el Partido Comunista de la Argentina sostenía, con la virulencia con que acostumbra subrayar su posición, entre otras las siguientes premisas:

1º) Que Estados Unidos representa, mientras favorezca con la protección oficial el desarrollo de los monopolios financieros, de sus trusts y de sus grupos económicos, al imperialismo capitalista.

2º) Que esperaba obtener, de la guerra, el control de la economía mundial.

3º) Que amparaba su política de expansión imperialista en el aprovechamiento cada vez mayor de la materia prima de los países coloniales y semicoloniales, impidiendo que se transformaran en industriales y tratando de mantenerlos dentro de una economía agraria y primitiva.

4º) Que para obtener la materia prima a menor costo necesitaba que el proletariado de los países coloniales y semicoloniales cobrara salarios cada vez más inferiores y soportara condiciones de trabajo que no influyeran en un mayor costo de la producción.

5º) Que siendo la guerra de tipo imperialista, todo país que aspirara a mejorar su suerte y que pudiera, como el nuestro, permanecer al margen del conflicto bélico, debía mantener irreductiblemente la neutralidad.

6º) Que la propaganda de la prensa, practica venal o desinteresadamente, es tan abominable cuando se practica en favor del nazismo como cuando se realiza en favor del imperialismo yanqui.

7º) Que debía activarse para realizar, en los países coloniales y semicoloniales, la revolución de liberación nacional una vez que terminara la guerra.

8º) Que para frenar los movimientos de masas que persigan la liberación nacional, el imperialismo recurre preferentemente a los partidos tradicionales de izquierda de cada país.

9º) Que cuanto más cerca se colocan los países de la liberación nacional, más abierta y crudamente ciertos partidos tradicionales de izquierda se colocan a su servicio y se convierten con mayor franqueza en los sostenedores del imperialismo yanqui.

10) Que toda posición activa contra los movimientos de liberación nacional adoptada por los partidos tradicionales de izquierda, los conduce a la alianza con las oligarquías locales, en las

cuales se sustenta el imperialismo yanqui para su desarrollo y predominio.

El esquema que describimos, en consecuencia, demuestra, con las propias argumentaciones expuestas por el Partido Comunista de la Argentina, que esta agrupación política, como el socialismo y la Unión Cívica Radical (Mesa Directiva), están sirviendo al imperialismo yanqui. Demuestra, también, que el imperialismo yanqui, según la previsión del Partido Comunista de la Argentina, se sirve en nuestro país de los partidos tradicionales de izquierda. Demuestra, finalmente, que el Partido Comunista de la Argentina, en su trayectoria desde el antiimperialismo al imperialismo, se ha colocado al frente del movimiento de sumisión, al grado de que además de servirlo, propicia, como ha quedado demostrado por las declaraciones que formulara y en especial forma por la conferencia que en el último Congreso del Partido pronunciaron Victorio Codovilla, Arnedo Alvarez y Rodolfo Ghioldi, una alianza con la oligarquía específicamente representada por el Partido Conservador. La consigna comunista de "Unidad Nacional", en cuyo seno las fuerzas oligárquicas puedan actuar con los demás partidos, y la relación existente entre el Partido Comunista de la Argentina y los conservadores más recalcitrantes, no ocultan a la opinión pública la inmensidad de la alianza y según las propias palabras del señor Ghioldi, cuando acusaba en 1941 a Haya de la Torre señalando que "las posiciones activas contra el movimiento de liberación nacional conducen inevitablemente a la Alianza con la oligarquía" (Orientación, abril 17 de 1941), confirman la doble traición del Partido Comunista de la Argentina: contra la liberación nacional y por la entrega al imperialismo, y contra las masas trabajadoras y por la alianza incondicional con la oligarquía. También evidencia la situación actual, siguiendo siempre las palabras del señor Ghioldi, que la capitulación de los partidos tradicionales de izquierda y de masas y su decidida conversión hasta constituirse en instrumentos del imperialismo yanqui, se ha operado tal como lo había previsto y que en la misma forma APRA en el Perú, los partidos Radical (Mesa Directiva), Socialista, Demócrata Progresista, Comunista y Concentración Obrera, están sirviendo plenamente y a satisfacción los designios imperialistas. Entre ellos, por otra parte, existían rencores y repulsas tales y tan grandes eran las diferencias dialécticas y tácticas que los separaban, documentadas todas a través de treinta años de mutua acusación y de impugnaciones recíprocas, que no había posibilidad alguna de que se unieran alguna vez, como no fuera gracias a la imposición dictada por un amo común. El imperialismo, pues, al colocarlos a su servicio, ha realizado en la Argentina, con la cooperación de todos los partidos tradicionales, el milagro del "Frente Nacional". Comunistas, socialistas, conservadores, radicales (mesa directiva), antipersonalistas, concentraciones, demócratas progresistas y otros grupos electorales meno-

res, trabajan juntos detrás del mismo mostrador y sirven al mismo patrón.

La explicación de la desviación comunista

¿Qué razones, sin embargo, han inducido al Partido Comunista de la Argentina a entregarse al imperialismo yanqui; a bregar por el sometimiento de las masas trabajadoras, poniéndolas a merced de los grandes monopolios y del régimen de explotación local; a luchar, inclusive, contra el aumento de los salarios, renegando de aquel principio de que "una mala posición táctica entraña asimismo desviaciones teóricas" expuesto por el mismo señor Rodolfo Ghioldi (La Internacional, setiembre 27 de 1924)?

He aquí, la explicación. Ninguna revelación más importante podría formularse en estos momentos. Si se reconstruyen y articulan denuncias serias, cuya verificación se está activando, llegase fácilmente a la conclusión de que el Partido Comunista ha pactado con el imperialismo yanqui por intervención del señor Braden, ante quien el señor Gustavo Durán, su agregado civil en la Embajada de Estados Unidos y secretario privado antes, durante y después de esa época, ha intercedido más de una vez. La participación del señor Durán en la alianza entre el Partido Comunista de la Argentina y el imperialismo yanqui no puede ser objeto de grandes dudas, sobre todo si se recuerda que, por una parte, el señor Durán se vinculó al señor Codovilla durante la guerra española, cuando ambos eran oficiales de enlace entre unidades soviéticas del ejército republicano y la Embajada de la URSS, y por la otra, es la persona de confianza del señor Braden. Lo cierto es que el Partido Comunista habiendo abandonado sus viejas ideas y participando en la lucha en condiciones contrarias al pueblo argentino, de abandonar su actual posición se pondrá en evidencia, una vez más, a través de sus hondas y graves contradicciones. Y lo cierto es también que el Partido Comunista de la República Argentina, arrasado por el nuevo movimiento de liberación nacional y de justicia social que encarna en las masas que confiaron a la Revolución su destino, ha pactado con los más grandes y encarnizados enemigos de la Nación y de su pueblo para tratar de impedir que se cumplan los postulados del 4 de Junio.

Orientación y táctica distintas de otros partidos comunistas

Se explica, por lo expuesto, que los Partidos Comunistas de América disientan con la conducta del Partido Comunista de la Argentina. No han intervenido en pactos como el denunciado, no hubiesen intervenido en ellos, sin duda, más respetuosos de la doctrina propiciada y menos dispuestos a claudicar ante el imperialismo yanqui contra el cual están luchando. En Brasil, en Venezuela, en Cuba y en otras naciones hondamente sacudidas por la tensión imperialista de los consorcios y los monopolios norteamericanos,

los Partidos Comunistas expresan su repudio a la política de Braden. A las reiteradas manifestaciones del señor Prestes, que denuncia, entre otras cosas, la preocupación que suscita la acción del imperialismo yanqui al promover una guerra entre Argentina y Brasil con posibilidades de extensión en el resto del hemisferio meridional, deben unirse las afirmaciones del señor Juan Bautista Fuenmayor, ya citado secretario general del Partido Comunista de Venezuela, quien dijo en Caracas, al inaugurar el 27 de enero último la convención partidaria, estas palabras: "El imperialismo norteamericano tiene choques en toda América latina con el imperialismo británico, especialmente en la Argentina, lo cual constituye la verdadera razón de la política antiperonista de Spruille Braden". Estas declaraciones demuestran que para justificarse en su política de claudicación absoluta ante el imperialismo yanqui, el Partido Comunista de la Argentina pretende denunciar al coronel Perón como representante del imperialismo británico. El pueblo argentino sabe que se trata de otro infundio. A falta de mejores razones que expliquen su sometimiento, el Partido Comunista de la Argentina transmite, al extranjero y a América, absurdas patrañas. Pero no interesan las patrañas que no interpretan la verdad y a las cuales la verdad destruye totalmente. Lo útil y lo definitivo es que con el pacto celebrado con el señor Braden, el Partido Comunista de la Argen-

tina demuestra a los Partidos Comunistas del continente que está luchando en el mismo frente del imperialismo yanqui, para sostenerlo, para facilitar su expansión y para asegurar la dominación sin condiciones de las masas laboriosas de América.

Finalmente, unas palabras más sobre este interesante y triste capítulo. Spruille Braden, por los elementos que se han consignado y por la copiosa información que al respecto le han proporcionado sus propios organismos, entre ellos la "Asociación de Difusión Interamericana" instalada en la avenida Roque Sáenz Peña 567, sabe perfectamente que el Partido Comunista de la Argentina bregó por la neutralidad, que acusó de "vendepatrias" y de "quintacolumnistas" a los que pretendían la ruptura de relaciones con la Alemania nazi, que llamó subpreña a la que defendía y tramitaba la ruptura de relaciones y denunció el origen venal de las campañas que en tal sentido realizaban con insistencia sospechosa. Ni aun los auténticos espías del Eje, dijeron tanto como los miembros del Partido Comunista de la Argentina en favor de Alemania y para alentar a los argentinos que no ocultaban su interés en que el país permaneciera neutral, "al margen del conflicto bélico", como dijo el ex canciller José María Cantilo, gran amigo e intérprete del señor Spruille Braden, al saludar el 20 de enero de 1940 a su colega del Brasil, doctor Osvaldo Aranha. ♦



Para una reforma constitucional peronista

Cesar Arias

"Hoy no es posible organizarse sin el pueblo, ni organizar un Estado de minoría para entregar a unos pocos privilegiados la administración de la libertad. Esto quiere decir, que de la democracia liberal hemos pasado a la democracia social".

Gral. Perón, enero 27 de 1949.

"En 1949 sancionamos una Constitución Justicialista, donde se dio status constitucional a los deberes y a los derechos de la ciudadanía. Entre esos derechos estaba el del trabajo, el de la familia, el de la ancianidad, y el de la niñez. Han pasado muchos años; en 1956 esa

Constitución, que estableció inalienablemente esos derechos, fue derogada por un bando. Yo no sé cómo puede hablarse de Derecho Constitucional en un país donde, por un bando, puede dejarse sin efecto una Constitución."

Gral. Perón, noviembre 30 de 1973.

Derecho, educación y clases sociales

En razón de una división del trabajo social tan antigua como la existencia del propio derecho como técnica de organización social, advertimos que la función de legislador es privativa de las clases cultas, es decir de las que han alcanzado los niveles más altos de conocimiento de cada sociedad. Pero también sabemos que tales grados superiores de educación y de conocimiento científico son extraños a los trabajadores manuales, los que generalmente no alcanzan a cumplir ni siquiera el ciclo de enseñanza primaria, nominalmente calificado de "obligatorio".

Es lógico que así sea, en nuestra sociedad burguesa dependiente, ya que el legislador dicta las leyes como gobernante, crea el derecho que regula el comportamiento de los miembros de cada sociedad, y esto lo hace desde el Estado, el que constituye un poder social que dispone de un aparato de coerción para garantizar la defensa del interés de la clase dominante, siendo al igual que el derecho, expresión de determinadas relaciones de producción. Ambas instituciones, íntimamente vinculadas entre sí y con rasgos comunes según el grado de desarrollo alcanzado históricamente en cada sociedad por sus medios de producción, contribuyen a consolidar económica y políticamente la dominación de una clase social determinada.

En consecuencia, en el común de los casos, en el mundo capitalista, el trabajador se transforma así, como individuo y como clase social, en destinatario, en sujeto pasivo de leyes elaboradas en base al pensamiento, a los intereses, a las ideas, a los valores, a las necesidades reales o artificiales, y conveniencias de quienes por extracción social, composición de clase, formación cultural, intereses de círculo e ideología, se identifican con las clases poseedoras.

En nuestro análisis no debemos perder de vista el carácter relativo de las teorizaciones, las que se refieren a determinadas sociedades, cuyas instituciones son consecuencia, en lo mediato o inmediato, de las condiciones en que se da la relación entre las clases antagónicas, del desarrollo de sus fuerzas productivas, de los vínculos de subordinación y dependencia en el plano internacional o como Estado soberano en ejercicio de su plena autonomía. Fundamentalmente debemos evitar que, por vía de nuestras especulaciones doctrinarias, demos la imagen del carácter eterno e inamovible de las estructuras políticas de un cierto tipo de Estado y que proyectemos las actuales formas en el tiempo y en el espacio como ideal permanente.

El tipo de Estado vigente en cada sociedad es el resultado del régimen económico que allí rija, de la política concreta que se realice y de las garantías que efectivamente brinde a sus habitantes, con prescindencia del mayor o menor número de garantías y derechos que enuncie formalmente en su Constitución y en sus leyes. Este derecho, tanto en su producción como en su contenido y en su forma, está íntimamente subordinado al tipo de Estado de que se trate. El contenido del derecho se determina no por la voluntad personal del o de los funcionarios a cargo de la producción legislativa, del legislador de turno, como tampoco por el ideal abstracto de "Justicia", sino por las relaciones económicas y sociales que condicionan la voluntad de la clase que ejerce el poder del Estado.

En síntesis, el derecho, expresado como un orden jurídico coactivo encaminado a someter a los habitantes de un país a las condiciones imperantes de la producción y el cambio, refleja siempre, en última instancia, determinadas condiciones económicas, sin por ello negar su reacción sobre el proceso económico.

Nuestra propia experiencia nos enseña que todas las leyes, desde la más importante como la Constitución, hasta los meros reglamentos, son producto de la labor intelectual de órganos sin participación de representantes de la clase trabajadora argentina, salvo en los períodos de gobierno peronista, en los que sí hubo y hay en los cuerpos legislativos auténticos obreros. Consecuentemente, cada período histórico argentino reflejó y refleja en su legislación, el interés económico y social correspondiente a la clase de sus componentes y de las fuerzas políticas prevalecientes.

Pero este manejo de los aparatos conceptuales de la sociedad por parte de las clases poseedoras que, a su vez, son las que han alcanzado los niveles más altos de educación, no se manifiesta únicamente en el plano de la legislación, trasciende hacia todos los niveles superestructurales. La clase trabajadora argentina sabe que para alcanzar el poder y luego conservarlo, es preciso también que las masas adquieran una formación intelectual adecuada para superar las enseñanzas, hábitos y costumbres impuestos por los detentadores de los medios de dominación social. Las masas trabajadoras deben superar los viejos hábitos de la intelectualidad y reeducarse para la liberación. Es por medio de la educación, explica Lenin, que la clase dominante inculca las convicciones que recibe el pueblo.

No debemos olvidar que durante los últimos dieciocho años, las escuelas oficiales y privadas estuvieron sirvien-

do a la recolonización cultural. De ahí la importancia de recuperar el control ideológico de nuestra sociedad.

Decimos todo esto como introducción al tema constitucional para que quede bien claro, aún por sabido, que la Constitución no es más que una ley, la más importante y trascendente de las leyes, pero de la misma naturaleza que las otras normas que en ella encuentran su fundamento normativo, y que su contenido no es producto del azar ni de las buenas o malas intenciones que individualmente puedan tener los constituyentes como seres humanos, ni tampoco resultado del mayor o menor grado de preparación general o conocimiento especializado de cada uno de ellos. Esto nos explica por qué la Constitución de 1853 defendía los intereses del liberalismo, mientras que la de 1949 los intereses del Pueblo y de la Nación Argentina.

Otro de los errores a evitar es el de concebir la Constitución como un bien abstracto, resumen de cuanta idea revolucionaria o progresista pueda hallarse en el Derecho Constitucional comparado, al margen de la verdadera correlación de fuerzas existentes en nuestro medio. La dialéctica de la historia nos enseña que el paso de una forma política a otra, por sí sola, no elimina lo más mínimo la dominación de la clase explotadora. Una Constitución divergente de la realidad a la que se la destina, reflejará una legalidad idealizada pero desprovista de efectividad y de inmediato se transformará en letra muerta.

Distintas etapas revolucionarias en los países dependientes

Con relación al momento histórico que vivimos, entendemos útil para su mejor comprensión, las siguientes ideas de Mao Tse-tung: "En su primera etapa o primer paso, tal revolución (la de liberación contra el imperialismo) de un país colonial o semicolonial, aunque por su carácter social sigue siendo fundamentalmente democrático-burguesa y sus reivindicaciones tienden objetivamente a desbrozar el camino al desarrollo del capitalismo, ya no es una revolución de viejo tipo, dirigida por la burguesía y destinada a establecer una sociedad capitalista y un Estado de dictadura burguesa, sino una revolución de nuevo tipo, dirigida por el proletariado y destinada a establecer, en esa primera etapa, una sociedad de nueva democracia y un Estado de dictadura conjunta de todas las clases revolucionarias. Por consiguiente, esta revolución abre precisamente un camino más amplio al desarrollo del socialismo. Durante su curso, atraviesa varias fases, debido a los cambios en el campo contrario y entre sus propios aliados, pero su carácter fundamental permanece inalterado. Tal revolución combate consecuentemente al imperialismo, y por lo tanto éste no la tolera y lucha contra ella..." ("Sobre la nueva democracia", *Obras Escogidas*, t. II, pág. 358).

Más adelante agrega: "La revolución china en su primera etapa (subdividida en múltiples fases) es, por su carácter social, una revolución democrático-burguesa de nuevo tipo, y no es todavía una revolución socialista proletaria; sin embargo, hace ya mucho tiempo que forma parte de la revolución mundial socialista proletaria y, más aún, constituye actualmente una parte muy importante de ella y es una gran aliada suya. La primera etapa o primer paso de esta revolución, de ningún modo es ni puede ser el establecimiento de una sociedad capitalista bajo la dictadura de la burguesía china, sino el establecimiento de una sociedad de nueva democracia bajo la dictadura conjunta de todas las clases revolucionarias del país dirigida por el proletariado; con ello culminará la primera etapa. Entonces, será el momento de llevar la revolución a su segunda etapa: el establecimiento en China de una sociedad socialista".

Al caracterizar la primera etapa de la revolución china, la de la nueva democracia, Mao destaca el paso del proletariado, de clase que participaba en la revolución como dependiente de la dirección política ejercida por la burguesía y la pequeña burguesía, al de fuerza consciente e independiente que hegemonizó la conducción política, aunque la burguesía nacional continuó participando en la revolución.

Sobre el papel de la burguesía puntualiza que ésta, por pertenecer a un país colonial y semicolonial y verse oprimida por el imperialismo, aún tiene en ciertos períodos y hasta cierto punto un carácter revolucionario, incluso en la época del imperialismo, en el sentido de que se opone a los imperialistas extranjeros y puede aliarse con el proletariado y la pequeña burguesía. Marca en tal sentido la diferencia con la burguesía zarista, que pertenecía a una potencia imperialista, a un Estado agresor, por lo que no tenía carácter revolucionario. En cambio, siendo China un país víctima de la situación colonial, su burguesía nacional tiene en ciertos períodos y hasta cierto punto un carácter revolucionario. "Aquí, el proletariado tiene el deber de no pasar por alto este carácter revolucionario de la burguesía nacional y de formar con ella un frente único contra el imperialismo y los gobiernos burócratas y caudillos militares".

"Pero, al mismo tiempo, precisamente por pertenecer a un país colonial y semicolonial y ser, en consecuencia, extremadamente débil en los terrenos económico y político, la burguesía nacional china tiene también otro carácter, o sea, su tendencia a la conciliación con los enemigos de la revolución. Aún en los momentos en que participa en la revolución, es reacia a romper por entero con el imperialismo; además, está estrechamente vinculada a la explotación que se ejerce en el campo mediante el arriendo de la tierra. Por ello, no quiere ni puede derrocar completamente al imperialismo y aún menos a las fuerzas feudales. Así no es capaz de solucionar ninguno de los dos problemas o tareas fundamentales de la revolución democrático-burguesa de China. En cuanto a la gran burguesía china... se entregó en brazos del imperialismo y se confabuló con las fuerzas feudales para combatir al pueblo revolucionario...".

Mao advierte como ley general válida para la burguesía de todos los países, la de su carácter dual: de un lado, participe de la revolución, del otro, su tendencia a la conciliación con los enemigos de la revolución. "Frente a un enemigo poderoso, la burguesía se une con los obreros y campesinos para combatirlo, pero cuando éstos despiertan, la burguesía se alía en contra suya con el enemigo".

La república de nueva democracia concebida por el líder chino partía de estructuras del Estado y del Poder asentadas en el conjunto de todos los sectores antiimperialistas y antif feudales, con el proletariado como fuerza dirigente.

Reduce los múltiples sistemas de Estado a tres tipos fundamentales, según el carácter de clase de su Poder: a) República bajo la dictadura de la burguesía; b) República bajo la dictadura del proletariado, y c) República bajo la dictadura conjunta de las diversas clases revolucionarias.

"El primer tipo lo constituyen los Estados de vieja democracia. En la actualidad, después del estallido de la Segunda Guerra imperialista, ya no queda rastro de democracia en muchos países capitalistas, transformados o en vías de transformarse en Estados donde la burguesía ejerce una sangrienta dictadura militar... El segundo tipo es el vigente en la Unión Soviética, y se halla en gestación en los países capitalistas. En el futuro, ésta será la forma dominante en todo el mundo por un determinado período."

"El tercer tipo es una forma de Estado de transición que debe adoptarse en las revoluciones de los países coloniales y semicoloniales. Cada una de dichas revoluciones tendrá necesariamente características propias, pero éstas representarán ligeras diferencias dentro de la semejanza general. Siempre que se trate de revoluciones en colonias o semicoloniales, la estructura del Estado y del Poder será forzosamente idéntica en lo fundamental, es decir, se establecerá un Estado de nueva democracia bajo la dictadura conjunta de las diversas clases antiimperialistas."

En cuanto al sistema de gobierno, lo define como forma de organización del poder, al que lo sustenta en órganos adecuados para la lucha contra el enemigo y para la propia protección. "Pero este sistema debe fundarse sobre elecciones con sufragio realmente universal e igual para todos, sin distinción de sexo, creencia, fortuna, instrucción, etc., sólo un sistema electoral así dará

a cada clase revolucionaria una representación acorde con el lugar que ocupe en el Estado, permitirá expresar la voluntad del pueblo, facilitará la dirección de la lucha revolucionaria y encarnará el espíritu de la nueva democracia. Este es el centralismo democrático. Sólo un gobierno basado en el centralismo democrático puede poner en pleno juego la voluntad de todo el pueblo revolucionario y luchar con la mayor eficacia contra los enemigos de la revolución. El espíritu de 'no permitir que sea propiedad exclusiva de unos pocos', debe reflejarse en la composición del gobierno y del ejército; sin un sistema auténticamente democrático no podrá alcanzarse este objetivo y no habrá correspondencia entre el sistema de Estado y el sistema de gobierno... ésta es la única orientación correcta para nuestra presente labor de 'reconstrucción nacional'", decía Mao Tse-tung en enero de 1940.

Por nuestra parte, reconocemos que la actual política de Reconstrucción y Liberación Nacional conducida por el General Perón, se sustenta en la acción conjunta de los distintos sectores antiimperialistas del país, y que la participación de la burguesía nacional se da como responsable de la economía argentina. Su presencia ha sido ponderada por nuestro Conductor en reunión con los miembros de la Confederación General Económica, con motivo de tomar estos a su cargo la reactivación de las empresas estatales (ver *La Nación* del 13-1-1974).

Mientras algunos grupos políticos se dedicaban a negar la presencia en nuestro país de una burguesía nacional, ésta avanzaba en la toma de posiciones dentro del Movimiento Nacional y del propio gobierno hasta transformarse en los conductores y planificadores de la economía.

Los acuerdos económicos internacionales celebrados con China, URSS, Checoslovaquia, Polonia, Cuba, Rumanía y otros países socialistas, la imposición a las empresas subsidiarias del imperialismo de la obligación de cumplir con la provisión de materiales de la industria automotriz y ferroviaria a Cuba, con lo que rompen el bloqueo a la república hermana, el cuestionamiento de los organismos políticos (OEA en Lima), financieros (BID, al exigir modificaciones sustanciales en su Carta constitutiva y condiciones más equitativas en las relaciones con los países del Tercer Mundo), y militares del imperialismo (Carcagno en Venezuela), muestran a esa burguesía en la línea de oposición a los intereses monopolísticos internacionales, aunque al propio tiempo su política tiende, en el frente interno, a obtener a través del "Pacto Social" la subordinación a sus intereses de la clase trabajadora argentina, sobre la que descarga el mayor peso de la reconstrucción nacional.

También debemos tener en cuenta que su comportamiento en 1955, en el derrocamiento del primer gobierno peronista, la muestra con el carácter dual a que se refiere Mao, para los momentos críticos de todo proceso revolucionario de liberación, por lo que el mismo requiere, para su superación sin claudicaciones, de la participación activa, preponderante y hegemónica del proletariado argentino.

Las consideraciones que anteceden sobre la burguesía no tienden a justificar a ese sector de la realidad social argentina, ni mucho menos, sino a reconocer con objetividad su capacidad operacional y su peso efectivo, puesto que como dice Fernando Lasalle, la Constitución de un país es la suma de los factores reales de poder que rigen en esa sociedad, las que, a su vez, constituyen las fuerzas activas y eficaces que informan todas las leyes e instituciones jurídicas del Estado en cuestión. (Cfr. "¿Qué es una constitución?").

Este autor, en ese trabajo breve, ágil y sumamente sustancioso, de conocimiento conveniente para quienes asumen una responsabilidad política, nos recuerda que "una constitución real y efectiva la tienen y la han tenido siempre todos los países... y no hay nada más equivocado ni que conduzca a deducciones más desca-minadas, que esa idea tan extendida de que las Constituciones son una característica peculiar de los tiempos modernos. No hay tal cosa. Del mismo modo y por la misma ley de necesidad que todo cuerpo tiene una cons-

titución, su propia constitución, buena o mala, estructurada de un modo o de otro, todo país tiene, necesariamente, una constitución, real y efectiva, pues no se concibe país alguno en el que no imperen determinados factores reales de poder, cualesquiera que ellos sean".

Ahora bien, cuando en los factores reales de poder imperantes en un país se opera una transformación, surge la necesidad de darse una nueva constitución.

Ello es lo que ocurre en nuestra República al acceder al gobierno el Movimiento Nacional Peronista, con la conducción como presidente del general Perón. Pero como esto ha ocurrido por la vía electoral, por medio de las instituciones burguesas heredadas del régimen de dependencia (aunque como resultado de la lucha que durante 18 años encaró la clase obrera y el pueblo todo desde la resistencia), los factores de poder correspondientes a las fuerzas enemigas subsisten en el seno de nuestra sociedad, condicionando y limitando la posibilidad de concretar en lo inmediato los objetivos nacionales revolucionarios y socialistas, expresados o latentes de dicho Movimiento. Más aún, son las contradicciones que se dan en la sociedad argentina las que se expresan en el mismo Movimiento.

En tales condiciones, partiendo de la realidad que enfrentamos, del grado de desarrollo de nuestras fuerzas productivas, de la relación de fuerzas entre las clases sociales, del peso efectivo de la clase obrera, sin utopías y en un avance por etapas, consideramos que al reformarse la Constitución, por ahora debemos fijarnos como objetivos los de la Liberación Nacional y de la democracia popular, para lo que deberemos obtener el reconocimiento jurídico de las instituciones que nos permitan su creación.

La lucha de los países colonizados o neocolonizados por su liberación ha sido larga, dura y muy cruenta y se debió insistir en la necesidad de la unidad nacional para su obtención. Así lo dice también Kwame Nkrumah, quien cuenta: "Nuestra experiencia prueba que la democracia, como sistema en funcionamiento en los Estados de creación reciente, debe soportar, sin que sea posible evitarlo, muchas tensiones. Sus mecanismos y su modelo de gobierno se superponen sobre estructuras sociales diferentes de aquéllas en las cuales se desarrolló primitivamente". (*África debe Unirse*, pág. 115.)

La génesis de los movimientos de liberación, constante en los países que luchan por superar la dominación extranjera, es expuesta así por Nkrumah: "En los países coloniales que procuran sacudir el yugo del imperialismo, el surgimiento del nacionalismo encuentra expresión en un movimiento mayoritario que aprovecha las aspiraciones populares de libertad y forma de vida mejor. Incluso donde existe cierto desacuerdo entre los diferentes grupos locales con respecto a los medios que se emplearán para obtener la libertad, la fuerza que el poder vigente emplea para suprimirlos suele lograr que se unan en un amplio frente nacional. Así, el movimiento nacionalista representa a la mayoría de la población. Los grupos disidentes que persigan objetivos individuales o particulares opuestos a los objetivos nacionalistas están condenados al fracaso. En consecuencia, es inevitable que, con la concesión del sufragio universal a todos los adultos, el partido nacionalista resulte electo por una mayoría que, para quienes están acostumbrados a la política bipartidaria más equilibrada de, por ejemplo, Gran Bretaña o Norteamérica, parece consecuencia de la intimidación".

"Recuerdo las palabras de Julius Nyerere, en ocasión de hablar de la enorme mayoría que apoyaba al movimiento nacional del pueblo de Tanganica: 'El movimiento nacionalista que lucha por la independencia y la logra, inevitablemente forma el gobierno del nuevo Estado. Con seguridad, resultaría ridículo esperar que un país se divida en forma voluntaria para conformarse a una expresión particular de la democracia, y que lo haga durante una lucha que exige la completa unidad del pueblo. Nadie puede llegar a la conclusión de que tal país no es democrático o que no procura ser democrático'". (James Cameron, *La revolución africana*.)

"La popularidad del partido que logra la libertad continúa en el período de plena independencia e incluso aumenta cuando se obtienen, bajo su gobierno, mejoras en las condiciones económicas y sociales, de modo que la mayoría crece. Puesto que esta abrumadora mayoría parlamentaria lleva a cabo, casi sin excepción, la política del gobierno, parece que se tratara de un régimen de partido único. Este es el modelo que se ha dado en los Estados que emergen del coloniaje, modelo que he denominado Democracia Parlamentaria del Pueblo y que el pueblo de Ghana ha aceptado" (ob. cit., págs. 105/6).

Por su parte, Hernández Arregui denomina al comienzo del primer gobierno del Gral. Perón, democracia autoritaria de masas, carácter que la califica de forzosa, ya que "En un país dependiente, un gobierno revolucionario es la libertad autoritaria del pueblo contra la opresión que las minorías llaman 'libertad'..." (Formación de la Conciencia Nacional, pág. 407.)

En el capítulo introductorio de esta obra, el autor precisa el sentido que corresponde atribuirle a su expresión "régimen autoritario", que no se vincula con el desconocimiento de las libertades personalísimas ni de las formas democráticas de ascenso al poder, sino al quebrantamiento de un aparato montado por las clases altas para la explotación, mediante un sistema económico y político restrictivo de esos privilegios. La lucha de las masas contra sus enemigos de adentro y de afuera sólo puede resolverse mediante el establecimiento del "control de las exportaciones y medios de propaganda, con el apoyo estatal al movimiento popular y la participación del Ejército, en esta política nacional defensiva. Tal es el caso de Nasser en Egipto, con su antecedente, el gobierno de Perón en la Argentina. El capitalismo nacional aún débil, en una etapa de la lucha por la liberación, debe ser apuntalado por el capitalismo de Estado y la política de nacionalizaciones, único medio de protección para las todavía endebles estructuras económicas locales. Frente al capitalismo monopolista internacional la sola valla es el monopolio estatal, que además contribuye al disloque del mercado capitalista mundial al sustraer zonas de influencia a la explotación internacional de las grandes potencias" (ob. cit., pág. 30).

Es decir que, en la actual etapa de transición debemos procurar una Constitución que asegure la participación activa de las masas en la estructuración de los organismos políticos, plena vigencia del sufragio universal, formas democráticas auténticamente populares y sociales, y defensa real y efectiva del patrimonio y de la soberanía nacional. O sea que tienda a hacer realidad las tres banderas del peronismo: soberanía política, independencia económica y justicia social. A propósito de esta última, entendemos que en la etapa nacional, es la que garantiza la unidad, movilización y organización de los trabajadores dentro de la política de Reconstrucción y Liberación Nacional.

Revolucionarismo sin masas

Ante la convocatoria a elecciones para constituyentes no sería extraño que, tal como ha ocurrido en otras oportunidades (como en 1957) grupos de "izquierda" se pronunciaran por el voto en blanco o la abstención revolucionaria. Al respecto y sobre el verdadero alcance de tales actitudes son ilustrativas las siguientes frases de Lenin dichas en 1909: "El razonamiento de los socialistas revolucionarios se basa en el famoso método subjetivo en sociología... Los subjetivistas no se preocupan de comprobar con datos objetivos el convencimiento de si existen unos u otros caminos de lucha... Esa consigna —concentrarse en los medios extraparlamentarios de lucha— fue justa en uno de los períodos más notables de la revolución rusa, en el otoño de 1905. Al repetirla ahora sin espíritu crítico, los socialistas revolucionarios proceden como el personaje del cuento popular que gritaba afanosamente... pero siempre a destiempo. No han comprendido... que al repetirla ahora sin crítica, sin sentido, como una palabra aprendida de memoria, revelan no revolucionarismo sino estupidismo... La doctrina socialista revolucionaria es perjudicial, errónea,

reaccionaria, aventurera y pequeñoburguesa... Los intelectuales sin masas jamás han tenido ni tendrán medios de lucha parlamentarios ni extraparlamentarios serios... En 1908 las masas campesinas expresaron desde la tribuna de la Duma sus demandas, pero no lucharon extraparlamentariamente. Eso es un hecho imposible de rehuir lanzando chillidos "izquierdistas" y gritando frases socialistas revolucionarias...". Y al hacer el balance de las elecciones del año 1913 agregaba que las constituciones implantadas en los distintos países de Europa son el resultado de una larga y difícil lucha de clases, que recogen el fruto de una serie de victorias, conseguidas a duro precio, de lo nuevo sobre lo viejo, y de una serie de derrotas infligidas por lo viejo a lo nuevo, que son componendas entre fuerzas históricas de una sociedad en extinción y la burguesía liberal, que la clase obrera jamás admitió que las reformas pudieran producir cambios sustanciales, pero que en modo alguno renunció, en determinadas circunstancias, a presentar sus reivindicaciones inmediatas concretándolas en reformas.

Si dichas consideraciones son válidas, en general con mucha más razón cuando, como en nuestro caso, se trata de un Movimiento Nacional que tras dieciocho años ha obtenido mediante la lucha del pueblo y de sus organizaciones más combativas el acceso al gobierno por la vía del sufragio con una mayoría aplastante y que pretende consolidar e institucionalizar su posición con la reforma constitucional.

Alcance de la nueva legalidad peronista

A partir del instante en que adquiere estado público el propósito del Gral. Perón de institucionalizar la República desde la perspectiva del Movimiento Nacional, para sentar las bases de una nueva legalidad del pueblo, opuesta a la caduca legalidad del sistema, se plantea el problema del tipo de Constitución a elaborar y sobre los alcances y sentido del acto constituyente. Se especula sobre el retorno a la Constitución de 1949 y se escuchan voces interesadas que elogian el papel cumplido por la Constitución liberal de 1853, a la que califican de documento reflejo de la voluntad de los argentinos, por lo que convendría, afirman, que la nueva carta magna siguiera sus líneas fundamentales.

No falta quien, como La Nación (20-12-1973), aunque atribuyéndoselo a "observadores", se incline por la reformulación de las funciones, facultades y órganos de los poderes de la República. "Una suerte de régimen parlamentario, con un Poder Ejecutivo fuerte y un habilidoso primer ministro que le sirva de fusible". Más aún, el articulista insinúa la intención de promover la recomposición política del país. Estima probable una constituyente, que como la de 1853, actúe como poder constituyente y como poder constituido. Un texto legal fundamental que conserve las garantías y libertades públicas consagradas por la Constitución de 1853/60, pero que podría otorgar jerarquía constitucional a la ley de asociaciones profesionales. Trae como antecedente útil la experiencia de aquel entonces y dice:

"Para resumir, pues, la convención de 1853 hizo lo siguiente: sancionó la Constitución, dictó leyes orgánicas, coexistió con el gobierno nacional delegado y realizó la elección presidencial, el escrutinio, y tomó juramento a Urquiza. Acaso sea interesante que los observadores retengan la siguiente afirmación contenida en el manifiesto del 7 de marzo de 1854 cuando los convencionales, al hacer el resumen de su trabajo memorable reconocen que su independencia 'ha sido absoluta de toda influencia, pero se ha mantenido siempre sin violencia, en armonía con los otros poderes llamados a gobernar durante el período constituyente...".

El análisis conjetural de nuestro periodismo comprometido con el sistema se detiene en remarcar las bases democráticas que debe conservar la Constitución, los aspectos institucionales que pueden ser tomados de los modelos europeos, al propio tiempo que pretende ir creando conciencia sobre la inconveniencia de retornar a las cláusulas económico-sociales contenidas en la Constitución de 1949.

Como lo expresó el Secretario General de la Presidencia, doctor Solano Lima, existe coincidencia en los más altos niveles de la conducción de los movimientos populares mayoritarios sobre la necesidad de la reforma constitucional (diarios del 1-12-1973); en verdad, puede afirmarse que al respecto se ha logrado acuerdo en las conversaciones entre el Gral. Perón y Ricardo Balbín, quedando como cuestión a resolver la oportunidad de la convocatoria, que todo parece indicar que será en el segundo semestre de 1974.

Para el conductor de nuestro Movimiento Nacional los temas del momento de la convocatoria y el contenido de la reforma, corresponde que sean resueltos por los respectivos organismos colegiados. Su posición es de absoluta legalidad. "Para mí, debe hacerse la reforma constitucional; el Congreso dirá la oportunidad, que eso es lo que corresponde... también soy partidario del plan que establezca la Constituyente, a la cual deberemos dejar obrar sin ninguna presión ni indicación".

"La Constituyente, por ser soberana, es la que ha de resolver. En consecuencia, no haciendo gravitar opiniones que deben ser decididas por ellos, y no por insinuaciones externas" (conferencia de prensa del 1º de enero de 1974).

La resistencia a las cláusulas económico-sociales de la Constitución sancionada el 11 de marzo de 1949, entre las que se incluía el trascendente art. 40, cuya vigencia contribuyó al derrocamiento del primer gobierno peronista, no es sólo de ahora ni de la década del cincuenta. Apenas dictada, en la Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, uno de los profesores titulares de esa casa de estudios, la cuestionaba como producto de "la influencia socializante" de las constituciones de México de 1917, de Alemania de 1919, de España de 1931 y de la URSS de 1936.

Agregaba este docente de aquella universidad pseudo-peronista: "A nuestro juicio, las declaraciones de derechos sociales se justifican, precisamente en cuanto son determinación de principios que se encuentran de un modo indeterminado en el Derecho Natural... Pero toda determinación es empobrecimiento. No debemos ver un progreso sino un regreso en este tipo de Constituciones, signo de estos tiempos desgraciados; como en su momento significaron una decadencia las constituciones escritas impuestas por el racionalismo, sobre la constitución natural de los pueblos".

"Queda dicho con ello que, cuánto más minuciosa y detallista, cuánto más enumerativa es una constitución, más débil y pobre su contenido..." (Año IV, n° 14, mayo-junio 1949, pág. 525).

El autor, a quien preocupaba la "tendencia socializante" que advertía en los antecedentes inmediatos de la reforma (proyectos de los diputados Cooke, Guardo, Albrieu y otros) que el derecho de propiedad apareciese definido en sus verdaderos y justos alcances —para lo que recurría a la doctrina social de la Iglesia— concluyó su trabajo aparentemente neutro y aséptico, cargado de dudas e incertidumbres, con estas palabras: "Por nuestra parte y para terminar... sólo señalaremos como una deficiencia el exceso de artículos que hacen más débil la posición adoptada. Resta saber si no obstante las disidencias y discusiones, el texto constitucional logrará la paz y prosperidad de la República. Ese es nuestro íntimo deseo aunque comprendemos que, como lo decía Demóstenes, 'escribir una ley no es nada; en hacerla querer está todo'".

La transcripción la consideramos indispensable para que se vea con claridad las reservas y resistencia que ya envolvían a una parte de la intelectualidad, que desde la cátedra universitaria tenía por misión formar a una parte de la juventud argentina.

Características de las Constituciones del Tercer Mundo

Al pasar al tipo de constituciones que podríamos tomar como antecedentes, cabe recordar que las anteriores al siglo XVIII son constituciones consuetudinarias articuladas por leyes fundamentales que formalizaban la auto-



riedad del rey, que compartía en algunos aspectos el gobierno con el clero, la nobleza y el Estado común (ricos productores y comerciantes), por lo que para nosotros, al igual que el pensamiento de Aristóteles y demás clásicos, no tienen otro valor que el de mera referencia histórica.

Las "constituciones escritas" aparecen a partir del último cuarto del siglo XVIII en Estados Unidos, Francia y América del Sur y en ellas se codifica en una sola y solemne acta legislativa las estructuras legales de los nuevos regímenes políticos burgueses.

Pero, como dice Sampay, la clase social que instauró las nuevas constituciones, no obstante asumir en su lucha la representación de todos los sectores oprimidos por los sectores hasta entonces dominantes, era una minoría que excluía del gobierno a las clases populares, ya que éstas no contaban como entidad política en los nuevos regímenes, a semejanza de lo que ocurría en los viejos. "Porque en la etapa inicial de la revolución del mundo contemporáneo, el mecanismo para desarrollar la producción consistía en agrandar al máximo las ganancias bajando al mínimo... el costo de los bienes, en relación con el costo de la producción artesanal del mismo género de bienes, manteniendo en el subconsumo a los grandes sectores de la población... Empero este mecanismo para desarrollar la producción requería transformar en trabajadores modernos y, en alguna medida, en consumidores modernos, a los componentes de los mayoritarios sectores ignorados de la población. Lo cual se alcanzaría mediante la educación de dicha parte de la población y esta generalización de la educación habría de acarrear, al cabo de algunas generaciones, el crecimiento cualitativo y cuantitativo de las necesidades

de estos sectores populares, el desarrollo de su capacidad de juzgar, el descubrimiento de poder juntos progresar y, por fin... la exigencia de ejercer el gobierno político. Queremos decir que al final, para consumir la revolución del mundo contemporáneo, habría de sobrevenir la articulación de una Constitución democrática para efectuar plenamente la justicia del bien común" ("Constitución, Justicia y Revolución", en *Liberación y Derecho*, n° 1, enero/abril 1974, pág. 23).

En las expresiones finales, nuestro constitucionalista se refiere a las modernas constituciones contemporáneas de definido contenido económico-social. Pero, dentro de éstas debemos, a su vez, diferenciar entre las que responden a los modelos del capitalismo "occidental", al modelo soviético y a los modelos del Tercer Mundo.

En el área de los pueblos de Asia, África y América Ibérica, aún dentro de una máxima simplificación, corresponde distinguir entre aquellos estados que como los iberoamericanos, se estructuraron legalmente según los esquemas de las democracias liberales de fines del siglo XVIII, de los nuevos países surgidos al concierto de las naciones formalmente independientes, después de la Segunda Guerra Mundial. Algunos de éstos lo hicieron subordinados al modelo europeo. Así, entre los años 1958 y 1961, quince ex posesiones coloniales francesas del continente africano se organizaron como repúblicas soberanas, teniendo como fuente común la Constitución de Francia de 1958. Es decir que la adopción de un régimen presidencial fuerte fue producto de su dependencia cultural e institucional, aunque en el marco de procesos de afirmación de sus respectivas nacionalidades.

En ellas se advierten grandes similitudes con las formas jurídicas de su ex metrópoli. Instituyen un poder legislativo unicameral, se definen como democráticas, laicas y sociales, admiten el voto por representación de un legislador por otro, y prohíben la discriminación racial. Hay casos como el de Costa de Marfil, donde la nueva Constitución estatuye como idioma oficial el francés.

En ambos grupos de estados existe una evidente subordinación al modelo importado de Europa o Estados Unidos con diferencias que emergen más del distinto momento histórico en que llegan a la independencia formal que por otras razones.

Pero no son esas constituciones las que más nos interesan, sino aquellas otras como la argelina, la siria, la yugoslava, la árabe unida, la indonesia, la china, que presentan caracteres normativos de institucionalización del cambio revolucionario y de ruptura con el imperalismo.

En la obra constitucional de estos pueblos y en nuestras propias tradiciones históricas es donde encontraremos las fuentes más fecundas para una auténtica modernización de nuestras instituciones jurídicas.

Así expresaba el entonces coronel Nasser: "La democracia es una reafirmación de la soberanía del pueblo, de su toma de posesión de todos los poderes y de su consagración a la realización de sus objetivos y el socialismo la fiel expresión de que la Revolución es una obra progresista. La democracia es la libertad política, el socialismo es la libertad social. Es imposible separarlos".

Para poner en evidencia que esta democracia y esta libertad de que nos habla Nasser tiene muy poco de común con la democracia y la libertad burguesa de 1789, puntualiza entre los objetivos prioritarios fijados por el pueblo egipcio —varios no alcanzados— a partir de la jornada del 23 de julio de 1952, los de liquidar al colonialismo y a los traidores internos que lo apoyaban, al feudalismo que reinaba arbitrariamente sobre vastos territorios, poner término a la dominación del capital sobre el poder público, instaurar la justicia social, constituir un Ejército Nacional poderoso y establecer una sana vida democrática.

Esos seis objetivos tendían a ser integrados en la vida nacional y la forma de garantizarlos era la de no admitir ninguna restricción a los derechos y reivindicaciones de las masas, instrumentar los poderes del Estado

al servicio de los intereses de las masas populares y no de los del capitalismo, pues éste iba intentar explotar la independencia nacional, continuando su acción colonialista.

El principal intérprete de la "Revolución Nacional" árabe señalaba que antes del cambio, "el poder económico estaba en manos de una coalición formada por el feudalismo y el capitalismo explotador. Era, por lo tanto, inevitable que la política, al igual que los partidos políticos, fuera el reflejo fiel de esta fuerza y de las apariencias visibles de esta coalición. Es asombroso constatar que ciertos partidos políticos no vacilaron durante ese período, en proclamar sin ningún pudor que el poder tenía que ser confiado únicamente a los que tenían intereses".

Por ello pensaba que la democracia debía extenderse a todos los centros de producción, que el pueblo debía fijar los objetivos económicos y convertirse en la autoridad encargada de controlar su ejecución, a través de los consejos populares en los centros de producción, los que también controlarían los engranajes de la administración central y local. "La nueva Constitución deberá organizar el retorno de los dirigentes populares a sus bases y confirmar su responsabilidad ante la fuente primera de su fuerza. Debemos recordar constantemente que el espíritu revolucionario alimenta plenamente las bases populares, que el carácter revolucionario de estas bases y su perenne aspiración al progreso constituirá el impulso del espíritu revolucionario del dirigente. No se impulsan las energías del pueblo sumergiendo las esperanzas de las masas...", decía el Cnel. Nasser en 1962, en su programa, del que rescatamos como positivo su concepción antiimperialista y revolucionaria, aunque limitada, entre otros factores, por la falta de reconocimiento de la lucha de clases en el seno de nuestras sociedades.

En el tratamiento de la cuestión constitucional debemos tener presente que ante la extinción del colonialismo, el neocolonialismo trata de ser impuesto por el imperialismo para asegurar el mantenimiento de su dominación.

Entre 1919 y 1966 la población mundial sometida al régimen colonial directo bajó del setenta por ciento a menos del uno por ciento de la humanidad. A partir de la terminación de la Segunda Guerra Mundial desapareció el colonialismo directo de cerca de setenta países de Asia, África y el Caribe y la adopción por las Naciones Unidas de la resolución sobre eliminación de esa forma de explotación directa no fue más que el reflejo del cambio producido en la situación mundial, advierte Jack Woddis (*El Saqueo del Tercer Mundo*). Ello lleva a que el neocolonialismo aflore como un fenómeno mundial de primer orden y así como los movimientos de liberación nacionales obligaron al repliegue del colonialismo, su propio contenido antiimperialista les impide encerrarse en la democracia burguesa y crea condiciones para formas de transición hacia el socialismo, que constituyen vallas efectivas al neocolonialismo que se refugia en las fuerzas políticas y sociales proimperialistas locales. Para salvaguardar e intensificar la explotación de nuestro Tercer Mundo, el imperialismo combina sus fuerzas y crea formas colectivas, económicas y militares y en casos extremos apela, con la complicidad de oligarquías nativas, a la intervención directa.

Antecedentes demoliberales argentinos

En estas condiciones hablar de la vigencia de la Constitución de 1853 en sus líneas fundamentales, o de sus libertades formales, es ocultar el verdadero problema que envuelve la reforma.

El carácter liberal, individualista, europeizante y abierto a la penetración capitalista fue puesto de manifiesto por el propio Alberdi, quien enfatiza su menosprecio al nativo con estos términos: "La libertad económica es para todos los habitantes, para nacionales y extranjeros, y así debía ser. Ceñirla a sólo los hijos del país, habría sido esterilizar este manantial de riqueza, supuesto que el uso de la libertad económica, más que el de la liber-

tad política, exige, para ser productivo y fecundo, la aptitud e inteligencia que de ordinario asisten al trabajador extranjero y faltan al trabajador argentino de esta época" (*Sistema Económico y Rentístico de la Confederación Argentina*, pág. 13). Aclara que todas las libertades enunciadas por el art. 14 están encaminadas a garantizar el libre uso y disposición de la propiedad y del comercio. Inclusive la libertad de cultos tiende a facilitar la presencia del extranjero "más adelantado, inteligente, activo y capaz" que nosotros. Su identificación con la escuela de Adam Smith es total.

Por eso, ese gran patriota que fue Scalabrini Ortiz lo juzgó con estos términos: "Desde sus orígenes, desde la concepción mental de su inspirador, defender los intereses individuales del pueblo argentino y los derechos generales de la Nación significaba alzarse contra la Constitución. ... El mismo Alberdi reconoce que "La Constitución federal argentina es la primera en Sud América ... que ha consagrado principios dirigidos a proteger directamente el ingreso y establecimiento de capitales extranjeros".

Continúa Scalabrini Ortiz: "Se dice que la Constitución de 1853 se inspiró en la Constitución Norteamericana y eso es cierto en cuanto se refiere al perfil anodino de las instituciones políticas, a la técnica de ciertos procedimientos que pueden ser de una o de otra manera sin que la modificación influya en la marcha de las sociedades, y en cuanto al reconocimiento abstracto de que la soberanía reside en la voluntad popular, fue ininterrumpidamente escarnecida en los sucesivos fraudes electorales que constituyen la habitualidad y la ignominia de nuestra historia política. La vida económica de estos pueblos quedó inerme, más aún, encadenada de antemano por la dialéctica venal de estos curiales que encubrían con la palabra libertad, que todos amamos, la voluntad de expoliación y la insaciable codicia del capital extranjero. Lo que ocurrió entre 1853 y 1945 con el breve esfuerzo reivindicador de Hipólito Yrigoyen, fue una consecuencia directa de la perfidia siniestra con que fue concebida la ley básica de nuestra constitución nacional" ... "El hecho real fue la entrega de la economía del país al extranjero para que éste lo organizara de acuerdo a su técnica y conveniencia. Y el extranjero organizó el país de tal manera que en adelante los frutos de la riqueza natural y del trabajo argentino fueron creando, no prosperidad individual ni solidez y fortaleza nacional, sino capital extranjero invertido en la Argentina". ("La Nueva y la Vieja Constitución", conferencia publicada en 1948 y reproducida en el libro *Yrigoyen y Perón*, págs. 96, 101 y siguientes.)

Para que nadie se engañe sobre el contenido de la reforma próxima conviene recoger las ideas centrales expuestas por Solano Lima en un reportaje concedido a *La Opinión* y publicado el 6 de diciembre de 1973. Allí explicó que Perón concebía un mundo en libertad, pero con la libertad en función social, una nueva Constitución para todos elaborada con la cooperación de los partidos políticos, "para reconstruir el Acuerdo de San Nicolás", para que sea representativa y federal, pero donde tendrán que estar los derechos sociales, los derechos de la ancianidad y de la niñez. El texto se encaminará a mantener el fondo de la Constitución peronista, pero en lo formal el gobierno hará todas las concesiones necesarias para concretar la unidad nacional. El articulado surgirá, dijo, de la redacción de un grupo de juristas de diversos partidos, que será luego discutido por el gobierno con los jefes de los partidos políticos, para, finalmente, someterlo al pueblo y a la Asamblea Constituyente, que funcionará con el acuerdo ya concretado. Lógicamente, la plena legalidad del sufragio popular asegurará al pueblo que allí se exprese, en las condiciones reales emergentes de la relación de fuerzas sociales, el interés de la mayoría, con sentido nacional y popular.

El rechazo del líder del Movimiento Nacional al demoliberalismo capitalista ha sido una constante de toda su vida. Una vez más el 3 de noviembre último, en un mensaje a los trabajadores, decía: "Así como el acento fue cargado sobre lo político en la etapa demoliberal

capitalista, en la nueva etapa lo está, en profundidad en lo social. Es decir, que ya hoy en el mundo priva lo social... El demoliberalismo capitalista —no podemos negarlo— en los últimos dos siglos de la existencia hizo avanzar la ciencia y la técnica más que cualquier otro sistema de los otros diez siglos precedentes. Eso no lo puede negar nadie. Pero tampoco se puede negar que todo ese inmenso esfuerzo fue realizado sobre el sacrificio de los pueblos...". En otro pasaje agregó: "Hay muchos que dicen: yo soy demoliberal. No es raro. Yo he encontrado a algunos tontos que todavía están enamorados del sistema feudal, del medioevo; de manera que si hay tontos que todavía están en el siglo XV, cómo vamos a pensar que no existan otros que están en el siglo XIX o a comienzos del XX. Pero esos son los últimos resquicios que van quedando de una etapa de injusticia que recibió la alabanza de todos los intelectuales del mundo. Hoy los nuevos intelectuales comienzan ya a pensar de otra manera y a concebir las cosas en otra medida. Es a esa evolución a la que contribuimos con nuestra organización...".

Quedan así descartadas todas las formas de retorno a instituciones y principios de un sistema caduco.

Para conocer el rumbo a seguir en el tema de la reforma constitucional, precisamos partir de la idea de que las estructuras económicas en última instancia, condicionan las formas e instituciones políticas y jurídicas. Quienes gobiernan son los integrantes de la clase económicamente dominante que se beneficia con esas estructuras y la Constitución escrita de un Estado, o su super ley, es un instrumento del sector social predominante, con el que afianza su preeminencia. "El elemento definitorio de la Constitución real es la clase social que predomina, y la Constitución escrita, concediéndole juridicidad formal a la violencia que monopoliza, convierte en legal a la Constitución real" (Sampay, Arturo, "Constitución y Cambio Estructural", en revista *Realidad Económica*, n° 14, agosto/sept. 1973).

Los cambios en las estructuras económicas y en la Constitución real de un país se dan cuando una clase sustituye a otra en el predominio político. Sustitución que puede realizarse súbitamente, por la fuerza, o a través de un proceso de transición.

"En esta etapa de transición coexisten con poder, entonces, el sector social en trance de ser sometido y el sector social cuyo predominio ha comenzado vigorosamente. Y esta transitoria dualidad de poder, reflejo del conflicto irreductible entre dos clases sociales que se disputan el predominio político... suele desarrollarse dentro del marco de la Constitución escrita preexistente."

En busca de los pasos previos e indispensables para transformar las estructuras económicas argentinas, Sampay enuncia la recuperación de los recursos naturales en poder de los monopolios, la explotación con sentido nacional de los recursos energéticos con transferencia al Estado de todas sus fuentes, la nacionalización del comercio exterior, el cambio del régimen de apropiación y tenencia de los campos, la instauración de una política propia de promoción de las técnicas y de las ciencias, para hacer realidad la liberación nacional en el campo tecnológico.

Con cita del español Miguel Herrero de Miñón, agrega: "Todas estas medidas, ciertamente, conducen al cambio de las estructuras económicas, más, para realizarlas, se necesita, según enseña la experiencia de los países dependientes que han emprendido su liberación, que el movimiento que organiza a los sectores populares... debe institucionalizar su acción, a fin de fijar la política nacional revolucionaria e inspirar y controlar el comportamiento de sus delegados en el gobierno, dejando incólume, por supuesto, la libertad de los demás partidos políticos".

Aboga por la transferencia de los bienes del dominio privado al del Estado, regido por los sectores populares organizados, para lo que considera previo caracterizar jurídicamente a las grandes empresas como bienes colectivos que conllevan, por lo mismo, la tendencia a su

nacionalización, pues no pueden ser asimiladas a la noción de propiedad de la Constitución, ya que se trata de dos realidades esencialmente diferentes.

Este destacado constitucionalista en la parte final de su artículo señala que la Carta de 1853 no prohíbe una institucionalización extraconstitucional del Movimiento revolucionario que es el peronismo, sin cuya participación activa no es posible un proceso de transformación substancial.

"Empero, todo lo que permite la Constitución escrita de 1853 por falta de preceptos prohibitivos, la de 1949 lo dispone de manera expresa y concede a los órganos del Estado las atribuciones precisas para tomar las decisiones conducentes al cambio de las estructuras económicas... El país se viene desenvolviendo al margen de una Constitución escrita políticamente legitimada por la voluntad expresa de la Nación; porque la que el pueblo se dio, mediante genuinos representantes, fue derogada por el decreto de un gobierno de facto, el 27 de abril de 1956, ratificado por una Convención Constituyente que, para poder hacerlo, eligió sus miembros previa proscripción del movimiento político de los grandes sectores populares".

Vigencia de las cláusulas fundamentales de la Constitución de 1949

A la discusión sobre la Constitución de 1949 siempre trató de presentársela a nivel normativo, sobre presuntas deficiencias formales vinculadas a la ley de convocatoria, o referirla a ambiciones de perpetuación en el poder por parte del Gral. Perón. Se trató así de desviar el verdadero centro de la atención: la defensa del patrimonio nacional, la afirmación real de la soberanía, la defensa de los intereses del pueblo y el reconocimiento de sus derechos.

Consideramos que el mejor testimonio sobre dicho documento fundamental es el del propio Gral. Perón, quien en 1971 dijo: "Nuestra Revolución Justicialista partió de un gobierno legal y constitucional, elegido por una gran mayoría y pretendió alcanzar sus objetivos por la vía legal, dentro de la Constitución Nacional de 1949, por modificación de la legislación preexistente y realizarse por la vía institucional. Se trataba en consecuencia de promover y acelerar una evolución que llevara progresivamente a la República a un cambio fundamental de estructuras, hacia un nuevo régimen y un nuevo sistema en el que el Estado, la política y las condiciones socioeconómicas, se orientaran hacia un socialismo nacional tan pronto como consiguiera liberarse de las influencias y la penetración imperialistas, sin lo cual no había soluciones posibles."

Sin intención de hacer un análisis exhaustivo ni mucho menos de la Constitución Justicialista ni de su génesis, estimamos adecuado recordar que la bancada opositora (radical) comenzó en la Convención de 1949 su labor obstruccionista impugnando en la sesión del 24 de enero a la Asamblea y a los títulos de todos sus miembros por ser inconstitucional la declaración legislativa que promovió la reforma y por constituir "la última etapa de un plan destinado a consolidar y perpetuar una concentración de poderes funesta a la libertad de los pueblos". Dado el rotundo fracaso de esa tentativa, permanecieron sus miembros en el recinto de deliberaciones hasta el 8 de marzo, fecha en la que su vocero, tras afirmar que la justicia social del peronismo no fue un fin en sí misma, sino un medio de lograr el apoyo popular para conquistar el poder y luego realizar desde él los objetivos de entregar los dispositivos del control económico-financiero de la Nación a representantes de una nueva oligarquía, se pronunció por acentuar la limitación del poder personal de los presidentes y, consecuentemente, por entender que la modificación constitucional tenía por fin posibilitar la reelección del Gral. Perón, renunciaron a continuar en la Convención y se retiraron definitivamente.

El tiempo habría de demostrar cómo esa actitud es-

teril y proclamadamente golpista, se constituiría en uno de los grandes errores históricos del radicalismo.

Veamos la fundamentación que compartimos, en sus principales pasajes, del más importante teórico de la reforma, el convencional Sampay, para conocer los verdaderos motivos de esa decisión hecha suya por el pueblo argentino, aunque manteniendo reservas por nuestra parte con respecto a la filosofía a la que vinculó en ese entonces su exposición.

Destacó que el proyecto respetaba la organización de los poderes del Estado adoptada en la Constitución de 1853, aunque con ajustes que la experiencia de casi un siglo aconsejaba, entre ellas y de acuerdo con la realidad política que se vivía, la de posibilitar la reelección presidencial, pues el país conocía un profundo proceso revolucionario del liberalismo burgués y si la suerte de esa empresa argentina dependía de que el general Perón fuese reelegido presidente de la República por el voto libre de sus conciudadanos, debía quitarse de la Constitución el impedimento que no aconsejaban ni la prudencia política ni la circunstancia histórica que enfrentaba al país.

Luego advertía que cuando una constitución ha perdido vigencia porque la realidad se ha desaparecido de ella, debe abandonarse la ficción de una positividad que no existe y adecuarla a la nueva situación. Así el reconocimiento de los derechos sociales, las medidas económicas elaboradas por la revolución, sus leyes protectoras de la economía nacional que la libraban de la explotación de los consorcios capitalistas eran atacados de inconstitucionales por los sectores privilegiados, invocándose la libertad de industria y comercio asegurada por la Constitución de 1853. Por ello urgía incorporar definitivamente al texto de la Carta Fundamental el nuevo orden social y económico. Esa Constitución no reconocía al obrero sus derechos, decía porque la prestación de trabajo era incluida en la libertad de comercio.

Al tratar la actividad económica del Estado que se propiciaba, ubicaba en primer término la nacionalización en modo absoluto de las instituciones bancarias oficiales, incluyendo el Banco Central. "Si el Banco Central no está en manos del Estado es imposible promover, guiar y cumplir la acción política que procure el máximo empleo de los recursos humanos y materiales disponibles, como tampoco podrá lograrse la expansión ordenada del a economía nacional con miras a que la explotación de la riqueza posibilite a cada trabajador el ejercicio del derecho al bienestar que le garantiza la reforma. Constitucionalizamos el Banco Central... porque queremos impedir el retorno del Banco Central de sir Otto Niemeyer, calcado sobre el molde de los que funcionaban en dominios británicos, ya que es sabido... que un banco central en manos foráneas es el ápice del edificio imperialista en todo país sometido al coloniaje económico." Se procuraba evitar que volvieran a dictarse fallos judiciales como aquél de la Corte Suprema que admitió como legítimo al banco de Niemeyer.

"La autorización constitucional para que la ley pueda estatizar el comercio externo, desde un mínimo hasta un máximo de monopolio, según lo requieran las circunstancias, obedece a la realidad contemporánea surgida de la total destrucción del libre mercado internacional, y es el único dispositivo que se posee para defender la economía del país... Quienes en el presente reclaman el libre comercio exterior... quieren, en verdad, o bien el comercio dirigido por la metrópoli de una zona de influencia, o bien el comercio dirigido por los cartels internacionales".

En otros pasajes sobre el mismo tema añadía: "La reforma constitucional convierte en bienes de la Nación todos los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y cualquier fuente natural de energía con excepción de las vegetales; los bienes públicos que no se pueden desafectar, enajenar, ni conceder a particulares para su explotación, es decir, transfiere esos bienes a la categoría de propiedad pú-

blica nacional y establece el monopolio del Estado para su explotación, introduciendo además, como consecuencia, un cambio profundo en el régimen jurídico de las minas respecto del vigente en el Código Civil y en el Código de Minería..."

"La llamada nacionalización de los servicios públicos y de las riquezas básicas de la colectividad, además de haber sido aconsejada por razones políticas, como la seguridad del Estado, y por consideraciones económicas, como el acrecentamiento de la producción de esas riquezas... ha sido movida también por la necesidad de convertirlos en instrumento de reforma social. Porque la nacionalización o estatización de los servicios públicos —que es lo mismo—, al suplantarse el espíritu y la organización capitalista de su gestión, permite fijar el precio y la distribución del servicio no en procura del lucro privado, sino sólo por criterio de utilidad social..." (Diario de Sesiones, t. 1, págs. 269 y sigs.).

El proceso de recolonización integral que vivió el país a partir del derrocamiento del régimen peronista y de la derogación de la Constitución de 1949, para facilitar la implementación de una política favorable a la penetración imperialista, ya fue motivo de análisis en nuestro trabajo del número 1 de *Peronismo y Socialismo*, al que nos remitimos.

En el ámbito nacional, como antecedente digno de ser tenido en cuenta al estudiarse los precedentes constitucionales, merece especial mención la Constitución de la Provincia de Mendoza elaborada en las sesiones del año 1948 y principios de 1949, que inauguró el proceso de transformación de los estatutos fundamentales de dicho período, con sentido social. Sus deliberaciones están reflejadas en los tres tomos de diarios de sesiones. Se trabajó sobre un proyecto original del Poder Ejecutivo Provincial, al que la propia Convención modificó, el extremo de que todos los sectores políticos que participaron (peronistas, radicales, laboristas y comunistas) lo consideraron producto del trabajo común. También allí el radicalismo comenzó por impugnar la capacidad de la Convención invocando presuntas deficiencias en la convocatoria, y al ver fracasado su propósito, se puso a colaborar en una obra que estimamos de consulta obligatoria por los aportes e innovaciones, particularmente en materia de "garantías sociales" y "régimen económico". El 4 de marzo de 1949 comenzó a regir en la provincia, aunque luego debió adaptarse al texto nacional, conforme lo dispuesto por la cláusula 5ª de las Disposiciones Transitorias de la Carta de ese mismo año.

Entre los otros textos que podríamos citar a nivel provincial y anteriores a ella, no hay aportes de trascendencia excepcional que justifiquen una mención especial, sin perjuicio de reconocer lo que en su momento significaron como avance legislativo para las respectivas provincias. (Entre Ríos de 1933, Santiago del Estero de 1939, Salta de 1929, San Juan de 1927, Tucumán de 1907.) En cambio, si merece nuestro reconocimiento Juan Manuel de Rosas por lo que aporta a la organización nacional, superando el período de la anarquía, a través de la instrumentación del Pacto Federal —antecedente expreso del Acuerdo de San Nicolás— como se destaca en el trabajo de las compañeras Garmendia de Camuso y Schnaith, y por su resistencia a que se elaborase un texto constitucional mientras no hubiere una real y efectiva representación, pues de lo contrario su redacción quedaría en manos de los sectores cultos que expresaban las ideas y los intereses ajenos al país.

Esta conclusión no contradice el objetivo de unidad nacional, realmente sentido por el Gral. Perón, ni significa en modo alguno, pensar en postergar el reconocimiento de los derechos del pueblo y de la nación toda, por medios instrumentales que hagan realidad los objetivos de liberación externa e interna, por tratarse de distintos momentos históricos.

Con Hernández Arregui decimos: "Hoy, la imagen colonial de la Argentina retrograda ante el renacer, en otras

circunstancias históricas, de las montoneras difamadas por Mitre y Sarmiento. La Argentina de Roca, aunque azorada de bayonetas, está muerta. Los símbolos del martirio del pueblo, vuelven del pasado y vivifican la conciencia nacional. Los héroes calumniados o denegados por la historiografía oficial, no están yertos. Como no han fenecido las provincias relegadas por la oligarquía porteña y el predominio anglosajón. La visión presuntuosa de una Argentina de raza blanca, de la Constitución de 1853, se estremece ante el rechazo altivo del pueblo frente al vasallaje." (*Peronismo y Socialismo*, pág. 267).

Parlamentarismo y presidencialismo

Entre las innovaciones de las que con más insistencia se habla, está la incorporación de "un primer ministro con poderes para reorganizar el gabinete cuando fuese necesario y, al estilo de las más maduras democracias europeas, para poder formar nuevo gobierno ante una crisis, sin que por ello, se modifiquen las pautas de estabilidad presidencial", con un Congreso vigente (sin disolución) por encima de cualquier crisis. (*La Nación*, 20 de enero de 1974, dado como un trascendido del pensamiento del Gral. Perón).

Para *Panorama* la modificación de la ley fundamental significará más que el simple retorno a la Constitución de 1949 (no tan simple ni de limitada trascendencia), algo más profundo como sería el cambio del actual sistema presidencialista por uno de tipo parlamentario o a la europea, donde las responsabilidades del Ejecutivo están a cargo de un primer ministro, mientras que el presidente se dedica a elaborar la línea política y presta su atención a los grandes temas nacionales (nº 347, 10/16-1-1974, "El enigma del Primer Ministro").

La óptica de la cultura dependiente lleva a idealizar todo lo europeo y a olvidar la realidad del medio que nos rodea. En primer término la experiencia de la democracia parlamentaria continental no puede ser calificada de brillante ni tampoco su incorporación eventual crearía alteraciones políticas de magnitud. Mientras en Europa los parlamentos por su composición heterogénea quitan estabilidad al gobierno, nosotros con un Congreso con mayoría absoluta peronista tendríamos asegurada la permanencia y ejecución de la política fijada por el Jefe del Movimiento Nacional.

"La forma de gobierno parlamentaria, hasta hoy la más extendida en Europa occidental, no presenta diversidades sustanciales en sus versiones monárquicas o republicanas, ya que en cada uno de tales casos el ejecutivo aparece igualmente diferenciado en dos secciones bien separadas, a saber un jefe de Estado políticamente irresponsable (y, por tanto, de funciones prevalentemente formales) y un gabinete (constituido por varios ministros) que traza la orientación política, es responsable frente al Parlamento y debe dimitir cuando ha perdido su confianza. Es decir, ambas realizaciones permiten alcanzar la virtud esencial de la forma parlamentaria que consiste en mantener inamovible al jefe del Estado (vitaliciamente si es rey y por un determinado y suficientemente largo período si es presidente), asegurando así al gobierno un elemento estable de continuidad aunque haga al Poder Ejecutivo (centrado esencialmente en el gabinete) extremadamente sensible a toda fluctuación de la opinión pública" (*Biscaretti di Ruffia, Derecho Constitucional*, pág. 245).

Este autor italiano clasifica los distintos tipos de gobiernos parlamentarios europeos continentales —clásicos, racionalizados, directoriales, de tendencia equilibrada, etc.—, pero, no obstante la simpatía con que los trata, no puede ocultar que esas variaciones fueron producto de los fracasos sucesivos de cada modelo anterior. Así en Francia entre 1871 y 1940 se contaron ciento nueve gabinetes, a razón de seis meses de duración promedio cada uno, hasta su derrumbe con la derrota militar.

Duverger entiende que para comprender la verdadera significación del parlamentarismo y del presidencialismo, es preciso confrontarlos dentro de la evolución general de los regímenes democráticos en la segunda mitad del siglo XX. Recuerda que el sistema parlamentario fue introducido en Francia por una asamblea monárquica, la misma que aplastó a la Comuna, que de sus experiencias francesa e italiana tenemos presente sus vicios, sus fracasos, su impotencia, su mediocridad, sus consultas, las intrigas de pasillos.

Además, originariamente los Parlamentos tenían por función esencial expresar los intereses de los diversos grupos de la burguesía y de los diferentes partidos, frente a un ejecutivo monárquico que encarnaba la unidad del país.

Por eso dicho constitucionalista se pronuncia en contra de aquel sistema y a favor del ejecutivo fuerte pretendido por Carlos De Gaulle. Lo considera en el actual desarrollo histórico, técnicamente necesario para asegurar la gestión de un aparato de producción planificado que, a su vez, requiere un gobierno sólido y estable. Igualmente, el poder creciente de los grupos de intereses económicos exige políticamente un gobierno fuerte.

Por último, dice que el sistema parlamentario no tiene en cuenta la tendencia contemporánea a la personalización del poder. El poder ha estado siempre, más o menos, personalizado, pero en el mundo contemporáneo hay un acrecentamiento de ese carácter, lo que ocurre tanto en los países occidentales —capitalistas—, como en los de la órbita socialista y en los del Tercer Mundo. Sólo Italia y Francia después de la muerte de De Gaulle son excepciones, aunque si tomamos períodos históricos esta misma afirmación parcial se relativiza, ya que en momentos de crisis estos países sienten la necesidad del hombre fuerte. Claro que debemos diferenciar entre el líder que mantiene una relación dialéctica con la masa de los movimientos nacionales del mundo colonial o neocolonial y a la que expresa, y a los jefes de gobierno de las sociedades capitalistas evolucionadas, donde un estado consolidado no precisa del factor humano que sintetice la unidad nacional, aún cuando de hecho pueda en ciertas circunstancias darse.

En estos sistemas en que el primer ministro y su gabinete son proyecciones del Parlamento no creemos poder encontrar la mejor fuente para esa clase de reformas, que no compartimos por las razones teóricas y prácticas enunciadas precedentemente, a las que se agrega la rivalidad en el ejercicio de las facultades gubernamentales que se dan entre el jefe de Estado y el jefe del Gobierno, dificultando la marcha. De todos modos, si tal idea de un ejecutivo dualista se llevase adelante, la extraordinaria personalidad de Perón y su calidad de Conductor indiscutido de la Nación atemperan las objeciones, pero, en ese caso, no sería el modelo europeo el aconsejable, cuando existen en el Tercer Mundo ensayos que deben ser tenidos en cuenta.

En efecto, mientras la Constitución argelina de 1963 establece que es el presidente de la República el que define, dirige, conduce y coordina la política interior y exterior del país conforme a la voluntad del pueblo concretada por el partido único (Frente de Liberación Nacional) y expresada por la Asamblea Nacional (art. 48), la Constitución de la República Árabe Unida de 1964 deja al presidente de la República el nombramiento del presidente del Consejo y su remoción, como también nombra los ministros y les revoca sus funciones. Además tiene el derecho de convocar al Consejo de Ministros y de asistir a sus reuniones, presidiéndolas cuando participa (arts. 114 y 115). Claro que la proposición al pueblo de la candidatura del presidente de la República es hecha por la Asamblea Nacional, la que tiene la facultad de censurar al gobierno o a un ministro, y en tal caso deben presentar su renuncia al presidente de la República, quien, por su parte, tiene derecho a disolver a la Asamblea (arts. 102, 89, 90 y 91).

La Constitución Provisional de la República Árabe Siria del 1º de mayo de 1969 confiere al jefe del Estado y al Consejo de Ministros las atribuciones del Poder Ejecutivo.

El primero designa al presidente del Consejo de Ministros y a los ministros a propuesta del último y acepta sus dimisiones, tiene todos los derechos conferidos al presidente de la República y sus atribuciones, salvo las expresadamente otorgadas a otros órganos y puede disolver la Asamblea Popular por decreto motivado que adopta en Consejo de Ministros. Las funciones del Consejo de Ministros son las de controlar la ejecución de los servicios del Estado, elaborar y aplicar la política general, ejercer el Poder Legislativo cuando la Asamblea Popular no está reunida en sesión, con ratificación posterior de ésta y preparar el proyecto del presupuesto general del Estado, planificar el desarrollo y la mejora de la producción y la explotación de los recursos naturales y todo lo que tenga por efecto consolidar la economía nacional.

El Consejo de Ministros es solidariamente responsable ante la Asamblea Popular, la que también nombra al presidente de la República o jefe del Estado (arts. 52/66 y 48).

Por considerarlo antecedente valioso puntualizamos que los arts. 120 y 129 de la Constitución árabe citada disponen que el presidente de la República puede, en casos excepcionales y con autorización de la Asamblea, dictar decretos con fuerza de ley, y que el presidente puede consultar al pueblo en los asuntos importantes que afecten los intereses superiores del país, dejando a la ley la organización del modo de referéndum.

La Constitución francesa de De Gaulle del 5 de octubre de 1958, de cita obligada por su repercusión entre los especialistas y, en general, en todo el llamado mundo Occidental, concibe el papel del presidente como árbitro entre los poderes y garantía de la unidad y continuidad nacional. Nombra discrecionalmente el primer ministro y, a propuesta de éste, a los ministros. Puede someter a referéndum determinadas cuestiones y posee la facultad de disolver al Parlamento. El temor de los constitucionalistas, como el alemán Karl Loewenstein (*Teoría de la Constitución*, pág. 118), de que se transformase en una dictadura constitucional, que en casos de excepción pudiese terminar en monarquía absoluta, a través de su aplicación, quedó totalmente disipada y como producto de predicciones falta de sustento racional.

Los antecedentes protagonizados entre nosotros por Alsogaray y Frondizi en tal sentido (actuando de hecho aquel como regente gubernamental), no son precisamente elementos que juegan a favor de la innovación de que se trata, aunque las situaciones políticas difieren en profundidad por la falta de representatividad de esos personajes.

Nuestra experiencia y en particular la que va desde los golpes de Estado sucedidos en los últimos treinta años, nos muestra la necesidad que sienten quienes ejercen el poder estatal, luego de acceder al mismo, de cambiar la integración de la cabeza del Poder Judicial, para obtener una Corte Suprema que aplique el derecho desde una perspectiva política lo más afín a su propia línea, y así asegurarse la declaración de legitimidad de su gobierno y de los actos a través de los cuales genere su acción.

Esto ocurre tanto con los gobernantes identificados con los intereses del pueblo, como con los servidores de la oligarquía y del imperialismo. Al advertir dicha realidad estimamos útil poner de manifiesto que la Constitución de Costa de Marfil del 3 de noviembre de 1960, modificada el 11 de enero de 1963, establece la periodicidad en la designación de los integrantes de la Corte Suprema, la que se constituye con diputados elegidos por la Cámara Nacional y de su propio seno, después de cada renovación general. Ese mecanismo tiene la ventaja de posibilitar, en casos de movimientos nacionales triunfantes, que por la vía de la integración constitucional, se obtengan coincidencias en la posición política de las conducciones de los tres poderes del Estado, cuando debe respetarse la tradicional separación de los mismos.

Constitucionalización de las organizaciones gremiales. Autogestión

Para concluir corresponde detenernos en la presente constitucionalización de la ley de asociaciones profesionales, como dice el comentario del diario *La Nación* que antes transcribimos.

Pensamos que el propósito de elevar a las organizaciones gremiales a instituciones de existencia necesaria dentro del ordenamiento superior nacional reviste excepcional importancia. Dejamos de lado, por supuesto, la regulación de los mecanismos operativos que en la actual ley permiten a la burocracia su reaseguro, por cuanto son normas de jerarquía secundaria como para integrar una Constitución.

La crisis de los partidos burgueses tradicionales y de sus Parlamentos hizo nacer y desarrollar la idea de la representación gremial en el proceso legislativo. No se trata solamente de la participación de los llamados grupos de interés en la administración, sino en los niveles superiores de conducción del Estado.

Así como los consejos de trabajadores y campesinos de la revolución soviética de 1917 —experiencias positivas de una organización original del proceso político— asumieron simultáneamente el ejercicio de los poderes ejecutivo, legislativo y los distintos niveles de la administración pública, el corporativismo italiano con su Carta del Lavoro del 21 de abril de 1927 y su posterior Consejo Nacional de las Corporaciones y la "Cámara de los Fascios y Corporaciones" instituida en 1939 en lugar del Parlamento político, desvalorizó por completo durante un largo período esta idea.

Claro está que en la evaluación no podemos quedarnos en la mera forma, en la institución vacía, en el órgano, sino que el enfoque debe hacerse desde lo político y saber a qué intereses sirve y cuál es la clase que usa el aparato estatal. Sólo a partir de allí podemos hacer el balance, pues de lo contrario las conclusiones siempre serán erróneas.

Insistimos en considerar la posibilidad de constitucionalizar a los sindicatos como una medida encomiable, consciente de que su inserción se haría en un Estado burgués, pero también de que abriría una perspectiva hacia la democracia popular, lo cual adquiere especial significación dado el carácter de país sometido a las presiones del imperialismo que posee la Argentina.

Nuestra opinión se apoya en el pensamiento del Gral. Perón, cuando dice que "ya no hay trabajador que no sepa que, si no toma el poder a través de sus hombres, pierde el tiempo en soñar con reivindicaciones sociales que se le vienen negando desde hace siglos". Al respecto agrega que "La clase trabajadora organizada debe actuar como factor de poder en la comunidad moderna si quiere ser respetada y considerada en sus intereses profesionales. El factor de poder es esencialmente político y, despojar de este factor de poder a las organizaciones profesionales, implica dejarlas indefensas e inertes frente al ataque de los que defienden los demás intereses internos de la comunidad". Previamente deja sentado que fue la burguesía la que propugnó la idea de que los sindicatos no deben intervenir en política, para así dejar el terreno libre a la acción de los partidos políticos demoliberales (Cfr. Mensaje a los Trabajadores, publ. en *Las Bases* del 15-2-1973).

No pretendemos inmediatamente algo similar a la autogestión yugoslava, pero no la estimamos un objetivo inalcanzable. Su configuración aún no ha concluido

definitivamente en dicho país. Comenzada institucionalmente con la ley sobre los Consejos de Trabajadores de 1950, continuada con la Constitución de 1953, la encontramos como contenido principal de las "Enmiendas Constitucionales" de 1971 y motivo de especial tratamiento en los cambios previstos en 1973.

En la enmienda XX de 1971 se establece que Yugoslavia es un Estado Federal que se cimenta en el poder y en la autogestión de la clase obrera y de todos los trabajadores, y una comunidad democrática y socialista autogestora de trabajadores y ciudadanos, y de pueblos y nacionalidades que disfrutan de plena igualdad de derechos. En la enmienda siguiente se precisa que la base de las relaciones autogestoras socialistas proviene de la posición económico-social del trabajador en la reproducción social, que al disponer de los medios de reproducción en propiedad social y al tomar decisiones directas y en igualdad con los demás trabajadores del trabajo social, le permite beneficiarse con los resultados de su trabajo. Más adelante se establece que por los acuerdos autogestionarios pueden los trabajadores conjugar sus intereses particulares con los intereses comunes, en cuanto a la distribución social del trabajo y la reproducción social.

Aún por parte de quienes, como Mandel, piensan que la autogestión yugoslava, en una "economía socialista de mercado", presenta desviaciones por la presión de los elementos burocratizados dentro de las empresas, reconocen que ha creado condiciones mucho más propicias al advenimiento de un verdadero poder de los trabajadores que otros ensayos, por lo que sobre sus fundamentos puede proseguirse la búsqueda de un modelo válido de organización económica en la época de transición del capitalismo al socialismo (*Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, págs. 47/8).

Las reflexiones que expusimos sobre la reforma constitucional expresan nuestra opinión a favor de un retorno a los principios económico-sociales de la Constitución de 1949, de órganos de poder dotados de efectivos medios de ejecución, de innovaciones que permitan comenzar el camino de superación de formas e instituciones burguesas en vías de extinción, alejados de utopías irrealizables y concientes del momento histórico que vivimos y de la relación de fuerzas sociales que se da en nuestra patria.

También y como una manifestación de la permanencia en América Ibérica de la concepción unificadora de nuestros Estados, podríamos en el Preámbulo hacer mención, como los países árabes, de que formamos parte de una común nación.

A este ámbito, el de los creadores de normas, le es correctamente aplicable el siguiente razonamiento de Hernández Arregui: "El error de las capas intelectuales alienadas a Europa es pensar la realidad colonial a través de sistemas de pensamiento germinados en otros ámbitos históricos, en naciones avanzadas que han cumplido su ciclo industrial y cuyas filosofías nacionales son inaplicables, o sólo por débil analogía, a una situación histórica divergente. Adecuar sin crítica métodos y filosofías europeas a la situación colonial, es carencia de sentido histórico, incluso con relación a las filosofías que sirven de modelo y que deben juzgarse como productos mentales sin encaje, por su origen y desenvolvimiento en naciones dadas, con el origen y desenvolvimiento de las ideas nacionales en desarrollo de estos países que lidian por desterrar el coloniaje" (*¿Qué es el ser nacional?*, pág. 274). ◆

El Plan Trienal

Conversación con el compañero

Oscar Sbarra Mitre

P. y L. — ¿Podría caracterizar históricamente el Plan Trienal, para luego relacionarlo con esta etapa del Movimiento Nacional Peronista?

S. M. — En términos históricos aparece como una continuidad del desarrollo de la política revolucionaria del Movimiento. A partir de eso vamos a poder catalogarlo en función de las coordenadas actuales, o sea, de la etapa de Reconstrucción Nacional que estamos viviendo.

Lo primero que convendría apuntar es que la planificación peronista nosotros pensamos que es la única y auténtica planificación que ha existido en estos últimos treinta años, ya que los planes quinquenales son verdaderos planes de gobierno, no meramente instrumentos de ordenamiento económico. Tenían una dimensión mucho más amplia, exteriorizando de alguna manera la idea de la comunidad organizada, que es la idea básica sobre la cual se desarrolló la primera etapa de la Revolución Peronista. Los planes quinquenales contenían disposiciones en lo administrativo, en lo político, en lo social y en lo económico como un capítulo que —vale la pena destacarlo— en general era el último capítulo a considerar. Recuerdo que muchas de las leyes de ordenamiento político, como el caso del voto femenino, estaban contenidas en el Primer Plan Quinquenal.

Decíamos que esta es la única y auténtica planificación porque en estos últimos dieciocho años se han intentado desarrollar de alguna manera planes, entre comillas, de ordenamiento económico, pero en el único y exclusivo sentido de apuntar al mantenimiento del sistema y a seguir desarrollando la acumulación en manos fundamentalmente de las empresas monopólicas y de las empresas multinacionales.

En ese sentido el Plan Trienal, si bien se asume como una continuidad en tanto rescata los grandes objetivos políticos de la Revolución Peronista, e inclusive su lenguaje es bastante similar al de los planes quinquenales, aunque tal vez podamos apuntar la presencia de un lenguaje cepalista, porque era muy propio de aquellos trabajos que hacía la CEPAL durante la década del 50, aquellos trabajos de diagnóstico económico realizados para Argentina y otros países latinoamericanos, no es un plan abarcativo del ordenamiento político sino más bien se centra fundamentalmente en lo económico-social, y desde ese punto de vista se lo visualiza como un plan coyuntural, como un plan para una etapa perfectamente determinada y definida, que además el general Perón ha delimitado muchas veces, tomando como elemento principal el Pacto Social. Tan está tomado como elemento principal el Pacto Social que yo me atrevería a decir que una caracterización global del Plan Trienal nos llevaría a resumirlo como la explicitación del Pacto Social. Es decir el ordenamiento en lo económico que se desprende del acuerdo entre representaciones sindicales de empresarios y trabajadores.

En ese sentido no resulta sorprendente que la política primordial que encara el plan sea la política redistributiva, pensada en términos de reconstituir una distribución del ingreso que fue típica de los dos primeros gobiernos del general Perón y que después se fue deteriorando, lenta pero constantemente, en contra de la clase trabajadora.

Tal como se manifiesta en el propio plan, es por lo tanto un plan de cambio, no un plan continuista, que tendería a apuntalar las estructuras del sistema, sino que tiende fundamentalmente a trastocarlas. Pero creo que se trata de un cambio en-

marcado en la etapa que el general Perón ha definido como principalmente de Reconstrucción Nacional. Que el mismo general ayer ha puntualizado que es previa a la etapa de Liberación.

De manera que se me ocurre que a través de esta dilucidación en etapas, el plan se define perfectamente bien: es un plan de cambio dentro de una etapa de Reconstrucción Nacional no dentro de una etapa de Liberación Nacional, posterior a aquella.

Esto ubica, a mi parecer, al Plan dentro de sus coordenadas políticas correctas y hace que lo evaluemos en términos adecuados y que no le pidamos al Plan más de lo que la etapa política puede dar.

Tal vez por el hecho de que es un plan coyuntural y por esa circunstancia apuntada, su acento se halla en lo global más que en lo sectorial, a diferencia de los pseudo planes de estos últimos dieciocho años, y también la circunstancia de que se recupera de alguna manera el consenso mayoritario, en tanto que hay una consulta previa al plan. No aparece como un documento económico impuesto a la comunidad, sino como resultante de un acuerdo que la comunidad ha expresado mayoritariamente en las urnas, con antelación a la elaboración del plan.

Por otra parte el plan conlleva la acción del gobierno popular desde el 25 de mayo en adelante: es más, afirma que antes de la elaboración del plan —en el período que media entre el 25 de mayo y la concreción del Plan Trienal— se tomaron algunas medidas por parte del gobierno popular que posibilitaron la explicitación de este plan y fundamentalmente ayudaron en esta etapa de cambio y reconstrucción que el plan ordena y regula.

Entre esos hechos podemos enumerar rápidamente los siguientes: la fijación de precios máximos, que es el eje de la política antiinflacionaria, el propio Pacto Social, consolidado a partir del 25 de mayo, las leyes que el Plan llama leyes para la Reconstrucción, o sea la nacionalización de depósitos bancarios, el ordenamiento y la reglamentación de los bancos y de las entidades par bancarias, la renta de la tierra, las leyes sobre inversiones extranjeras, la corporación de empresas nacionales, las leyes sobre entidades financieras, las leyes de fomento agropecuario, de fomento industrial, de promoción minera y de la mediana y pequeña industria, el plan nacional de vivienda, la política que se inició a partir del 25 de mayo de incremento en la participación en el producto por parte de la clase trabajadora, a través de un aumento que, habiendo sido detenido el proceso inflacionario, se transformó en un incremento del salario real, lo que el plan llama reordenamiento del Estado, a través del proyecto de Corporación de Empresas Nacionales, el acta de compromiso del campo, base de la política agropecuaria, la reforma del sistema impositivo con todas sus incidencias redistributivas, al eliminar prácticamente el peso impositivo sobre las rentas menores, y la política de apertura en lo internacio-

nal, que es el correlato de la eliminación de las barreras ideológicas. Todos estos elementos el Plan los señala como elementos primordiales imprescindibles, y que han sido estructurados antes de la concreción del propio Plan.

Con respecto a este último elemento, la apertura al mercado internacional, creemos que es importante señalar un hecho que en lo político —a mi entender— no ha sido tomado en toda la profundidad que merece. Me refiero al hecho histórico del rompimiento del bloqueo a Cuba. La Argentina comercia hoy con Cuba un volumen realmente importante (cerca de los 1.000 millones de dólares, de los cuales adelanta un préstamo o una financiación para los primeros 400 millones de dólares), lo cual marca una redefinición de la política continental con respecto a Cuba. Sobre todo al obligar a las empresas norteamericanas a vender a Cuba, por imposición del Estado argentino, pasando por sobre las limitaciones y restricciones que a las propias empresas causa la política exterior de los Estados Unidos. Creo que esto tiene un doble sentido muy positivo: significa el rompimiento del cerco económico a Cuba, la consolidación de los lazos de cooperación en el Tercer Mundo y fundamentalmente la imposición de la voluntad del Estado argentino sobre la determinación de las casas matrices de las empresas extranjeras, fundamentalmente del imperialismo norteamericano.

Esta caracterización muy breve del plan creo que confirma lo que decíamos al principio; es la expresión en lo económico y en lo social de una etapa perfectamente definida, la etapa de Reconstrucción Nacional, que repito según sus propias palabras, es una etapa necesariamente previa a la etapa de liberación, que yo entiendo, es la Etapa de la Liberación Nacional y Social.

Creo que esto es importante marcarlo porque las críticas que podemos hacer al plan entonces se dividen en dos grandes rubros: las críticas que hacen a lo que podemos llamar una implementación no del todo adecuada y las críticas que yo creo que son superfluas, provenientes de quienes tratan de adelantar etapas, de saltar etapas, sujetando el plan a críticas que se le podrían hacer evaluándolo en términos estratégicos y no tácticos. De alguna manera, con las palabras del general Perón, podríamos decir que esas últimas son las críticas de los apresurados. Creo que éstas las podemos eliminar y si coincidimos en esta catalogación política del plan, centrarnos en tratar de analizarlo y de verlo con sus aciertos y defectos en términos de esta etapa principalmente de Reconstrucción Nacional.

Decíamos que el plan define objetivos que van más allá de lo meramente económico —y en eso le reconocemos una continuidad con respecto a los Planes Quinquenales—, a saber, la construcción de una patria libre, justa y soberana, recogiendo el espíritu más neto de la Revolución Peronista. Y fija como objetivos estratégicos la justicia social, que no solamente está encarada en términos de la política distribucionista, a los efectos de corre-

gir la participación actual de los distintos sectores en el ingreso, sino que tiende a modificar las estructuras, como para que esta política redistribucionista de alguna manera influya sobre la concentración de la riqueza, o sea quebrar la estructura que determina como secuela lógica una asimétrica distribución del ingreso en contra de la clase trabajadora.

Habla luego de la expansión económica, apuntando que en el plan no se enuncia este objetivo dentro de una perspectiva desarrollista, como podría ser por ejemplo la perspectiva económica del gobierno subimperialista de Brasil, y en eso debemos reconocerlo, no se tiene por objetivo fundamental alcanzar una determinada tasa de crecimiento, si bien la tasa de crecimiento propuesta es notoriamente alta (el doble del promedio de los últimos diez años). Sino que la expansión económica se interpreta en el sentido de quebrar la dependencia, no de fomentar un crecimiento en el cual la acumulación se realice en manos de las empresas monopólicas internacionales o inclusive de una clase social ligada al proyecto del imperialismo.

P. y L. — Reflejaría la comprensión de que es imposible una transformación de la estructura productiva del país en un sentido nacional a través de un proceso de concentración de la renta.

S. M. — Exacto. Por eso poníamos el ejemplo de Brasil, donde el proceso de crecimiento es un proceso liberal de acumulación capitalista. Esto importa señalarlo, porque a veces surgen comparaciones totalmente inadecuadas, por relacionar meramente indicadores económicos. Y a esto nos tienen acostumbrados las estadísticas internacionales, que por algo nacen en los países imperialistas.

Brasil, pongamos por hipótesis, crece a un punto más que Argentina; el problema es que esos dos crecimientos están reflejando dos políticas distintas. Brasil crece en términos de la acumulación clásica capitalista; el plan se propone y es la explicitación concreta en ese sentido del ideario peronista, se propone un crecimiento en términos de la redistribución del ingreso y de la cada vez más plena participación de la clase trabajadora en la riqueza, oponiéndose concretamente a la concentración de la renta en manos de las clases sociales ligadas al proyecto del imperialismo.

P. y L. — El objetivo de consolidar un mercado único de consumo que fue siempre uno de los objetivos del peronismo, aparece también en el plan. Se busca un mercado lo más homogéneo posible para que no se modifique el perfil de la demanda en favor de las clases altas, como ocurre en Brasil, donde el mercado de consumo lo constituye el 15 por ciento de la población. Con lo que esto implica a nivel del proyecto de industrialización.

S. M. — Claro. Tan cierto es esto que el propio Plan lo señala, entre los objetivos se encuentra el de una mejor calidad de vida, lo cual naturalmente es poner la mayor cantidad de bienes en manos de la clase trabajadora, pero tratando de no copiar

formas importadas de consumo, es decir tratando de quebrar el famoso efecto de mostración, que sirve para trastocar la demanda, para falsearla en favor de los productos que fabrican los monopolios y las empresas multinacionales. En ese sentido se plantea recuperar una forma de consumo argentina, que responda inclusive a las características de la cultura nacional, oponiéndose a la forma de consumo de los países imperialistas. Por un lado se salvaguardaría así la distorsión de la economía y el manejo que podrían hacer de ella las empresas monopólicas y multinacionales, y por otro lado recuperaría en lo económico una forma del ser argentino, de las necesidades argentinas.

Para concluir con la enumeración de los objetivos del Plan diremos que plantea también la democratización real, explicitada por el gobierno de la voluntad mayoritaria, y consecuentemente porque el plan sea expresión de esa voluntad mayoritaria, lo que se llama en términos del Plan la reconstrucción del Estado, o sea la dirección del Estado por las mayorías populares y la dotación de los recursos adecuados para que el Estado cada vez cumpla un papel más amplio en el campo económico y social; la recuperación de la independencia económica, uno de los objetivos más caros del peronismo, pues forma parte de la ideología básica del Movimiento, en el sentido de la ruptura de la dependencia y la no sujeción a las barreras ideológicas, lo cual apuntala esta posibilidad del comercio con todos los países del mundo y fundamentalmente de la solidaridad con los países del Tercer Mundo (el caso de Cuba es un ejemplo y yo apuntaría que el reciente entendimiento con Libia es otro ejemplo ponderable, que pone a la Argentina a salvo de la crisis energética mundial y por primera vez en estos últimos dieciocho años se consigue un financiamiento no proveniente de los organismos financieros internacionales o de los bancos privados de los países imperialistas). Y por último el concepto de la integración latinoamericana, sobre el cual no vamos a abundar porque está perfectamente definido por el general Perón cuando habla de la etapa del continentalismo, etapa previa al universalismo.

Pero decíamos que el objetivo básico —con respecto al cual también se pueden enunciar algunas críticas— es la política redistributiva. A la cual la llamaría política redistributiva de la etapa de la Reconstrucción, pues sólo se apunta a recuperar una participación de la clase trabajadora en el producto que fue típica de los dos primeros gobiernos del general Perón. Entiendo que es de la esencia del pensamiento del general Perón que este incremento de la participación de los trabajadores no se agote en recuperar el nivel que tenían en 1955, sino que es una política que debe profundizarse cada vez más, hasta llegar a las etapas en que la clase trabajadora realmente tenga una participación abrumadoramente mayoritaria en el producto: que la acumulación se haga favoreciendo esta participación de la clase trabajadora y no en manos de empresas privadas, sean nacionales o extranjeras.

Es decir, yo creo que en esta etapa podemos acotar este proceso de redistribución o podemos juzgar adecuada y necesaria esta política redistributiva, pero completamente conscientes —creo, repito, que es la esencia de la doctrina justicialista— de que esta redistribución no se agota en esos niveles, sino que a partir de esa redistribución se profundizará en las etapas sucesivas de la Revolución Justicialista, como seguramente se hubiera profundizado de no haber ocurrido el contrgolpe imperialista en 1955.

Recuerdo que en el Primer Plan Quinquenal existía ya un proyecto de accionariado obrero, se llamaba específicamente así. La ley del accionariado obrero fijaba una retribución límite al capital del 5 por ciento, es decir se trataba de una medida realmente revolucionaria, pues se acotaba la retribución al capital, y por encima del 5 por ciento las empresas que voluntariamente quisieran acogerse a la protección del Estado, retribuirían a los trabajadores en acciones de la propia empresa, en acciones de trabajo, digamos, de ahí la denominación de la ley.

Así se limitaba por un lado la porción que los capitalistas obtenían y por otra llevaba a que se capitalizase la presencia de los trabajadores, lo que implicaba además su intervención en la dirección de la empresa, como una autogestión, hasta tanto la empresa llegase —creo que decía la ley— a pasar íntegramente a manos de los trabajadores.

P. y L. — Eso me recuerda la ley que el gobierno nacional de Velasco Alvarado tiene actualmente en vigencia, donde según el ritmo de producción y de beneficios que obtenga la empresa también se da un traslado de la propiedad de la empresa, hasta quedar en manos de los trabajadores.

S. M. — Exacto. Por eso creo que podemos coincidir en lo siguiente. No es que se vuelva atrás, es que nos encontramos en una etapa inicial de reconstrucción; pero después de eso, estos proyectos que ya estaban contenidos en el Primer Plan Quinquenal seguramente tienen que ponerse en vigor.

Y en ese sentido sí podemos apuntar alguna crítica al Plan Trienal, y es que en toda esta política redistributiva no aparece el germen de lo que podría ser autogestión, cogestión, participación de los trabajadores en la dirección de las empresas, etcétera. Si bien esta etapa es ulterior, creo que el germen o el enunciado de esos objetivos debería estar contenido en el Plan Trienal.

Sin embargo la política de redistribución sí tiene un desarrollo que nos parece interesante. Se apunta que no sólo va ser social en términos de la participación del producto entre empresarios y trabajadores, sino que además se propugnará la redistribución interna dentro de la clase trabajadora (porque nadie ignora que hay capas de la clase trabajadora bastante más marginadas que otras; un ejemplo típico que se destaca en el propio Plan es la mayor participación que logran los trabajadores urbanos con referencia a los rurales, ya que estos cuentan en su contra el menor nivel de organización, la

menor facilidad del contralor para asegurar el cumplimiento de la legislación social, etcétera).

P. y L. — En ese sentido la ley de contrato de trabajo, cuyo proyecto fue del Poder Ejecutivo, sería complementaria, en la medida en que incidiría favorablemente en sectores de la clase trabajadora menos protegidos, sectores de la construcción, changarines, etcétera.

S. M. — Es precisamente una de las leyes que implementa este objetivo del Plan Trienal.

Lo otro que apuntaríamos en cuanto a la política general de redistribución es el acento en la redistribución regional; además de las asimetrías en lo social y en lo sectorial, dentro de la misma clase trabajadora, también se da una asimetría totalmente tangible cotidianamente, que es el privilegio de zonas del país, fundamentalmente de esta monstruosa Capital Federal y Gran Buenos Aires, o sea de las zonas que rodean los puertos, con respecto al interior del país. Se va a tratar de corregir la distribución regional del ingreso, de manera que no se produzca la concentración de la riqueza ni sectorial ni regionalmente.

Cabe destacar que este ha sido un objetivo casi permanente de la central empresaria, que precisamente nació como una expresión del empresariado del interior, opuesta al manejo del empresariado argentino a través de centrales como la UIA, que tenían asiento en la Capital Federal. Creo en ese sentido que se trata de uno de los elementos importantes de la CGE, a saber, que aporte una visión empresarial desde el interior.

La redistribución regional aparece como uno de los objetivos más importantes; evidentemente la política de unidad nacional no debe darse solamente en términos del acuerdo entre todas las corrientes de opinión política que estén por la liberación nacional, sino que también una forma de la unidad nacional es corregir las asimetrías y los desfasajes que se dan en el goce de lo producido en el país entre los habitantes de una zona con respecto a otras.

Además la política redistributiva se integra a través de una acción social bastante intensamente prevista en el plan. Fundamentalmente esta acción social se ejerce en dos vertientes: por un lado brindar servicios indispensables gratuitamente a la población trabajadora (salud, educación, principalmente en cuanto a la enseñanza primaria, objetivo con el cual estamos totalmente de acuerdo) y por otro lado la construcción de viviendas. El plan de viviendas parece bastante fundamental por su impacto en la demanda intermedia, la demanda de casi todas las industrias que están conectadas con la actividad de la construcción, y en segundo lugar porque absorbe desocupados, lo cual contribuye a incrementar la participación de la clase trabajadora en el ingreso nacional.

Tal importancia se le asigna al sector construcción que debe crecer a una tasa que duplica la del crecimiento del producto bruto (al 14,8 por ciento).

Hay, sin embargo, objetivos que no aparecen dotados de una implementación adecuada. Podría-

mos mencionar el caso del cobre, con respecto al cual se habla no sólo de cubrir el déficit actual sino de tener un cupo exportable de 70 u 80 mil toneladas en un período muy corto, de cuatro años, sin que se haya ubicado —por lo menos no tengo yo noticias de que haya ocurrido— un yacimiento importante de este mineral y una prospección, un relevamiento del territorio nacional (cuyas dos terceras partes son desconocidas en su aspecto minero) lleva bastante más que cuatro años. Es muy probable que en la Argentina existan imponderables reservas de cobre, pero el plazo para ubicarlas y para que se esté en condiciones de explotarlas es bastante mayor que cuatro años.

Lo mismo puede decirse respecto a las construcciones navales. Se habla de un aumento sustancial y prácticamente es una industria donde hay que incrementar notoriamente las instalaciones (astilleros, puertos), incluso la propia capacidad técnica, y esto no me parece que pueda lograrse en el período del plan ni en los plazos fijados que superan ese período, el año 80 u 82. Parecen objetivos desmesuradamente grandes en términos de lo que conocemos como disponibilidades actuales.

Pero continuemos, por otra parte la política redistributiva también se integra con la reforma impositiva, donde se liberan a las rentas menores de cargas. Se incrementa también lo que se llama el salario social, a través de incrementar las asignaciones familiares y en general las jubilaciones y lo que los economistas llaman rentas de transferencia. Finalmente se integra con una política alimentaria, a través de la cual se intenta paliar los efectos de abastecimiento, no solamente el control de precio sino los problemas que plantean en términos de precios y abastecimiento los intermediarios, tratando de redefinir la dieta para brindar mayores calorías, más proteínas y vitaminas, abandonando el acento en la carne, que es la alimentación básica del argentino, e incrementando el consumo de los bienes sustitutos (pollo, cerdo, pescado, etcétera), lo cual va a determinar un acrecentamiento del cupo exportable de carne.

Es decir la política redistributiva aparece bastante bien implementada, contrariamente a otros objetivos del plan, cuya implementación —por lo menos en el marco de los documentos que conocemos, el tomo principal y los tres tomos más pequeños sobre petroquímica, energía y política agro-

pecuaria— no aparece tan claro. Más bien se visualizan como una expresión de deseos que como mecanismos posibles o probables de consecución.

Con respecto a la política redistributiva, con todo, podemos señalar la siguiente crítica o por lo menos la siguiente incógnita: paralelamente aparece una política redistributiva y un objetivo de menor endeudamiento externo, es decir que las inversiones crecen bastante pronunciadamente, la inversión pública aumenta un 21 por ciento y la inversión bruta interna el 21,4 por ciento (la inversión bruta interna triplicaría así la tasa promedio del período 71-73, que era del 4,5 por ciento); el peso entonces de la inversión pública y de la inversión bruta interna va a pasar del 32,2 por ciento a un 41,9 por ciento. Esta inversión naturalmente, si hay un objetivo de menor endeudamiento, va a tener que financiarse con ahorro interno. Ahora bien, en el Plan se habla al mismo tiempo de un proceso redistributivo y de un incremento de la tasa de consumo (la tasa de incremento del consumo prevista para la clase trabajadora es del 7,8 por ciento anual). . . El salario real va a crecer al 7 por ciento, la productividad al 4 por ciento, la ocupación al 3,4 por ciento; el incremento de los salarios reales y de la ocupación es lo que explica la mayor participación de los trabajadores en el producto; incluso el salario real crece más que la productividad (al 7 por ciento y la productividad al 4 por ciento) lo que de alguna manera explica el mayor peso relativo que la clase trabajadora va a tener en el producto, porque esta es una productividad seguramente calculada con respecto al trabajo, y el mecanismo va a ser similar al del período 45-55, durante el cual el salario real crecía en términos del crecimiento de la productividad, pero computando el trabajo como único factor de la producción.

Pero decíamos: el consumo por trabajador crece al 7,8 por ciento, pero además se prevé un aumento del ahorro de los trabajadores. Eso es un poco una incógnita; subiría el consumo pero también el ahorro interno, pues este debe constituir el aporte sustancial del crecimiento realmente ponderable de la inversión. No sé si hay documentos complementarios del Plan, pero en el marco de estos tomos no aparece el mecanismo claro y explícito por el cual pueden alcanzarse estos dos objetivos conjuntamente. ♦

Eva Perón, leal soldado de Perón

Bandera revolucionaria de los trabajadores

26 de julio 1952 - 20.25 horas



“Yo estaré con ellos, con Perón y con mi pueblo, para pelear contra la oligarquía vendepatria y farsante, contra la raza maldita de los explotadores y de los mercaderes de los pueblos.”

(del testamento de Eva Perón)

El mundo como sistema de dominación imperialista

Fernando Solanas y Octavio Gettino

En términos socioeconómicos, la Argentina mantiene diferencias importantes con el resto de América Latina. En "La hora de los hornos" dijimos: "Argentina es a su vez el país más diferenciado de América Latina; proporcionalmente el más industrializado; el de menor población rural; el de mayor clase media; el de mejor nivel de vida". ¿Pero qué significan estas diferencias? ¿Acaso que la Argentina "no tiene nada que ver" con el resto del continente o del Tercer Mundo? ¿Son sólo datos sociológicos o económicos, o incluso culturales, los que determinan los niveles de integración entre diversos países?

"La hora de los hornos" fue cuestionada en algún sector del pensamiento eurocéntrico —y en sus portavoces locales— por haber proporcionado una visión que integra a la Argentina con el conjunto de América Latina y del Tercer Mundo. Nuevamente se quiso colocar el dato socioeconómico y "cientificista" como el determinante de nuestra situación. Las cifras sobre el desarrollo industrial y cultural, sobre los índices de población rural o sobre el ritmo de crecimiento y desarrollo globales nos emparentarían más a las sociedades "desarrolladas" —según esa crítica— que a los restantes países de Latinoamérica. En esta vieja tesis coincide indudablemente la burguesía nacional argentina asociada al imperialismo, con su inalcanzable sueño de convertirse en "La Australia" o "el Canadá" de América Latina. ¿Pero qué papel juega hoy lo socioeconómico en nuestra situación? ¿Es acaso lo que sustancialmente nos define?

Mantener como pauta de caracterización nacional una métrica basada en los índices de "desarrollo" o "subdesarrollo", forma parte de una mentalidad neocolonizada que intenta escindir el mundo —al menos el mundo occidental— en dos grandes áreas: la de los países "desarrollados" y la de las regiones "subdesarrolladas". Los problemas que diferencian a unos de otros estarían determinados por la capacidad o incapacidad de cada área para resolver su crecimiento, como si esto dependiera nada más que de su propia

"voluntad" o de su potencia de "despegue". El problema de los países "pobres" estaría así dado por las características que le son intrínsecas, congénitas, fatalizadas, y su desarrollo podría efectuarse únicamente adoptando el tipo de desarrollo de los países "ricos", con el asesoramiento y la "ayuda" de éstos. La indolencia, el infraconsumo, las plagas, la multiplicación poblacional, etc., serían "problemas específicos del subdesarrollo", a ser resueltos en consecuencia por los propios "subdesarrollados". Un país dejaría de ser "subdesarrollado" y empezaría a "integrarse" a las áreas de "desarrollo" cuando determinados índices económicos, sociológicos y culturales equiparasen al país con esas áreas.

El "subdesarrollo" o el "desarrollo" estarían únicamente definidos por el grado de "desarrollo industrial". Para esta concepción economicista de la historia, la salida del "subdesarrollo" consistiría en arribar a la "revolución industrial". Pero si éste fue el dilema de los países periféricos en épocas en las que el imperialismo sólo hacía de las regiones coloniales fuente de materia prima y mano de obra barata, hoy la situación es distinta. El imperialismo exporta también algunos renglones de su industria desplazando ciertos polos de su propia expansión a determinadas áreas dependientes. El relativamente importante nivel de desarrollo industrial y tecnológico alcanzado en la Argentina (país que fabrica barcos de hasta 15.000 toneladas, aviones a turbohélices, automóviles, trenes, maquinaria de diverso tipo, etc.) no significa que el país haya logrado su principal objetivo: la liberación nacional. Porque si antes el imperialismo inglés nos vendía productos manufacturados, o luego el imperialismo yanqui nos ofrecía el Ford armado en EE.UU., ahora la manufactura y el Ford se fabrican en el país, pero no en función de las necesidades de desarrollo armónico y autónomo nacionales, sino para satisfacer la estrategia de dominación mundial imperialista, en la cual la burguesía local enmarcada por ésta, juega el papel de intermediaria. El caso del Brasil es otro ejemplo característico.

Silva Michelena sostiene: "la condición de existencia de un centro imperialista es su zona de explotación. Son las zonas explotadas las que hacen al gran centro imperial y no a la inversa. Sin éstas no hay imperialismo. La expansión del capital hacia las zonas periféricas fue configurando un sistema único de explotación imperialista integrado por polos de desarrollo y subdesarrollo, zonas metropolitanas y zonas periféricas. Una historia única y planetaria. Una historia mundial del capital. El centro se desarrolla y la periferia se subdesarrolla. Por eso aquí no hay posibilidad de 'despegue'. Cada día seremos más pobres en tanto ellos más ricos. Esta historia mundial y única no es sino la de un sistema, la del sistema capitalista y su periferia; no es más que una consecuencia de la reproducción ampliada de las relaciones mundiales de producción".¹

Una región tribal deja de ser lo que fue y se incorpora violentamente al sistema mundial imperialista como su área periférica, apenas el primer colono irrumpe en su nueva área de explotación. África, Asia y América Latina quedan integradas al sistema mundial de explotación imperialista simultáneamente con la llegada de los primeros colonizadores.

Sobre las áreas periféricas la sociedad central descarga sus problemas e intenta resolver sus contradicciones, ya sea apropiándose de sus riquezas naturales o remitiendo a ellas sus excedentes de población. Los 100 millones de africanos y los 60 millones de europeos enviados a América desde la conquista, son una de las caras de la moneda que se complementa con los proyectos de hacer de estas tierras "sociedades de consumo".

Los primeros países que realizaron la revolución industrial fueron Inglaterra, Francia, Estados Unidos y los Países Bajos a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Décadas más tarde Alemania y Japón se incorporan a esta élite de naciones industrializadas y continúa en una faz más avanzada la disputa de las áreas periféricas.

El mundo ya estaba dividido en dos áreas, constitutivas ambas de una misma sociedad: el área de las sociedades centrales (que antes exportaban ejércitos y ahora, además de ejércitos, capitales, cultura, ideología) y el área de las sociedades periféricas, que son las que posibilitaron la existencia de aquellas otras.

Las áreas más ricas consolidadas como nacionalidades autónomas alcanzaron justamente esa dimensión no tanto por sus "cualidades intrínsecas", como por contar con la cualidad de saber hacer más pobres a las restantes áreas.

Fuimos colonias en la civilización agraria mercantil —dice Salvador Allende—. Somos apenas naciones neocoloniales en la civilización urbano-industrial. Y en la nueva civilización que emerge, amenaza continuar nuestra dependencia. Hemos

¹ Héctor Silva Michelena, "Cuatro preguntas sobre América Latina", revista *Tempo moderno*, núm. 2, reportaje de Alberto Filippi.

sido los pueblos explotados. Aquellos que no existen para sí, sino para contribuir a la prosperidad ajena. ¿Y cuál es la causa de nuestro atraso? ¿Quién es el responsable del subdesarrollo en que estamos sumergidos? Tras muchas deformaciones y engaños el pueblo ha comprendido. Sabemos bien, por experiencia propia, que las causas reales de nuestro atraso están en el sistema. En este sistema capitalista dependiente que, en el plano interno opone las mayorías necesitadas a minorías ricas y en el plano internacional opone los pueblos poderosos a los pobres y los más costean la prosperidad de los menos². El subdesarrollo no es otra cosa, en consecuencia, que parte indivisa del desarrollo capitalista y viceversa. Es la explotación de las sociedades periféricas —los territorios colonizados o neocolonizados— lo que hace al desarrollo del imperialismo y no a la inversa. Darcy Ribeiro diría: "El centro eurocéntrico se desarrolló por aceleración evolutiva, en tanto que la periferia se subdesarrolló y desaceleró por su incorporación histórica y dependiente a los polos de desarrollo".³

Esta historia planetaria y única, con todas sus diferenciaciones internas es la historia de la expansión del sistema mundial capitalista a la periferia y atraviesa etapas diferentes. A partir de la Segunda Guerra Mundial se inicia una nueva: la del predominio imperialista de los EE.UU., y también, como nunca, la de la guerra de los pueblos colonizados y neocolonizados por liquidar ese gigantesco congelador de la historia.

La estructura vertical de la decisión monopolica es lo que define hoy al imperialismo contemporáneo. Y la política del estado en los países dependientes no es tanto el resultado de situaciones específicamente internas, sino, también el resultado del poder de incidencia o de decisión de las fuerzas monopolíticas metropolitanas. En este contexto debiera ubicarse el tema de "desarrollo" y "subdesarrollo" y la relación de la situación argentina con la de otros países latinoamericanos o del Tercer Mundo.

Lo que caracteriza la situación argentina no es el "desarrollo" o el "subdesarrollo", sino la dependencia.

El subdesarrollo es apenas una de las consecuencias de la dependencia, su aspecto, podríamos decir, cuantitativo. Pero lo que hace a la definición cualitativa, no es otra cosa que la vinculación de un área externa de la metrópoli, a la política de la metrópoli en una relación de dependencia tiene que ser concebida como una chelena, "debe ser entendida como una variable que no es en absoluto externa ni algo que está yuxtapuesto a un imperialismo que viene de afuera. La dependencia tiene que ser concebida como una variable interna, como algo interior a la estructura

² Salvador Allende. Discurso en el Estadio Nacional, 5/11/70, Chile.

³ Darcy Ribeiro, "Cuatro preguntas sobre América Latina", revista *Tempo Moderno*, núm. 2.

de un solo sistema mundial que forma parte integral de su propia estructura competitiva".⁴

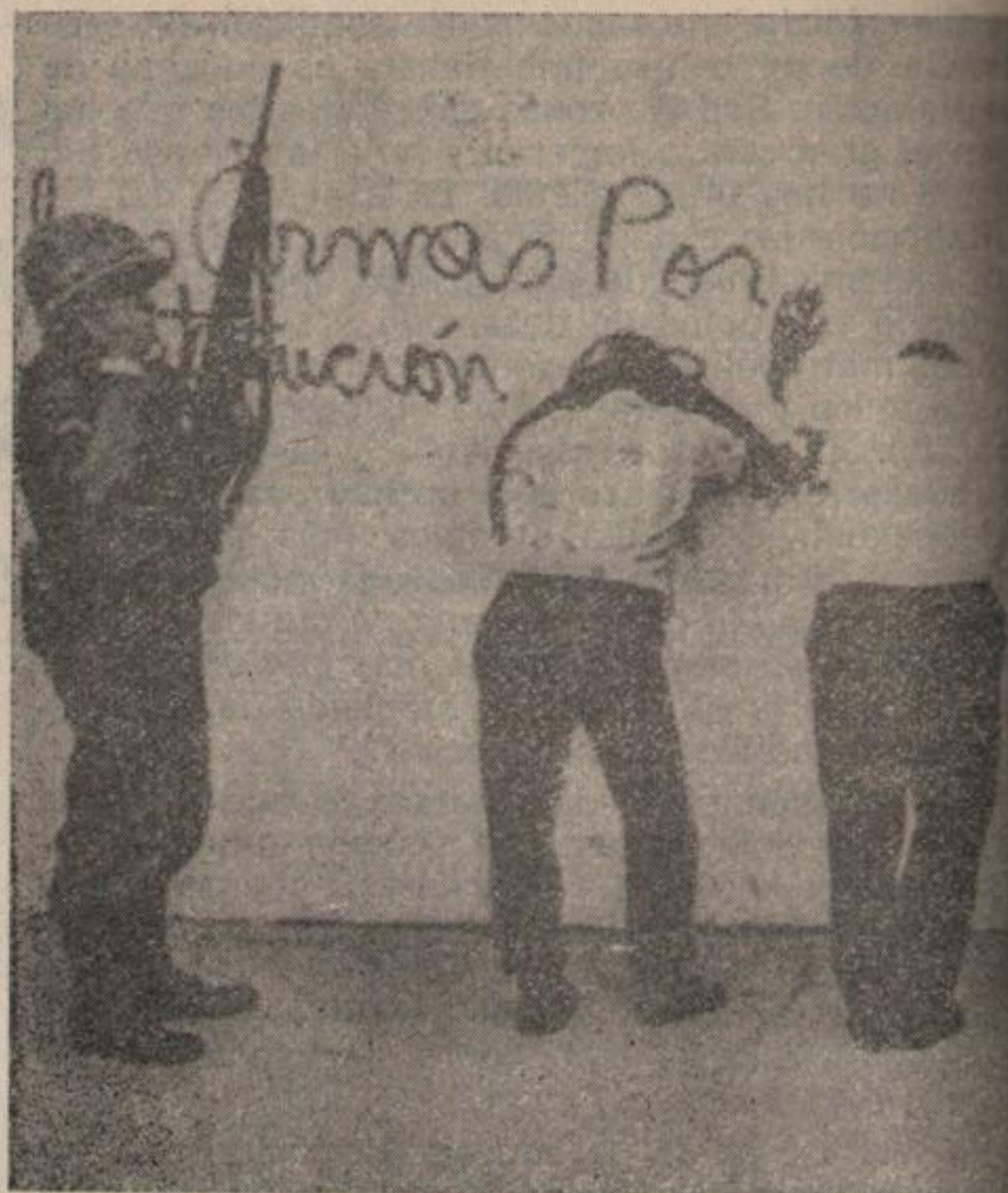
Son precisamente este sistema mundial, este poder concentrado de decisión y este estado de guerra los que van otorgando a la política una categoría preeminente por sobre todas las demás. Vale decir que el problema nacional no es un problema económico, ni cultural, ni social, ni de "desarrollo" o de "subdesarrollo", sino, como tantas veces lo ha dicho Perón, *un problema político*. "Nuestros países no son 'subdesarrollados' como se llama ahora a las naciones sindicadas como incivilizadas, sino que, como consecuencia de confiar en esas 'ayudas' hemos sido descapitalizados primero y endeudados luego, por que los americanos del norte hicieron primero los países pobres y luego inventaron la ayuda para el 'progreso', que no es tal ayuda, sino una especulación más para seguir sumiéndonos en la pobreza, como muy bien lo había afirmado Bolívar hace un siglo y medio".⁵ Es decir, dependencia o independencia, país neocolonizado o liberación nacional y social. Desde esta perspectiva cabe indagar los vínculos existentes entre la Argentina, América Latina y el Tercer Mundo, y no desde la perspectiva estrecha y falsa de los índices socioeconómicos. Indudablemente, importa tener en cuenta todo aquello que hace a una caracterización económica, cultural o sociológica, pero esto importa para una correcta apreciación del problema al servicio de la resolución política sustancial, vale decir, para elaborar una correcta estrategia que permita destruir al adversario y alcanzar la liberación de la patria y del continente.⁶

"Por encima de la singularidad que, respondiendo a nuestra historia y la naturaleza de nuestra problemática de hoy, marca un rumbo distintivo y autónomo al Perú —dice el Gral. Juan Velasco Alvarado— somos conscientes de compartir con otros hombres y otros pueblos un destino básica-

⁴ Héctor Silva Michelena, "Cuatro preguntas sobre América Latina", revista *Tempi Moderni*, núm. 2.

⁵ Perón, *Latinoamérica: ahora o nunca*.

⁶ La participación de un norvietnamita, Nguyen Ngre, en una mesa redonda realizada en Francia, puede ilustrar sobre estas ideas de la preeminencia de la política: "Quisiera ofrecer un pequeño ejemplo extraído de nuestra experiencia sobre las relaciones política y técnica. En Vietnam cuando se crea en una aldea una cooperativa, si considerasen el problema desde el punto de vista técnico para formar el núcleo dirigente de las primeras cooperativas se escogería a los campesinos que ya tuviesen experiencia de producción, contabilidad, etc., vale decir, campesinos que hubieran conocido ya desde antes la prosperidad. Esto no se ha hecho: se dio precedencia a la política. Para crear las primeras cooperativas, para escoger los dirigentes de estas cooperativas, se recurrió, al menos en mayor parte, a campesinos pobres. Y entre los campesinos medios y prósperos se escogieron aquellos que han tenido un pasado revolucionario. ¿Por qué? Porque la cooperación agrícola es una revolución y no una simple técnica de producción: ella exige la voluntad de destruir el pasado y de construir algo nuevo. Y esta voluntad es de los campesinos pobres, no ricos. Es evidente que ellos tienen menos experiencia de producción y que no saben mantener una contabilidad, pero estas cosas se pueden aprender y se aprenden. Esto significa la preeminencia de la política".



mente común en términos de una común oposición a todas las formas de dominio imperialista en los inseparables campos de la economía y la política. En suma, esta Revolución tiene conciencia de la imposibilidad de ser un fenómeno en total aislamiento y comprende muy bien el significado de lo que ella puede implicar en la experiencia de otros pueblos hermanos. Esto, obvio es decirlo, es consecuencia directa del propósito nacionalista que persigue superar todas las formas de dominio extranjero en salvaguardia de una soberanía por nosotros ya conquistada e irrenunciable (...). Una óptica estrechamente nacional resulta insuficiente para entender los fenómenos más significativos de cada una de nuestras repúblicas. Su comprensión cabal, en consecuencia, depende en gran medida del reconocimiento de la profunda similitud que hace del conjunto de las problemáticas nacionales una grande y básicamente común problemática continental (...) cometeríamos un error muy grande si, lejos de procurar el rápido acercamiento de nuestros pueblos, tendiéramos en los hechos a incrementar las distancias que hoy existen dentro de nuestro continente. Tal error equivaldría a estimular en nosotros la desunión, vale decir, a negarnos históricamente como nación latinoamericana".⁷

Argentina, en tanto país dependiente cuyo problema esencial es el de resolver su definitiva emancipación, se identifica naturalmente con aquellas regiones que viven una situación política similar,

⁷ Gral. Juan Velasco Alvarado. Discurso en el Consejo Interamericano para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Lima, 8/2/71.

al margen de las diferencias estructurales. Enfrentamos a las sociedades centrales no sólo como áreas económicas o geográficas opresoras, sino también como áreas políticas contrapuestas al proletariado que somos respecto de ellas; ⁸ nos identificamos con los pueblos latinoamericanos y del Tercer Mundo, en tanto nos une a todos un común problema político y un mismo destino histórico —liberarnos del colonialismo y del imperialismo— es decir, en tanto conformamos una misma unidad de proyecto, una similar política de liberación —construcción de sociedades socialistas—; política que no sólo sostiene la posibilidad de liberación de las áreas periféricas que somos, sino la liberación simultánea de las propias sociedades centrales.

En el marco de esta unidad política e histórica que hermana al pueblo argentino —a la Argentina— con los otros pueblos latinoamericanos, encontramos obviamente diferentes áreas socioeconómicas; sería absurdo ignorar la existencia de regiones con un desarrollo superior a otras, tal el caso de Brasil, México y la Argentina. Sin embargo, aún reconociendo esto, lo único que se está sosteniendo es que el capitalismo mundial produce en nuestro continente un desarrollo y un subdesarrollo desiguales; produce polos de desarrollo a nivel continental que vuelven a reproducirse en lo interno de cada país, ya que en ellos también se presentan las típicas áreas del "capitalismo" "colonial" o "colonias internas", es decir, áreas doblemente colonizadas: por la metrópoli nacional y por el imperialismo en general.⁹ Todo ello no responde a otra cosa que a una determinada política. Incluso las concesiones económicas, la ra-

⁸ "El deterioro de los términos del intercambio se expresa en la práctica de una manera simple: los países subdesarrollados deben exportar más materias primas y productos básicos para importar las mismas cantidades de productos industriales... Hoy se reconoce que la sola pérdida por el deterioro de los términos del intercambio en 1961 (en América Latina) requería para su compensación un 30 % anual más que los hipotéticos fondos prometidos. Y se da la situación paradójica de que, mientras los préstamos no llegan o llegan destinados a proyectos que poco o nada contribuyen al desarrollo industrial de la región, se transfieren cantidades crecidas de divisas hacia los países industrializados, lo que significa que las riquezas logradas con el trabajo de pueblos que en su mayoría viven en el atraso, el hambre y la miseria, son disfrutadas por los círculos imperialistas norteamericanos. Así, en 1961, de acuerdo con las cifras de CEPAL, salieron desde América Latina por concepto de utilidades de las inversiones extranjeras y remesas parecidas, 1.735 millones de dólares, y por conceptos de pagos de deudas externas a corto y largo plazo 1.456 millones de dólares. Si a esto se agrega la pérdida indirecta en el poder de compra de las exportaciones —o deterioro de los términos del intercambio—, que ascendía a 2.660 millones de dólares en 1961, y 400 millones por la fuga de capitales, se tiene un volumen global de más de 6.200 millones de dólares. Es decir más de tres "Alianzas para el Progreso" anuales..."

Che Guevara, *Discurso en la Conferencia de las Naciones sobre Comercio y Desarrollo*, Ginebra, 25/3/1964.

⁹ "La historia del Chaco es una clara demostración de esta dependencia, que en el orden social se manifiesta como un proceso destructor de las posibilidades

de realización de capitales, las inversiones, etc., hacen a una política económica proimperialista: aquélla que sirve a la expansión, al mantenimiento de la dominación del imperialismo.

"Para que el neocolonialismo se impusiese había que dividir el continente. La unidad de América fue destruida. La diplomacia de Canning promovió la balcanización en el sur. El naciente imperio yanqui lo haría en el centro y en el norte. Las ambiciones coloniales de los dos grandes imperios haría correr la sangre latinoamericana desde México hasta el Río de la Plata. Se volcó a un pueblo contra otro pueblo, a una provincia contra otra provincia. En menos de un siglo nacerían 20 países de 4 virreinos".¹⁰

¿Quién puede desconocer que la conciencia de la unidad latinoamericana, la idea de "Patria Grande" de Artigas y otros patriotas estaba presente en las raíces mismas de la emancipación? "Nuestra causa es la causa de América —diría San Martín—. Nuestra causa es la auténtica causa del género humano". Las formas políticas que se buscan, como la del régimen monárquico —presentes en la Argentina a través, entre tantos, de San Martín y Belgrano— no estaban destinadas a otra cosa que a afirmar la unidad política americana frente al enemigo principal. Todos los grandes caudillos de la liberación continental, fueran caraqueños, neogranadinos, argentinos, altoperuanos, orientales o chilenos, proclamaron en todo momento su condición previa de "americanos". La Junta de Chile se dirigía en 1810 al gobierno de Buenos Aires planteando la necesidad de establecer un Plan o Congreso para "la defensa general". En Caracas, en abril de 1810, la Primera Junta bajo la "máscara de Fernando" reclamaba la "obra magna de la confederación de todos los pueblos españoles en América". El chileno Juan Egaña componía en la primer década revolucionaria un plan cuyo capítulo 1º establecía la formación de "el Gran Estado de la América Meridional de los Reinos de Buenos Aires, Chile y Perú y su

de realización individual (capitalista) del autóctono. Si bien en una economía imperialista no sólo la clase obrera depende para su subsistencia de las decisiones monopolistas, siempre quedan resquicios, actualmente con características bastante novedosas, para el progreso individual y hasta social que sirven de ideología estabilizadora. La novedad estriba que en las sociedades imperialistas el progreso de sectores sociales no está necesariamente ligado al acceso a la propiedad individual de medios de producción o circulación de bienes. Nuevos canales de tipo burocrático o tecnocrático se abren en las sociedades dominantes, y quizá no sea demasiado aventurado referirse a la prehistoria burguesa del imperialismo. En las áreas coloniales, por el contrario, el pueblo autóctono es totalmente desposeído y no tiene la menor alternativa de lograr un mejoramiento en su situación social. El mejoramiento de las clases populares se encuentra fuera de los límites regionales. El sueño de los pobladores de las áreas rurales es emigrar a las ciudades del sur.

Roberto Carri, *Isidro Velázquez: formas prerrevolucionarias de la violencia*.

¹⁰ De *La hora de los hornos*.

nombre será el de Dieta Soberana de Sud América". Desde Perú, Monteagudo escribirá su "Ensayo sobre la necesidad de una Federación General entre los Estados Hispanoamericanos y plan de su organización". En el Alto Perú, Castelli lanza un manifiesto: "Toda América del Sur no formará en adelante sino una numerosa familia que por medio de la fraternidad pueda igualar a las respetadas naciones del mundo antiguo". La Primera Junta encabezada en 1811 por Fulgencio Yegros proponía la Confederación del Paraguay con las demás provincias de América de un mismo origen "y principalmente con las que comprendía la demarcación del antiguo virreinato". En una arenga a la División de Urdaneta, Bolívar dice en 1814: "Para nosotros la Patria es América". Casi cincuenta años más tarde, Felipe Varela, uno de los últimos caudillos montoneros argentinos del siglo pasado, convoca a la rebelión popular tras las banderas de la "Unión Americana" y no hace otra cosa que expresar los anhelos de aquel movimiento de protesta continental regido por la consigna de la "Unión Americana de las Repúblicas del Sur del Nuevo Continente". Esas mismas banderas son recuperadas nuevamente por el pueblo en el corriente siglo a través de los movimientos nacionales y los procesos revolucionarios continentales. Vale decir que los polos de desarrollo desigual dentro del continente, no determinan diferencias en la esencia de este proceso: Argentina está unida al resto de Latinoamérica y a los países del Tercer mundo, porque tiene el mismo pasado y el mismo enemigo y porque su pueblo se identifica con esos otros pueblos en una misma vocación política de emancipación nacional y social.

El propio desarrollo de esa política —el igual que la integración del poder de decisión imperial— obliga a una acción cada día más coordinada e integral. Es esa conciencia común antiimperialista la que hermana a las regiones periféricas, al margen de los índices de analfabetismo, salubridad o desarrollo industrial. Si estos índices importan, es al efecto de determinar con mayor corrección, desde cada región, la política a desarrollar que sirva de estrategia común del conjunto de las regiones proletarizadas. El proceso revolucionario requiere la ampliación e integración de las regiones en proceso de liberación. De la conquista de esa integración emancipadora depende la posibilidad de construir el socialismo nacional en nuestro continente. Integración para la liberación frente a la integración para la opresión. Porque bueno es señalar, que si ayer la balcanización era la política imperial por excelencia, hoy esa política ha dejado paso al "integrar —controlando política y económicamente— para reinar".¹² En esta integración opresora —el llamado "panamericanismo", etc.—, coinciden las

burguesías de aquellos polos de "desarrollo" continentales, interesadas también en alinear detrás de sus intereses de dominación a las regiones limítrofes más atrasadas. Un ejemplo es el del Brasil, cuya casta militar-monopolista no disimula sus aspiraciones expansionistas sobre el resto de América Latina. Colonizada por los yanquis que quieren convertirla en el gendarme policial del continente y contando inclusive con el apoyo económico y tecnológico soviético, la burguesía industrial brasilera, asentándose sobre los sectores medios y no satisfecha con la sanguinaria opresión que le ha impuesto a la clase trabajadora, sueña con hacer realidad la hegemonía continental de la "América Portuguesa". El desarrollo de este polo subimperial es de tal empuje, que entre otros factores ha obligado a las FFAA argentinas a abandonar su propia teoría de las fronteras ideológicas, volviendo a las delimitaciones geográficas y buscando cooperación y complementación con los países vecinos, como bien se vio en la conferencia mantenida por Lanusse con Allende en Salta.

"El futuro de un mundo surperpoblado y superindustrializado será de los que dispongan de mayores reserva de comida y de materia prima —dice Perón—. Pero la historia prueba que tales reservas son solución si se las sabe y se las quiere defender contra el atropello abierto o simulado de los imperialistas. (...) Ya en el año 1949 dije con motivo del Tratado de Complementación Económica, que tenía por finalidad constituir una comunidad económica latinoamericana con fines de integración continental, que el año 2000 nos encontrara unidos o dominados. Pero han pasado los años y hoy vemos auspiciosamente surgir revoluciones salvadoras en varios países hermanos del continente, Cuba, Chile, Perú, son dignos espejos en los que han de mirarse mucho otros latinoamericanos que luchan por la liberación. Ahora es preciso que sin pérdida de tiempo se unan férreamente para conformar una integración que nos lleve a constituir de una buena vez la Patria Grande que la historia está demandando desde hace casi dos siglos, por la que debemos luchar todos los que anhelamos que nuestros actuales países dejen de ser fábricas del imperialismo y tomen de una buena vez el camino de grandeza que nos corresponde por derecho propio".¹³ *

soberanía, de intangibilidad de las fronteras, de orgullo nacional. La integración es la voz de orden. Aquella política de mantener en equilibrio el potencial de las fuerzas armadas pertenecientes a países a quienes convenía mantener erizados de susceptibilidades mutuas, es sustituida por conceptos estratégicos supranacionales. Un solo servicio de inteligencia a nivel continental, una Fuerza Interamericana de Paz, un solo enemigo común: la subversión popular tildada de "conspiración del comunismo internacional". Vivian Trias, *Imperialismo y geopolítica en América Latina*.

¹³ J. D. Perón, del filme Perón: La revolución justicialista, julio 1971.

* Nota: este material inédito fue terminado de elaborar en julio de 1970.

Replanteo alrededor de la J. T. P.

Conversación con el compañero Roberto

El diálogo que va a leerse tiene como protagonistas a dos compañeros de larga militancia. La conversación no tenía como objetivo la publicación, pero dada su utilidad para el activismo, con elementales correcciones de forma hemos resuelto incorporarla a Peronismo y Liberación. El intercambio de ideas entre el compañero Roberto, uno de los principales impulsores iniciales del proyecto de JTP, y el compañero Horacio, que integró las filas de CGT de los Argentinos, demuestra que es posible rescatar de todas las experiencias más avanzadas de la clase obrera peronista una orientación general para el desarrollo concreto de las luchas por la Liberación de la Patria. La afirmación de los elementos de una conciencia revolucionaria específica, propia de la clase trabajadora, la consolidación de todos sus avances y la autocritica de todos sus errores es una exigencia hoy más presente que en ninguna etapa anterior.

C. de R.

Horacio. — Ahora es necesario encarar el tema JTP, que no es una cuestión inventada, que es una realidad. Las deformaciones que tenga son otra historia...

Roberto. — Claro...

Horacio. — ...pero lo que nosotros reivindicamos es que lo que tenga de peronista no debe morir, con las correcciones que necesite. Evidentemente es parte del desarrollo revolucionario de la clase obrera peronista y un punto de apoyo para la profundización en conciencia y organización, que es una necesidad para que el Movimiento se consolide en el futuro.

Ahora bien, con respecto al presente enfrentamiento de Perón con lo que se da en llamar la tendencia revolucionaria peronista, nosotros creemos que habría que analizar esta realidad con la misma perspectiva con la que hemos replan-

teado la acción de Perón en la Hora del Pueblo, Frente Justicialista de Liberación, etc. Sin sostener que debemos tener una confianza ciega en Perón, sin pensar ni razonar en lo que Perón hace y por qué lo hace, nosotros nos inclinamos a considerar que la razón siempre la tiene Perón hasta que se nos demuestre lo contrario. Y que debe haber razones de parte de Perón para adoptar determinado tipo de actitudes. Algunas están a la vista y otras no serán tan evidentes ni convincentes. Algunas se dirán y otras se las guardará Perón. Pero hay líneas generales inalterables en Perón que están muy claras. Perón sigue en la política de sumar fuerzas, tanto en el plano nacional como internacional. Neutraliza lo que puede de lo que revistió en el frente de la dictadura militar entreguista, por ejemplo el ejército. No podemos decir que al ejército Perón lo haya ganado, pero por lo menos ahí está hoy el ejército

¹¹ Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*.

¹² "Un renovado lenguaje diplomático abre el abanico de su retórica en que minimizan los conceptos de

encerrado en los cuarteles. Y junta a los radicales; formó en el pasado el Frente Justicialista y ahora convoca a los partidos llamados federalistas de provincia. En verdad en este momento, si a todo esto se lo suma, el peronismo debe tener en apoyo de su política, y en las reglas del juego que fija, el noventa y tanto por ciento del electorado. Esto es un enorme sustento, político y social; todo el país va detrás del peronismo y con Perón a la cabeza. En un momento que esto se da así, una política de aislamiento o peor aún de enfrentamiento con Perón es una política que no se enfrenta ya con la clase obrera, que siempre fue peronista, sino que queda aislada de todo el país. No sé si me explico...

Roberto. — Justamente es el momento en que Perón suma, suma y suma fuerzas. No hay una oposición orgánica, al contrario, porque todo lo ha volcado a su política. Aunque sea una política moderada para nuestras aspiraciones, es evidente que a esa política se ha sumado todo el país. Una oposición a esa política, en este momento, es una condena al fracaso.

Horacio. — Se da todo a través de Perón. Internamente con mucha más razón. Pienso que internamente Perón no puede admitir disidencias que toleraría afuera del peronismo. Internamente no, porque el eje sobre el que se monta toda su política es el Movimiento, y tiene que haber un eje y no dos. ¿Cómo aprecia usted, Roberto, esta situación?

Roberto. — Claro, yo creo que... nosotros no hemos sabido valor claramente desde el vamos esta situación, como no supimos apreciar tampoco lo que hemos hablado de la Hora del Pueblo, por ejemplo. El resultado nos enseñó después el error nuestro y el acierto de Perón. En este momento tampoco hemos sabido apreciar bien la situación. Mientras por un lado manifestamos estar de acuerdo en que Perón amplíe su base de sustentación política, o mejor dicho desarrolle el frente interno, lo consolide de forma de hacerlo lo más poderoso posible, nosotros levantamos corrientes o parcialidades que se anteponen a ese proyecto. Entonces Perón no puede dar preponderancia a ninguna parcialidad que tenga poder de decisión. Lo que pueden cuestionar otros compañeros, no nosotros, es que Perón no se inclina por esta parcialidad, pero se inclina por otra. Pero la otra no tiene poder de decisión y aparte de ello, aunque sea en las expresiones, acata la política de Perón.

En este momento para él es fundamental consolidar el frente interno, para no darle a la reacción ningún sustento político, logrando un apoyo poderoso, casi unánime, como el que hay ahora.

Yo entiendo que esto explica por qué Perón se queda con mucha gente que sabe que no es tan leal, y aparentemente está en contra de otra gente que él sabe sin ninguna duda que ha peleado por él. Ha habido desviaciones en algún lado

pero en otros, en la mayoría, ha habido lealtad probada y en largos años, a más de una capacidad revolucionaria para defender a Perón y al peronismo. Porque a nosotros en ningún momento se nos pasó por la cabeza suplantar el proyecto de Perón por ningún otro proyecto. Pudo estar en la mente de otra gente pero no en la nuestra. Pero la dinámica que se le había impuesto a la corriente, la propia realidad de lo que estábamos haciendo, se contradecía con lo mismo que decimos, y en lo que hace a nuestra gente, con lo que auténticamente pensamos, que estamos con Perón, que apoyamos a Perón, que es el único jefe. Pero como no veíamos claro algunas cosas, que no nos parecían muy correctas, porque no nos colocábamos dentro del espectro completo del país (que trasciende incluso lo nacional para complementarse con lo internacional) radicalizábamos posturas que son un inconveniente para el plan de Perón. Por eso éste se ve obligado a dar así con un caño, tratando de cambiar la imagen de todo eso, porque mucha gente pensó que el verdadero peronismo pasaba por allá donde está la Tendencia. Incluso los propios partidos políticos que están en este momento sumados al proyecto de Perón, pero que tienen su propio sentido, y que aspiran en algún momento de la vida política recobrar todo lo que han perdido, esos mismos partidos impulsaban también a la Tendencia como lo bueno y lo rescatable del peronismo. Lo que demuestra entre otras cosas su falta de honradez y visión porque por un lado están con el proyecto de Perón y por el otro, dicen que lo mejor que tiene el peronismo es la Tendencia, que tiene un proyecto distinto.

A mí me señalaba un compañero del interior que "tenemos que tener cuidado no sea que en algún momento seamos nosotros la cabeza de la reacción. Fíjese —decía— que los radicales hablan muy bien de nosotros, los comunistas hablan muy bien de nosotros. Todos los que generalmente formaron filas en el antiperonismo liberal, en este momento dicen que nuestra corriente es lo mejor que tiene el peronismo". Acá se puede aplicar eso que decía Perón, "cuando el sabio desaprueba, malo; cuando el necio aplaude, peor; hay amores que matan"...

Horacio. — Son como el abrazo del oso...

Roberto. — ... los amores con estos tradicionales antiperonistas, realmente son para matar. Estas fuerzas pretendían tener un aliado dentro del peronismo para saltarlo a Perón. Nosotros nos damos cuenta de esto hace ya bastante tiempo. Lo fundamental de esto es que hay que volver un poco, un poco o del todo más bien, al punto de partida.

O sea volver a la conducción del Movimiento. Cuando decimos la conducción del Movimiento no es una identificación con todo lo que hemos combatido, y que seguimos combatiendo, y que decimos es válido lo que hemos combatido, por

lo que son y lo que representan como impedimento —interno— para el desarrollo político-sindical de los trabajadores.

Cuando hablamos de conducción estamos hablando de Perón. Aunque muchas cosas no tengan explicación. Hay veces que no se encuentra explicación para todo. Así como no la teníamos los más acerbos críticos internos del peronismo para la Hora del Pueblo y dos o tres años después admitimos que fue una maniobra inteligentísima de Perón, que solamente él vio. Nosotros la vimos después y nos acoplamos, igual que cuando Perón formó el FREJULI. Los bandidos del Movimiento que estaban de entrada no es porque la vieron, es porque esos están en cualquiera. Nosotros como no la vimos estábamos en contra. Pero pasado el tiempo, la verdad de los hechos nos hizo admitir que era acertado lo hecho por Perón, que era lo mejor que se podía hacer. Los grupos más radicalizados del peronismo admiten, aunque sea al cabo de los años, que la estrategia de Perón fue correctísima. Que sólo él la vio, porque de nosotros no la vio nadie. Con ese mismo criterio nosotros tenemos que pensar ahora en este presente y en el futuro. Que algunas cosas nos parecen demasiado moderadas, otras nos parecen mal, otras no las entendemos y pienso que no las vemos nosotros pero que el jefe las ve y tiene razón. Tenemos que tener ese margen de confianza en Perón, en quien nos conduce, porque en definitiva tenemos que admitir si Perón es nuestro jefe o no. Si es el jefe y para nosotros siempre lo fue, es el jefe en todo el sentido de la palabra. Si es el conductor del Movimiento también es el conductor en todo el sentido de la palabra.

Entonces nosotros hemos vuelto al punto de partida, reiterando ahora que nuestra posición debe ser que en la medida que nosotros decimos que Perón es el jefe del Movimiento, el acatamiento a sus planes y a sus proyectos debe ser una conducta inalterable. Profundizarlos práctica y teóricamente para entenderlos y poder darle el apoyo necesario a través de la comprensión que uno tiene de la línea política del peronismo y cada medida concreta. Resulta muy difícil apoyar el desarrollo de cosas que uno no llega a entender porque uno no sabe cómo es la cosa, de dónde y cómo tiene que apoyar. Entonces lo que esperamos es comprender todo. Y estamos comprendiendo ya casi todo, para realmente poder ser un factor importante de apoyo al desarrollo de ese proyecto. Y no meros espectadores que estamos esperando a ver si pasado el tiempo Perón tenía razón o no. O sea que de ninguna manera estar en contra, y buscar todas las formas que hagan que nuestra participación sea efectiva en función de ese proyecto.

Para nosotros sería muy cómodo colocarnos en el papel que se colocan los otros que dicen "nosotros aceptamos el plan de Perón porque

Perón lo dice y basta". Pero no se procura implementar absolutamente nada para que ese plan tenga su desarrollo y profundización. Perón ha dicho que este plan será sólo posible si todos cumplimos una misión dentro de él. Entonces busquemos cuál es la misión de cada uno. Sin proyectos independientes, sin demasiado revolucionarismo, que pueden ser honestos, pero seguro no son acordes con las posibilidades de la etapa. Pongámonos a buscar las formas concretas y correctas de dar apoyo y profundizar este proyecto. Porque si es el de nuestro jefe, es nuestro propio proyecto.

Horacio. — Claro, así debe ser.

Roberto. — Entonces lo antagónico que surge dentro de la militancia de JTP es su contradicción con el proyecto peronista. Que nosotros queremos dar un impulso a las bases peronistas, organizarlas, pero un poco se nos escapa del objetivo principal, que es organizarlas e impulsarlas dentro del proyecto nacional de Perón.

Horacio. — Que es la única orientación posible.

Roberto. — Claro. Entonces todo ese esfuerzo, toda esa organización no estaba dirigida en última instancia a gravitar sobre el punto correcto que correspondía. Sino que por el contrario, de continuar así iba a actuar como freno justamente de lo que queríamos apoyar. Por eso las definiciones políticas de los últimos tiempos dejan bien a las claras y lo que no tenemos aún en claro lo tenemos que resolver con una lealtad verdadera y un acatamiento también honesto a la dirección del Movimiento. Cuando hablo de dirección siempre me refiero a Perón.

Entonces el punto fundamental está ahí, a diferencia de proyectos...

Horacio. — Claro...

Roberto. — ... dos proyectos dentro del peronismo. Y en el peronismo no puede haber más que un proyecto, bueno o malo, pero tiene que ser uno solo. No puede haber dos. De acuerdo a como se fueron implementando todas las fuerzas políticas. De acuerdo a como Perón viene accionando de los proyectos queda uno solo, el de Perón, el otro no es admisible, nosotros como peronistas no lo podemos admitir. Porque no se trata solamente de si el proyecto de Perón es o no más bueno, sino de toda la política del Movimiento a través del tiempo que es coherente con este proyecto de ahora. No es culpa de Perón que nosotros en algún momento nos haya parecido una cosa descolgada, porque no hemos estado muy compenetrados de todo el desarrollo. Pero no es descolgada, es algo que responde a una estrategia de largos años. Hasta ahora dio resultados positivos, hemos desmontado la dictadura militar, hemos vuelto al gobierno, tenemos una serie de limitaciones y cosas que no nos gustan, otras que

aún no entendemos plenamente, pero hay algo real indiscutible, la dictadura no está y está Perón en el gobierno.

Horacio. — En esta cuestión de los dos proyectos, no puede haber dentro del peronismo proyectos alternativos, al mismo nivel del de Perón. Porque constituyen dos políticas alternativas. O sea que se podría impulsar acciones tan opuestas como el blanco y el negro en el mismo momento en el mismo frente. El Movimiento, la clase obrera peronista y el país tienen que estar entre blanco o negro. No las dos cosas simultáneamente. Entonces si hay un proyecto alternativo frente al de Perón, no se puede practicar dentro del peronismo, porque es opuesto al de Perón, que expresa todo el Movimiento; además, difícilmente pueda practicarse en el país. A menos que se quiera tener un choque frontal con el peronismo y el 90 % del país que hoy nuclea Perón detrás de su proyecto. O sea es imposible levantar alternativas frente a Perón en el Movimiento y muy difícil inclusive afuera. Lo que sí es posible e imprescindible, a mi juicio, es desarrollar el proyecto de Perón, que insisto es el único real. Pero no contra el proyecto Perón sino dentro de él, lo que implica primero su aceptación y después siendo parte de esa política, empujarlo, jugarse por ese proyecto. Este gobierno y esta política son lo único que tenemos. Detrás de esto, el diluvio. Opciones o alternativas ante el proyecto político de Perón, no. Profundización desde las bases obreras, sí. Dentro de esta política de Perón, toda profundización que tenga este proyecto como eje, es correcta y posible, y eso es ser revolucionario. Porque no es revolucionario repetir como una cotorra lo que Perón dice. Tal como lo expresa usted, Roberto, lo justo es aplicarlo donde uno puede, llevando adelante la bandera del Movimiento. Pienso que de las dos posiciones, una en este momento corre el riesgo del automarginamiento, y del automarginamiento Perón no es responsable —porque ha hecho lo imposible para conservarnos a todos dentro del Movimiento Nacional—, sino los responsables son los promotores de proyectos sustitutivos del de Perón.

Roberto. — Evidentemente. Hablando de alternativas... —yo creo que hay una alternativa para todos los argentinos en este momento, y es Perón. No hay otra. Las otras alternativas corren por cuenta y riesgo de quienes las levantan. Para nosotros los peronistas, creemos que no son alternativas reales. Frente a la situación de dependencia y deterioro que está sumido el país la única alternativa es Perón. Todas las otras banderas de alternativas de salvación que se levantan por distintos lugares están lejísimas de constituir una variante real. Yo no considero a esas tales alternativas con ninguna posibilidad práctica de desarrollo porque no son correctas en fun-

ción de que enfrentan el proyecto de Perón, que es el del pueblo. Algunos compañeros tienen otras razones, que son absolutamente discutibles y que cotejadas en su conjunto con el proyecto peronista no tienen ninguna posibilidad de realización. Entonces nosotros vamos a los hechos concretos. Por otro lado, como usted decía, dentro del peronismo tiene que haber un solo proyecto en ejecución, no puede haber dos o tres, porque el peronismo también es uno solo, si partimos de la base que su conducción es Perón y esa conducción es válida para todos, para los leales, para los traidores, para los más revolucionarios, para los menos revolucionarios. Para todo el Movimiento Peronista la conducción es Perón. Entonces no nos engañemos, porque no engañamos a nadie si esa fuera la intención de algunos, que el proyecto de Perón es el proyecto de la burocracia y que por eso estamos en contra. Son proyectos de Perón, que él desarrolla e implementa con todos los elementos que tiene, incluso con los opositores. Si el peronismo revolucionario que está en condiciones de dinamizar y profundizar el proyecto de Perón se margina y levanta otro, es evidente que el proyecto de Perón se va a cumplir en la medida de las posibilidades que tenga y va a tener cada vez mayores limitaciones. Si todos nos ponemos a impulsar el proyecto de Perón y a profundizarlo tendrá todo el contenido justo que se prevé e incluso superior. Todas las limitaciones, impuestas por la realidad, se superarán sólo por la participación nuestra dentro del proyecto de Perón.

Por otro lado los hechos pasados nos demuestran que así fue. Cuando pocos creían y pateábamos contra lo que él quería hacer, a pesar de todo lo hizo, y después dijimos "la verdad que fue un golazo". Porque es cierto, la Hora del Pueblo, las afiliaciones, las Mesas del FREJULI, todos nosotros si podíamos echarle agua para enfriar lo hacíamos, porque no creíamos que todo eso fuera nada serio. Luego tuvimos que ir a prendernos de la cola, porque comprendimos que era válido, que era correcto y si no estábamos ahí nos automarginábamos del proceso en el que estaba todo el pueblo.

Entonces en este momento, con la experiencia adquirida, vamos a pelear a muerte para que no nos pase lo mismo. La parte no comprensible de algunas cosas, dentro de este proceso, la vamos a ir superando por una confianza en quien es el conductor del Movimiento. Y ya a una altura del proceso vamos a ir profundizando y aportando desde las bases lo nuestro, y así como se nos han esclarecido muchas cosas, creo que vamos a comprender. Todo obedece a alguna razón, nada es producto de la casualidad o de la arbitrariedad y no podemos plantearnos que Perón esté en alguna cosa de esas.

Horacio. — Una cosa quería plantearle. En relación a la aplicación práctica de estas conclusiones políticas que usted ha desarrollado. Pues en el caso suyo se plantea, sin pretender hacer comparaciones, una situación similar a la que dijo el general Perón días atrás hablando de las paritarias, "como dijo Fidel Pintos, las inventé yo". Acá en el caso de ustedes, hablando de JTP, son un poco los padres de la criatura, y se plantea en este momento la rectificación de algunos errores políticos que en el surgimiento de todo proceso revolucionario se dan. ¿Cómo plantearía usted en este momento el desarrollo de todo lo que ha tenido y tiene de positivo el proyecto JTP y qué es lo que estaría sujeto a rectificación por erróneo?

Roberto. — Nosotros en lo que hace a JTP, como usted dice, hemos contribuido al surgimiento y consolidación. Por lo menos en la zona y en algunos otros lugares. Dijimos que era una corriente político-sindical en el seno del Movimiento Peronista. Lo que no dijimos y tampoco estábamos de acuerdo es que tuviera proyectos antagónicos con el Movimiento Peronista, que es lo que aparece ahora. Entonces en función de eso nosotros tratamos de profundizar la organización de JTP, sobre todo en la formación de Agrupaciones de Bases, en la cual los elementos de discusión con los compañeros eran los del Movimiento Peronista y el esclarecimiento de las directivas de su conductor. En un momento vemos desinteligenacias con respecto a las direcciones de JTP. Las divergencias surgen como consecuencia de que los proyectos del Movimiento Peronista y los que ostenta la dirección de JTP son distintos. Lo que no quiere decir que nosotros suframos un impacto en nuestras agrupaciones, porque fueron creadas dentro del ideario peronista. Entonces lo que pasa es que nosotros no avalamos y no prestamos nuestro consentimiento a las direcciones que levanten proyectos distintos o que pretenden enfrentar al jefe del Movimiento.

Pero lo que nosotros hemos construido como JTP en función de las bases y del Movimiento Peronista de ninguna manera lo vamos a desarticular. No vamos a admitir que se nos utilice en un enfrentamiento con el Movimiento y su jefe, pero tampoco toleraremos que lo organizado se desarme, porque es un patrimonio y una necesidad de los trabajadores peronistas. Lo que haremos es rastrear hasta la raíz en nuestros propios errores y buscar las conexiones que nos faltaron hacer con otras corrientes de Agrupaciones

también peronistas y combativas, para estructurar el conjunto en función de lo que decíamos anteriormente: el apoyo, la consolidación y profundización de los planes del gobierno peronista. Quien sabe no mencionemos tanto el gobierno en general como su conductor y no lo hacemos para salvar la ropa. Siempre estuvimos convencidos de eso, que el conductor es Perón. Si alguno puede pensar que todos en JTP estuvimos en otra cosa, están equivocados. Es que no han militado o no han estado cerca nuestro para saber qué es lo que hacíamos. Pero les bastaría conversar con los compañeros que nosotros hemos organizado para convencerse que no hemos hablado de proyectos "socialistas" alternativos, sino del proyecto de Perón, que es el único posible y paso obligado para el socialismo nacional.

Todo lo desarrollado como J.T.P., al menos en lo que a nosotros respecta, fue construido de forma tal que está intacto para desarrollar, profundizar y defender el proyecto peronista de Perón. Y aparte la gente es peronista de Perón. A veces la propia vehemencia de la militancia hace que no nos detengamos demasiado y se avanza, hay confianza entre los compañeros, pero cuando se empieza a ver que cada vez se aleja más el objetivo al que se quiere llegar, que el camino para Perón es éste y que para algunos otros el camino del que se arrancó juntos, que era el mismo, empieza a abrirse y cada vez se distancia más, comenzamos unos antes y otros después a decirnos, "escucháme, Perón va para un lado y esos para otro, ¿cómo es la cosa?". Que es en definitiva lo que aquí pasó, dos caminos que no apuntan para el mismo lugar.

Pienso que debemos rescatar de JTP todo lo que esté en función del proyecto de Perón. Todos los esfuerzos realizados sólo tienen sentido si se los ubica en la orientación justa, nada más destructor que la persistencia en el error. Habrá sin duda un reordenamiento, no sé cuál será la actitud de los restantes compañeros en otros lugares, si comparten lo que nosotros pensamos o no. Lo que yo puedo asegurar es que hemos sido leales en todas las instancias con unos y con otros; lo que digo no puede ser para nadie una sorpresa. Cuando ha habido desviaciones o cosas que no hemos comprendido dijimos simplemente: ese no es el peronismo por el que nosotros hemos estado peleando.

Lo importante es que si algún error cometimos, siempre fue como peronistas y de buena fe. Incluso pensamos, esperemos que no, que si algún día Perón vuelve a necesitarnos no a va tener que llamarnos siquiera para que estemos de nuevo peleando a su lado. ♦

Juan Carlos Ibarra

P. y L. — ¿Qué papel cumplieron las Agrupaciones de Bases en la recuperación de los Sindicatos intervenidos por las distintas expresiones del régimen entreguista instaurado a partir de 1955?

J. C. Y. — Antes del 55 no existían las Agrupaciones de Bases. La CGT nucleaba a los trabajadores. Hasta el 55 no se habla sino de Sindicatos y CGT. Al caer el gobierno peronista, con una clase obrera condenada a la pasividad y que no tiene forma de reaccionar, comienza todo un proceso intermedio que maneja Lonardi, quien busca instaurar un peronismo sin Perón. Luego de la eliminación de Lonardi por medio de un golpe de palacio, el gorilismo profundiza su ataque contra las organizaciones de la clase obrera y el peronismo. Se disuelve el Partido Justicialista y se interviene la CGT y los Sindicatos.

En este enmarcamiento surgen las Agrupaciones de Bases como una necesidad de los trabajadores, en la etapa de la Resistencia peronista al gorilismo, para la defensa de los derechos del trabajador y la recuperación de las estructuras sindicales. La resistencia de los trabajadores, desde el punto de vista político y social, comienza con formas ilegales ajustadas a las circunstancias. Las Agrupaciones aparecen, así, como la expresión político-gremial más avanzada en la lucha contra la dictadura. No permitieron que el Movimiento Obrero fuera encausado en la línea antiperonista-amarilla, objetivo del gorilismo nativo y del imperialismo yanqui en esa primera etapa. La práctica ha demostrado que la experiencia de las luchas sindicales de la clase obrera es inseparable de las del Movimiento Nacional Peronista.

Luego se da un giro en la situación, el gorilismo de Aramburu-Rojas debe ablandar su accionar, el instrumento se llamó frigerismo. Como prenda de negociación para el movimiento sindical surge la Ley de Asociaciones Profesionales. Hacen esta concesión con el propósito de institucionalizar una burocracia que desde arriba y con el nombre del peronismo pero contra Perón pudiera arrastrar a la clase obrera al campo enemigo. Este intento en su máximo desarrollo se llamó "vandorismo" y su lema: "hay que estar contra Perón para salvar a Perón".

Sin embargo, la indentificación política más profunda, a nivel de las bases, era sí plenamente peronista, aunque esto no apareciera claramente en la superficie, donde estaban esas conducciones burocráticas. Pero el régimen en ningún momento pudo



consolidar un sindicalismo antiperonista, de ningún color. Las Agrupaciones en esta primera etapa de la Resistencia impidieron al gorilismo contar con un Movimiento Obrero adicto y sostuvieron la acción para recuperar los Sindicatos de manos de las intervenciones militares.

P. y L. — En la recuperación de los Sindicatos en manos de las camarillas burocráticas, ¿qué misión les corresponde a las Agrupaciones de Bases?

J. C. Y. — Las Agrupaciones de Bases jugaron y juegan un importantísimo papel en esa lucha, en verdad son esenciales para recuperar los Sindicatos usurpados por la burocracia partidacionista-vandorista en sus distintas variantes. El proceso de burocratización de los Sindicatos lleva a la clase obrera a la impotencia revolucionaria. Al limitarla en gran medida a lo gremial, en una acción de conciliación con la patronal, esta línea general se empalma concretamente con la política del imperialismo yanqui para los movimientos obreros de los países del Tercer Mundo. Esto es precisamente el vandorismo.

Las Agrupaciones de Bases, si son de bases son antivandoristas. Si no son de base, no son antivandoristas, por más que figure el antivandorismo en programas o declaraciones verbales.

Si no existe una Agrupación de Bases todos los cambios que se producen en el aparato sindical son sólo reacomodamientos dentro de la burocracia. Nadie puede garantizar una línea de bases, por más honrado que sea, si no representa el desarrollo alcanzado por la conciencia y organización de las bases de su gremio.

Con el avance del proceso vemos que las Agrupaciones son el eslabón que une las bases de la clase obrera para la defensa de sus intereses inmediatos enfrentando la línea de conciliación de la burocracia, como paso obligado para la recuperación de los Sindicatos. Al mismo tiempo las Agrupaciones de Bases constituyen la única forma posible de unir desde abajo la acción sindical con una política revolucionaria peronista.

P. y L. — ¿Qué relación ha habido entre las Agrupaciones de Bases y la Resistencia Peronista?

J. C. Y. — Agrupaciones como la Marrón de telefónicos y muchas otras tienen un origen común con la Resistencia Peronista, que enfrentó por todos los medios la violencia antipopular de los gorilas. En este marco los compañeros telefónicos peronistas se agruparon en la Marrón para la lucha por la recuperación de su Sindicato.

Aunque en forma difusa, ya en la vieja Resistencia se estaba delineando la forma de unir todas las fuerzas revolucionarias del peronismo en defensa de las conquistas obreras, por la recuperación de los Sindicatos, el respeto a la voluntad soberana del pueblo y el retorno de Perón a la Patria y al poder.

P. y L. — ¿Cuál ha sido el accionar de las Agrupaciones de Bases en la defensa, recuperación y ampliación del capitalismo de estado?

J. C. Y. — A medida que la clase obrera avanza en conciencia revolucionaria se siente la necesidad de traspasar los umbrales de lo estrictamente gremial, o sea que las luchas por las reivindicaciones de los obreros se mantienen a la par de la defensa del patrimonio nacional. Esta circunstancia es más definida en el sector de empresas estatales. En la lucha por la defensa de la fuente de trabajo y el enfrentamiento con los monopolios imperialistas, principal forma de la penetración económica, los trabajadores tenemos la obligación de exigir la nacionalización de los sectores claves. La acción reivindicativa es inseparable de las tareas nacionales en esta etapa de nuestra revolución. Progresivamente todas las Agrupaciones de Bases deberán incorporar a sus programas claras consignas en defensa de la intervención estatal en sus áreas específicas de militancia.

P. y L. — ¿Deben sostener las Agrupaciones de Bases la necesidad de la coacción de los trabajadores en las conducciones empresarias?

J. C. Y. — Es evidente que hay intentos de participación obrera en la conducción empresarial. Del tema rescatamos la experiencia de lo acontecido hace poco tiempo en algunos establecimientos esta-

tales del área de la salud. Los compañeros trabajadores ven a través de las Mesas de la Reconstrucción o de Trabajo una forma de ser parte activa en la elaboración de planes y el logro de objetivos tendientes a constituir un verdadero sistema para la salud popular. Aunque en forma inorgánica y con limitaciones quizá en su encuadre político, en razón de ser una experiencia nueva, quedó demostrado que los trabajadores de la salud veían ese camino como una forma superior de defender el patrimonio del estado y como la más alta garantía, con la participación directa de las bases, para mejor servir a la salud del pueblo y defender nuestros derechos.

Tal como sostenemos que por medio de la burocratización vandorista se intenta encuadrar a la clase obrera en una concepción político-gremial conciliadora, algo similar se ha pretendido instrumentar con la participación obrera en la conducción empresarial, que es construir también en lo económico-administrativo las formas básicas de la democracia social de que habla el general Perón. La institucionalización de las Mesas de la Reconstrucción, sin duda un paso positivo, al igual que la coacción sindical en los directorios de las empresas del Estado, se efectúa en la generalidad de los casos tendiendo a una centralización burocrática. Esta concepción que tanto evidencia temor al avance de la conciencia revolucionaria de los trabajadores como falta de confianza en la capacidad del obrero para ir aprendiendo a conducir empresas democráticamente, sin ser un burgués propietario ni un jerarca universitario de la clase media, está expresando en la medida de su burocratización un pensamiento que los trabajadores debemos combatir.

Una Agrupación de Bases en el tema de la coacción debe mantener un punto de vista democrático, es decir representativo de las bases y no burocrático digitado desde arriba, no ya siquiera por el organismo de conducción de cada gremio sino por las conducciones cegetistas, sin participación directa alguna de los trabajadores del propio sector.

P. y L. — ¿Qué representan las Agrupaciones de Bases como canalización orgánica político-sindical de la clase obrera peronista?

J. C. Y. — En la medida que se asciende en forma individual dentro del aparato sindical se deja a los compañeros de lado. En la medida que se crece en el proceso de base, se avanza hacia una política peronista revolucionaria con eje en la clase obrera.

La rebelión de las bases que impulsó la CGT de los Argentinos no es una rebelión fuera de la clase obrera, sino que es algo que surge desde abajo y se rebela contra los dirigentes capituladores.

El movimiento de las bases obreras lleva a generar movilizaciones de carácter masivo, cuyo más alto punto es el Cordobazo. Como ejemplo de estructura orgánica debe hablarse de las Agrupaciones de Bases, rescatando la experiencia de todas las que surgieron a lo largo y a lo ancho del país ayudadas por la acción agitativa de Raimundo Ongaro.

Lo decisivo a tener en claro es que todo lo que

surge desde abajo, que está en los compañeros, en su conciencia y sentimientos, es auténtico e indestructible; sólo a partir de esa base es posible desarrollar una justa línea política.

El aparato y su política tienen vigencia mientras duren las condiciones que lo sostienen, su deterioro en la base y sus contradicciones en la cúspide son evidentes. Pelear por la manija lleva a compañeros honestos a darse de lleno contra una pared. Por el contrario lo que se asienta abajo, en este caso su mejor ejemplo las Agrupaciones de Base, es algo que ni el aparato con todas sus manijas ni tentaciones podrá destruir, ni con la represión directa o indirecta ni con la corrupción. No es posible burocratizar la conciencia de la clase obrera; traidoruelos habrá siempre, pero no hacen historia. No hay que desesperar ni caer en el juego de las provocaciones por un aparente fortalecimiento arriba del aparato burocrático. La fuerza de la organización gremial de la clase trabajadora peronista está en las bases, porque no estamos unidos ni organizados por ninguna imposición burocrática ni estatal, sino por nuestra identidad de objetivos y nuestra conciencia política. Ante la auténtica representatividad del peronismo revolucionario de bases obrero las ofensivas burocráticas agotan día a día sus fuerzas y pierden los restos de representatividad que conservaban. Sus victorias, a lo Pirro, les desgastan las fuerzas aunque alcancen parcialmente sus objetivos tácticos. En Córdoba, jugando aparentemente con todas a su favor han tenido que transar.

P. y L. — ¿Cuál es la posición de la Agrupación ante la necesidad de defender al gobierno de Perón, contra sus enemigos externos e internos, como condición de imprescindible cumplimiento para poder impulsar la profundización de su programa y acción?

J. C. Y. — Los compañeros de la Agrupación de Bases de ATE "Organización y Lucha" han participado de todas las movilizaciones populares. Cabe rescatar aquí algunas experiencias que marcan quiénes están identificados con las luchas y reivindicaciones del pueblo y quiénes están al margen aunque tengan camiseta de peronistas.

El 17 de noviembre de 1972, los compañeros se movilizaron ante el retorno del general Perón. Los compañeros peronistas y no peronistas entendían que el regreso de Perón era una justa reivindicación sentida por el pueblo y la clase trabajadora, el fruto de 18 años de lucha.

Se marchó a Ezeiza con compañeros y dirigentes del gremio. Cuando las cosas estaban duras, cuando el ejército y la policía no dejaban pasar, muchos dirigentes se hicieron humo mientras los activistas de la Agrupación estaban en la primera línea tratando de romper el cordón puesto por la camarilla militar. En esa primera línea estaban todos los compañeros de la Agrupación, identificados en un mismo sentir y accionar, mientras quienes de peronista tenían nada más que la camiseta se habían borrado.

Lo mismo pasó el 25 de Mayo, cuando fuimos a Devoto a presionar para obtener la liberación de los

compañeros presos. No se sabe si porque había mucha gente o porqué, pero no se vio casi a ninguno de los que después alardeaban de grandes peronistas.

En mi opinión, el apoyo, defensa, crítica y profundización de la obra de gobierno del general Perón es una necesidad de los trabajadores. Sólo apoyando, defendiendo y profundizando lo bueno y criticando lo malo, somos leales a la clase obrera peronista. Del fracaso del gobierno de Perón, si se produce, cosa que lucharemos para evitar, seremos los trabajadores, como en 1955, las principales víctimas.

P. y L. — ¿Qué formas orgánicas tienen las Agrupaciones de Bases?

J. C. Y. — Las formas orgánicas de una Agrupación son muy variadas. Dependen fundamentalmente del grado de desarrollo del trabajo revolucionario de bases que tenga el gremio. Debe estar muy ajustado a las particularidades del gremio, a su actividad, a las modalidades con que se cumple la misma, a la tradición y experiencia como gremio, etc. Por regla general un primer objetivo es el fortalecimiento de la organización sindical general a nivel de bases, la afiliación, elección de delegados, tratar de constituir equipos en todos los sectores y desarrollar todas las formas orgánicas que el cumplimiento de estas tareas requieren. Deben establecerse canales de comunicación con todos los compañeros, con continuidad, volantes, boletines informativos, plenarios de bases, reuniones de activistas; inculcar el hábito de la consulta previa a las resoluciones y del informe y balance posterior en equipo de sus resultados. Deben establecerse todas las formas orgánicas requeridas, en la medida que los compañeros de base y activistas las acepten y respalden, no imponer esquemas orgánicos a presión, porque desgastamos los activistas y anarquizamos toda la actividad de la Agrupación. Toda forma orgánica debe estar justificada por una tarea que la base o los activistas avalen, si no la Agrupación se vuelve política y gremialmente artificial, con lo que su derrumbe resulta inevitable.

Un criterio esencial que debe mantenerse inflexiblemente es el de que la Agrupación de Bases dirige la acción de todos los compañeros que están dentro de la organización sindical legal. La Agrupación de Bases se constituye a partir de un acuerdo político-sindical y con activistas, siendo su estructura de una calidad superior a la de la organización sindical, por lo tanto debe dirigirla, dentro de una línea de masas, pero debe hacerlo siempre. Hay que comprender que si la Agrupación no dirige a sus compañeros dentro del aparato, el ámbito de donde saldrán las resoluciones será el de la camarilla burocrática.

Estas son formas de organización dictadas por nuestra experiencia, las habrá superiores sin duda, pero lo que siempre se debe buscar es la estructura que garantice la mayor participación activa y consciente de las bases en las decisiones de la militancia sindical.

P. y L. — ¿Qué papel le corresponderá en el futuro a la Agrupación de Bases, en relación a la si-

Una aclaración

Este reportaje fue realizado hace aproximadamente cuatro meses. Durante ese lapso han ocurrido varios acontecimientos políticos en el país que hacen perder algo de actualidad a ciertos conceptos o definiciones. A pesar de ello he preferido no modificarlo por considerar que lo esencial en cuanto a caracterización del papel de las Agrupaciones de Bases del 55 a la fecha tiene vigencia.

Valga esta nota como aclaración a la descripción que se hace sobre la Agrupación de ATE "Organización y Lucha".

En mérito a la verdad y respeto a mis compañeros del gremio deseo realizar un breve análisis autocrítico de la Agrupación a la cual pertenecí durante bastante tiempo.

Si bien es rescatable la experiencia adquirida a través de la Agrupación, serios déficits se acoplaron a su nacimiento. En una etapa en la cual el enemigo era totalmente identificable, como ser la dictadura militar, era posible sumar las distintas fuerzas del activo dispersas en el gremio, es decir, buscar la confluencia entre compañeros peronistas e independientes a través de ejes concretos de lucha. Si bien durante el último año de dictadura militar esto aún tenía sentido, veíamos a medida que avanzaba el proceso, que una Agrupación sindical no definida políticamente no tenía muchas posibilidades de contribuir a él.

A pesar de que la Agrupación participó de todas las movilizaciones populares y existía una manifiesta identificación con el Peronismo Revolucionario, todo esto era insuficiente para llevar a cabo una política de masas, una política que llegara a todos los compañeros del gremio y tuviera real aceptación y coherencia.

Si bien determinados ejes de lucha eran correctos en lo reivindicativo, el no estar la Agrupación enmarcada dentro de una política peronista, por estar limitados para definirnos políticamente, nuestras propuestas no llegaban a los compañeros, que como trabajadores estaban definidos por el Peronismo. No era una política integral la que se impulsaba, sino parcial, expresión de deformación sindicalista. Es así que ante el ataque de los enemigos a través de elementos políticos, nuestra defensa se basaba en argumentos reivindicativos, lo que evidenciaba nuestro atraso.

Todo esto nos lleva a una serie de contradicciones internas y a la necesidad de un replanteo crítico de la Agrupación. En un país donde toda la clase trabajadora y vastos sectores populares son peronistas —y peronistas de Perón— la experiencia de la clase obrera está consustanciada con el peronismo desde sus comienzos, todo lo que no esté dentro de esta política no tiene posibilidades de subsistir.

Las grandes luchas obreras, la resistencia a todas las dictaduras fueron libradas por una clase obrera peronista y con una conducción: la de Juan Domingo Perón.

Sólo dentro del Movimiento, con Perón y una clase trabajadora peronista, es posible la lucha contra los traidores a la clase obrera, al pueblo y a la patria. Desde adentro es posible la crítica superadora a toda política de desmovilización y la unificación de todo el Peronismo Revolucionario. De otra forma será seguir dando manotazos en el vacío e implementar políticas incorrectas de vanguardias autoelegidas sin sustento masivo de los trabajadores.

Quería aclarar a los compañeros que el no pertenecer ya a la Agrupación "Organización y Lucha" no significa sumarme a otros "proyectos políticos". Porque considero que sólo hay un proyecto político revolucionario, que es el de Perón y el de la clase obrera. Todo proyecto que no surja de la propia clase trabajadora y sea ajeno a la misma, es un injerto que será rechazado por las bases. Y sólo desde el Movimiento y como trabajadores en las organizaciones que tenemos y las que nos demos, iremos fortaleciendo, defendiendo del enemigo de afuera y de los traidores de adentro, el proyecto que la clase obrera y el pueblo votó masivamente. Sólo desde adentro iremos dando la lucha al vanguardismo enquistado en las conducciones obreras y sólo desde esa perspectiva lograremos la unidad de todo el Peronismo Revolucionario, en base a una política y organización integral de los trabajadores. En esta línea evitaremos en el futuro el triste espectáculo de un 1º de mayo donde la clase trabajadora no concurrió masivamente y la poca presencia de trabajadores fue totalmente pasiva.

El objetivo principal a conseguir en esta etapa es la recuperación de ATE para los estatales y para Perón.

JUAN CARLOS IBARRA
Mayo 1974

tuación del gremio, la del movimiento obrero en su conjunto y el Movimiento Nacional Peronista en la lucha por una Argentina definitivamente liberada?

J. C. Y. — Rescatando experiencias propias de nuestra gente y la de todo el Movimiento es evidente que se perfila una nueva organización a través de las Agrupaciones de Bases. Sin quedarse en lo gremial, que es limitado por constituir esencialmente una acción defensiva, y lo que debemos procurar es no sólo defendernos sino conquistar el poder, debe tenderse a una organización integral, porque debemos ser un pueblo revolucionario organizado. Si no buscamos alcanzar esto, siempre nos quedaremos en respuestas parciales frente a un enemigo que usa métodos de lucha integrales.

El frente sindical debe tender a complementar-se con los restantes dentro de esa acción integral que hemos esbozado. La lucha reivindicativa no se puede divorciar de la lucha política. Las conquistas en el terreno económico para los trabajadores no se pueden escindir de la lucha por la definitiva liberación de la Patria.

Si no tenemos en cuenta esta perspectiva estamos dejando espacios en blanco al imperialismo y a la burocracia. Debemos integrar a todo el gremio en todos los frentes porque allí donde se adopta

una actitud pasiva se favorece los manejos de la burocracia.

Sólo la fuerza organizada y movilizadora de la clase trabajadora podrá defender y profundizar el proyecto político que el pueblo ha votado, impidiendo que los enemigos exteriores interrumpian el proceso de liberación que se reinicia y enfrentando al mismo tiempo a los traidores emboscados que pretendan negociar las luchas, el sacrificio y la sangre que el pueblo brindó durante 18 años de lucha contra la dictadura para el regreso del jefe de nuestro Movimiento a la Patria y al Poder. Como peronista pienso que "Nada ni nadie nos separará de las bases obreras ni de Perón, porque Perón es de los trabajadores y no de los traidores".

Sólo la unidad desde abajo del peronismo revolucionario con el conjunto del Movimiento Obrero y los sectores revolucionarios del pueblo que se le sumen lograrán definitivamente una Patria sin explotadores ni explotados.

Tenemos plena conciencia de que nuestro trabajo es el más duro y silencioso, que no se publicita ni promociona, porque no estamos en la pelea por la manija ni en el erigirnos por cuenta propia en vanguardia del Movimiento Obrero, sino en la búsqueda de la herramienta y la política que permita el avance revolucionario de la clase trabajadora.

"LA JUSTICIA SOCIAL NO SE DISCUTE, SE CONQUISTA. Y SE CONQUISTA SOBRE LA BASE DE LA ORGANIZACION Y SI ES PRECISO DE LA LUCHA."

Juan Perón (2-11-73)



Raúl Scalabrini Ortiz

Juan José Hernández Arregui

Este texto inédito corresponde a las palabras dichas por Juan José Hernández Arregui en oportunidad de recordarse a Raúl Scalabrini Ortiz, en el año 1972, en la Recoleta, durante la dictadura militar de A. Lanusse.

C. de R.

Raúl Scalabrini Ortiz es un símbolo vivo de la inteligencia nacional. Dotado de talento literario, no fue ni un poeta, ni un historiador, ni un filósofo, ni un economista, pero supo congeniar, en la unidad ensimismada de la pasión, la poesía, la historia y la economía en una visión trascendente de la patria. Su obra tiene la potencia de un vislumbriamiento. Y la imagen del país bajo la dominación extranjera, se aunó, en Scalabrini Ortiz, a la profecía de una Argentina rescatable por y para los argentinos. Raúl Scalabrini Ortiz es, por encima de todo, un ejemplo de la dignidad de la inteligencia nacional. Deshizo idolatrías, embaucamientos, espejismos, descarnó la verdad espectral de una Argentina subyugada y presagió la proeza más grande de un pueblo: su liberación nacional. Fue un escritor pero desdeñó a los escritores sin apego a la tierra. Con conciencia histórica entrañable amó a las masas más allá de las vanidades y conveniencias personales de la mayoría de los intelectuales, adheridos al sistema, esto es, indiferentes o al servicio de las fuerzas extranjeras destructoras que hicieron de la Argentina una factoría y no una nación afirmada en sí misma. En esta atmósfera bastarda de 1930 se elevó su voz de patriota. Silenciado, fue un anticipo y una iluminación. No tuvo prensa. Pero sus ideas prendieron en millares de argentinos y se amasaron con el pueblo. No cosechó aplausos. Pero hoy, ese pueblo —gigante colectivo como él lo llamó— lo sabe suyo y lo consagra con el nombre glorioso de patriota. Raúl Scalabrini Ortiz fue una pasión reconcentrada. Y nada grande se ha hecho sin pasión, sin esa fe en la tierra que es sacrificio y resistencia frente a las invisibles sujeciones externas que nos vedan construir el destino

nacional. Fue una inteligencia clara en una época oscura, invalidada por fuerzas oscuras, acatada por personeros oscuros, mediatizada por intelectuales oscuros, por lacayos con fama. Raúl Scalabrini Ortiz, es por eso, la encarnación de la inteligencia nacional digna en medio de la indignidad del coloniaje. De un colonialismo que todo lo corrompe y desfigura. A ese poder de los centros de dominio mundial, Raúl Scalabrini Ortiz lo enfrentó canjeando con la certeza casi alucinada de su destino individual, la muerte en vida por la inmortalidad después de muerto. Eso fue y es Raúl Scalabrini Ortiz.

Raúl Scalabrini Ortiz luchó y pensó en una Argentina en la que la causa de sus males, tan grande era el poderío extranjero, yacía ignorada por los propios argentinos. Scalabrini Ortiz penetró en esa esfera de claudicaciones secretas y silencios culpables, en ese mundo de la enajenación del país al dominador ultramarino. Intuyó las raíces del drama nacional, verificó sospechas, anudó datos, y reveló al fin, con veracidad ilevantable, la trama de los hechos e infidelidades que hicieron del país una colonia británica sin luz propia. En todos sus escritos late un sentimiento de melancolía y, a un tiempo, de esperanza en el pueblo argentino. Jamás de de impotencia. Fe que Scalabrini Ortiz vio personificada en las masas nacionales sin nombre, que con Perón, habrían de ejecutar la hazaña colectiva de una Argentina manumitida de la opresión imperialista. En aquella atmósfera de agobio material y mental de la década infame, mostró los nudos de nuestra dependencia disimulados tras la fachada de una historia falsificada donde los vendidos eran próceres y los patriotas desterrados en su tierra argentina. Vio por eso, en el genio multitudinario

del pueblo, la historia real, la historia viviente hecha por las masas depositarias y autoras de la grandeza nacional, pues son ellas, las masas, el instrumento de que se vale la Historia para alcanzar sus fines. De ahí la fuerza de ese proletariado que Scalabrini Ortiz describió en sus páginas famosas sobre el 17 de Octubre de 1945, que lo contó como a su testigo más ilustre. Y, también, por eso, Raúl Scalabrini Ortiz, hombre activo y sin compromisos fáciles, vio en Perón la historia de las masas argentinas encarnadas en un grande hombre. Esto explica por qué la clase obrera designa en Raúl Scalabrini Ortiz a uno de los suyos. El pensamiento de los patriotas no muere. Vive y perdura en las masas nacionales. Los trabajadores por eso ven en Scalabrini Ortiz a un insigne intérprete de la conciencia nacional de los argentinos.

Raúl Scalabrini Ortiz estuvo sólo. Sin embargo, un verdadero escritor nacional nunca está solo. Su obra, inspirada en el pueblo, al pueblo vuelve. Y, tarde o temprano, la colectividad entera lo convierte en parte dolorosa y triunfante de la patria. De la patria a construir. Pues no hay patria sin soberanía nacional. Bajo el dominio extranjero la patria no es una categoría histórica inmóvil, sino lucha viva, desgarrada, permanente, por la liberación nacional. Hay dos patrias. La de los que la gozan, la prostituyen y la explotan. Y la de los que la padecen. La de Raúl Scalabrini Ortiz fue una patria padecida. Una patria oprimida. En esa patria negada por una minoría que la inmola a sus intereses de clase y, en contraposición, afirmada por el pueblo, Raúl Scalabrini Ortiz fue —lo repetimos— la dignidad de la inteligencia nacional. Y eso plantea el problema de los intelectuales en los países coloniales. En general, los intelectuales forman una capa social admitida y palmoteada mientras cortejen con su palabra o su silencio a la clase dirigente. En el caso argentino, y en la época de Scalabrini Ortiz, a la oligarquía terrateniente satélite de Gran Bretaña. Este es un fenómeno típico de todos los países dependientes, en los que la subordinación del país crea, a su vez, intelectuales subordinados a esa oligarquía, y en nuestros días, a los grupos económicos ligados, en particular en la Argentina, al imperialismo yanqui. O mejor, anglosajón. En tal orden, la "libertad" de la inteligencia es una ficción escandalosa, o sea, "libertad" para consentir en forma abierta o encubierta, la dependencia del exterior. Y en esto reside la traición de los intelectuales al país que sufre la opresión extranjera. No pueden hablar de libertad aquellos que dependen de diarios, revistas, cátedras pagadas directa o indirectamente por el colonialismo, y por ende, controlados por la censura oficial.

En los países coloniales —y la Argentina lo cual lucha como pueblo sin pedir un mendrugo de gloria. La mayoría de los intelectuales, esos que han logrado un nombre, se refugian en la abstención política, que es una forma del sometimiento. Tales intelectuales son parte del espectáculo colonial. Dígase cuanto se quiera, la realidad que circunda al intelectual es política y su silencio es político. El silencio de los intelectuales se llama trai-

ción al país. Para ellos, ser escritor es conseguir publicidad a costa de cualquier prevaricato. Por eso, en tanto masajistas del éxito social son no más que fugaces pasajeros de la fama. Y el pueblo los ignora. Hablan de libertad pero medran a la sombra del sistema que deroga la libertad del pueblo. Si los intelectuales se apartan de la política no es por superioridad sino por cobardía y adhesión tácita o expresa al colonialismo. Por eso tales intelectuales en los programas de radio o televisión, se expresan con palabras a medias, triviales, conformistas, alejadas de los problemas ardientes del país. La dependencia colonial no sólo es económica, es en su mediatización más innoble, colonización intelectual. Un intelectual que calla el horror y la vergüenza del colonialismo, es un mercenario que sirve a las potestades aciagas que paralizan al país. El intelectual que no usa sus conocimientos como militancia, de hecho acepta al régimen colonial que exige y paga la existencia de una inteligencia adicta. El valor de una obra se mide por su posición crítica frente a la época en que nace, por la postulación de los problemas que agitan a la comunidad, y esta misión de los intelectuales sólo es posible cuando se desafían sin renuncias a los poderes que velan, a través de las desfiguraciones del imperialismo y sus aliados nativos, los problemas nacionales irresueltos. En un país colonizado la labor del escritor es militancia política. De lo contrario es pura miseria de la inteligencia pura. ¿Cuándo la Universidad ha alzado su voz contra el colonialismo? ¿No prueba esto que la Universidad, antes que templo del saber, es el asilo de la cultura colonial? O sea, de la invasión mental de fuerzas extrañas a lo propio. ¿Cuándo los escritores argentinos agremiados en la SADE han denunciado la entrega del país, los fusilamientos de 1956, las torturas, las proscripciones políticas de millones de argentinos? ¿Cuándo? Los trabajadores hacen bien en desconfiar de esa "inteligencia" argentina que no osa decir su nombre mientras el país se debate en la violencia, en la lucha por la liberación nacional.

Mas, junto a estos escritores hay otros. Una minoría que, en rigor, representa a las mayorías nacionales sin libros pero con conciencia de la patria avasallada. Son intelectuales que no se resignan ante el estado de cosas establecido, y muestran tanto los mecanismos y las lacras pestíferas de la servidumbre colonial como el papel subalterno de la inteligencia culpable. De esos intelectuales que mientras el pueblo lucha en las fábricas, en las calles, aparecen en las pantallas de televisión, y de este modo, lo sepan o no, son parte de los avisos comerciales, el lado culto de la servidumbre cultural al imperialismo.

Los escritores auténticos saben soportar el silencio y prefieren darle formas de ideas a las intuiciones y heroísmos colectivos convirtiéndose así en testigos y actores de la época que les toca vivir. A esta raza de escritores nacionales perteneció Raúl Scalabrini Ortiz, prototipo del intelectual que hizo del pensamiento argentino militancia política y no de la política algo negable por una inteligencia amordazada. Así se realizó Raúl Scalabrini Ortiz

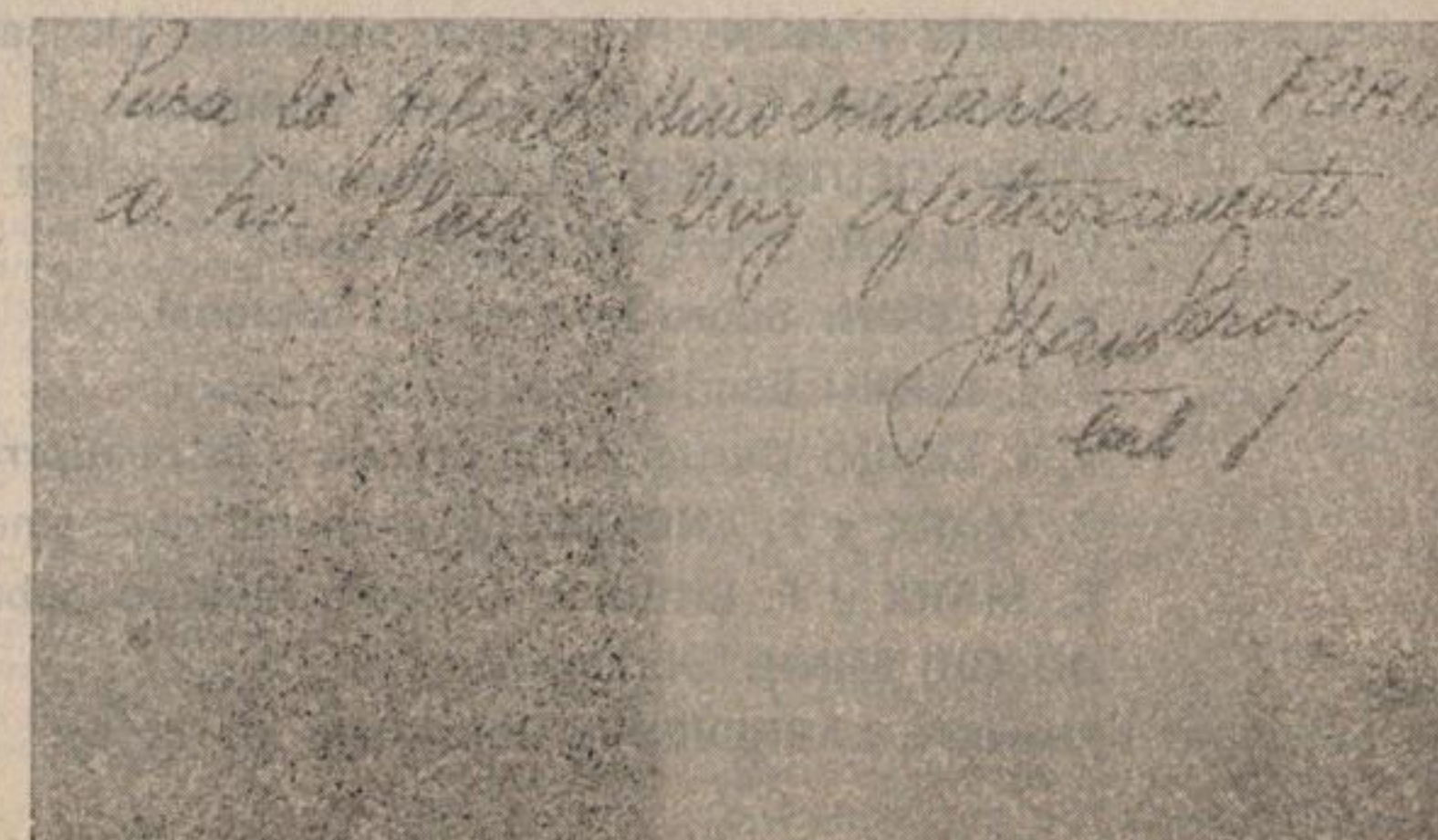
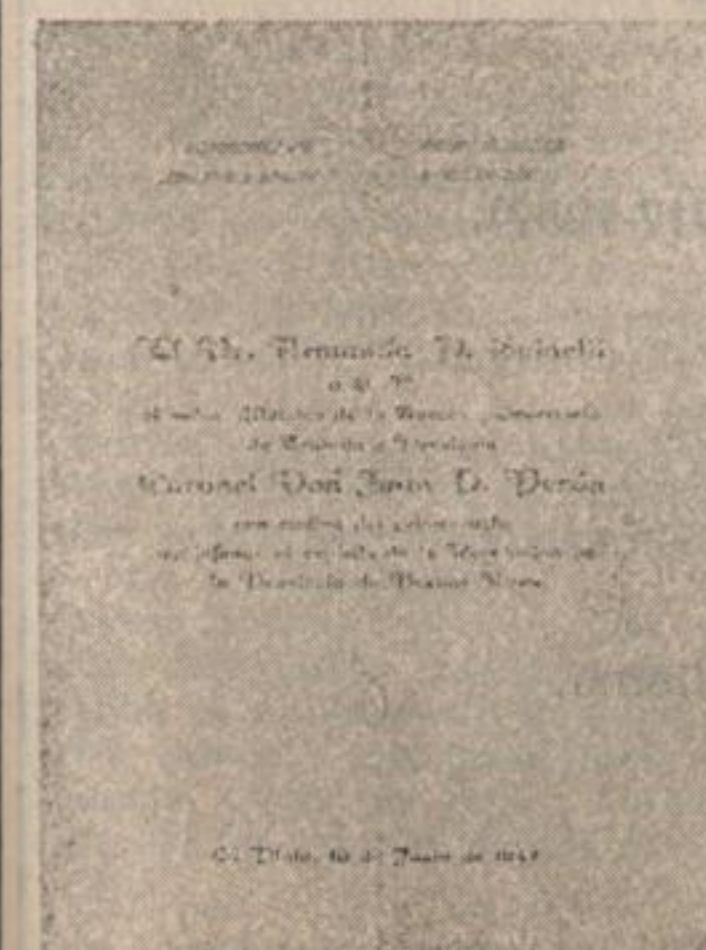
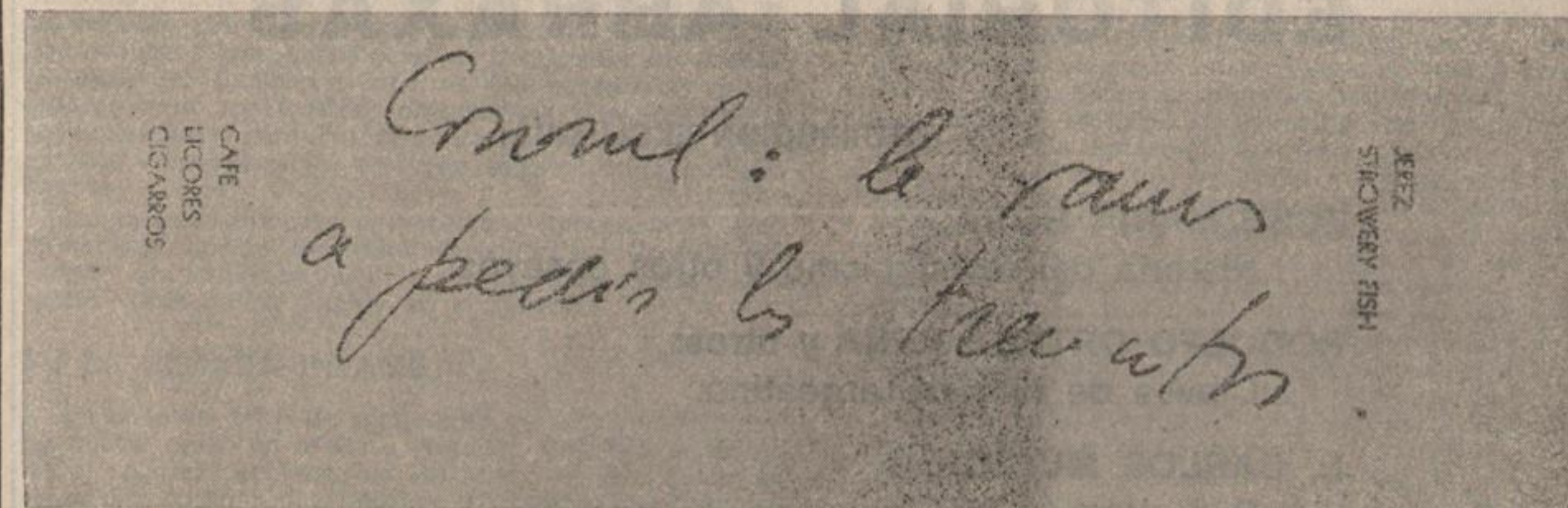
El 10 de junio de 1944, el coronel Perón pronunció en la Universidad de La Plata la conferencia inaugural en la Cátedra de Defensa Nacional de aquella casa de estudios. Finalizada la disertación se trasladó al balneario del Jockey Club, en Punta Lara, donde se le ofrecería un banquete; lo hizo en compañía del mayor Fernando Estrada (subsecretario de Trabajo y Previsión) de Raúl Scalabrini Ortiz y de los jóvenes dirigentes de FORJA, doctores René Saúl Orsi y Miguel López Francés. La presencia de Scalabrini y demás militantes forjistas se explica, ya que FORJA fue la primera agrupación política de jerarquía nacional que se solidarizó con la orientación económico-social impresa por el coronel Perón al gobierno constituido en junio de 1943.

Durante la reunión —de la cual participaron alrededor de cincuenta personas, entre ellas, los generales Reynolds y Perlinger, el brigadier Zuloaga y los doctores Baldrich y Labougle— el coronel Perón habló extensamente con Orsi y López Francés, exponiendo con la precisión y brillo conocidos la tesitura de su política. En esa

circunstancias, Scalabrini le hizo llegar por intermedio de Orsi un breve mensaje escrito en la tarjeta de invitación al banquete. "Coronel: le vamos a pedir los trencitos", decía, ratificando así una de las demandas esenciales del pueblo argentino toda vez que la recuperación de los medios de comunicación por el estado constituía uno de los principales objetivos de la lucha por la emancipación nacional

Leyó Perón el mensaje y, en seguida, apartándose del grupo, se acercó a Scalabrini para manifestarle personalmente que si se superaban con éxito las dificultades de todo orden que obstruían el desarrollo del movimiento político-social en gestación, una de las primeras medidas a adoptarse sería la compra de los ferrocarriles.

Perón cumplió, y el 1º de marzo de 1948 cuando el gobierno justicialista tomó posesión de todos los ferrocarriles nacionales, Scalabrini Ortiz fue invitado por el presidente de la república a concurrir a la ceremonia oficial. Honraba Perón así al hombre que había servido al país, con su clara inteligencia, al desvirtuar una de las mentiras más finamente urdidas por la extranjería.



como escritor y como hombre, es decir, como argentino total. No aceptó la neutralidad de la inteligencia. Luchó sin lamentaciones contra la montaña de falseamientos y cancelaciones canallas de la antipatria. Y aquí debo tocar, aunque más no sea de paso, un hecho en la vida de Raúl Scalabrini Ortiz. Como todo gran patriota fue calumniado y odiado por los personeros de la entrega, por el liberalismo colonial aliado a Gran Bretaña, y por la izquierda extranjerizante que lo acusó de "nazi", justamente a este defensor de las masas proletarias postergadas y de la soberanía nacional profanada por la oligarquía y el imperialismo. Pero una infamia aún más inicua rozó a Raúl Scalabrini Ortiz. Al caer Perón, bajo la instigación directa de Rogelio Frigerio y Arturo Frondizi se intentó apañar con su nombre la entrega del petróleo. No podemos hacer aquí la historia de esta operación fría, imperdonable y cruel. Pero ayer, en un diario de esta capital, se

insiste en esta infamia. Sólo diremos en este acto, que por solemne exige la verdad, que para usufructuar el nombre de Raúl Scalabrini Ortiz, se adulteraron los contratos con las compañías norteamericanas presentándolos como favorables al interés nacional. Raúl Scalabrini Ortiz retrocedió a tiempo y permaneció incorruptible ante su pueblo. Pero la amargura de esta operación perversa fraguada por quienes se dijeron sus amigos, lo acompañó hasta la tumba, y quedará como un estigma irredimible en la conciencia de los culpables. Y finalmente, condenado a vivir en la sombra, Raúl Scalabrini Ortiz alumbró toda una época.

Raúl Scalabrini Ortiz pronosticó sobre las piltrafas áureas de la Argentina colonial, el porvenir de la Argentina liberada y su efectuada histórica en la actividad de las grandes masas nacionales. Eso fue Raúl Scalabrini Ortiz. Por eso, repetimos, es un símbolo vivo de la inteligencia nacional.

Ultimos títulos de la

EDITORIAL ABRAXAS

EN DISTRIBUCION EXCLUSIVA:

JOSE MARIA ROSA:

Historia del revisionismo y otros ensayos.

RODOLFO ORTEGA PEÑA y otros:

Claves de historia argentina.

P. CARLOS MUGICA:

Peronismo y cristianismo

MAO TSE-TUNG: La Revolución China y el P. C. de China.

FRANTZ FANON: Piel negra, máscaras blancas.

VO NGUYEN GIAP: Relatos de Vietnam.

ISAAC DEUTSCHER: La revolución inconclusa (Rusia, 1917-1967).

V. I. LENIN: Sobre el sindicalismo.

V. I. LENIN: Sobre la cuestión nacional.

V. I. LENIN: Escritos militares.

V. I. LENIN: Cartas de la prisión y el destierro.

C. MARX y F. ENGELS: La sociedad norteamericana.

C. MARX y F. ENGELS: Escritos inéditos sobre sindicalismo.

HO CHI MINH: Obras Escogidas.

PHILIPPE LABREVEUX: Chile bajo las botas.

Sobre Raúl Scalabrini Ortiz

Ramón Bonsoir

"No es tarea fácil la que hemos acometido. Pero no es tarea ingrata. Luchar por un alto fin es el goce mayor que se ofrece a la perspectiva del hombre. Luchar es, en cierta manera, sinónimo de vivir".

Raúl Scalabrini Ortiz

"Los que hemos luchado por los ideales que inspiraron la vida de Scalabrini Ortiz no podremos olvidarlo, como no lo olvidarán las generaciones de argentinos que escucharon sus enseñanzas y lucharon por hacerlas triunfar en el tiempo y en el espacio".

Juan Domingo Perón

No será esta una colección de juicios elogiosos ensablados con opiniones astutas del elogiado. Scalabrini Ortiz no se lo merecería. Hace ya muchos años nos previno contra el peligro de convertir nuestra historia en "una verdad que no se analiza" y sería poco beneficioso tratarlo justamente a él de esa manera. Terminaríamos creyendo que Scalabrini flotó "beatíficamente en el seno de una materia angélica", y esto se parecería demasiado a los discursos escolares donde los héroes están vestidos de mármol desde su nacimiento. Scalabrini no lo estuvo. La nuestra es una historia de hombres y con hombres. De allí la inconveniencia de las fábulas, que entorpecen y tergiversan nuestra lucha, aún cuando versen sobre personajes alistados en el campo nacional. Scalabrini Ortiz no fue un héroe inmaculado (que no los existen) dirigiéndose siempre serio y sin dudas hasta cumplir con su destino de estatua. Dudó algunas veces, se sintió descorazonado en otras, cometió errores.

No se trata entonces de hacer una foto retocada, sino de verlo en acción, debatiéndose contra esa "política invisible" que amordazó al país durante tantos años y que tantas veces buscó sumirlo en el silencio.

EN LA DECADA INFAME

En la tarde del 6 de septiembre de 1930, una columna militar entró en la Casa Rosada. Con ello se ponía fin al segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen, quien no alcanzó a cumplir dos años en su gestión presidencial. Scalabrini Ortiz colaboró con el golpe. También él formó en la legión de intelectuales que recibió con beneplácito la caída del caudillo plebiscitado en 1928. Quizá sea oportuno recordar que pocas veces se realizó en nuestro país una campaña de desprestigio tan bien montada y tan efectiva como la llevada a cabo antes del motín que ubicó al general Uriburu en la presidencia. El retroceso político del yrigoyenismo en la capital se evidenció claramente en las elecciones para diputados de marzo de 1930: el radicalismo sólo obtuvo el tercer lugar. Dividido el partido Radical, los alvearistas cooperaron desembozadamente con la "cruzada civilizatoria" que tuvo su culminación un día antes de que las elecciones en Cuyo permitieran —como era razonable suponer— que una mayoría yrigoyenista en el Senado de la Nación sancionara la ley sobre nacionalización del petróleo, aprobada hacía un año en Diputados.

Pero Scalabrini no residía en la luna, aunque pudiera hacer una visita ocasional, y muy poco después comprende el carácter de la revolución: un régimen que no había perdido sus posiciones más importantes vuelve a hacerse cargo del poder político. También lo comprenderá así un capitán del ejército que formó en la columna

comandada por Uriburu y que años más tarde leerá con atención los libros de Scalabrini.¹

En agosto de 1932 se realizó en Ottawa, Canadá, una importante conferencia entre representantes de Inglaterra y de la Comunidad Británica de Naciones. Uno de sus resultados fue la imposición de restricciones a las exportaciones argentinas de carne. Por cierto, Gran Bretaña no era el único mercado posible para nuestra carne, pero no era cuestión de dejar deteriorar los fuertes lazos de amistad ya existentes. Con el pretexto formal de retribuir la visita que el príncipe de Gales hiciera durante el gobierno de Alvear, una delegación encabezada por el vicepresidente, Julio A. Roca, e integrada por amables funcionarios, viajó a Londres. Luego de arduas conversaciones en que todos se afanaban por defender los intereses ingleses, se firmó en mayo de 1933 el pacto Roca-Runciman. Su contenido atentaba contra la soberanía nacional pero eso no importaba mayormente a nuestros ministros. No habían llegado a la función pública para preocuparse por esos detalles. Desde ese momento, serían empresas inglesas las encargadas de exportar el 85 % de nuestros saldos de carne y el restante 15 % (la tradicional generosidad británica) podía ser exportada por firmas argentinas, siempre que no persiguieran fines de "beneficio privado". Este pacto fue el antecedente inmediato de otras concesiones que el gobierno justista haría a los intereses británicos. Lo seguirían: a) disminución de aranceles aduaneros a mercaderías inglesas tan necesarias para el país como el whisky; b) apoyo a las empresas ferroviarias con el rótulo pomposo de "coordinación" de transportes; autorización para aumentar las tarifas y disminuir los sueldos de los ferroviarios; c) la creación del Banco Central, interesante artificio antinacional, etc.

Scalabrini Ortiz se aplicará al estudio del pacto Roca-Runciman y de sus consecuencias. Descubrirá que en la misma época, en estrecha relación con el pacto, se nos concedía un empréstito de "desbloqueo". Los británicos nos prestaban dinero que no salía de Londres ya que era recibido por las empresas que no podían cobrar sus ganancias en la Argentina por la escasez de divisas. Las ganancias bloqueadas dejaban de estarlo, pero el país se endeudaba y pagaba intereses para que las empresas extranjeras recibieran sus beneficios. Curioso empréstito: era presentado casi como un regalo, pero lo pagábamos nosotros, y bastante caro.

Scalabrini verá entonces que son muchas las coincidencias entre este empréstito "logrado" por negociado-

¹ El entonces capitán era Juan Domingo Perón, quien ha narrado su intervención en el golpe de 1930 en "Lo que yo vi de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930" incluido en Tres revoluciones militares, con varias ediciones. Posteriormente Yrigoyen fue recuperado por Perón en toda su dimensión nacional y popular.

Nota: Todos los párrafos en bastardilla pertenecen a Raúl Scalabrini Ortiz.

res que declaraban que "la República Argentina es, en cierta forma, una parte integrante del Imperio Británico" y el que "obtuviera" Rivadavia en 1824. Comprobará que este empréstito, que nos hiciera la casa Baring, se terminó de pagar en 1902, durante la gestión presidencial de Roca (padre de este galante vicepresidente educado en Inglaterra). Poco a poco, Scalabrini irá realizando la tarea de descubrimiento de nuestra realidad, poniendo de relieve la trama oculta que explica casi toda nuestra historia, los resortes de la penetración lenta e insidiosa que había alcanzado a dominar la política y la economía de nuestro país.

Así para saber exactamente lo que éramos en ese momento, se dedicó a investigar lo que habíamos sido. Acudiendo a una palabra trajinada últimamente, diremos que fue "revisionista". Pero sin caer en los vicios y errores de un revisionismo aristocrático que afirmará a sus héroes en el color blanco de la piel, en lo rubio del pelo y en la pureza del origen, abominando de morochos y mulatos. Como en nuestro país la mayoría del pueblo dista de parecerse a los escandinavos, con esta selección de piel no hace más que explicitarse una concepción jerárquica y autoritaria de la sociedad con la que Scalabrini no coincidió jamás. Además, su búsqueda histórica no se basaba en abstractas nociones pseudopolíticas. Convencido de que "la economía es un método de auscultación de los pueblos" y de que "no hay posibilidad de un espíritu nacional en una colectividad de hombres cuyos lazos económicos no están trenzados en un destino común", comprobó que —con escasos intervalos— habían sido los intereses británicos los que habían privado en nuestro país. "Vista la historia argentina desde el alto plano del vuelo de pájaro, es fácil advertir que Gran Bretaña ha sido simultáneamente la nación más constantemente amiga y la más incansablemente enemiga. Amiga, al no permitir que ninguna otra nación interfiera en nuestro destino. Enemiga, al limitar implacablemente las posibilidades argentinas a la estricta misión de factoría proveedora de alimentos y de materia prima". La independencia deseada por Scalabrini no era, y esto también lo diferenciaba de la mayor parte de los revisionistas, una cuestión fundamentalmente espiritual. "Toda independencia política que no se asiente en la roca firme de la independencia económica, es una ficción de independencia en que no puede existir nada parecido a la libertad —ni personal ni colectiva—, porque la primera y fundamental libertad del hombre es la de poder desenvolver su capacidad industrial y creadora."

Esto lo enfrentaba con los detentadores del saber. "Los historiadores no eran historiadores, eran novelistas. Habían urdido una tramoya que llamaban historia nacional en que los próceres eran todos los que sirvieron incondicionalmente a los intereses británicos y los truhanes los que de alguna manera se opusieron a sus manobras." No eran los historiadores-novelistas los únicos que habían urdido una tramoya. Políticos, economistas e intelectuales surtidos cantaban loas a nuestra amistad con Gran Bretaña. Eran sus capitales amistosos los que habían permitido que nos constituyéramos como nación, y la generosidad inglesa era tan amplia que siempre podríamos recurrir a ella cuando nuestros errores (por desgracia frecuentes) nos colocaran en una situación comprometida. "Todo lo malo que sucedía entre nosotros, entre nosotros mismos se engendraba. Los procesos de absorción, que ocurrieron en todas las épocas, del más pequeño por el más fuerte, del menos dotado por el más inteligente, no ocurrieron entre nosotros, de acuerdo a la historia oficial. Las luchas diplomáticas y sus arterias estuvieron ausentes de nuestras contiendas. Sólo tuvimos amigos en el orden internacional." Frente a esta corte que nos presentaba una historia idílica, Scalabrini Ortiz la mostraba en su profunda realidad. "El imperialismo económico encontró aquí campo franco. Bajo su pernicioso influencia estamos en un marasmo que puede ser letal. Todo lo que nos rodea es falso o irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron. Falsas las perspectivas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran."

Scalabrini Ortiz se refiere al imperialismo. ¿Era una novedad para la época? No, no lo era. Era frecuente encontrarse con encendidas arengas contra el imperialismo. Los tradicionales diarios oligárquicos ofrecían sus páginas a colaboradores que condenaban en tono subido al imperialismo. Pero el condenado era el imperialismo norteamericano. Continuaba en vigencia ese curioso anti-imperialismo ya manifestado en el siglo XIX. Los argentinos se oponían al avance de los yanquis —como en las conferencias panamericanas—, pero esta actitud de prevención nacional padecía de una acentuada renquera. Eramos antiimperialistas frente a los norteamericanos (y hasta nos acordábamos de los imperialismos francés, alemán e italiano) pero nos olvidábamos de este fenómeno de prepotencia y explotación cuando de Gran Bretaña se trataba. De ella sólo podíamos recibir dones y beneficios. ¡Cómo podían ser imperialistas unas caballerías tan educadas y pulcros!

Sabemos entonces que la historia argentina "ha sido prolijamente expurgada" y por eso "es una historia artificial, inhumana, que no enseña nada útil y, antes bien, perjudica, al acostumbrar el juicio a no tener en cuenta la influencia de los intereses extranjeros que han sido siempre predominantes entre nosotros". Scalabrini sostendrá que de estos intereses extranjeros los "de mayor cuantía, de más evidente existencia y de mayor fuerza coactiva en la vida argentina" han sido los capitales ferroviarios. Entonces, para "conocer claramente el objetivo de nuestra lucha" y la "fisonomía de nuestro enemigo", emprenderá una larga investigación cuyos resultados se encuentran en su Historia de los ferrocarriles argentinos, "fruto de una labor personal en que el autor no tuvo ni la más mínima colaboración ajena, ni siquiera la del amanuense que copia documentos o verifica operaciones aritméticas elementales". En tarea de años, "no tuvo más premio que la difamación y la calumnia defensiva de las inmensas fuerzas cuyo cimiento estaba socavando con el descubrimiento de la verdad histórica".

Como es de suponer, la búsqueda de los materiales con los que pudo componer su paciente tarea estuvo lejos de ser sencilla. No contó, es obvio, con ninguna ayuda de las empresas. Supo que las memorias ferroviarias podían llegar a desaparecer hasta de los despachos oficiales. Llegó a buscar en la quema de la ciudad viejos informes con cifras y datos que le permitían confirmar o desechar suposiciones. Se encontró con funcionarios oficiales que manejaban elementos demostrativos de los manejos antinacionales y que a la semana, ya ocupando un despacho en una empresa extranjera, habían olvidado haberlo conocido. Necesitó mucha decisión y coraje para superar estas dificultades, pero no eran las últimas. Una vez completadas las investigaciones, no había casi donde publicarlas. Partes de la obra, no todas, encontraron un lugar en "Señales". No había editor para un libro como el que Scalabrini Ortiz ofrecía a un país que se movía en la irrealidad creada por los intereses imperiales. Había dinero para empresas culturales como la de invitar a intelectuales europeos de prestigio, siempre dispuestos a desentrañar los misterios más íntimos de nuestro ser nacional a los tres días de haber bajado del barco. Contaban con auditorios boquiabiertos, encantados de abreviar cultura de labios de un delegado de los centros mundiales de la sabiduría. Pero Scalabrini no podía publicar un libro.²

De todas maneras, se aplicó al rastreo de las concesiones ferroviarias. Las distintas compañías fueron objeto

² A propósito de la visita de un escritor francés, Pierre Drieu La Rochelle, escribió Scalabrini en 1932: "Pretextos culturales se aducen para estas importaciones de intelectuales. Se supone que estas visitas acrecentarán el nivel de nuestra cultura. Es como proteger al periodismo argentino suscribiéndose a los diarios y revistas extranjeros. Problemas de aquí, sólo los escritores de aquí podrán resolverlos. Penas y júbilos de aquí, sólo los poetas de aquí han de cantarlos. Somos el mundo nuevo que está buscando su nueva voz, y es más noble tartamudear lo propio que hacer remedo del perfecto canto extraño". (Publicado en "El Mundo" del 6 de junio.)

del laborioso trabajo que demostró que "el llamado capital ferroviario extranjero no fue sino la capitalización a favor del extranjero del trabajo y de la riqueza natural argentina". Como dirá años más tarde, los ferrocarriles habían tenido su origen en "algunos de los siguientes tipos: a) ferrocarriles construidos por el gobierno nacional y luego gratuitamente entregados a los financistas ingleses; b) ferrocarriles construidos por las provincias y graciosamente entregados a los financistas ingleses; c) ferrocarriles construidos por las provincias y entregados a los tenedores de empréstitos, con grandes premios en dinero o en títulos que daban a la cesión el aire de un obsequio; d) ferrocarriles construidos por empresas inglesas con los capitales proporcionados por diversos pretextos por el gobierno argentino en condiciones y cantidades tales que las sumas entregadas superan el capital nominal que dicen haber invertido; e) ferrocarriles construidos por empresas inglesas con capitales proporcionados por el gobierno argentino bajo la forma de servicio directo del interés de las acciones y obligaciones de las susodichas empresas; f) ferrocarriles ingleses construidos con aportes especiales del gobierno, suscripción oficial de acciones, inmensas concesiones de tierras y apoyo incondicional del crédito local, que en total superaban en mucho los capitales reales requeridos para las primeras líneas elementales".

Como se ve, una versión totalmente distinta de la que manejaban (y manejan) los panegiristas de las inversiones extranjeras. Pero no se trataba, en realidad, de una "versión". Scalabrini no afirmaba sin pruebas ni presentaba cifras inventadas o promedios absurdamente obtenidos. El suyo era un trabajo serio que evidenciaba además la falsa "seriedad" de los doctores que pontificaban sobre los beneficios que aportaban al país las empresas ferroviarias. La seriedad y seguridad del núcleo de figurones que ni se animaba a pensar en otros términos que los impuestos por la complicada malla de intereses y verdades eternas eran tan irreales como sus convicciones. Esta legión de sirvientes imperiales fue así descripta por Scalabrini: "Como el cáncer que consume el mismo cuerpo que aniquila, así vive en el cuerpo americano el núcleo mediador de la explotación extranjera, curiosa asamblea de abogados, intermediarios de empréstitos, correteadores de empresas, comisionistas de compañías, gerentes, síndicos, directores de ferrocarriles, simples y vanos enriquecidos en dependencia de ofertadores de la riqueza e intelectuales enterneados por las lisonjas astutas de lo europeo".

Pero Scalabrini hizo mucho más que descubrir la venalidad y corrupción que era más que común en derredor de las concesiones ferroviarias. La suya no era una escandalizada campaña moralizadora que salía al cruce de los negociados porque estaban en peligro las buenas costumbres del país. Lo que peligraba, lo que casi no tenía realidad propia, no eran solamente las costumbres, era el país todo. Esto es decisivo para comprender a Scalabrini: con el tiempo se convirtió en un especialista en los problemas ferroviarios, pero no lo era en 1933. No los tomó como tema de estudio como una afición personal que luego se convierte en hábito sino porque había comprendido la tremenda importancia que habían tenido en la explotación y deformación de nuestro país. Scalabrini muestra la fenomenal falacia de la "radicación de capitales" en nuestra historia, las maniobras cercanas a la prestidigitación que hacen pasar el dinero de una mano a otra cambiándole la nacionalidad en la rápida maniobra. Pero no podemos sospechar por eso que si hubieran sido ciertas las inversiones, honestas las declaraciones, inexistentes las dádivas, correctas las concesiones, Scalabrini Ortiz se hubiera sentido satisfecho. La inmoralidad brotaba por todos los poros apenas se tomaba y meneaba un poco la cuestión de los ferrocarriles, más no era lo decisivo. Era preciso tenerla en cuenta para calibrar a los individuos que circulaban infatuados por la república con aire de señores honestos y comprender cuáles eran las maniobras comunes en los "gentlemen" que abundaban en el país. Mas el planteo de Scalabrini llega a un plano mucho más hondo: a sostener que los ferrocarriles eran el factor primordial de nuestro "primitivismo agrario", como lo llamaba. Y acá

la diferencia con los planteos oficiales ya era definitivamente insalvable. Porque una coimita puede disculparse sonriendo comprensivamente y disminuirse la gravedad de una concesión fraudulenta acudiendo a variadas justificaciones, pero admitir que los ferrocarriles detienen nuestro progreso ¡eso sí que no! ¿Y que además sea esa la intención de nuestros amigos ingleses? ¡Estaríamos todos locos! Estaríamos.

Hoy es ya casi obvio acudir a un mapa y mostrar la constitución radial de la red ferroviaria. Casi sin excepciones las líneas confluyen en Buenos Aires. Las provincias están deficientemente intercomunicadas o carecen directamente de comunicación por tren. Sabemos que esto es así "porque las líneas fueron trazadas con un sentido ajeno a las conveniencias nacionales". ¿Cuál era la política que estaba detrás del trazado radial? "Esa política es fácil de resumir: tráfico ascendente hacia los puertos de materia prima, tráfico ascendente de manufactura desde los puertos hacia el interior". Nuestro país condenado a un destino de granja, Inglaterra abasteciéndolo de los bienes industrializados necesarios para nuestro desenvolvimiento agropecuario y para el consumo. Una ecuación perfecta servida por los ferrocarriles. Y si no alcanzaba el trazado, quedaban las tarifas. Mediante el sencillo expediente de elevarlas o bajarlas, según el caso, podían debilitarse y desaparecer las industrias del interior que estorbaran los intereses británicos. "Todo progreso argentino daña alguna partícula de la hegemonía inglesa. Toda industria argentina desplaza una industria similar inglesa o de alguno de sus satélites, con cuyos productos ella comercia". Por ello, para dar un ejemplo, podía resultar más barato transportar una bolsa de harina desde Rosario a Mendoza, con 814 kilómetros de distancia, que desde Córdoba a Mendoza, con 715 kilómetros. Aparentemente incomprensible, a no ser que recurriéramos a artificiosos y complicados cálculos, mecanismo deseado por las compañías ferroviarias. O, lo más acertado, que comprendiéramos el proyecto imperial de impedir nuestra industrialización.

No eran los ferrocarriles el único factor que, en manos de nuestros "amigos", conspiraba contra nuestro crecimiento y consolidación como país verdaderamente independiente. "Para quitarle a un pueblo el usufructo de sus bienes y de su trabajo no es ya necesario desplazarlo de su tierra corporalmente, y basta quitarle el dominio de sus medios de comercialización, de transporte, de comunicación y del manejo del crédito y de la moneda". En cuanto a la comercialización, carnes y granos argentinos eran exportados por empresas extranjeras. Luego de la "coordinación" y de la creación de la "Corporación" en la ciudad de Buenos Aires, los británicos manejaban también los transportes. Los teléfonos estaban en manos extranjeras. Y a partir de 1935 el crédito y la moneda dependieron de las decisiones del Banco Central, creado a instancias inglesas y siguiendo las "desinteresadas" instrucciones de un experto británico que se dignó visitar nuestro país a los efectos de hacernos partícipes de su sabiduría bancaria. Como era de prever, la nómina del directorio era conocida en Londres antes que en Buenos Aires, hecho perfectamente coherente con el modo de funcionamiento de esta entidad bancaria que estaba exenta del control oficial y que, en cambio, tenía la facultad de supervisar las cuentas fiscales y de pedir informes a los bancos nacionales y a los ministerios cuando lo creía conveniente. "El Banco Central es un simple rodaje administrativo, pero es, también, la invención más perniciosa para la independencia económica argentina".

Ante la creación del Banco Central, en la que aparecen nombres que seguirán rondando en la escena durante muchos años, se oye otra vez a Scalabrini alertando al país. Nuevamente su denuncia poniendo en claro el papel de los inventos entreguistas, pero sin detenerse en la minucia leguleya o el detalle de poca importancia de las ofendidas reclamaciones subalternas. Lo que estaba en juego era el destino del país, avasallado por el imperialismo, y Scalabrini era de los escasos en comprenderlo y quizá el más lúcido en demostrarlo.

En esto tenía diferencias decisivas con algunas variedades de "nacionalistas" que había en el país. Scalabrini

calificó a algunos: "simples remedos carnalescos de los movimientos europeos", pero tal vez sea oportuno ampliar la caracterización. Con excepción de los forjistas, la casi totalidad de los nacionalistas argentinos eran antiobreros. La defensa de la patria tenía como requisito fundamental la represión y persecución de los trabajadores, avalada por opiniones de señores franceses, alemanes, italianos o españoles según los casos. Todo pedido de reivindicaciones obreras era calificado inmediatamente por estos fieles defensores de la nacionalidad como "disolvente y ajeno a las tradiciones". Nacionalistas se decían los que en 1919 salieron a la calle durante la Semana Trágica a perseguir trabajadores. Nacionalistas se decían los que aprobaron con satisfacción los fusilamientos de 1921 en la Patagonia. Nacionalistas se decían los que sostenían la necesidad y conveniencia de un orden social rigidamente jerárquico, en que todos y cada uno conservarían el lugar que le corresponde. Por supuesto, el lugar de ellos era el de arriba y el de los obreros el de abajo. Pretender cambiar en algo esta ubicación era un delito contra la patria. En esta posición se veían favorecidos por el hecho de que los escasos obreros sindicalizados manejaban todavía las consignas y propuestas de anarquistas y socialistas, alejados de las reales necesidades de los trabajadores argentinos y de la nación. Pero los nacionalistas que calificaban de "apátridas" a los obreros que se inspiraban en autores europeos tenían también como mentores intelectuales, paradoja sólo aparente, a políticos y pensadores de Europa.

Porque estos nacionalistas aristocráticos y antiobreros estaban absolutamente convencidos de que los argentinos éramos "europeos en América" y europeos de lo mejor, ya que había distinciones de importancia. Estábamos indisolublemente unidos a los pueblos cultos y progresistas de Europa, continente que también albergaba a pueblos indolentes e ignorantes. En razón de esta filiación extracontinental, se desentendían de la suerte de las restantes repúblicas iberoamericanas, pobladas por mestizos o por "negritos mediocres y enfermizos" (como sostenía un diario "nacionalista" en época de Yrigoyen), pocos afectos al trabajo y definitivamente alejados de las manifestaciones de la cultura que sólo estos refinados caballeros podían saborear.

Nada más opuesto al pensamiento de Scalabrini, quien nos concebía formando un bloque con el resto de América, sin incluir en esta unidad a los prepotentes imperialistas norteamericanos. "América se emplea con un sentido restrictivo y en la imaginación del autor sólo representa esa fracción del continente que tiene unidad de idiomas, de religiones, de costumbres y que geográficamente llega hasta el límite norte de Méjico", aclaró cierta vez.

El nacionalismo de origen oligárquico era antiobrero, racista, europeísta, antiamericano. Por añadidura, se volvía un tanto distraído cuando alguien hacía referencia a los manejos imperialistas de Gran Bretaña. No podía ser de otra manera, ya que casi todos los integrantes de estos grupos políticos eran funcionarios, abogados, socios, clientes, empleados o allegados a las empresas inglesas. "El jefe del nacionalismo nacionalsocialista era el doctor Manuel Fresco, gobernador de la provincia de Buenos Aires, médico de los ferrocarriles británicos". Por sus lazos con la urdimbre de la explotación a que era sometido nuestro país, estos "variados especímenes de nacionalismos" —con rasgos comunes en muchos aspectos decisivos— "se ocupaban de todo menos de la economía", como señalaba Scalabrini. A ojos de los nacionalistas, nuestro país peligraba, pero sólo en sus tradiciones. Nada se decía de la riqueza que, fruto del trabajo de los argentinos, era extraída de nuestra patria. Ese era un asunto de mal gusto, que oía muy mal, y nuestros nacionalistas tenían muy buen gusto y eran afectos a los perfumes suaves. Por lo tanto, las cuestiones económicas permanecían intocadas.

Hubo, sin embargo, alguna ocasión en que ganaderos poco favorecidos en la repartija de beneficios hicieron oír su voz contra el imperialismo. Pero eran las quejas de socios menores, protestando porque querían que la distribución de favores fuera más igualitaria. Por supuesto, a realizarse exclusivamente dentro de los secto-

res sociales a los que ellos pertenecían. No fuera cosa de confundirse con los insensatos que ignoran las necesidades espirituales de los ganaderos y pretender disminuir sus ganancias. ¡Adónde iríamos a parar!

En 1937 el doctor Roberto M. Ortiz es lanzado por las fuerzas oficiales como candidato a presidente. Lo será, como representante de los intereses británicos, luego de comicios fraudulentos. "Hace muchos años que actúa como abogado de las principales empresas ferroviarias y él no oculta ni su admiración por las habilidades inglesas, ni su connivencia con las actividades mercantiles que en el país desarrollan, ni su creencia de que la Argentina está en paridad con cualquiera de los dominios del Imperio de la Gran Bretaña". Este gobernante surgido del fraude pretenderá darle mejor aspecto al régimen, buscando integrar al radicalismo, proscripto desde hacía varios años. Esto requería, entre otras cosas, atenuar los aspectos más escandalosos de la situación política e institucional. Ortiz llegará a intervenir la provincia de Buenos Aires, distrito donde las maniobras ante cada acto electoral casi superaban la imaginación humana. Scalabrini comprende que no basta con restablecer la legalidad en los comicios. Terminar con los votos de los muertos no era suficiente para lograr lo que realmente importaba: recuperar la independencia perdida.

Scalabrini sabía que la legalidad comicial traería aparejado el triunfo de los radicales. Pero sabía también que "el radicalismo, el organismo que Yrigoyen había creado en cuarenta años de paciente elaboración, ya no era una vía de expresión para los anhelos del pueblo: era un instrumento más de la oligarquía, es decir, un eco de la voluntad extranjera de sojuzgamiento y expoliación". Esta opinión de Scalabrini con respecto a los sectores dirigentes de la U.C.R. lo distanciará de muchos de sus compañeros de FORJA, firmes todavía en su adhesión al radicalismo.

En 1939 comienza la llamada "segunda guerra mundial". Scalabrini Ortiz y FORJA apoyaron el mantenimiento de la neutralidad argentina. No fueron los únicos. Además del gobierno, criticado por los sectores "cultos y democráticos", lo hicieron los nacionalistas admiradores de Hitler y Mussolini y los comunistas. Los simpatizantes del Eje afirmaban que Alemania e Italia habían superado al capitalismo liberal dentro de sus fronteras y ahora comenzaban a derrotarlo en el plano mundial. Sabiendo que era imposible la entrada de nuestro país en la guerra a favor del bando de sus amores, cooperaban a su modo apoyando la neutralidad. En cuanto a los comunistas, desplegaron sus variados recursos falsamente dialécticos para justificar el salto de la defensa de la neutralidad a su furioso rupturismo en favor de los aliados. En agosto de 1939 se había firmado el pacto de no agresión entre Alemania y Rusia. Como estaba asegurada entonces la paz de la madrecita Rusia, no era necesario intervenir en la guerra, y coincidían en la posición neutralista y en llamar imperialistas a los dos bandos en lucha. Pero en 1941 Hitler decidió invadir Rusia y aquí cambió radicalmente la óptica. Peligraba la Unión Soviética. Esto justificaba cualquier pirueta política. Casi mágicamente Inglaterra y Estados Unidos pasaron de imperialistas a paladines de la democracia. Era preciso que la Argentina cooperara en la guerra entre la barbarie nazi-nipo-fascista y la democracia, denominación común que abarcaba a Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Rusia, etc. Nuestro lugar estaba del lado de los demócratas. Debíamos alinearnos junto a nuestros explotadores porque así lo hacía necesario la defensa del Kremlin. Nuestra tradición diplomática, necesidades y conveniencias carecían mayormente de importancia. Sobre la base de este peculiar punto de partida para una acción política en la Argentina, los teóricos del Partido Comunista oscilaban de un modo un tanto oportunista en sus calificativos. Scalabrini Ortiz era "progresista" en 1940 y un "paracaidista" en 1941, año en que era clarísima su condición de "cínico nazi".

Así estaban las cosas: los "democráticos" exhortando a intervenir en la guerra para defender a Londres y París; los "nacionalistas" a favor de la neutralidad porque así ayudaban a Roma y Berlín; los comunistas ora a favor ora en contra según el último radiograma de la

Unión Soviética. Scalabrini Ortiz y FORJA, en cambio, a favor de la neutralidad con los pies, el cerebro y el corazón puestos en nuestro país. "Es ridículo hablar de morir por la democracia en Europa, cuando no se sabe hacerlo por la democracia en la Argentina". Decía un volante de FORJA: "Frente a la V del cipayo/ y a las tres V del teutón/ la "A" inicial de Argentina/ signo de liberación".

En esa época comenzaron a inventarse conjuras nazifascistas para adueñarse del país. Los cerebros que fabricaban estos planes siniestros seguirían haciéndolo durante varios años, contando a su favor con un afinado coro de cipayos de derecha e izquierda. Por lo pronto, se denunció que los alemanes planeaban apoderarse de la Patagonia. Gran alharaca democrática. Scalabrini salió al paso de los charlatanes y recordó que casi toda la Patagonia estaba en manos inglesas desde hacía muchos años sin que ninguno de los escandalizados hubiera levantado un dedo para impedirlo o alzado la voz para denunciarlo. La fábula germano-patagónica no pudo tomar demasiado vuelo, pero ya surgirían otras.

En 1940 Scalabrini publicó dos libros. Fueron recibidos con un silencio casi absoluto. Los muy escasos comentarios coincidían en calificarlo de sirviente de los nazis. Pero la respuesta más generalizada fue hacer como si las obras no existieran. Es que Scalabrini ya no hacía literatura. Sus escritos tampoco se ocupaban de ficciones o de problemas elevados y abstractos como "la libertad" o "la moral". Por el contrario, trataban sobre cuestiones bien concretas, vinculadas con la libertad y la moralidad reales y situadas. "Alegar en favor de la libertad en abstracto es perder el tiempo, porque es como alegar a favor del apetitoso sabor de la carne de pollo, en que todos estamos de acuerdo. En lo que discordamos es en convenir quien se come el pollo: o vos o yo, o los grandes consorcios extranjeros o el pueblo argentino. That is the question, como decía Hamlet, cuando trataba de intuir a qué gobernante argentino había pertenecido el cráneo hueco que tenía en la mano".

Culminaba ya la "década infame". Habían pasado diez años desde que Scalabrini decidió negarse a ser un cómplice culto de la entregocracia y había comenzado con su labor de escritor político nacional. Como resumen de esta época y de su tarea, sus propias palabras: "De un lado estaban los adictos a la tierra y al hombre consustanciado con ella; del otro, estaban los adictos al capital extranjero y a sus conveniencias".

Con esa nueva linterna de Diógenes, escrutamos los rincones más oscuros de la historia y del conocimiento con que habían imbuido nuestras conciencias. Cometimos muchas injusticias, posiblemente, porque la inercia de la reparación se desprecupaba de la equidad y de la consideración de las circunstancias. Pero el justo término medio es justo y es término medio porque está en el centro de dos extremos y nosotros éramos el extremo desesperado y casi inerte opuesto al extremo y sus servidores. Fue la nuestra una obstinación ardua que debió avanzar en un terreno fragoso entre ardides y trampas que alguien relatará alguna vez para enseñanza de los que vengan. Teníamos en contra, emboscados en todas las encrucijadas de la vida, a las mejores inteligencias del país, a los cerebros más ilustrados, a los apellidos más distinguidos, a los hombres más adinerados y a los dirigentes de los partidos que se decían intérpretes de los sentimientos y de las vocaciones populares. Todas las publicaciones tradicionales nos vedaron el acceso. Todas las instituciones establecidas negaron el acogimiento a nuestras investigaciones. No hubo mote ni calumnia que no se nos endilgara para desprestigiar nuestras personas e impedir que nuestras ideas y nuestros conocimientos se infundieran en las masas argentinas. Fuimos nazis, anarquistas, comunistas, agentes del oro yanqui, del oro alemán, del oro ruso y hasta del oro inglés. Después nos cubrieron con el silencio y creyeron que ésa era una mortaja suficiente y definitiva". No lo fue.

LOS AÑOS DE GOBIERNO PERONISTA

En la tarde del 4 de junio de 1943 iba a proclamarse la fórmula Patrón Costas-Iriondo, en vista de la próxima

renovación presidencial. Horas antes se produjo el golpe de estado que desalojó del gobierno a Ramón Castillo. Era una alteración en "aquella oscura selva de traiciones y de intereses combinados". Terminaban "años de extenso sufrir para los patriotas, en que las entregas y las renunciaciones se sucedían con mayor velocidad que el transcurso de los años".

Scalabrini Ortiz contempló con reserva y escepticismo la irrupción del Ejército en la vida política. Varios factores se aunaron para ello. Por una parte, el cansancio personal acumulado durante años de un trajín aparentemente infructuoso. Artículos, conferencias, folletos, libros, un período de corta vida, la colaboración y militancia en FORJA se habían sucedido sin que los resultados visibles hicieran sospechar que se invirtiera el curso de los hechos. Por otra, el carácter cerradamente militar del movimiento armado no posibilitaba el conocimiento exacto de las intenciones de los revolucionarios. Eran muy pocos los civiles conectados con los cabecillas de la revolución juniana y Scalabrini Ortiz no se contaba entre ellos. Algunos indicios afirmaron sus recelos sobre la orientación que tendría el flamante gobierno. El gabinete nombrado por Rawson tiene una mínima actuación y en la reorganización ministerial realizada por Ramírez, sucesor de Rawson como presidente, se filtran figuras claramente identificadas con el régimen anterior. Además, el 2 de septiembre se decreta un homenaje a la revolución del 6 de septiembre de 1930 y en los considerandos se juzga un "deber del gobierno conmemorar el sacrificio generoso de los caídos en aquella jornada histórica y honrar la memoria de su prestigioso jefe, el Teniente General José F. Uriburu, que encabezaba el movimiento libertador".

Esta y otras medidas se explican por las posiciones contradictorias de los distintos sectores militares, que coincidían en la necesidad de terminar con el régimen pero tenían divergencias en cuanto al rumbo por tomar luego de asumir el mando, rumbo que se irá clarificando a medida que el GOU logre la hegemonía dentro del gobierno y el coronel Perón dentro del GOU.

El ascenso del coronel Perón no pasó inadvertido para Scalabrini, así como el sentido y orientación de este ascenso. Scalabrini se interesará por la prédica de este coronel que escucha a los obreros, atiende sus reclamos, parece dispuesto a modificar realmente la situación de los trabajadores argentinos. Al contemplar con simpatía la creciente importancia que el Secretario de Trabajo y Previsión va adquiriendo dentro del elenco gubernamental, se da una previsible diferencia con los nacionalistas germanófilos que acompañan a los militares en un principio y los abandonan a medida que toma mayor envergadura la figura de Perón. Una frase de Scalabrini es la mejor explicación de su aprecio por Perón: "quienes primero abrirán las sendas de los hechos nuevos serán los humildes, los desmunidos, los trabajadores". Es enorme la distancia entre esta certeza acerca del valor de los humildes y la concepción aristocrática de los nacionalistas por entonces preocupados por adecentar las letras tangueras y repartir escapularios entre los escolares.

En varios de los escritos de Scalabrini hay reflexiones explícitas sobre la defensa nacional. En ellos denuncia repetidamente la falacia liberal de limitarla al cuidado de las fronteras geográficas del país. El 10 de junio de 1944, como Ministro Interino de Guerra, Perón inaugura la Cátedra de Defensa Nacional con una conferencia: "Significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar". En ella muestra una clara idea sobre la importancia de la industria y la urgencia de apoyar la constitución de un sector industrial fuerte: "referido el problema industrial al caso particular de nuestro país, podemos expresar que él constituye el punto crítico de nuestra defensa nacional... La defensa nacional exige una poderosa industria propia y no cualquiera, sino una industria pesada" 3, afirma Perón. Entre los asistentes a la conferencia se halla Scalabrini Ortiz, que charlará brevemente con Perón luego de terminada,

3 Puede leerse todo el discurso en "Diálogo entre Perón y las Fuerzas Armadas", Centro de Documentación Justicialista, Buenos Aires, 1973.

haciéndole llegar sus opiniones sobre la nacionalización de los ferrocarriles.

Pasaron los meses y el coronel Perón aumentaba en importancia. El apoyo de los trabajadores a su persona era cada vez mayor. Sobrevino entonces el golpe de mano de Campo de Mayo, obligándolo a renunciar a sus cargos para luego enviarlo a Martín García. Tras difíciles gestiones, Perón fue traído nuevamente a Buenos Aires e internado en el Hospital Militar. Mientras ello sucedía dentro de las esferas militar y política, se iba prefigurando en el campo popular un movimiento de apoyo hacia quien ya era un amigo. Como un maravillosa manera de desbaratar los planes del imperialismo y la oligarquía, los trabajadores llegarán a Plaza de Mayo a exigir la libertad y la presencia de su líder. "Frente a mis ojos desfilaban rostros, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas cubiertas de pringues, de restos de breas, grasas y aceites. Llegaban cantando y vociferando, unidos en la impetración de un solo nombre: Perón... El descendiente de meridionales europeos iba junto al rubio de trazos nórdicos y al trigueño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún... Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López, de las fundiciones y acerías del Riachuelo, de las hilanderías de Barracas. Brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de las Lomas de Zamora. Hermanados en el mismo grito y en la misma fe iban el peón de campo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, mecánico de automóviles, la hilandería y el peón".

Scalabrini supo, con gusto, que la multitudinaria manifestación popular del 17 de octubre significaba un cambio decisivo en la historia argentina. Comprendió también que ese cambio tenía sus raíces en lo mejor del pasado del país: "Yo sabía que venían de más lejos, de mucho más lejos, venían del fondo de la historia argentina, venían a vindicar a los hermanos criollos que habían caído doblegados por la prepotencia desdenosa del capital extranjero y de la oligarquía latifundista". "Aquellos muchedumbres que salvaron a Perón del cautiverio y que al día siguiente paralizaron el país en su homenaje, eran las mismas multitudes que asistieron recogidas por el dolor al entierro de Hipólito Yrigoyen, las mismas que lo acogieron con el alborozo de un mesías aquel memorable 12 de octubre de 1916 en que el pueblo argentino comenzó a reconocerse a sí mismo. Son las mismas multitudes armadas de un poderoso instinto de orientación política e histórica que desde 1810 obran inspiradas por los más nobles ideales cuando confían en el conductor que las guía".

El pueblo trabajador en la calle, presionando para hacer valer sus conquistas, abriendo paso a otras más importantes, causó un rencoroso desagrado a los políticos profesionales, a los que se creían portavoces de los obreros, a los frecuentadores de las etéreas musas. Unos y otros cayeron en un profundo desconcierto. Lo sucedido no estaba previsto en los libros que contenían toda la ciencia. Por lo tanto, era irracional, incomprensible, inexplicable. Mejor dicho, la explicación radicaba en la demagogia de ese sonriente coronel capaz de despertar los más dormidos instintos de las masas incultas. Por ello, oligarcas y atragantados con la ciencia coincidieron en atribuir asistencia perfecta en la gesta popular a los ladrones y a las prostitutas. Todo ello mientras persistía en sus rostros la mueca de desagrado surgida en tanto la ciudad era recorrida por los que vivaban a Perón.

Para comprender el sentido del 17 de octubre, para compartir las aspiraciones populares que lo fundamentaban, era preciso contar con ojos nacionales y populares. Scalabrini los tenía. También sus antiguos compañeros de FORJA, que saludarán el nacimiento del peronismo y se integrarán en él. "El nombre del coronel Perón era el conjuro que había realizado el milagro. Contra todos los consejos de la inteligencia y de la experiencia, al margen de los caminos trillados de la política, el coronel Perón había sembrado una convicción directa en la masa del pueblo. Durante mucho tiempo,

los trabajadores recibieron los dones con el recelo del hombre escarmentado en el desengaño. Sus concesiones son habilidad de su ambición, decían los enemigos, sin agregar que la ambición podía cumplirse más fácilmente, como se había cumplido, por el halago al poderoso y no al desnudo de todo. Fue indispensable que el coronel Perón cayera para que se estableciera el mutuo intercambio de confianza."

Scalabrini Ortiz colaboró, como periodista, en la campaña presidencial de Perón. "Los pueblos habían comprendido que la revolución se haría con Perón o no se haría. El era la rebelión contra la doble opresión interior y exterior, contra la tiranía de la finanza y del título de propiedad y del colonialismo primitivista." El 24 de febrero de 1946 todos los partidos políticos tradicionales sufrieron, en las personas de sus candidatos, una derrota por ellos impensada. El candidato triunfante había dicho en la campaña previa: "nosotros representamos la auténtica democracia, la que se asienta sobre la voluntad de la mayoría y sobre el derecho de todas las familias a una vida decorosa, la que tiende a evitar el espectáculo de la miseria en medio de la abundancia, la que quiere impedir que millones de seres perezcan de hambre mientras que centenares de hombres derrochan estúpidamente su plata. Si esto es demagogia, sintámonos orgullosos de ser demagogos y arrojémosles al rostro la condenación de su hipocresía, de su egoísmo, de su falta de sentido humano y de su afán lucrativo que va desangrando la vida de la nación". (Discurso del 12 de febrero de 1946.)

Luego de la asunción del mando por el general Perón, Scalabrini se lanzó apasionadamente a una campaña en favor de la nacionalización de los ferrocarriles. "El 31 de diciembre del año siguiente cesaba la vigencia de la ley Mitre que eximía a los ferrocarriles del pago de todo impuesto, no las concesiones que, sin excepción, lo eran a perpetuidad. Yo inicié una campaña nacionalizadora y de prevención contra el peligro de la sociedad mixta que los británicos querían formar con los Ferrocarriles del Estado, campaña de conferencias, volantes y folletos que fue rigurosamente proscripta de todos los diarios argentinos." Finalmente se concretó la compra de los ferrocarriles, equivalente a "adquirir soberanía", fórmula en la que Scalabrini sintetizaba una operación que merecía críticas porque se consideraba un "mal negocio". Estas eran críticas a las que Scalabrini no brindaba mayor atención. No sólo porque estaban equivocadas al calificar la compra como un mal negocio sino, fundamentalmente, porque no era una cuestión para mirarla con la malintencionada mezquindad con que lo hicieron casi todos los críticos.

Llegó por fin el 1º de marzo de 1948. Ese día se tomó posesión formal de los ferrocarriles. Scalabrini concurrió acompañado por dos amigos que habían tomado parte en la lucha a favor de la nacionalización. "Estábamos entre la muchedumbre. Eramos tres gotas de agua en el mar de un millón de ciudadanos. Cuando el silbato de La Porteña anunció que volvía a ser argentina y se abría un mundo de inmensas posibilidades, como tres niños, esos tres hombres valientes y decididos se tomaron de la mano, sin mirarse. Tenían mutua vergüenza de mostrar sus ojos inundados de lágrimas."

El 11 de marzo de 1949 se concretó la reforma de la Constitución de 1853 y la sanción, en su reemplazo, de la Constitución Justicialista. Scalabrini sostenía que la Constitución de 1853 "aun en sus cláusulas aparentemente no económicas, está al servicio integral de las conveniencias del capital extranjero". La libertad indiscriminada que el texto constitucional otorgaba a los propietarios y a los capitalistas le parecía antecedente de "la entrega de la economía del país al extranjero para que éste lo organizara de acuerdo a su técnica y conveniencia. Y el extranjero organizó el país de tal manera que en adelante los frutos de la riqueza natural y del trabajo argentino fueron creando, no prosperidad individual ni solidez y fortaleza nacional, sino capital extranjero invertido en la Argentina". Por ello, apoyó la idea de reformar la constitución. Remarcó la necesidad de legislar en defensa de los sectores desprotegidos: "No olvidemos que aquello que no se legisla explícita

y taxativamente a favor del débil, queda legislado implícitamente a favor del poderoso. No es el poderoso quien necesita amparo legal. El tiene su ley en su propia fuerza. De esta diferencia de apreciaciones prácticas se olvidaron aquellos constituyentes de 1853 que equipararon en una igualdad virtual los derechos del hombre y los derechos del capital, olvido que dio origen a una sociedad deshumanizada en que hemos vivido hasta hoy." Decía también: "Durante un siglo nuestra sociedad estuvo en servidumbre del capital y de la propiedad, privilegiados aquí con prerrogativas que jamás tuvieron en país ninguno del mundo. Constituyamos una sociedad organizada en base al respeto del hombre, de sus trabajos y de sus sueños."

La Constitución Justicialista reconocía en el artículo 37 los derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad, a la educación y la cultura. El artículo 38 comenzaba: "La propiedad privada tiene una función social." y el 39: "El capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objeto el bienestar social." El artículo 40 contemplaba la intervención del Estado en la economía, establecía que "los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación" y "los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado". El artículo 78 permitía la reelección presidencial. La oposición en la convención criticó la reforma argumentando que su propósito fundamental era la sanción del artículo 78.

Scalabrini Ortiz, que había recibido ofrecimientos de cargos oficiales, se fue alejando progresivamente de la actuación pública. Llegó a sentirse perseguido por el equipo gubernativo. Escribió años más tarde: "A pesar de haber contribuido con todos mis medios al triunfo del general Perón en febrero de 1946, yo fui en el transcurso de su gobierno un verdadero perseguido. No tuve una sola tribuna donde exponer mis ideas durante casi diez años. En las esferas del gobierno del general Perón mi nombre llegó a ser temido casi como una mala palabra. Ignoro y no me interesó nunca averiguar si esa excomuniación se debía a chismes y calumnias o si mi particular modo de enfocar los asuntos sin cortapisas perturbaba las maniobras que el gobierno debía realizar para levantar al país del lodazal colonial en que estaba hundido."

En lo que respecta a su negativa a ser funcionario, quizá la razón principal haya sido su creencia de no servir para desempeñar tareas oficiales. Sabía que para ello era preciso una paciencia y un tipo especial de disciplina de las que creía carecer. "Toda lucha termina por imponer sus características al combatiente que toma parte en ella. Mi generación consumía sus energías en el análisis y en la denuncia incansable y audaz de las corrosiones que enervaban el impulso argentino y olvidaba que la ejecución tiene una técnica y un modo operativo diferentes. Del punto de vista de la ejecución, continuábamos siendo tan ingenuos como antes de haber esclarecido nuestra conciencia por la obra común. Frente a poderes ensobrecidos, despiadados y astutos, actuábamos con la franqueza y el candor de un niño. Pero la roturación y la siembra de un campo es tarea que requiere una maquinaria y un esfuerzo distinto del necesario para cosechar."

En cuanto al paulatino distanciamiento entre el gobierno y Scalabrini, tuvieron sin duda importancia decisiva algunas animosidades personales con miembros de la administración peronista. Por eso se volverá "un espectador apasionado de la obra de gobierno del general Perón, un espectador que, mezclado entre la muchedumbre, aplaudía los aciertos y lamentaba los errores". Reparemos en esto. Scalabrini se vuelve un espectador, no un opositor. Porque a pesar de sentirse marcado, con razón o sin ella, jamás dio armas a los enemigos del gobierno popular. Aun viendo los errores cometidos, sabía que "no se trata de optar entre el general Perón y el arcángel San Miguel. Se trata de optar entre el general Perón y Federico Pinedo. Todo lo que socava a Perón fortifica a Pinedo, en cuanto él simboliza un régimen político y económico de oprobio, y un modo

de pensar ajeno y opuesto al pensamiento vivo del país".

La figura del conductor de la revolución nacional seguía teniendo la misma calidad para Scalabrini: "hombre dotado de extraordinarias aptitudes y facultades es este Juan Domingo Perón con que el Destino dotó a nuestra patria en momento tan excepcional. Cuesta trabajo imaginarlo como producto de una educación que se caracteriza, y debe caracterizarse, por su rigidez de modos, su inflexibilidad de acción y la precisión casi matemática o automática de sus movimientos personales. Y sin embargo allí está, en toda la complejidad de un ser vivo, jugando a las esquinillas con los poderes más encarnizados de la tierra, tirando y aflojando cuando la cuerda se pone amenazadoramente cimbreada. Allí está, actuando con la soltura política que de común sólo da el ejercicio continuado, olvidado del acero que sólo sabe tajar y dividir en dos, blandiendo como arma la palabra que parte y reúne simultáneamente para volver a dividir y reunir de nuevo si es necesario. Allí está, jugando a las escondidas con los capitalistas extranjeros y los capitalistas locales, los latifundistas y los especuladores, mientras lleva a cuestras con la gracia del sin esfuerzo, la emoción agradecida de las grandes masas proletarias y el destino histórico de los argentinos."

Las dificultades personales no volcaban a Scalabrini hacia el purismo abstracto desde el cual se lo criticaba a Perón desde la izquierda profesoral, experta en ubicar citas librescas y en extraviarse en los problemas reales. "Entre la concepción o la enunciación de una idea y su realización media un mundo de dificultades más difíciles de concebir que la idea misma... La realización exige una posición mental distinta de la enunciación... La lucha por la libertad económica carece de perfiles épicos. Es una lucha sorda, que se desarrolla en la penumbra de las antenas y de las conciencias, en que uno de los contendores no ahorra artimañas, ni se detiene por escrúpulos."

Luego de la sedición de septiembre de 1955, Scalabrini realizó un balance de los diez años del gobierno peronista: "El 17 de octubre de 1945 la incontrarrestable presencia del pueblo demostró que el jefe magnético había sido encontrado. Bajo su dirección el país trabajó durante diez años. Transformó su organización financiera, repatriando la deuda externa y permitiendo la formación de capitales nacionales. Transformó su economía, diversificando los cultivos, estimulando la minería, apoyando decididamente la industria. Transformó su política interna, dando acceso a los trabajadores agremiados y procurando que reflejara en sus planificaciones las necesidades del país. Transformó su estructura social con la formación de nuevas clases pudientes que no extraían sus provechos del campo. Transformó su jerarquía económica al descalificar al especulador y enaltecer a los creadores. Transformó la enseñanza superior con el alejamiento de servidores del capital extranjero y la desautorización de sus espurias doctrinas. Transformó al ejército, y al darle un sentido de realidad y de responsabilidad verdaderamente nacional, unió su destino al destino de la Nación, de cuyo poderío industrial, financiero y económico es un reflejo. Transformó las costumbres al extender a las clases trabajadoras hábitos y recreos que habían estado reservados para los pudientes. Había un pequeño horizonte para cada esperanza. La crisálida había comenzado a romper su capullo y desplegaba sus alas. Quizás hay más diferencia entre la Argentina anterior y posterior a Perón, que entre la Francia anterior y posterior a la Revolución Francesa. Y aquí no se guillotina a nadie, aunque muchos opositores —de zafaduría calculada para provocar medidas que pudieran luego ser calificadas de dictatoriales— por incomprensivos merecieron haber sido convertidos en salchichas."

LOS ULTIMOS AÑOS: LA REVOLUCION FUSILADORA Y FRONDIZI

Luego del golpe que derrocó al gobierno popular del general Perón, numerosos ex-ocupantes de sillones ofi-

(Continúa en la pág. 80)

Cronología de

Raúl Scalabrini Ortiz

“Nuestra liberación será obra de nuestra constancia, de nuestra fe y de nuestro valor. Saber que se está construyendo una patria es un estímulo bien grande para nuestras pequeñas vidas. Mas no olvidemos que toda obra grande es producto de la acción, no de la meditación ni de la esperanza.”

- 1898**
Nace en Corrientes, el 14 de febrero. Hijo de Pedro Scalabrini y de Ernestina Ortiz.
- 1902**
La familia se radica en la ciudad de Buenos Aires.
- 1916**
Por primera vez, los argentinos votan en elecciones nacionales en que se disputa la presidencia de la nación con la vigencia de la Ley Sáenz Peña. Scalabrini Ortiz tenía 18 años y en sus bolsillos “la flamante libreta de enrolamiento”. Era de prever que votara por un candidato “serio” y en cambio “bajo la presión de ese instinto profundo que está formando entre todos los verdaderos argentinos ese extraño parentesco político en que todos nos reconocemos, voté por Yrigoyen”.
- 1919**
Se recibe de agrimensor. Había comenzado estudios de ingeniería que nunca terminó.
- 1921**
Obtiene el primer puesto (categoría liviano) en el Campeonato Nacional de Box de Aficionados. En el mismo año abandona la práctica del boxeo.
- 1922**
En las elecciones presidenciales triunfa la fórmula Marcelo T. de Alvear-Elpidio González. Durante este año y el siguiente Scalabrini Ortiz realiza trabajos de mensura.
- 1923**
Su primera publicación periodística, en “La Nación”. Se edita “La Manga”, libro de cuentos escritos entre 1918 y 1921.
- 1924**
Viaja en septiembre a Europa, de donde regresa cuatro meses después. “En Europa se produjo el mágico trueque de escalafones, del que aún me sorprende. Fue un inusitado cambio de niveles, algo así como un sifón que se colma y de pronto vacía el recipiente que iba llenando. El pasado se reincorporaba en mi espíritu con apuros de reconsideración. Comprendí que nosotros éramos más fértiles y posibles.”
- 1926/8**
Colabora con diarios y revistas. Con Adolfo de Obieta emprende la tarea de ordenar los escritos de Macedonio Fernández que se publican con el título “No toda es vigilia la de los ojos abiertos”, cuyo prólogo escribe Scalabrini. En las elecciones del 1º de abril de 1928 es elegido Yrigoyen como presidente, duplicando los votos del candidato opositor más cercano.
- 1930**
El 6 de septiembre es derrocado Yrigoyen. Scalabrini Ortiz coopera con los sublevados, aunque no estrechamente.
- 1931**
Se publica, en octubre, “El hombre que está solo y espera”. En poco más de un año aparecerán cinco ediciones. “Este libro, que compendia los sentimientos que yo he soñado y proferido durante muchos años en las redacciones, cafés y calles de Buenos Aires,

fue vivido durante los treinta y tres años del autor y escrito en un mes, septiembre de 1931.” En noviembre, en elecciones fraudulentas, son elegidos Agustín P. Justo y Julio A. Roca (h.) como presidente y vicepresidente de la Nación.

1933

En mayo se firma en Londres el tratado Roca-Runciman. Scalabrini se aplicará a su estudio y descubrirá los alcances de la política colonial. En julio muere Hipólito Yrigoyen. “No obstante la campaña de descrédito, a pesar de la cárcel donde se lo encerró durante dos años y de que murió bajo gobiernos enemigos, cercado por una celosa custodia policial, un millón de argentinos lo llevó a la tumba con ese dolor de pueblo que ha perdido a un amigo”. En diciembre, interviene en el intento revolucionario comandado por el coronel Bosch. “Era una revolución sustancialmente radical pero en la que por primera vez se planteaban los temas de reivindicación y de liberación económica.”

1934

Por su papel en el derrotado golpe de diciembre, es apresado y conducido a Martín García. El 23 de enero se casa con Mercedes Comaleras “que me ayudó a tener cinco hijos, catorce libros y folletos, una esperanza en cada derrota y que, espero, me ayudará a morir sin más espanto que el constante asombro de no saber por qué viví.” Obligado a exiliarse, viaja nuevamente a Europa. Regresa apenas se lo permite la situación, pocos meses después.

1935

En enero se levanta la abstención electoral del radicalismo, declarada en 1931. De aquí en más, bajo la conducción de Alvear, el radicalismo será una oposición amable y mundana, otorgándole al régimen un barniz de democracia. Inmediatamente, se sanciona en las Cámaras un conjunto de leyes que forman lo que Lauretche llamó “estatuto legal del colonaje”. En junio se constituye FORJA. “Somos una Argentina Colonial: queremos ser una Argentina Libre.” Scalabrini Ortiz escribe en el periódico “Señales”. En septiembre pronuncia su primera conferencia en FORJA. “Nuestra liberación será obra de nuestra constancia, de nuestra fe y de nuestro valor. Saber que se está construyendo una patria en un estímulo bien grande para nuestras pequeñas vidas. Mas no olvidemos que toda obra grande es producto de la acción, no de la meditación ni de la esperanza. La propiedad y la libertad se conquistan.”

1936

En agosto se retira de “Señales”. Publica en septiembre “Política Británica en el Río de la Plata” (Cuadernos de FORJA, n° 1).

1937

Se publica el folleto “Los ferrocarriles, factor primordial de la independencia nacional”. En septiembre, en comicios escandalosos, triunfa la fórmula Ortiz-Castillo.

1938

Se publica “Petróleo e Imperialismo” (Cuadernos de FORJA, n° 4), escrito por Scalabrini Ortiz y Luis Dellepiane.

1939

Scalabrini Ortiz emprende una corta pero importante empresa. Funda y dirige el diario “Reconquista”, que se publica entre noviembre y diciembre. La política de neutralidad que impulsa desde sus páginas (recién comenzada la guerra 1939-1945) se entroncaba con la de Yrigoyen. Será acusado por los “democráticos” de agente nazi-fascista.

1940

Publica “Política Británica en el Río de la Plata” (libro en el que reúne diversos trabajos) e “Historia de los ferrocarriles argentinos” (Tomo I°).

Se modifica el estatuto de FORJA. Ya no será necesario ser radical para ingresar. Scalabrini Ortiz, que rescatara a Yrigoyen pero ya no tenía esperanzas en el radicalismo, presenta su solicitud de afiliación después de colaborar cinco años sin ser formalmente forjista.

1942

Publica en agosto “La gota de agua” (Folleto de política internacional). En octubre renuncia a los cargos que desempeña en FORJA.

1943

Renuncia a su afiliación a FORJA. El 4 de junio es derrocado el gobierno encabezado por Castillo. En octubre, el coronel Perón se hace cargo del Departamento Nacional del Trabajo y lo convierte, poco después, en la Secretaría de Trabajo y Previsión.

1945

Scalabrini Ortiz participa de la gesta del 17 de octubre, “que nos abrió las compuertas de una esperanza”. “Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba... Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años, estaba allí presente, corpóreo, tenso”. En diciembre se autodisuelve FORJA.

1946

En las elecciones de febrero triunfan Perón-Quirano. Scalabrini Ortiz, como periodista, había apoyado la campaña popular. Publica “Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino”, “Defendamos los ferrocarriles de Estado” y “Tierra sin nada, tierra de profetas (devociones para el hombre argentino)”.

1948

El 1º de marzo se toma posesión formal de los ferrocarriles. “Cuando la vieja campana de “La Porteña” —que fue propiedad de la provincia de Buenos Aires, constructora de nuestro primer ferrocarril, miserablemente enajenado en 1890— anunció con su tañido que volvía a ser argentina, mis pobres ojos de anónimo ciudadano, perdido entre un millón de ciudadanos tan emocionados como yo, regaron con sus lágrimas ese pedazo del suelo natal que se llama Retiro, donde 142 años antes la juventud argentina había iniciado también la reconquista y derrota del extranjero invasor.”

1949

El 11 de marzo es sancionada la Constitución Justicialista.

1950

Se aleja de la actividad política. Como dirá años más tarde, se vuelve un espectador.

1951

Es reelecto el General Perón.

1955

En septiembre se produce la autodenominada “Revolución Libertadora”. Scalabrini Ortiz vuelve a la pelea. Desde octubre colabora en “El Líder”, “cuya voz resonaba con timbres argentinos en el pantano en que croan las ranas asfariadas”. “Mis notas iban directamente encaminadas a desenmascarar a los verdaderos promotores y a los verdaderos beneficiarios de las medidas que se adoptan.” Se retira cuando el diario, propiedad de la CGT, cae también bajo la intervención.

1956

Colabora con “De Frente”, poco antes de su clausura. A partir de julio, escribe en “Qué”.

1958

En febrero resultan elegidos Frondizi-Gómez. Scalabrini Ortiz asume en junio la dirección de “Qué”. En julio se lanza “la batalla del petróleo”. En agosto Scalabrini renuncia a la dirección de “Qué”.

1959

Muere el 30 de mayo.

ciales olvidaron su condición de peronistas y rescataron de algún lugar de su memoria convicciones democráticas aptas para colaborar con el nuevo gobierno o por lo menos para no ser un estorbo (o que no los estorbaran). Otros adujeron haber sido engañados y obtuvieron la absolución. No faltó quien abominara públicamente del general Perón haciéndole gravísimas acusaciones que hallaban un lugar de privilegio en los grandes diarios. Scalabrini Ortiz, por el contrario, fue uno de los que afrontaron la patriótica tarea de denunciar los sucesivos pasos que daba el gobierno de facto en su intento de reacomodamiento del país dentro de los planes imperialistas.

No era sencillo. Sus trabajos periodísticos "fueron escritos en circunstancias especialmente angustiosas y precarias. Las publicaciones que las insertaban iban siendo sucesivamente clausuradas. Los periodistas desaparecían detenidos a 'disposición del ejecutivo' o huían al extranjero a tiempo. La arbitrariedad más absoluta era la única norma gubernamental. El poder público no tenía otra restricción que su deseo de aparecer ante el extranjero como un gobierno 'democrático'. Por otra parte, bandas de delincuentes recorrían de noche la ciudad para violar domicilios y detener a las personas por cuenta propia". En esos momentos, hombres como Scalabrini Ortiz demostraron su calidad de cabales militantes del movimiento nacional, dispuestos a hacerse presentes en las instancias difíciles, las mismas que tenían la virtud de generar un alto número de desapariciones tácticas.

Cotidianamente, durante los tres años que le permitió su salud, este hombre de 57 años volvió a descifrar pacientemente discursos, decretos, resoluciones, editoriales y todo tipo de manifestación en que se trataba de disimular la voluntad entreguista de los sediciosos con argumentos falaces. Enfrentó la fenomenal campaña dirigida a disminuir o desnaturalizar los logros del gobierno peronista, campaña avalada por los diarios consecuentemente enrolados en el campo antipopular. "El periodismo comercial está efectuando una demostración demasiado evidente, de la que alguna vez se arrepentirá, de su falta de connaturalización con las esencias que atañen a la subsistencia de una nación independiente. La Nación y La Prensa compiten con los diarios de la cadena oficial en la insistencia y prolijidad de la campaña que tiende por una parte a socavar los elementos ideológicos de la resistencia nacional y a presentar simultáneamente, por otra, al capital extranjero como una bendición cuyas virtudes estamos rechazando por un recelo de infantil ignorancia de los beneficios que podríamos deducir de su abundante empleo."

Uno de los errores más nefastos de la "segunda tiranía" era haber ignorado que nuestro progreso como nación requería imprescindiblemente la ayuda de los capitales ingleses o norteamericanos, sin los cuales nos condenábamos al atraso eterno. "Toda desconfianza ante la munificencia sin obligaciones de ofertas extranjeras. Toda tentativa de encerrar las posibilidades del porvenir dentro de un cerco aritmético de números objetivos. Toda justa prevención extraída de la dolorosa experiencia que la Argentina ha corrido en más de un siglo bajo el sojuzgamiento del capital extranjero, son actitudes que se descalifican como expresiones de un extemporáneo nacionalismo al que se le adosan los más variados epítetos: exagerado, totalitario, exótico..."

Decididos los gobernantes a contar con un diagnóstico inapelable de la situación económica, solicitaron el concurso del contador Prebisch, a la sazón fuera del país por razones de trabajo. Los antecedentes de este economista lo volvían particularmente apreciable para los servidores del capital extranjero. Había formado parte de la comitiva que acompañó a Julio A. Roca a Londres en 1933. Había sido gerente del Banco Central en la década infame, un puesto que no era ofrecido precisamente a los que ponían en primer lugar los intereses de la patria. Raúl Prebisch descubrió, tras escaso tiempo de estudio, que el país atravesaba por "la crisis más aguda de su desarrollo económico; más que aquella que el presidente Avellaneda hubo de con-

jurar ahorrando sobre el hambre y la sed, y más que la del 90 y que la de hace un cuarto de siglo, en plena depresión mundial. El país se encontraba en aquellos tiempos con fuerzas productivas intactas. No es éste el caso de hoy: están seriamente comprometidos los factores dinámicos de su economía" (Informe Prebisch).

Comentará Scalabrini: "Bien pudo el doctor Prebisch proyectarse hacia el porvenir y asegurar que la crisis tan originalmente descubierta por él es 'más aguda que todas las crisis que puedan sobrevenir en el futuro'. En resumen: la crisis del doctor Prebisch es la crisis óptima, la mejor crisis del mundo, la crisis perfecta, la que nadie podrá superar ni demostrar, porque sólo existe en la imaginación del doctor Prebisch y en los tenebrosos propósitos de quienes la utilizarán como pretexto para dismantelar el país y sumirlo en la verdadera y permanente crisis económica y espiritual que caracteriza a toda factoría. Establecer la 'crisis' era la premisa fundamental, el ineludible punto de partida del 'informe', porque si no hay crisis no hay argumento valedero para justificar medidas que no resisten el menor análisis, como la desvalorización de la moneda a menos de la mitad de su valor y la liquidación del I.A.P.I. en que durante años soñaron Bunge y Born y sus acólitos, y menos aún para aconsejar la contratación de empréstitos extranjeros e insinuar la conveniencia de estructurar sociedades mixtas con los transportes y otras cosas más."

Precisamente de ello se trataba. El catastrófico estado de la economía argentina inventado por Prebisch requería remedios heroicos. Azarosamente, los remedios eran los mismos usados veinte años atrás. Por eso reaparecían los personajes que Scalabrini conocía perfectamente: "¡Los mismos cadistas, los mismos ferroviarios, los mismos coordinadores! ¡Pero si es de no creerlo! ¿No estaremos todavía en 1937 y todo lo demás ha sido un cuento?" Con la finalidad de aconsejar estos remedios, en el "Informe Prebisch" se utilizaba una particular técnica aritmética lindante con la adivinación. "El caso es que el doctor Prebisch es un economista muy particular que baraja muy pocos números, con el agravante de que los pocos números que emplea los utiliza recién después de someterlos a un tratamiento previo de adulteración, para que demuestren lo que a él le conviene demostrar en un momento dado."

Tomando como base al informe mencionado, se estructuró un plan "cuyas recomendaciones habrían sido descabelladas si no hubieran estado tan certeramente estudiadas para desgarnecer la economía nacional", cuyos elementos más importantes serán atacados por totalitarios, entorpecedores o deficitarios. En esto coincidirán los sucesivos ministros de la fusiladora: "Llegan de la oscuridad indiscernible en que actúan los doctores en ciencias económicas en la trastienda de las grandes empresas —en que son asesores de réditos, contadores, sindicatos—, brillan un momento en el firmamento de la administración pública, refulgen con el resplandor de la propaganda periodística, cumplen con la función para la que fueron nombrados y vuelven a desaparecer en la noche insondable de los negocios privados. Mientras ejercen el ministerio parecen seres excepcionales. Opinan sobre los más engorrosos problemas con una desenvoltura que pasma e imponen soluciones que contrarían la rutina burocrática con una seguridad dogmática. Al llegar al cargo, eran ideológica, política y administrativamente irresponsables. Continúan siéndolo después de irse. Los males que causan sus errores los sufre el país. Ellos están más allá del bien y del mal, ubicados en el bote salvavidas de las empresas extranjeras."

Ministros, funcionarios y expertos varios, periodistas despistados e industriales democráticos achacaban vicios de toda índole a las empresas estatales. Previsiblemente, le tocó el turno a los ferrocarriles, paradigma de la incapacidad del estado como empresario: "Se quiere ahora minisculizar la trascendencia de la nacionalización de los ferrocarriles y presentarla como consecuencia de un gigantesco negociado en que los financieristas criollos se habrían burlado de los inocentes propietarios británicos... Esa simultánea e idéntica alharaca demuestra que ella tiene un origen común y un propósito bien definido: desacreditar ante el público

aquel acto del 1° de marzo de 1948 que el país entero contempló con emoción. Es un indicio más que se exhibe en el desarrollo de un plan que se va cumpliendo por etapas sucesivas y que si lo dejamos desenvolverse terminará quitándonos y transfiriéndonos al extranjero los elementos esenciales de nuestra economía. Con el pretexto de que hay un déficit en el balance de pagos que es aún necesario hacer examinar por peritos expertos que estén indudablemente al servicio de la Nación, se nos quiere birlar la propiedad de lo que legítimamente adquirió el país."

La constitución de 1949 fue derogada mediante un decreto. Al parecer, el artículo que volvía totalitaria a la constitución era el que contemplaba la reelección presidencial. Scalabrini no cayó en la trampa: "Se arguye que la Constitución Argentina no es democrática ni republicana porque permite la reelección del presidente y se hace caso omiso que la Constitución norteamericana, de donde está copiada la nuestra en su mayor parte, también acepta la reelección de los presidentes. Pero la alharaca que se alza en torno a la reelección es una coartada de disimulo. Allí no están los huevos del tero. Es sabido que el tero chilla en un lugar distante del nido para distraer y alejar a los que buscan sus huevos. Los huevos del tero están en el artículo 40 de la Constitución Argentina. Es el artículo 40 el que se quiere eliminar, no el que se refiere a la reelección de presidente. ¿Qué apuro habría para modificar un artículo que recién tendría aplicación dentro de siete u ocho años? Se dice que antes de llamar a elección será indispensable rehacer los padrones, operación que consumirá, por lo menos, dos años... Pero el artículo 40 sí es un obstáculo, una verdadera muralla que nos defiende de los avances extranjeros y está entorpeciendo y retardando el planeado avasallamiento y enfudamiento de la economía argentina. Mientras esté vigente el artículo 40, no podrán constituirse las sociedades mixtas, porque todo lo que se urde estará incurablemente afectado de inconstitucionalidad. Ni los transportes, ni la electricidad, ni el petróleo podrán enajenarse ni subordinarse al interés privado, con que se enmascara el interés extranjero, mientras permanezca en pie el artículo 40 de la Constitución Nacional. La orquesta de la traición no lo cita, siquiera, al artículo 40. No se refiere a él para nada. Ni siquiera simula menospreciarlo o restarle importancia, porque eso equivaldría a reactualizarlo en la memoria pública. Lo ignora, simplemente. No se ha escrito ni una línea en contra del artículo 40, lo cual demuestra que hay una consigna al respecto. Todo lo que se ha construido bajo el régimen del 'sangriento tirano depuesto' ha sido ametrallado sin piedad y sin entrar a considerar si llenaba o no una función útil a la sociedad. Nada se ha librado de la crítica malevolente y de la intención disgregadora: hombres, instituciones, leyes, resoluciones, fueron mancillados por las infamaciones más increíbles, pero el artículo 40 está allí, en su soledad de monolito marcando el punto preciso hasta donde puede llegar la intromisión extranjera. ¿Y no es este silencio la mejor prueba de que es a él a quien amenaza la creciente marea anticonstitucional?"

Al mismo tiempo que destrozaba hasta donde podía las conquistas del gobierno peronista, la contrarrevolución gorila se aplicaba concienzudamente a reconstruir la situación económica anterior a 1945. "La reversión de la economía argentina al estado de sumisión vigente en 1939, se disimula verbalmente con la apariencia de un retorno a un teórico liberalismo que jamás se practicó en nuestro país, agarrado como estaba por cinco monopolios gigantescos: 1°) el monopolio bancario de la moneda, el crédito y las divisas extranjeras, que se ejercía legalmente desde el Banco Central, a través de una muy traslúcida pantalla de testaferros. 2°) El monopolio de los transportes, ejercido por el Consorcio Británico de Ferrocarriles, que a través de las autorizaciones acordadas por las leyes de coordinación manejaba también el transporte automotor, y a través de sus influyentes abogados, gran parte de los poderes públicos, la enseñanza y el periodista. 3°) El monopolio de la energía eléctrica ejercido por la CADE y la CIADE, a través del cual se manejaba arbitrariamente toda posi-

bilidad industrial. (Al capital norteamericano se le había cedido como campo de acción el interior de la república, donde la ANSEC extendió sus redes, absorbiendo lo existente, sin crear nada). 4°) El monopolio del comercio interior y exterior de productos agrarios, ejercido por Bunge y Born y sus acólitos. 5) El monopolio de la comercialización pecuaria ejercido por los frigoríficos." Ya se había retrocedido en los puntos primero, cuarto y quinto, señalaba Scalabrini, agregando que se aproximaba la concreción de los otros dos.

Todo ello disimulado por numerosas declaraciones criticando al "dictador" depuesto y en favor de la libertad, restablecida por los valientes soldados y marinos. "Es en estos países coloniales donde más se habla de libertad y de democracia. Pero no de libertades concretas y efectivas de los individuos ni de verdadera democracia en cuanto ella significa respeto al pueblo, reconocimiento de que su voluntad es la única fuente de poder. Se trata de libertad para que el dominador pueda imponer su política represiva y extender su voluntad de extenuación. Libertad para la acción de sus monopolios, libertad para imponer precios de conveniencia, libertad para desbaratar toda tentativa de organización resistente. En una palabra: libertad de acción para el capataz de los esclavos, no para los esclavos."

Era más que urgente —era la voz de orden— terminar con el estado intervencionista, horrible creación del peronismo, poniendo freno a la intangibilidad de las ganancias privadas. "El gobierno se ha declarado antiintervencionista. Es partidario de la libre iniciativa y de la libre empresa y no interviene en el juego de los factores económicos. Pero esa es una simple falsa verbal. El gobierno no interviene en la fijación de precios. Pero interviene decididamente en la fijación de salarios para congelarlos y en las organizaciones gremiales para amordazarlas y maniatarlas." La CGT intervenida, los sindicatos asaltados, miles de peronistas presos, el delito de opinión, eran la muestra acabada de la libertad que la "fusiladora" ofrecía. "Jamás en este país el Estado ha sido prescindente", decía Scalabrini refiriéndose a los gobiernos regiminosos. "Fue siempre decididamente intervencionista. Pero fue intervencionista a favor de los extranjeros y sus allegados, contra los derechos naturales y legítimos del pueblo argentino." Estas reflexiones de Scalabrini, como casi todas las suyas, conservan una rara vigencia. Hasta hace muy poco los argentinos soportamos un alud propagandístico en favor de la libertad empresarial absoluta. La fuerza de los hechos obligó a los financistas a darnos descanso. Es de esperar que no reaparezcan nunca.

Acercándose ya al final de la "fusiladora", Scalabrini resumió su gestión: "No es ciertamente infecundo el gobierno de facto ni por mucha prevención que se le tenga puede acusarse de inactivo. En los dos años corridos ha desvalorizado la moneda argentina a menos de la mitad de su valor, ha liquidado al I.A.P.I., con lo cual ha recho resurgir en toda su potencia a los monopolios que Bunge y Born y sus acólitos ejercen en el comercio exterior; ha dado los primeros pasos para perfeccionar el monopolio de la CADE; ha abrogado la Constitución de 1949 y su artículo 40, odiado por los invasores extranjeros; ha rescindido la mayor parte de los convenios comerciales que aseguraban el precio y la colocación integral de nuestras cosechas; ha desmantelado la organización de los productores; ha anarquizado la CGT; ha recho descender el nivel de vida medio; ha regalado a las sociedades anónimas llamadas bancos el manejo discrecional de varias decenas de millones de pesos que son propiedad de los ahorristas locales y ha cegado la fuente natural de crédito de los industriales, con lo cual se les condena a muerte por inanición a corto plazo. De su obra positiva en beneficio del país sólo conocemos, hasta ahora, inacabables declaraciones sobre la libertad y la democracia. No es mucho para un gobierno cuyo mantenimiento ha costado al país tanta congoja, tantas horas dolorosas y tantas ansiedades."

Desde las páginas de "Que", los escritos de Scalabrini Ortiz abonaron el camino que tomó el peronismo en 1958, apoyando la candidatura presidencial de Arturo

Frondizi. "Esa enorme fuerza que constituye el pueblo unido y disciplinado en un mismo afán de grandeza es el apoyo que el peronismo ha dado al doctor Frondizi para alcanzar el poder. Y lo dio sin pedir nada en cambio, con un desprendimiento y una magnanimidad que el futuro Plutarco describirá con asombro." Su opinión sobre el momento político y la candidatura de Frondizi, que coincidiría con la decisión del líder, no implicaba en absoluto una identificación con la técnica del gobierno desarrollista. No faltó quien lo acusara de pagar con su adhesión personal la posibilidad de tener un lugar donde escribir con libertad, pero había un abismo insalvable entre la concepción desarrollista del papel de los capitales extranjeros y las certezas de Scalabrini, demasiado baqueano en la cuestión como para creer en la repentina bondad de los organismos financieros internacionales. "La experiencia argentina en materia de capitales extranjeros es bastante desalentadora. El verdadero aporte de los extranjeros fue en realidad misérrimo: material metalúrgico, en su mayor parte, tasado a precio exorbitante. Lo demás fue trabajo argentino organizado de tal manera que en lugar de riqueza argentina, creaba más capitales extranjeros." "Las genuinas inversiones que legítimamente podrían calificarse como inversiones extranjeras fueron ínfimas en relación al monto que llegaron a alcanzar con sus ganancias capitalizadas... En nuestro país, la historia económica demuestra que la economía ha sido una consecuencia de la política y no al revés, como dogmática y equivocadamente aseguran los comunistas. Por otra parte, esa continua siendo la constante técnica de crecimiento: los capitales aumentan a costa de los pueblos, acrecidos por sus ganancias retenidas y por sus reservas de diversas clases. Eso es lo que comprueba la historia de la economía argentina..."

En agosto de 1958, Raúl Scalabrini Ortiz fijó su posición sobre los contratos petroleros celebrados por el frondizismo. "Ni aun enfrentados como estamos a problemas que no admiten dilación debemos olvidar: primero, que no debe permitirse que ingrese con la denominación y las ventajas de capital extranjero, sino realmente lo que es obra del extranjero, es decir máquinas, utensilios, herramientas. Segundo: no debe permitirse que se contabilice como capital extranjero el uso de la mano de obra argentina. Tercero: deben tomarse todos los recaudos para que los fondos que provea el crédito local no se capitalicen como capital extranjero. Cuarto: deben adoptarse precauciones para impedir que el capital extranjero pueda crecer con sus ganancias excedentes a costa de la riqueza y del trabajo argentinos." Su experiencia no le permitía prestar demasiada atención a las promesas en las que la "ayuda" extranjera aparecía como la panacea gracias a la cual "todos nuestros inconvenientes hallarían solución: el pobre, casa y comida; el rico, placeres; el tímido, novia; y el audaz, amante". Otra vez más, tenía razón. Sus aciertos no provenían de alguna mágica relación con adivinos. Tenían su origen en una vida dedicada a indagar la historia de un país que amó entrañablemente, sin mistificarlo. Porque Scalabrini quería a los argentinos como somos, y a la Argentina como es, sin lamentar hallarse en un país en el que había que pensar en serio para comprenderlo.

A principios de 1958, Scalabrini había recibido una carta fechada en Caracas el último día de 1957. El general Perón le escribía: "A usted le cabe el honor del precursor, el formador de una promoción que alimentó a la revolución nacional. Por otra parte, el mérito de la popularización y realización de los principios de independencia económica y soberanía política es obra exclusiva del justicialismo, que las vinculó estrechamente con el problema social. Hoy, mi amigo, comprobamos con alegría que su popularidad es inmensa, porque su lenguaje y conceptos están en el pueblo y usted puede dialogar cómodamente con él. Su actitud ha sido invariable en muchos años pero, ¡qué hermoso es sentirse interpretado! Está lejos el tiempo aquel en que clamaba prácticamente en el desierto, ante la incompreensión de la masa y la indiferencia oligárquica. En un lapso maravillosamente corto se ha operado el cambio politizador y usted ya podrá continuar ininterrumpidamente

ese diálogo, porque los pueblos nunca abandonan a sus verdaderos amigos... Por estas razones pienso que nadie como usted sería más eficaz, para propiciar y encabezar un movimiento que tienda a aunar las inquietudes de liberación de los intelectuales que no deserten del hombre y de la tierra argentinos."

Scalabrini no aceptó la propuesta del General Perón para organizar a los intelectuales nacionales. No se creía apto para ello. "Me pide usted que me encargue de la organización y dirección de los intelectuales. Su ofrecimiento es la mayor muestra de simpatía que he recibido en mi vida, pero temo que la tarea exceda de la órbita de mis aptitudes. He sido siempre un trabajador solitario y obstinado y me parece un poco tarde para cambiar y reeducarme. Le ruego que reconsidere su pedido y lo adecúe a mis cualidades y defectos. Tengo cierta agudeza para planificar los aspectos generales de los asuntos, para verlos, digamos, desde un punto de vista estratégico. Pero los detalles políticos se me escapan. La minucia de la táctica escapa del ámbito de mis condiciones. Sería un buen oficial de Estado Mayor y un mal conductor de tropas en el terreno. ¿Para qué cambiar? Agradezco asimismo las transcripciones que usted hace de mis trabajos en su último libro 'Los Vendepatrias'. Usted me hace entrar en la historia a empujones. ¡Tan Don Nadie que he querido ser siempre!"

En marzo, recibió la respuesta de Perón: "Usted es uno de los intelectuales argentinos que siempre vio claro y denunció al enemigo real, dando su ubicación y detallando los disfraces que adopta para predicar la desintegración del país. El peronismo fue el primer movimiento político social que entabló la lucha en los verdaderos términos del conflicto: nuestro antiimperialismo fue práctico y efectivo, adecuado a la realidad y no a declamaciones teóricas. Eso que el pueblo sabía, recién después del 16 de setiembre de 1955 lo comprendieron algunos intelectuales que ahora buscan sumarse a la corriente nacional y popular en la que usted estuvo siempre enrolado. De tal manera que no soy yo, con una carta, quien lo hace entrar en la Historia sino su obra incansable, su vocación patriótica y su sacrificada trayectoria. Nosotros siempre lo consideramos de los nuestros y cada una de sus líneas es un aporte al movimiento peronista que valoramos debidamente y apreciamos como parte de nuestro acervo."

CITAS

Todas las citas de Scalabrini Ortiz que figuran en este trabajo han sido extraídas de las siguientes obras:

- Política británica en el Río de la Plata, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 3ª edición, 1957.
- Historia de los ferrocarriles argentinos, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 3ª edición, 1964.
- Cuatro verdades sobre nuestras crisis, Buenos Aires, Ediciones F.R.S.O., s/f. (Selección, prólogo y notas de Vicente Tripoli).
- Tierra sin nada, tierra de profetas (devociones para el hombre argentino), Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 2ª edición, 1973.
- Bases para la reconstrucción nacional, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1965.
- Yrigoyen y Perón, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1972.

BIBLIOGRAFIA

- SCALABRINI ORTIZ, Raúl: El hombre que está solo y espera, Buenos Aires, Editorial Albatros, 8ª edición, 1951.
- SCALABRINI ORTIZ, Raúl: La Manga, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 2ª edición, 1973.
- Se consultó especialmente para elaborar este artículo la obra de Norberto Galasso: Vida de Scalabrini Ortiz, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1970.

LA POLITICA Y LA HISTORIA PLUS ULTRA

QUE HIZO EL GAUCHO RIVERO EN LAS MALVINAS, de Juan Lucio Almeida

Una figura que se ha prestado tanto a la mitificación como al denuedo extremo, presentada por el autor con ponderable equilibrio \$ 18.—
HERNANDEZ, POESIA Y POLITICA, de Rodolfo Borello

La multiplicidad de campos que abarca el poema Martín Fierro y la suma de sentidos, políticos y literarios, que tuvo en sus orígenes \$ 24.—
QUE HICIERON LOS AGENTES SECRETOS EN EL RIO DE LA PLATA, de Jaime Cañas

Enormes fortunas europeas financiaron desde comienzos de siglo pasado la actividad de los agentes secretos en el Río de la Plata. Un apasionante mosaico en el cuadro del espionaje .. \$ 13.—
POR QUE LAVALLE FUSILO A DORREGO, de Justiniano Carranza

Documentos incontestables que patentizan que la muerte de Dorrego fue la consecuencia de los avatares de la política triunfante en aquel entonces \$ 19,50
JOSE HERNANDEZ, de Fermín Chávez

Un trabajo de síntesis histórica sobre documentación original de alto nivel historiográfico \$ 21.—
COMO FUE EL CONFLICTO ENTRE LOS JESUITAS Y ROSAS, de Rafael V. Esteban

Con la entrada de los jesuitas en Buenos Aires en 1836, llamados por Rosas se reinicia la legalidad de la orden Jesuítica en nuestro país. Los conflictos, episodios y discusiones que se suscitan en el lapso de 1836 a 1843 \$ 19.—
QUIEN FUE EL REY DE LA PATAGONIA, de Adolfo Galatoire

Pocos conocen el desarrollo del proceso acaecido en la sexta década del siglo XIX: la coronación de un rey autóctono en la Patagonia \$ 15,50
LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL, de Juan José Hernández Arregui

Un texto clave del pensamiento nacional, un libro capital, que nace como una luz esclarecedora de la conciencia histórica de los argentinos \$ 58.—
IMPERIALISMO Y CULTURA, de Juan José Hernández Arregui

Roberto Arlt, el trasfondo histórico de la novelística de Manuel Gálvez, la obra de Raúl Scalabrini Ortiz, la significación de los hombres de Boedo, y de aquella generación literaria de la "década infame", tratados aquí con ejemplar independencia intelectual y con un estilo sólido, nuevo y rico \$ 48.—
¿QUE ES EL SER NACIONAL?, de Juan José Hernández Arregui

El proceso, en nuestro país, de la interacción humana, surgido de un suelo y un devenir histórico común, con sus creaciones espirituales propias, lingüísticas, técnicas, jurídicas, religiosas y artísticas, todos ellos, factores que constituyen el ser nacional \$ 45.—
LA RECUPERACION DE LAS MALVINAS, de Juan Carlos Moreno

Cambios y conclusiones que plantean la inevitable alternativa de reintegración de las islas a nuestra nacionalidad \$ 32.—

COMO FUE LA ARGENTINA (1516-1972), de Exequiel Ortega

Una visión renovada de la historia desde el descubrimiento de América hasta el gobierno militar de los últimos años y los primeros brotes de la violencia revolucionaria. 2 tomos \$ 35.— c/u.
POR QUE SURGIO ROSAS, de Adolfo Saldías

El conflicto argentino-brasileño, el fracaso de la Constitución y el sistema unitario y el análisis de los primeros años del surgimiento rosista \$ 32.—
COMO SURGIO URQUIZA, de Adolfo Saldías

El pacto federal, las condiciones para el advenimiento de Caseros, el conflicto franco-argentino y la figura de Urquiza que surge con fuerza y nitidez \$ 19,50
COMO CAYO ROSAS, de Adolfo Saldías

Típico representante de una generación de hombres enciclopedistas, Adolfo Saldías descolló en todos los campos que frecuentara. Sus obras son un testimonio de su brillante estilo y de su rigor historiográfico \$ 21,50
COMO FUERON LAS RELACIONES ARGENTINO-NORTEAMERICANAS, de Miguel Scenna

Las controvertidas conexiones desde el nombramiento del primer agente norteamericano en Buenos Aires, Joel Roberts Poinsett en 1810 hasta el último enviado especial de Washington, Nelson Rockefeller en 1969 \$ 18.—
COMO FUE LA REVOLUCION DE LOS ORILLEROS PORTENOS, de Mario A. Serrano

Uno de los muchos acontecimientos que la historia nacional ha tratado en forma superficial: los sucesos ocurridos en los días 5 y 6 de abril del año 1811 \$ 23.—
ARGENTINA CONTEMPORANEA: FRAUDE Y ENTREGA, de Horacio Schillizzi Moreno

Historia viva que promueve la definición política, la toma de compromiso y el esclarecimiento histórico Tomo 1: \$ 35.— Tomo 2: \$ 42.—
QUE FUE ALBERDI, de Miguel Angel Speroni

Para contestarse a la pregunta que formula el título de la obra, el autor cavó muy hondo, para ver y oír qué había adentro, qué agitó esa vida, y cuál fue su sed \$ 30.—
COMO FUE LA ENSEÑANZA POPULAR EN LA ARGENTINA, de Juan Carlos Vedoya

Los factores que influyeron en la formación de la infraestructura educativa en el siglo pasado y sus determinantes en toda la política educacional argentina \$ 22.—



VIAMONTE 1755 - Tel. 44-6788/6694/6605
BUENOS AIRES

Lo esencial del Proyecto de Ley de Contrato de Trabajo

Enrique O. Rodríguez

Mediante las reformas del Código Laboral que rige las relaciones obrero-patronales en la actualidad, el gobierno popular busca recuperar y acrecentar en el país la justicia social.

Esa meta, cuya concreción también será un reflejo del poder alcanzado por la clase trabajadora argentina, necesariamente debe irse manifestando en leyes que consoliden los derechos.

El proyecto de ley de Contrato de Trabajo constituye, en ese sentido, un importante paso adelante. Por eso incluimos este breve informe sobre su contenido, admitiendo desde ya que su evaluación plena sólo será posible teniendo en cuenta también aquellas modificaciones o agregados que pueda experimentar en su paso por las Cámaras.

C. de R.

El proyecto de ley de Contrato de Trabajo tal como está redactado, importa un avance con relación a la legislación laboral vigente. Se incorporan a sus normas los principios más avanzados de la jurisprudencia, que por supuesto no eran los dominantes, y por las reivindicaciones concedidas su promulgación también significará —aunque de manera indirecta— incrementos salariales para los trabajadores. Sin embargo, el previo veto del equipo económico sobre el primitivo proyecto de la CGT (base del que comentamos) suprimió varios de aquellos principios que tendían a modificar favorablemente el esquema vigente de la legislación laboral.

El proyecto de ley del Ejecutivo se divide en quince títulos: el primero trata disposiciones generales; el segundo, el contrato de trabajo en general; el tercero, las modalidades de este último, incorporando normas precisas referidas al contrato de trabajo a plazo fijo y al contrato de temporada. En los sucesivos títulos se analizan las re-

muneraciones, las vacaciones y otras licencias, feriados obligatorios y días no laborables, el trabajo de los menores, la duración del trabajo y el descanso semanal, la suspensión de ciertos efectos del contrato de trabajo, la transferencia del contrato de trabajo, la extinción del contrato de trabajo, la prescripción y caducidad de los privilegios, para terminar en el título XV referido a disposiciones complementarias.

Entre las normas más elogiables del proyecto del Poder Ejecutivo podemos mencionar el artículo 32, que establece el principio de la solidaridad en los contratistas o subcontratistas, también aplicable a las empresas subordinadas o relacionadas según el artículo 33. A continuación transcribimos los párrafos salientes de ambos artículos.

“Quienes contraten o subcontraten con otros la realización de obras o trabajos, o cedan total o parcialmente a otros el establecimiento o ex-

plotación habilitado a su nombre para la realización de obras o prestación de servicios que hagan a su actividad principal o accesorio, tenga ésta o no fines de lucro, deberán exigir a éstos el adecuado cumplimiento de las normas relativas al trabajo y los organismos de seguridad social, siendo en todos los casos solidariamente responsables de las obligaciones contraídas con tal motivo con los trabajadores y la seguridad social durante el plazo de duración de tales contratos o al tiempo de su extinción, cualquiera que sea el acto o estipulación que al efecto hayan concertado (...).”

“Siempre que una o más empresas, aunque tuviesen cada una de ellas personalidad jurídica propia, estuviesen bajo la dirección, control o administración de otras, o de tal modo relacionadas que constituyan un grupo industrial, comercial o de cualquier otro orden, de carácter permanente o accidental, o para la realización de obras o trabajos determinados, serán a los fines de las obligaciones contraídas por cada una de ellas con sus trabajadores, y con los organismos de seguridad social, solidariamente responsables.”

Se establecen principios que permiten determinar con menores exigencias la existencia de contrato de trabajo, con importantes presunciones a favor del trabajador, como por ejemplo la no contestación de una intimación del trabajador por parte de la patronal. Asimismo se establece la exigencia de un libro especial que individualice al empleador, al trabajador, su fecha de ingreso y egreso, remuneraciones asignadas y percibidas, con recaudos precisos para su confección.

Con relación a la remuneración, se mantiene la legislación vigente, pero se tutela la percepción de la misma por el trabajador, ya que los recibos para ser válidos se tienen que extender de acuerdo con las formalidades de la ley y concordar con las restantes anotaciones, pudiendo el trabajador sostener —en el supuesto de que exista un ejercicio abusivo de la patronal— su invalidez por cualquier medio de prueba.

Se amplía el régimen de licencias, se determinan con precisión los feriados nacionales y la forma de pago cuando se trabaja durante ellos, se reglamenta el trabajo de mujeres, prohibiendo el trato discriminatorio y estableciendo que la jornada no podrá superar las 8 horas diarias o las 48 semanales, prohibición que no alcanza al trabajo de los hombres, ya que para el supuesto de jornadas superiores se prevé el plus del 50 %

o 100 % según los días en que se realicen las horas extraordinarias. Se establece un sistema de presunciones en favor del trabajador en caso de despido por causa de matrimonio. El proyecto contiene además normas de protección a la maternidad y reglamenta el trabajo de menores.

Sobre jornada de trabajo no hay innovaciones importantes, con excepción del pago de horas extraordinarias al que antes nos hemos referido.

Se permite al trabajador que elija su médico en caso de enfermedad y se reglamenta la forma de comunicación de enfermedades o accidentes, fijando que en el caso de producirse el despido durante dichos períodos, se abonen los salarios por todo el tiempo de la enfermedad, al par de las indemnizaciones que correspondan.

Se establece la obligación de guardar el empleo cuando el trabajador se incorpora al servicio militar, correspondiéndole todos los beneficios que se obtengan durante ese período y también los aumentos por antigüedad.

Se reglamenta el preaviso de la misma forma que estaba regulado. Se aumentan los topes máximos indemnizatorios elevándolos a tres veces el importe del Salario Mínimo Vital y Móvil, elevando el mínimo a dos meses de sueldo.

Se reglamenta el reintegro de gastos aportados por el trabajador y el resarcimiento de los daños por ese concepto; se establecen indemnizaciones por muerte del trabajador, equiparando para tal beneficio a la viuda y a la mujer que durante cinco años hubiere convivido con el trabajador; se concede también una indemnización por muerte del empleador.

Se aumenta el plazo de prescripción a cuatro años, manteniéndose el plazo de dos años por acciones derivadas de accidente y enfermedades profesionales, reglamentándose que las actuaciones administrativas interrumpen la prescripción.

Se establecen otros privilegios en favor del trabajador, reglamentándose los mismos detalladamente.

El antecedente del proyecto del Poder Ejecutivo fue el proyecto elaborado por la CGT que se debió a la pluma del doctor Centeno.

Analizaremos ahora las normas que consideramos sustanciales de ambos proyectos.

El artículo 2º del proyecto del Poder Ejecutivo mejora la propuesta de la CGT, ya que no excluye

expresamente de su régimen a los trabajadores sujetos a contrato de ajuste (trabajadores marítimos), pero mantiene la exclusión con referencia a los trabajadores del Estado y a los trabajadores del servicio doméstico, exclusiones que considero infundadas e injustas.

Pero el problema no queda limitado solamente a los expresamente excluidos, sino que también afecta a trabajadores que están incluidos, pues la norma elaborada por el Poder Ejecutivo es contradictoria: en la primera parte del artículo 2º se toma el principio de que esta ley será aplicable en tanto establece mayores beneficios que los estatutos especiales, principio correcto, pero inmediatamente después leemos: "En ambas circunstancias la vigencia de esta ley quedará condicionada a que la aplicación de sus disposiciones resulte compatible con la naturaleza y modalidad de la actividad de que se trate y con el específico régimen jurídico a que se halle sujeta".

La redacción de este párrafo echa por tierra el principio adoptado en la primera parte del artículo.

De acuerdo con ella quedarían excluidos de la ley los trabajadores de la construcción, trabajadores changarines, como los portuarios, etc. Considero que los legisladores deberían proponer una formulación de este artículo que contemple la aplicación de la nueva ley de contrato de trabajo a todos los trabajadores del país.

La redacción contradictoria nuevamente deja en manos de los jueces la aplicación de aquellos casos dudosos, con el peligro que tal solución entraña.

Una norma ambigua es la que se refiere a la buena fe; las partes deben ajustar su conducta a lo que "es propio de un buen empleador y de un buen trabajador, tanto al celebrar, ejecutar o extinguir el contrato o relación de trabajo" (artículo 68).

La configuración del buen o mal trabajador es un arma sumamente peligrosa. Podría considerarse mal trabajador al que exija mejores condiciones de trabajo y se niegue a someterse a un ritmo de producción compulsivo que atente contra su salud, etc., etcétera.

Los artículos 69 al 71 merecen un análisis particular, ya que otorgan plenas facultades al empleador para organizar económica y técnicamente la empresa y como consecuencia de esta facultad se lo autoriza a introducir todos aquellos

cambios relativos a las formas y modalidades de la prestación del trabajo, en tanto esos cambios no importen un ejercicio irrazonable de esa facultad, ni alteren modalidades esenciales del contrato ni causen perjuicio material ni moral al trabajador.

Dicha facultad exclusiva del empleador no tiene ningún tipo de contralor por parte de las entidades sindicales, ni por los trabajadores del lugar o sus representantes (comisiones internas, delegados).

Considero que esta facultad sólo se debe otorgar con la previa aceptación de la entidad sindical y los trabajadores de la fábrica o establecimiento mediante la participación de la representación del personal. Toda la moderna teoría en la materia prevé la participación de los trabajadores no sólo en lo que se refiere a las modalidades particulares del contrato de trabajo, sino también al proceso de producción mismo, al ordenamiento administrativo, etc., que en realidad son mucho más importantes.

El proyecto de la CGT con referencia a los controles del personal implicaba un importante avance; partía del principio general que no se podía imponer ningún tipo de contralor que no fuere indispensable para la conservación de los bienes, estableciendo además que cualquier control a adoptarse debería contar con la previa aprobación de la entidad sindical y del Ministerio de Trabajo.

Esta formulación vetada por empresarios del área ejecutiva adopta un principio inverso, a saber, la posibilidad de introducir sistemas de control, requiriendo para su implantación sólo la aprobación de la autoridad administrativa, quien deberá consultar empero a la organización sindical.

Es evidente que las normas así planteadas echan por tierra el objetivo expuesto de la entidad sindical.

El artículo 93 del proyecto del Ejecutivo, coincidente con el de la CGT, establece: "El trabajador debe prestar el servicio con puntualidad, asistencia regular, dedicación y una producción adecuada a las características de su empleo y medios instrumentales que se le provean. Deberá aplicar su voluntad y capacidad profesional, de modo de lograr la mayor eficiencia y rendimiento en el trabajo a que se lo destine".

Esta norma define la mayor productividad. Sin

embargo, a los trabajadores no se les otorga ningún tipo de contralor sobre la actividad del empresario, sus ganancias, las modificaciones técnicas que se empleen para mejorar la producción, etc. Nada se dice en todo el proyecto sobre lo regulado expresamente en el artículo 14 bis de la Constitución, cuando sostiene: "participación en las ganancias de las empresas, con control de producción y colaboración en la dirección..."

Sobre los feriados nacionales y días no laborales había en el proyecto de la CGT una norma específica que los regulaba. El proyecto del Poder Ejecutivo se remite a la legislación vigente. Considero que la propuesta de la CGT es la correcta. También la conducción económica quitó el artículo 193 del proyecto de la CGT que equiparaba los días de cada gremio a los feriados nacionales.

Sobre la jornada de trabajo el proyecto del Poder Ejecutivo y también el de la CGT remiten a la ley y estatutos vigentes. Este es un tema que por su importancia debió haber tenido un tratamiento especial. La reducción de la jornada es un objetivo mundial de los trabajadores; la tendencia a su reducción es fundamental y considero que debería reglamentarse expresamente en la ley la jornada de trabajo, que no puede exceder de cuarenta y cuatro horas semanales u ocho horas diarias.

Sobre jornada nocturna repite el régimen vigente: siete horas de trabajo. Para trabajos insalubres o peligrosos fija la extensión actual: 36 horas semanales, con prohibición de exceder las 6 horas diarias.

Tampoco la ley determina expresamente cuáles son las tareas que se deben considerar peligrosas e insalubres. Considero que la reglamentación debe ser detallada; no basta una remisión a los estatutos especiales.

Un párrafo de elogio especial merece el artículo 243 del proyecto del Poder Ejecutivo con referencia a los alcances y efectos de la huelga y otras medidas de acción directa. Considero que este artículo y los siguientes incorporan conquistas reclamadas por los trabajadores durante todas sus jornadas de lucha, lo cual resulta evidente en su formulación:

"La huelga y las otras medidas de acción directa que interrumpan la prestación de los servicios sólo suspenderán los efectos de la relación laboral por todo el tiempo que duren.

"La participación en ella del trabajador en

ningún caso puede constituir causa de despido, ni aun mediando intimidación del empleador de reintegro al trabajo, salvo que se diese la situación prevista en el artículo 263, según calificación que harán los jueces prudencialmente en cada caso en particular.

"Importará trato ilegal y discriminatorio, la no reincorporación de parte del personal involucrado en una huelga u otra medida de acción directa, luego de su cesación, invocándose como única razón la participación del trabajador en la misma, hubiese o no mediado intimidación del empleador de reintegro al trabajo."

Una norma cuya peligrosidad es manifiesta y que debiera derogarse es la siguiente (art. 276): "Cuando a consecuencia de un estado de crisis que comprenda a la actividad, se operasen en el seno de la empresa situaciones o circunstancias objetivas de receso que afecten considerablemente a su desenvolvimiento y a una pluralidad de trabajadores, el empleador, por los procedimientos que prevea la ley, podrá solicitar se le autorice a adoptar cualquiera de las siguientes medidas: a) cesación de las actividades de la empresa y consiguiente extinción de los contratos de trabajo; b) suspensión de las actividades empresariales y consiguiente suspensión de los contratos de trabajo; c) modificación de las cláusulas contractuales, modificación o reducción de los planteles del personal, jornada u otras condiciones o modalidades de empleo y desenvolvimiento de las relaciones de trabajo. La ley proveerá los alcances y consecuencias de la resolución que en tales procedimientos se dicte, con relación a la extinción o subsistencia del contrato de trabajo y a las indemnizaciones que en cada caso correspondan al trabajador, de acuerdo a las circunstancias demostradas. Será parte legítima en tales procedimientos la asociación profesional representativa en la actividad de que se trate".

En este supuesto, los trabajadores podrían quedarse sin ninguna protección.

Finalmente, hemos de referirnos al problema fundamental: el despido. La normatividad propuesta por el Poder Ejecutivo mantiene lo fundamental del sistema actual, ya que solamente modifica el *quantum* indemnizatorio. Es decir que la reforma es de cantidad y no de calidad, ya que no existe una protección del derecho a trabajar, sino una protección económica en el supuesto de despido injustificado, tomando el principio fundamental del régimen capitalista, la consideración del

trabajo como una mercancía, a pesar de que en la exposición de motivos se fundamenta la ley en base a no considerar el trabajo como tal. Si bien es cierto que no cambiaría el carácter de mercancía del trabajo humano, el principio de total protección del derecho a trabajar sería un avance de gran importancia.

Dentro de los límites del sistema económico vigente la propuesta de la CGT incorpora el principio más avanzado. El artículo 282 textualmente dice: "Cuando por las leyes o las convenciones colectivas de trabajo se otorgue al trabajador la estabilidad absoluta, éste gozará de la garantía de permanencia en el empleo..." Esta norma se refiere a los estatutos que otorguen la estabilidad absoluta, tema al cual no hace mención el proyecto del Poder Ejecutivo. Debemos entender al respecto que esta norma no abarca a todos los trabajadores, sino a aquellos que tienen protección especial por un estatuto legal o por las convenciones colectivas.

Pero lo realmente novedoso en cuanto al despido, y que implica un importante progreso, es la propuesta del artículo 293, referida a despidos socialmente injustos, que dice: "Todo trabajador no beneficiario de la garantía de estabilidad en los términos del artículo 282, que fuese despedido contando con una antigüedad en el empleo no inferior a SEIS (6) meses, tendrá acción, al deducir su demanda para solicitar del juez declarar la nulidad del despido, disponiéndose su reinstalación en el empleo que desempeñaba o el que le corresponda al momento de la sentencia, con los mismos alcances y consecuencias determinados en los artículos 285 a 289".

"Esta acción caducará a los TREINTA (30) días de producido el despido."

La nulidad del despido y la reincorporación del trabajador será dictaminada por los jueces si de las circunstancias comprobadas resultare un manifiesto abuso del derecho y el acto del despido calificable como socialmente injusto, cuando además, por la índole de las relaciones que se den entre las partes y las exigencias de complementación propias del contrato de trabajo, sea posible la subsistencia de este último.

"No dándose tales circunstancias el empleador sólo responderá por las indemnizaciones que prevé el artículo 270 de esta ley, además de la que corresponda por falta u omisión del preaviso."

Todas estas normas fueron vetadas por la conducción económica. Es decir aquellas propuestas por la CGT y no incorporadas al proyecto del Poder Ejecutivo son, sin duda, las más importantes. Por ejemplo, el artículo que se refiere al despido socialmente injusto es riguroso y reglamentarista, pero incorpora un principio fundamental en defensa de los intereses del trabajador: el de su derecho a trabajar. Considero que debe apoyarse la propuesta de la CGT.

Conclusiones preliminares

El proyecto del Poder Ejecutivo promueve importantes conquistas laborales, aunque las mismas se mantienen en los límites de la legislación vigente y los beneficios incorporados son principalmente cuantitativos. La propuesta de la CGT fundamentalmente es valiosa en cuanto se refiere a la estabilidad en el trabajo y al despido socialmente injusto, que incorporan nuevos criterios que hacen a la defensa del derecho a trabajar.

Ninguna de las dos propuestas plantea la reducción de la jornada de trabajo, ni reglamenta precisamente las tareas peligrosas o insalubres, ni las condiciones de higiene y seguridad en que se ha de desarrollar el trabajo, temas que hacen a la salud y a la vida de los trabajadores.

Tampoco resulta aceptable que se excluya de los beneficios de la ley a ciertos trabajadores, por la redacción ambigua del artículo 2º.

Las partes vetadas del proyecto de la CGT lo fueron por el equipo económico. Resulta sospechosa la actitud de la CGT que no ha alzado su voz de protesta en defensa de su proyecto, que en la propuesta oficial ha perdido lo fundamental y novedoso de las reformas redactadas por el doctor Centeno.

No ha habido pública difusión de ese proyecto original, no lo conocen ni siquiera aquellos especialmente interesados, metodología adoptada siempre por la burocracia sindical para impedir la participación de los trabajadores, que movilizados ya hubieran obtenido la sanción del proyecto y seguramente también con mejoras a su favor. ♦

Perón hoy, el de siempre

Las organizaciones sindicales deben ser la base esencial de la unidad latinoamericana

En este sentido, pienso que las organizaciones obreras de todos los países latinoamericanos deberán proceder como ustedes, es decir, deberán establecer conexiones, a efectos de alcanzar esa unidad. Si los trabajadores de América Latina se unen, alcanzarán realmente su destino. Si no lo hacen, las oligarquías, los poderes extraños, las burguesías mismas, se alzarán con el santo y la limosna en poco tiempo.

J. D. PERON
8 de abril de 1974
Discurso ante los delegados al
Congreso latinoamericano de
trabajadores del gremio gastronómico.

En la unidad encontrará el Tercer Mundo su fuerza

Pensamos que si en el Tercer Mundo no nos unimos y organizamos, los grandes serán los que dispongan. Separados somos todos chicos, pero unidos somos muy grandes.

J. D. PERON
20 de mayo de 1974
Discurso ante delegados y
embajadores de los países africanos.

El eje de la evolución mundial es la justicia social, se instrumenta con sistemas socialistas o republicanos

Casi todos los países del mundo están evolucionando, algunos con sistemas socialistas, otros con sistemas republicanos, pero



todos van cargando el módulo central sobre la justicia social.

J. D. PERON
Exposición en que realiza un
balance del 1º de mayo de 1974.

Sé que muchos no están conformes pero poco a poco los frutos de nuestro trabajo los convencerán

Yo sé que mucha gente no está conforme, pero esos poco a poco irán recibiendo la conformidad que la organización, el trabajo y el progreso van a poder dar.

J. D. PERON
Exposición en que realiza un
balance del 1º de mayo de 1974.

El apoyo de la clase trabajadora es condición esencial para el triunfo

Necesitamos que la clase trabajadora apoye este trabajo. Si ella lo apoya no tenemos nada que temer.

J. D. PERON
Exposición en que realiza un
balance del 1º de mayo de 1974.

Una campaña psicológica de los elementos negativos de la nacionalidad, aliados a la acción foránea empeñada en anular el despegue argentino, no puede tener éxito si los bien intencionados no defeccionan y apoyan efectiva y dinámicamente al gobierno en sus realizaciones. Este apoyo no debe ser pretoriano, sino inteligente y franco, apoyando lo bueno y señalando lo malo, ante quienes lo puedan remediar, pero no sumando la murmuración propia o la perturbación a los que la desarrollan en grupos que bien sabemos en lo que están.

J. D. PERON
Discurso del
12 de junio de 1974.

Para alcanzar la justicia social debemos construir previamente las bases económicas y la unidad política nacional que la sustente

Nadie puede solucionar un problema social si antes no soluciona un problema económico, y nadie soluciona un problema económico sin antes soluciona un problema político.

J. D. PERON

Dirigentes obreros peronistas

EL PENSAMIENTO DE LOS COMPAÑEROS REPRESENTATIVOS DEL MOVIMIENTO OBRERO PERONISTA ES LA EXPRESION DEL GRADO DE CONCIENCIA POLITICO SINDICAL DE LAS BASES QUE LOS SOSTIENEN

Los hombres del peronismo leales a la clase obrera jamás serán empujados al campo de la traición burocrática ni de la ultraizquierda.

El anarquismo pequeño burgués sostiene como bandera, la movilización y lucha permanente de los trabajadores, al margen de toda consideración concreta de donde está el enemigo principal, los objetivos de la etapa y las relaciones de fuerza. Constituye sin duda el pecado pequeño-burgués, simétricamente opuesto a la política de desmovilización y conciliación permanente que es la línea principal constante de la aburguesada burocracia traidora, en cualquier condición y con todo gobierno.

Los compañeros de cuyo pensamiento se ha hecho una selección, que abarca precisamente

los temas en discusión en el Movimiento, acompañaron al desarrollo concreto de las luchas obreras, integraron sus organizaciones a las que defendieron de todo enemigo y expresan el grado de conciencia de las bases trabajadoras que democráticamente los han elegido.

Sólo los trabajadores salvarán a los trabajadores y sólo los hombres representativos de la clase obrera peronista expresan su conciencia en el desarrollo concreto actual, punto de partida forzoso de toda acción que tenga a los trabajadores como eje.

Estos compañeros no son digitados. Han encabezado todas las luchas de sus gremios y muchas batallas importantes de la clase obrera y del pueblo. Nunca traicionaron y jamás encajaron en los planes participacionistas de los enemigos de la clase trabajadora y el Movimiento Nacional Peronista.

Por encima del insuficiente grado de desarrollo de los conceptos que van a leerse, las contradicciones que puedan encontrarse en ellos, e inclusive entre su pensamiento y su acción práctica, constituyen siempre, contando el factor personal, la fiel expresión político-gremial de las fuerzas obreras que los sustentan.

Atilio Hipólito López

Perón es un revolucionario porque parte de la realidad para transformarla

La clase trabajadora de Córdoba, peronista y revolucionaria, ha logrado la madurez política necesaria como para entender el proceso histórico en que vivimos. Es consciente en diferenciar los procesos coyunturales de los estructurales y entender, principalmente, la política del general Perón. Para Córdoba, para sus trabajadores, el general Perón es un revolucionario con mayúsculas, que parte de la realidad para transformarla, con una extraordinaria ubicación en el tiempo, que le hace poseer un sentido

exacto de la oportunidad. De allí sus grandes dotes de conductor, que todo el pueblo de Córdoba respeta y admira. Por eso es que la clase trabajadora cordobesa, sin arriar sus banderas de lucha en contra de la explotación y el privilegio, ha adoptado una actitud expectante y de vigilia para posibilitar y garantizar el desarrollo de los planes de liberación y reconstrucción nacional.

28 de diciembre de 1973

Los gremios con direcciones no peronistas deben integrar proporcionalmente la regional C.G.T. porque son expresión de las bases que los eligieron y que los juzgarán

Respetuoso de las decisiones de cada organización sindical y como firme sostenedor de la democracia sindical, entiendo que tanto los gremios independientes como los no alineados, deben integrar proporcionalmente la conducción de la C.G.T. Sus dirigentes son expresión de las bases que los eligieron y que serán quienes los juzgarán. Ignorar la existencia de organizaciones que no militan en las "62", pero que agrupan a ponderables grupos de trabajadores constituiría una manifestación de sectarismo.

Enero de 1974

Julio Isabelino Guillán

Enfrentar a Perón es obstruir el proceso de reconstrucción y liberación nacional

Es indudable que la RECONSTRUCCION Y LIBERACION NACIONAL será resultado de un proceso. En razón de ello no podemos justificar que algunos grupos produzcan acciones que lo entorpezcan, contribuyendo a negarlo e imposibilitarlo, enfrentando al Conductor.

29 de enero de 1974

Los trabajadores telefónicos con la reconstrucción, algunos jerarcas heredados de la dictadura militar están en la obstrucción

Tenemos una visión exacta de lo difícil que es la tarea de la Reconstrucción en la ENTel.

Mientras que la exhortación de nuestro gremio halla eco favorable entre los trabajadores, incluyendo muchos niveles intermedios de conducción, y se van tratando de analizar y resolver distintos problemas de cada sec-

tor de trabajo, encontramos que algunos niveles superiores de conducción (tal vez por ineptitud o por persistir en trabajar como elementos representativos de facciones internas y de círculos y no como integrantes de la comunidad toda de trabajo), a pesar de su mayor responsabilidad, siguen sin aportar eficiencia, organización y colaboración en la etapa que estamos viviendo.

Marzo de 1974

Prescindibilidad sólo para aquellos que teniendo las máximas responsabilidades no cumplan con su deber

No queremos que estos conceptos puedan ser desvirtuados por mezquindad, oportunismo o intereses creados. Pero venimos observando, y recibimos denuncias de compañeros, que en algunos lugares de trabajo, esos conceptos, que fueron una exhortación a la colaboración, fundamentalmente en los niveles gerenciales y de direcciones, se pretende implementarlos en un intento de perturbación a la familia telefó-

nica, con amenazas de prescindibilidad, de las que sólo pueden temer, como dijo el TTE. GRAL. PERON, aquellos que, teniendo las máximas responsabilidades, no demuestren la eficiencia que requiere el puesto que ocupan.

Marzo de 1974

A no pocos dirigentes y activistas les cuesta comprender y adaptarse a las contradicciones de la presente etapa del gobierno popular

Desde la asunción del Gobierno Popular, hemos venido analizando todos los acontecimientos que se vienen produciendo en el país y que a no pocos dirigentes y activistas les cuesta comprender y adaptarse a la nueva y compleja situación que significa pasar de la resistencia a la responsabilidad de ser parte del proceso popular, que sabemos explícita las contradicciones naturales de una realidad nacional e internacional compleja en sí misma.

11 de marzo de 1974

Carta a la Redacción

Santa Fe, 16 de noviembre de 1973.

Buenos Aires.

Apreciado compañero:

Le pedimos disculpas por habernos demorado por razones ajenas a nuestra voluntad. En el caso particular mío mi capacidad de trabajo se redujo mucho en este último mes debido a que tenía muchos compromisos y se me enfermó mi padre muy seriamente y debo estar casi permanentemente junto a él en el sanatorio donde está internado, motivo por el cual debo viajar diariamente a Paraná, y no duermo de noche.

Y dejemos las explicaciones, que entre compañeros son innecesarias.

Le adjunto un trabajito sobre cine y peronismo que creo puede ser interesante, porque no abstrae al cine de la realidad sino que lo vincula totalmente a la problemática del pueblo.

He estado trabajando en una nota sobre el tema que habíamos hablado. Me falta todavía. Es un tema muy serio y exige mucho rigor de análisis por la responsabilidad política que implica emitir juicios críticos. De todos modos, yo pienso que hay un tema central en este momento que es el problema de la lucha interna del peronismo, que es la reflexión crítica sobre los 18 años de lucha a partir de la cual recién vamos a poder ir orientando más correctamente nuestra política hacia la toma del poder por la clase trabajadora peronista. El trabajo que empecé aborda fundamentalmente ese tema y lo hacemos como un humilde aporte de militantes peronistas de la corriente revolucionaria. Si esta semana lo termino se lo envío por expreso, y si veo que no lo puedo terminar en este plazo le avisaré por teléfono; pero le confirmaré seguro.

En cuanto a la revista creemos que es un material importante y necesario dentro del Movimiento. Tiene una clara definición antiburocrática

y plantea la necesidad de la organización de la clase trabajadora desde las bases como garantía de que la dirección del Movimiento no siga siendo hegemonizada por la burguesía proimperialista y sus lacayos: los burócratas.

Nuestra visión es que la revista debe darle más profundización al tratamiento de la experiencia política de la clase obrera peronista. A sus 28 años, a sus 18 años, a sus militantes. Creemos que esa es una necesidad en este momento de los trabajadores y de los militantes peronistas y que la revista por su seriedad y responsabilidad debe aportar en este sentido. Discutir los problemas de la composición interna del Movimiento, las distintas experiencias de lucha, porque el problema acá no es entre honestos y deshonestos o entre buenos y malos o entre leales y desleales, sino entre intereses antagónicos irreconciliables como son los de los explotadores y explotados. Y visualizarlo a eso a través del reconocimiento en las mismas experiencias de la clase obrera peronista.

La revista tiene muy buen nivel. Y debe ser la herramienta de los militantes revolucionarios del peronismo en el seno del Movimiento para desarrollar la lucha ideológica contra las desviaciones que pretenden integrar el peronismo al sistema en común acuerdo con los explotadores.

Compañero doctor: la próxima será más larga y jugosa. Saludos al doctor compañero Arregui de todos los compañeros y nuestro permanente reconocimiento a su gran aporte al esclarecimiento nacional en la conciencia de nuestro pueblo.

Quedo en mandarle el otro trabajo, o avisarle cuándo podrá estar. Reciba todo mi respeto militante y un saludo descamisado.

Lopecito

Las elecciones en F.O.E.T.R.A.

Un avance de la clase obrera peronista

Desde el momento que las elecciones de un gremio no pueden ser entendidas sino como el producto de una situación política dada, es necesario entonces analizar la situación general para entender el porqué de ciertos resultados. Por lo tanto estas elecciones pueden enfocarse desde dos planos diferentes: 1º) una manifestación de la evolución histórica-social de la clase obrera argentina y 2º) los resultados propiamente dichos y sus implicancias políticas.

Pero antes de encarar estos planos haremos algunas reflexiones generales sobre el sindicalismo y la clase obrera.

EL SINDICALISMO

El sindicalismo es una fracción de la sociedad que tiene la característica de encerrar todos los valores políticos de la comunidad y aunque el problema no pueda ser resuelto como una mera cuestión numérica, en el orden de la política sindical se presentan las mismas contradicciones que en el plano nacional.

Aunque los obreros son en principio solidarios con sus compañeros, como resultado de una conciencia de clase, ello no obsta para que en un plano individual cada uno posea matices diferentes y muchas veces, llevado por un egoísmo que también tiene raíz social, llegue a traicionar lo que en un principio ha defendido cuando recibe prebendas, reales unas, artificiosas otras.

Esto no es una ley inexorable. Por el contrario. Aunque los ejemplos no abundan, un Guillán, un Ongaro, un Atilio López o un Aguirre, etcétera, teniendo posibilidades no traicionan, sino que encabezan dentro de las filas obreras una conducción sindical, opuesta a las aspiraciones burguesas de otros sectores dirigentes, que aunque también obreros han elegido un camino distinto.

La existencia de dirigentes que se venden debe entenderse como producto y resultado social. Es falsa la explicación que se le ha dado a la cuestión, basándola en el carácter intrínseco y subjetivo del hombre, pues no es éste quien se corrompe por un elemento inmanente a su naturaleza, sino que es el sistema quien lo corrompe como ser social.

Los compañeros, cuando votan, la mayoría de las veces eligen a aquel que plantea reivindicar las aspiraciones

obreras, por lo menos en un plano general. Nadie será culpable, si luego del triunfo el compañero que se ha encumbrado en una posición de dirigente, traiciona. Lo grave es cuando se lo sigue apoyando a pesar de las deserciones en que éste puede caer, es decir, cuando se pierden de vista los grandes objetivos políticos que deben estar siempre presentes, pues de lo contrario, la visión queda limitada a la mejora gremial.

Es así cómo, sin saberlo algunos, o a sabiendas otros, rompen con la solidaridad de clase, elemento fundamental que les permite subsistir en la sociedad capitalista y crear las bases del socialismo, primer destino histórico de la clase obrera.

Pero así, como hay compañeros que sin saberlo votan su propio encadenamiento, también hay otros que ya han comprendido el papel del dirigente sindical que los vende como clase. Sin embargo, el dirigente sindical no se entrega de entrada, por el contrario, cuando lucha por las reivindicaciones obreras es, en principio, sincero consigo mismo y con las banderas que levanta, más, triunfante en las elecciones internas primero y en las elecciones generales después, se ha imbuido de espíritu utilitario —poder, prestigio, etcétera— y entonces abandonará la lucha colectiva, pensando sólo en sostenerse en la nueva posición alcanzada y para ello deberá defeccionar de la lucha, al mismo tiempo que detiene la de los compañeros. O sea, el oportunismo corrompe su conciencia de clase.

Es por ello que las diferencias de clases, no estarán dadas sólo por el elemento económico, ya que todo contribuye a esa diferenciación. Un dirigente gremial podrá vestirse como un obrero y sin embargo pensar y actuar como un burgués.

Por lo tanto, exteriormente veremos un obrero más, pero en la realidad tenemos un revolucionario menos.

LA CLASE OBRERA

Esto necesariamente nos lleva a definir el papel de la clase obrera dentro de un contexto socio-político en su proyección histórica.

Un análisis de la evolución obrera, partiendo de la revolución industrial, no sólo sería largo sino que, además, se ha hecho en forma más exhaustiva de lo que

podríamos hacerlo acá. Pero podemos establecer como premisa básica y fundamental que la clase obrera es revolucionaria, aun a pesar de ella. Cuando lucha para satisfacer sus necesidades, cuando un obrero se integra a sus compañeros, cuando todos juntos marchan contra un enemigo concreto y opresor, se ha producido una identificación colectiva y muda de voluntades, pues en todos ellos hay valores semejantes y esos valores son en el proletariado organizado, su miseria, su conciencia de explotado y su anhelo de rebelión contra un mundo canalla que lo oprime.

No llegan, los obreros, fácilmente a estas conclusiones. No adquieren esa conciencia de un día para el otro, pero su resignación tiene un límite.

Por otra parte el sistema se encarga de inculcar, por medio de una enajenante propaganda, que su situación es sólo pasajera, pues se le brindan miles de oportunidades de triunfar, de ganar dinero, porque, si el mundo capitalista se basa en la competencia todos tienen iguales posibilidades de competir. Y repiten hasta el cansancio el ejemplo de tantos hombres que de lustrabotas o de cualquier otro oficio que no merece el nombre de tal, han triunfado merced a su tesón y exclusiva capacidad individual. Mientras tanto, se justifica el fracaso sobre la base de su desidia, de su holgazanería o bien, del desperdicio lastimoso del tiempo útil que le quedaría para ahorrar. Así, se crea la conciencia de un destino limitado como una consecuencia puramente individual y no social, cuando en realidad no es el obrero quien fracasa, pues en este mundo del "interés desnudo, del impasible pago al contado", no sólo no se le brinda ninguna oportunidad, sino que se sumerge al explotado cada vez más en el fango de la iniquidad de su miseria.

Sólo cuando se sienta acorralado, vejado en su condición de ser humano hasta lo inimaginable, se rebelará y la fuerza de su conciencia colectiva, será el elemento determinante y creador que le permita transformar la realidad.

Es ahí cuando comprende su papel en la sociedad; entonces nace la rebeldía obrera, con sus aciertos y errores, pero con un innegable objetivo social, la igualdad de todos en un mundo más justo.

Pero no es fácil entrar en la senda revolucionaria. Son muchas las variantes que se presentan.

El hombre no es de por sí revolucionario, por el contrario es conservador y un "mínimum" de conquistas sobre cualquier estadio anterior lo satisface. Es esto lo que produce un retardo en su concepción revolucionaria.

Aunque aquí se hace necesario distinguir entre las conquistas obtenidas como consecuencia de las políticas de los gobiernos populares y aquellas obtenidas por las presiones ejercidas por la clase obrera en sus luchas reivindicativas. Por lo tanto no siempre se plantea la lucha violenta, dentro de un proceso revolucionario, ya que ciertas etapas implican en principio, cambios sin violencia. Pero, del momento que ese gobierno desarrolla una política reivindicativa justa, debe moverse dentro de una estructura capitalista, por su origen, y tarde o temprano se produce un conflicto de fuerzas. El capitalismo que se basa en una explotación inhumana que no admite una política por y para el pueblo, con la complicidad de las clases dominantes nativas, tratará por cualquier medio, en donde se confunde lo lícito con lo ilícito, de derrocar a ese gobierno, tal como ocurrió con el peronismo en 1955.

Entonces recomenzará una lucha sorda y cruel, con bajezas y actos heroicos y que sólo puede tener un fin, una nueva revolución.

Nadie abandona el poder por las buenas y la historia lo demuestra, pero éste es un proceso caracterizado por una larga serie de avances y retrocesos, aunque sea la clase obrera la destinataria histórica de la hegemonía futura.

Entonces, la revolución es un largo y complejo proceso, producto de un desplazamiento de las fuerzas que componen una sociedad en direcciones opuestas. Es el Estado, su relación de clases, lo que pretende modificarse y con ello la ideología de dominio que lo sustenta.

Por tanto, si bien la economía es un elemento primordial de la primacía de las clases, también existen otros elementos que interaccionan, contribuyendo a un mismo fin, pero la ruptura de los valores económicos y consecuentemente la crisis de todos los demás factores que identifican a una sociedad como burguesa, es el objetivo que debe tener una revolución.

En la lucha por el poder hay sectores que perderán su propia ideología de clase, para asumir la de otra clase. Así, veremos sectores obreros que piensan y actúan dentro del prisma político burgués, pero éste es un fenómeno que no sólo se da en la clase obrera. También surgen grupos minoritarios de la pequeña burguesía que comprendiendo sus roles de instrumentos, se aliarán en principio al proletariado, apoyando y contribuyendo con su accionar al desarrollo de la revolución obrera. Es decir, rompen con su conciencia original pequeño-burguesa, sustituyéndola por una conciencia antiburguesa, mientras que su clase de origen prefiere resignarse a su papel de explotada, de clase social contrarrevolucionaria o vacilante e inclusive admite y cree verdaderamente en su papel, alimentando sus ilusiones con las posibilidades de ascenso social dentro de un sistema que también la explota y al cual nunca accederá.

Son muchas las críticas que podemos hacerle a estos grupos pero es indudable que a pesar de todos los errores que cometen, influyen en la realidad política con su accionar y contribuyen a un proceso general.

Estos sectores, por su posición intermedia dentro de la sociedad, encuentran más rápidamente los elementos de la cultura que les permiten esclarecer su verdadero papel de fuerzas orquestadas. Y así como hay individuos que prefieren ser instrumentados por un poder que sólo comparten en las formas pero, poseyendo esos atributos, que como dijimos lo distinguen de los obreros, de las tareas de fábrica, de todo aquello que hace al mundo de un proletario, existe también una minoría esclarecida que reniega de los valores ficticios de sus iguales y es entonces cuando se pondrá al servicio del proletariado.

Pero son los obreros el verdadero motor inspirador de la lucha revolucionaria y solamente ellos pueden darle el impulso necesario al proceso, cuyo fin es la toma del poder.

Mientras ese choque no se produzca, siempre los desposeídos sufrirán el destino incierto del mañana, sólo cuando triunfen podrán tener la seguridad del irreversible paso histórico hacia adelante, que asegurará sus derechos como hombres, aunque sea necesario el sacrificio de dos o tres generaciones para consolidarse en ese poder.

Pero, también es cierto que cada Nación posee una caracterología propia en su desarrollo como tal, por ello es que si bien existen constantes que están por encima de los hechos particulares, aunque surgiendo de ellos, que se repiten en todo acontecer revolucionario, también es cierto que hay una imposibilidad, aunque más no sea relativa, de trasplantar los fenómenos revolucionarios que se han producido en otros países sin entender previamente las diferencias existentes entre los mismos.

EL PROBLEMA EN LA ARGENTINA: EL EJEMPLO FOETRA

En estos momentos nos interesa fundamentalmente cuál es la senda que transita revolucionariamente la clase obrera argentina y para ello nada mejor que tomar el ejemplo de las elecciones de FOETRA.

Estas elecciones ganadas por la Lista Marrón han demostrado que el compañero Guillán es un fiel y coherente reflejo de la evolución política de un sindicato, pero también que la política sindical es dificultosa en la medida que exista un régimen político que, a pesar de su gran contenido nacional, posee una estructura demoliberal, o mejor semicolonial.

Mientras estas instituciones no sean reemplazadas —y muchos son los poderes internos y externos, que concurren a su subsistencia— todo hecho político que impli-

que un avance real en la política nacional obrera, debe ser reconocido como tal, apartándose de los esquemas teóricos y apriorísticos, y apoyándose en esa realidad, aunque sin perder de vista los grandes objetivos finales.

En primer lugar debemos preguntarnos si el triunfo de Guillán es positivo, y lo es pues cuando un sindicato presenta un programa peronista de lucha revolucionaria y triunfa, podemos estar seguros del movimiento permanente de la conciencia revolucionaria, a pesar de cualquier crítica solapada o manifiesta.

Al mismo tiempo, este triunfo no es un producto puro y exclusivo de la personalidad de Guillán, pues como hemos dicho, un dirigente es representativo en la medida que hace propias las aspiraciones de los compañeros que lo votan. Por ello es que este triunfo demuestra a las claras cuál es el camino que los obreros recorren en su devenir, y aunque la mayoría no lo piense, se dirigen lenta pero seguramente hacia un destino de poder.

Sin embargo, no debe creerse que la cosa es sencilla. Estas elecciones se caracterizaron por lo reñidas, pues, en un principio se presentaron cinco listas, aunque luego tres de ellas sumaron sus votos a la Marrón.

Se atacó fundamentalmente a la lista ganadora, con el argumento falaz de que el gremialismo combativo fue una útil herramienta del movimiento obrero, pero que hoy en día, dadas las condiciones imperantes en el país, no tiene razón de ser su existencia. Esto no es así. Si el proletariado se caracteriza por obtener conquistas de tipo socioeconómico sólo a través de movimientos de fuerza y actitudes de crítica permanente en su labor diario, es esa actitud lo que le permite evolucionar como clase política. Pero, su lucha no termina compartiendo el poder con las otras clases, esto sería una contradicción en sí misma, sino que debe propender a la toma definitiva de ese poder, que es el Estado, para terminar con una sociedad que se caracteriza por la división de clases, y por lo tanto con la existencia de explotadores y explotados.

Perón ha dicho que "la única verdad es la realidad" y nada más exacto. Pero la realidad es una consecuencia de la actividad creadora de las fuerzas sociales y fundamentalmente de las masas trabajadoras. Por ello es inadmisibles una situación de acomodo oportunista con las clases dominantes, un dejar hacer, confiando en un falso determinismo revolucionario y arriando aquellas banderas de lucha que han llevado a los compañeros, adonde hoy en día están.

Perón es un revolucionario. Pero también un político inserto en un complejo de fuerzas a las que tiene que conducir y equilibrar. Es poderoso en la medida que representa el sentir colectivo del obrero y esa es su herramienta de trabajo y, por ende, de presión política. A su vez, esto es un producto de la combatividad de los trabajadores. Por lo tanto es fácil deducir que Perón podrá profundizar un proceso revolucionario —en este momento pacífico— sólo si cuenta con los medios apropiados; y la existencia del llamado "gremialismo combativo peronista" es uno de esos medios. La existencia de gremios que se oponen a conducciones que velan por su propio interés y no por el interés de la clase obrera, no sólo es necesario, como instrumento político en lo inmediato, sino fundamental como elemento ideológico en lo mediato.

Un compañero de FOETRA, y no podía ser de otra manera, ha definido y sintetizado perfectamente bien esta cuestión cuando ha dicho: "La gran mayoría de los compañeros quiere una política de la clase obrera, dentro de la clase obrera y para la clase obrera".

Nada más justo.

IDEOLOGIA - POLITICA - GOBIERNO

Pero el triunfo de Guillán no puede ser juzgado como un hecho aislado de un contexto general, sino que debe ser entendido dentro de ese contexto y esto nos lleva a hablar del gobierno peronista.

La política no es una cuestión sencilla, sino que, por el contrario, es la manifestación de un complejo de fuerzas

opuestas y la tarea de un político no es solamente la prosecución de un fin determinado, sino que esas múltiples fuerzas, puedan ser manejadas más allá de las implicancias ideológicas que cada una de ellas contiene, para forzar así, la concreción de los fines establecidos.

En un país como la Argentina en donde conviven, una oligarquía de origen terrateniente, aunque venida a menos, una poderosa burguesía industrial y también ganadera, heredera tanto económica como políticamente de la oligarquía, y una clase media con enormes anhelos de emulación, es indudable que al Gobierno del General Perón y en especial a este último, le es muy difícil profundizar un proceso revolucionario sin previamente lesionar los intereses de esas clases.

Si entendemos esto, comprenderemos el porqué de la política de Perón. Son los hechos quienes lo limitan, o sea la realidad, y lo subordinan a actuar tal cual lo hace. No olvidemos que un político piensa la ideología como una consecuencia de la política, creando una relación en la cual esa ideología se transforma, pero subordinada a los factores reales en estado de cambio.

Sin embargo, una ideología es su esencia, no admite la flexibilidad, por eso su instrumento de concreción práctica es la política y ésta depende de los hechos y sus protagonistas. Así podemos decir, que la política es un juego de avances y retrocesos que tiene un fin, la conquista aunque sea mínima, de un escalón ideológico, a pesar de que aparentemente los resultados aparezcan sólo como políticos, pero no debemos olvidar que existe una interacción permanente entre ambos elementos, y aunque la teoría sin práctica es vacía, la práctica sin teoría es ciega. Es por ello que los fines políticos variarán acorde con las circunstancias, en cambio, los fines ideológicos no. Los primeros son medios, los segundos metas.

Así, si bien no puede existir una política que no esté previamente caracterizada ideológicamente por un contenido de clases, la primera admite concesiones, que a la vez, permiten avanzar revolucionariamente, sin recurrir necesariamente a las armas aunque el resultado final dependerá de ellas.

En síntesis, se produce una interacción entre ambos elementos y muchas veces una actitud política, parecería retrotraer lo ideológico, y aunque esto sucede, ese retroceso es momentáneo, pues se concede políticamente en lo inmediato, para obtener en lo mediato el fin histórico propuesto.

Perón está obligado a hacer concesiones políticas y, por ende, ideológicas, en la medida que ello le permita avanzar un poco más en la toma de conciencia de las masas, a pesar de parecer esto contradictorio, y la prueba está dada por la existencia de un gremialismo combativo. Perón sabe, perfectamente bien, que el mundo marcha hacia el socialismo, pero también sabe la sangre que ello cuesta, de ahí que todos sus pasos estén dirigidos a coordinar, aunque más no sea transitoriamente, la mayor cantidad de fuerzas posibles a través del Pacto Social y la consolidación previa del Estado soberano.

Este Pacto no es otra cosa que una denominación de lo que podemos definir como alianza transitoria de clases y no será la primera vez que una clase deba apoyarse en otra para acceder al poder.

Así, podemos negar o aprobar dicha alianza, considerarla necesaria o no, pero hoy se ha demostrado como el único camino viable para el desarrollo de una política nacional. Por eso debe aceptarse la existencia del Pacto como una manera de integrar fuerzas que de otra forma serían irreconciliables y que por el momento responden al objetivo de Perón, la Liberación Nacional, como paso previo a cualquier otro que necesariamente deberá profundizar esta concepción política.

Sólo es posible la existencia de un estado revolucionario cuando se han dado las condiciones mínimas que aseguren su supervivencia. No es suficiente un sentir revolucionario, es necesario también que las circunstancias permitan su consolidación, pues una revolución que no tiene el apoyo total de las masas está destinada al fracaso.

POLITICA NACIONAL E INTERNACIONALISMO

La Argentina, por su importancia estratégica, al igual que los demás países hermanos, deberá soportar todo el peso de la ofensiva imperialista. Es Estados Unidos el país que se destaca dentro de este contexto, y prácticamente sólo le queda, como coto de caza, estas regiones, pues su poder mundial como metrópoli colonizadora día a día se debilita.

Veamos por ejemplo lo que ocurre con los países árabes a los cuales presionan desenfadada y abiertamente con la ocupación armada. Los árabes, a su vez le han replicado con la amenaza de minar sus campos petrolíferos, esto es volarlos si la prepotencia norteamericana pretende concretarse.

Es por eso que Estados Unidos volcará —y de hecho lo hace— todo su poderío en el sojuzgamiento de estos países. Y si no miremos a Chile o Brasil, como dos caras de una misma moneda que demuestran a las claras el grado de barbarie que caracteriza a estos amos del norte, estos "fenicios de la historia", como se los ha definido.

La cuestión revolucionaria no es un problema que sólo se debate dentro de las fronteras internas. Desde el momento que el imperialismo se caracterizó por ser un sistema de dominación y hegemonía mundial de unas naciones sobre otras, la revolución no se desarrolla sólo internamente, sino que por el contrario, todas las políticas nacionales están insertas en un contexto internacional y si bien, para comprender el problema deberíamos plantear las diferencias entre naciones colonizadoras y países colonizados, daremos por supuesto que son conocidas pero haremos hincapié en una cuestión; la lucha por el poder no se desarrolla sólo contra las clases colonizadas, sino también contra todo el aparato internacional que las sustenta.

La existencia de clases colonizadas debe entenderse como una relación de causa y efecto. En la medida que un grupo social no puede sobrevivir en su papel hegemónico por sí mismo en un país colonial, al poseer una determinada caracterología económica y mental, queda obligado a subordinarse a la economía del país colonizador. Así, la Argentina que hasta 1945 es el país agro-exportador por excelencia, no puede prescindir —hoy mismo— de sustentos antinacionales, pues las clases ricas, dependen de Inglaterra, debiendo basarse en la economía inglesa, para subsistir no sólo económica, sino también políticamente.

De ahí el apoyo que brinda el capitalismo del país colonizador al capitalismo dependiente de la colonia, ya que el primero dependerá del segundo para ser tal.

También la sociedad de la metrópoli está dividida en clases, pero existe una diferencia fundamental: las clases productoras están menos enfrentadas con las clases dominantes porque reciben las migajas de la explotación colonial en la medida que su existencia se caracteriza por un alto nivel de vida y dependen del sistema explotador imperialista para subsistir en ese nivel.

Una nación imperialista, entonces, también presenta explotadores y explotados, pero por su posición socioeconómica diferente serán cómplices de la dominación colonial, por más que internamente se produzcan crisis periódicas a través de grupos marginales, aunque minoritarios, que no ponen en peligro al régimen establecido, desde el momento que no hay una verdadera crisis englobando y cuestionando al sistema, etapa que sólo puede resultar de una pérdida de la hegemonía económica mundial, etapa cuyo paso previo y desencadenante es la liberación de aquellos países subordinados a la órbita económica del imperialismo y por ende dependientes.

El hecho de que Estados Unidos haya reemplazado a Inglaterra en el proceso imperialista, respecto a la Argentina, se explica por una contradicción del capitalismo. No sólo de la revolución industrial nace la clase que lo destruirá como sistema de vida, sino que al deber coexistir los países capitalistas, se produce una lucha interimperialista por la dominación de las colonias y de la cual sale triunfante el país económicamente más poderoso.

En ese momento, el país perdidoso entra en crisis, pues ha sido privado de su sustento internacional, tanto para la adquisición de materia prima, obtenida con una barata mano de obra, como también por la pérdida del mercado para la colocación de capitales y productos elaborados. Este fenómeno, repetido en las diversas zonas del globo donde ese país tiene intereses, lo lleva a racionar su propia economía interna, con los consiguientes perjuicios para las clases productoras, que vuelven a vivir épocas de inestabilidad. Tal es la situación que, por ejemplo, está pasando Inglaterra.

Por lo tanto, todo proceso revolucionario en un país dependiente se caracteriza entonces porque la oposición socioeconómica se desarrolla a través de tres planos diferentes aunque interaccionados:

1º) Contra la clase dominante, nativa y colonizada; 2º) contra el sustento colonizador de esa clase o sea, el capitalismo como sistema económico internacional y 3º) contra los sectores de las clases medias menos poderosas económicamente, pero aliadas —a pesar de sus valores ficticios— con las anteriores.

Esa lucha posee dos planos, uno interno y otro externo. Este último está dado por la existencia de países imperialistas, entre los cuales se destaca por su enorme peso histórico, aunque decadente, los Estados Unidos. El primero está representado por todos aquellos países que han sido satélites, pero que hoy luchan por su liberación y la Argentina es uno de ellos.

En estos momentos el imperialismo permanece expectante —por lo menos en lo manifiesto— respecto al gobierno peronista, pero en la medida que se toquen los intereses de las empresas extranjeras monopólicas, paso que inevitablemente deberá dar Perón, será ese el momento en que Estados Unidos y sus aliados nativos lo volverán a enfrentar. Sería pecar de ingenuos creer que Perón satisface al imperialismo. Por el contrario, el objetivo es la desaparición del General Perón. Pero, no sólo Perón no se muere, sino que además las masas le responden y si bien es cierto que los grandes hombres también perecen, ya nada puede detener el avance revolucionario nacional y mundial de los pueblos del TERCER MUNDO.

Ser libres y soberanos no implica desinteresarse de los demás pueblos. Al contrario, el mundo moderno impone la necesidad del intercambio de bienes. Por lo tanto, lo que negamos es la explotación inhumana que subsume a los más en objetos productores de riquezas y a los menos en torrentes de abundancia estéril, cuyo destino es producir y reproducirse para sus amos sobre la miseria de los pueblos, en una carrera de guerras despiadadas.

Lucrar es el lema del capitalismo y ganar en función de los humildes y explotados, que nada pueden vender más que las fuerzas de sus brazos. Hoy el proceso final de la revolución contra el imperialismo entra en una marcha acelerada, pero también el tiempo humano cumple su ciclo inexorable. Esto nos desespera y angustia, más el destino del hombre está por encima de cada uno de nosotros y de las propias miserias, pero más tarde o más temprano el capitalismo perecerá en las propias contradicciones que ha engendrado. Entonces, habrá llegado la hora de un mundo sin explotadores ni explotados.

B. A.

El Lisandro de la Torre del 59:

bastión de Resistencia Peronista

Conversación con el compañero Sebastián Borro

P. y L. — En el marco de las luchas populares, para la comprensión y la ubicación histórica de lo que significó la Resistencia es indispensable conocer al Lisandro de la Torre.

Sobre ello, y sobre usted como protagonista nos interesa su respuesta, partiendo de la circunstancia histórica y política de aquel momento.

S. B. — La lucha que se desarrolló en el Lisandro de la Torre no fue una lucha en defensa de salarios sino en defensa del patrimonio nacional. No sé si habrá habido anteriormente algún acto de protesta, alguna lucha que se desarrollara basada en esos principios; yo como hombre del movimiento justicialista no necesité recibir directivas, ni tampoco los representantes que me acompañaban, directivos, delegados y obreros, para defender el patrimonio nacional, lo cual está consubstanciado con nuestra doctrina justicialista y de hecho el dirigente que dice que es tal tiene que defenderlo. Así, espontáneamente, ante el amago del presidente Frondizi —para mí, traidor a la patria, señor Arturo Frondizi— de entregar las riquezas del país, se dio la respuesta. Fue tan espontánea que el mismo día de enero en que Frondizi, en una reunión que se realizó en Olivos, llamó a los legisladores y les entregó el anteproyecto para que sea tratado el día martes en la cámara de diputados, nosotros organizamos una manifestación de protesta con los 9.000 trabajadores y el pueblo que nos acompañó, ese pueblo maravilloso que siempre está en la lucha, en la liberación total de nuestro país, que se solidarizó de tal manera que éramos miles y miles más. Una gran cantidad de dirigentes, delegados, directivos y afiliados nos introdujimos en el Congreso de la Nación; en cada uno de los bloques hubo una representación nuestra para preguntarle a los legisladores cuál era la posición a adoptar.

P. y L. — Perdón compañero, para la ubicación de quienes no conocen el problema especí-

fico ¿en ese momento se estaba debatiendo la cuestión de la carne?

S. B. — La ley de carnes era la entrega del frigorífico L. de la Torre. El art. 1º decía arrendamiento y con prioridad privatizar, entregárselo a CAP, una empresa que considero antinacional, y así la considera todo el mundo, porque a través de los años que tiene en nuestro país ha demostrado que es una empresa antinacional. Detrás de esto, por supuesto, estaba el capitalismo norteamericano. Frondizi necesitaba la ley de carnes para viajar unos días después a Nueva York, necesitaba la ley para que allá los amos tuvieran la garantía de que Frondizi iba a negociar; la CAP era un puente. Fijese que días antes del anteproyecto me viene a visitar el presidente de la CAP, señor Busquet Serra, y me ofrece dinero para comprar la conciencia de mis compañeros y a la vez comprarme a mí. El resultado lo sabe todo el mundo... la espontánea decisión nuestra de sacarlos de nuestra organización sindical y echarlos como a perros, diciéndoles que la conciencia de los trabajadores no puede comprarla ningún explotador. Ellos decían que nos iban a garantizar las horas de trabajo, que nos iban a dar la dirección y además ofrecían aproximadamente 25 millones de pesos, un millón para cada directivo, cosa que fue rechazada total y espontáneamente por todos los directivos. Como comentaba antes, el martes se realiza la concentración y como había tanta efervescencia fuera y dentro de la cámara de diputados, el señor Gómez Machado (serían más o menos las 12 de la noche) nos reunió en una parte del Congreso, delante de los periodistas y manifiesta que la ley no se va a aprobar hasta que nosotros no habláramos con Frondizi, el Presidente de la República, lo cual ocurriría al otro día a las 4 de la tarde, destacando que la ley de ninguna manera se iba a aprobar porque el presidente lo había llamado por teléfono y le había dado instrucciones precisas para que allí no se apro-

para ninguna ley. Realizamos una manifestación desde Congreso a Plaza Once y luego desconcentramos a los compañeros. Los muchachos se fueron pero yo volví al Congreso para hablar con los representantes de los distintos bloques, entre ellos, Perette, Rodríguez Araya y otros más, para que no formaran quorum en caso de que fuera una maniobra. Ellos garantizaron que no. La sorpresa nuestra fue cuando nos retiramos de ahí. Serían las 4 ó 5 de la mañana, yo llego a casa y como hacía varios días que no dormía, me acosté; al rato mi esposa me despierta comunicándome que la ley de carnes se había aprobado. Es decir, que esperaron la desconcentración, que nos fuéramos todos nosotros para aprobar la ley; hasta había ido a aprobar la ley gente inválida llevada con sillas de ruedas.

P. y L. — Era un congreso donde no había una representación del Movimiento Nacional Peronista.

S. B. — Por supuesto; no había ningún representante peronista ni neo-peronista. Se aprueba la ley e imagínese la respuesta espontánea nuestra. Salimos del frigorífico impotentes; como teníamos a las 4 la reunión con Frondizi llegamos a esa hora de la tarde a Olivos, nos encontramos con un señor de las Fuerzas Armadas que está a cargo de la guardia, y se da el diálogo así:

—Señores ¿qué desean?

—Venimos para una entrevista con el señor Presidente.

—Ustedes no están entre las personas que tienen audiencia.

—Dígale al señor Presidente que está Sebastián Borro con los representantes de la Asociación Gremial del personal del frigorífico, que teníamos audiencia para las 4 de la tarde."

Se comunica por teléfono, Frondizi dice que no hay ninguna audiencia. Yo reaccioné violentamente, los periodistas son testigos. "Dígale a ese señor que teníamos una audiencia, que ayer le comunicó el señor Gómez Machado y le ha dicho delante de los periodistas presentes aquí, y ellos son testigos; dígame a ese señor que no juegue con los trabajadores, que la audiencia tiene que concederse." Frondizi sigue diciendo que no tiene nada que ver, que vayamos a verlo a Allende, que era ministro de Trabajo y a Eleuterio Cardozo, que era en definitiva con el que teníamos que conversar para resolver el problema de la carne.

Con el tiempo nos dimos cuenta que Eleuterio Cardozo era el que había participado en la redacción, junto con Frigerio, de la Ley de Carnes, porque la ley de Carnes tiene otros rubros, otros artículos que establece que hay un beneficio de millones de pesos por el faenamiento, por la exportación, una serie de cosas que hacían que el gremio de la carne se beneficiará con 15 ó 12 millones de pesos mensuales. Entonces a Cardozo le interesaron más los 12 millones que la estabilidad del personal y la defensa del patri-

monio nacional. Eso lo ignorábamos nosotros, pero lo supe en una visita que hice a Madrid en el año 60, un año después de la huelga. Pero sigamos. Como ahí en la residencia de Olivos no había otra alternativa, concurrimos luego a verlo al Ministro de Trabajo, y nos recibió Allende.

P. y L. — ¿Entonces Frondizi no los recibió?

S. B. — No. Nosotros nos habíamos exaltado un poco, habíamos dicho unas verdades. A Frondizi le habrá interesado un pepino, porque era característico de él ser un desfachatado. Fuimos a verlo a Allende; él no conocía nada del problema de la carne, nos dice la verdad y también que nos comuniquemos con el Presidente a ver lo que pasaba. Nos dio media hora de plazo, fuimos a la Federación de la Carne. Allí hablo con Cardozo y le digo: "Che, ¿qué pasa? Frondizi dice que teníamos que venir acá cuando teníamos una audiencia allá". Nos contestó: "lo único que sé es que hace un rato vino Coordinación a buscarlos a ustedes."

Entonces tuvimos la idea de que Frondizi nos mandaba presos y yo le digo: "Acá da a entender que vos tenés que ver con todo esto, porque no es posible que tenemos que tratar con el Presidente de la Nación un problema y lo derive a vos que sos un dirigente gremial como cualquier otro, pero no de nuestro gremio sino del gremio de Uds.". Era de la Federación, secretario de la Federación de Carnes, a la cual nosotros no estábamos adheridos; entonces, no hubo nada más que hacer. Fuimos a ver a Allende de nuevo, y ya no nos atendió, es decir que era una maniobra para dilatar todo. De allí fui a verlo a Avelino Fernández, miembro de las 62 Organizaciones, para que concurren junto con otros compañeros de las 62 a la Asamblea que ya estaba constituida, a la espera de la información que les diéramos nosotros de la reunión con Frondizi. Al informarle a la Asamblea lo que había ocurrido, la reacción fue espontánea, la gente decidió la ocupación del frigorífico Lisandro de la Torre, hecho que ocurrió el día miércoles 14 de enero, más o menos a las 12 de la noche. Se ocupó el frigorífico, pero había que trabajar al otro día, es decir realizar la faena normal. A partir de ese momento comienza el movimiento de los intermediarios, de los influyentes que querían buscarle solución al problema; entre ellos Niceto Vega, Jefe de Policía que era familiar de Frondizi; el señor Fernández, director del frigorífico, buscaban la manera para que Borro conversase con Frondizi, pero ya la ley se había aprobado. Así Niceto Vega se comunica por teléfono conmigo, más o menos a las 2 de la mañana y me dice: "Mire Borro, yo soy intermediario, usted mañana a las 4 de la tarde será recibido por el Presidente Frondizi". Le digo que es lamentable que me reciba el señor Presidente luego de haberse aprobado la ley. "Bueno, me dice, Ud. sabe que yo estoy trabajando en esto." Al otro día vamos a Olivos, entramos, conversamos con Frondizi, quien me dice:

"—Ustedes dirán.

—En primer lugar, señor Presidente, yo quisiera que en esta reunión estuvieran presentes los representantes de las 62 Organizaciones, a la cual estamos adheridos, hay dirigentes en la puerta; quisiera que pasaran a este recinto para discutir el problema."

Me contesta que no hay ningún inconveniente e hizo pasar al compañero López, de panaderos, a Jorge Di Pascuale y a Avelino Fernández, además de 7 u 8 directivos de la Asociación Gremial del personal del frigorífico.

Una vez que llegaron ellos, insiste: —"Usted dirá, Borro.

—Bueno, lo que digo yo, señor, es que ninguna investidura, por más grande que sea, tiene el derecho de burlarse de los trabajadores, ni a usted ni a nadie vamos a permitir que se burle de los trabajadores. Usted le ha mentado a los trabajadores junto con Gómez Machado, y yo vengo en representación de esos trabajadores a decirle que esa falsedad no se la vamos a admitir porque nosotros venimos a defender aquí lo que usted entrega. Usted va a viajar a EE.UU. con la ley de Carnes, que la necesitan allá, mientras las manos callosas de los trabajadores se aferran a los barrotes diciendo 'Patria sí, colonia no'. Quiere decir que es distinta su representación como presidente que tiene la obligación de defender a la patria, a la auténtica representación que tienen los trabajadores y defienden este patrimonio nacional.

—"Bueno, la historia y el pueblo dirán, la ley es la ley".

—"Pero bueno, le contesto, la ley se aprobó engañando a los trabajadores. Usted tiene un anteproyecto en el cajón en el cual nosotros le damos soluciones al problema, y a usted le interesó entregar la carne a una empresa privada antinacional, pero no se lo vamos a permitir, usted viajará a los EE.UU., pero va a viajar con el país parado, porque le vamos a parar el país crea o no crea, y eso de que la historia dirá, la historia aquí se escribe también de cualquier manera, yo he leído muchas cosas, y me estoy dando cuenta que al verdad es otra. Y usted habrá leído, lo lamentable de usted es que habrá leído mucho más que yo, tendrá más intelectualidad, pero para traicionar al pueblo y no para defender los intereses del país, y nosotros que somos simples trabajadores, con una mediana cultura, tenemos eso que le falta a usted, conciencia en defensa de la patria, y en cuanto a lo que el pueblo dirá, le propongo, acompañeme a Mataderos, allí está el pueblo y le va a decir lo que piensa de usted.

"—Bueno, dirá lo que usted dice."

"No, el pueblo dice lo que siente y yo también digo lo que siento porque yo también soy pueblo, así que váyase a EE.UU., entregue la riqueza del país, el pueblo le responderá. Pero tenga la plena seguridad de que el pueblo argentino va a respaldar esta lucha heroica en defensa del patri-

monio nacional. Usted va a viajar con el país parado (iba a viajar el sábado), entonces Avelino Fernández toma la palabra y dice: Mire, Presidente, yo estuve en la asamblea ayer y esto va a tener consecuencias graves.

P. y L. — ¿Cuántas personas había en la asamblea?

S. B. — Nueve mil personas, por unanimidad se resolvió la ocupación. Avelino Fernández, por haber visto la reacción de la gente, la espontaneidad, le dijo a Frondizi eso de las consecuencias. Frondizi le contestó: "Mire mocito, por lo que he sufrido, porque tengo más edad, no me pueden intimidar sus manifestaciones". Entonces retomé yo la conversación: "¿Por lo que sufrió usted? Qué pudo haber sufrido, si cualquiera de los que está aquí ha pasado meses en las cárceles del sur del país por defender la patria, por ser idealista y usted habrá estado preso 48 horas por haber agarrado una tribuna o insultar a Perón, a Evita o difamar. ¿Que tiene más edad? Fijese este señor Rivas tiene mucha más edad que usted y con el silencio ha demostrado que tiene más seriedad, no se puede hablar de la manera que habla usted. (Fernando Rivas era el Secretario de Cultura de nuestra Asociación Gremial, un hombre correcto, de lucha). Y sigue Frondizi: "Bueno, en definitiva la solución estará cuando yo vuelva de EE.UU. Pero con la base de que la ley es la ley." Le digo: "Pero con esa base váyase a EE.UU. y quédese allá, qué me viene con el planteo ése, lo que pasa es que es característico en usted tener esas actitudes contra el pueblo, pero el pueblo le va a dar la posición fija, firme de lo que piensa sobre usted." Bueno, la discusión fue breve. Yo no había conversado nunca con él, fue la primera y última vez que lo hice. Me pareció que si bien tenía una capacidad extraordinaria, la utilizaba para el mal y con una desfachatez terrible, es decir, que no tenía la responsabilidad de un gobernante del pueblo.

Se terminó así la reunión, no había más que tratar; lo saludamos y Barilari le dice "que tenga un feliz viaje". Fijese cómo cambian las personas al verlo al presidente. Cuando veníamos en la camioneta, este mismo muchacho Barilari decía: "Por qué no se caerá el avión y éste juntos", y ahora le deseaba feliz viaje.

Quizás en estos momentos me olvide de otros detalles, por los años, pero la intención de él era comprar nuestra conciencia, mandó a otros señores y después en su despacho quiso hacer aparecer que la ley era una cosa justa. Lamentablemente hoy el pueblo está pagando las consecuencias de la entrega del Lisandro de la Torre. Se entregó no sólo el frigorífico, que se lo vendieron a la CAP en 380 millones, de los cuales pagó el 10 %, y a los 15 días el gobierno, la cámara de diputados, apoyó una subvención de 500 millones a la CAP, que jamás pagó.

Y ese frigorífico vale miles y miles de millones, porque tiene 50 cámaras frigoríficas que no hay en toda América, se podían faenar 9.000 vacunos diarios, 3.000 ó 4.000 cerdos, 5.000 lanares, además tenía todo el campo, 30 cuadras hacia abajo, hacia el sur, tenía también hornos... El resultado está a la vista: una empresa antinacional, explotadora, un campo de concentración, aumentaron las horas laborables, se suprimieron conquistas sociales, funciona actualmente con un personal de 1.500 personas, de 9.000 que había, no se faenan cerdos ni lanares, al personal que trabajaba en playas cuando no tenía otra cosa que hacer, lo obligan a trabajar de albañiles, una serie de cosas, y los dirigentes no respondieron a la altura de los acontecimientos, me refiero a los que sucedieron a nuestra conducción.

Cuando terminamos la reunión concurrimos a la asamblea y yo expliqué textualmente lo que había pasado. La asamblea resuelve, además de mantener la ocupación, la huelga por tiempo indeterminado. Cuando se realiza eso, Niceto Vega, el Jefe de Policía, se molestó porque consideraba que se alteraba el orden. Me cita a su despacho a eso de las 5 de la tarde del viernes 16 de enero, me manifiesta que él consideraba que se estaba alterando el orden y que en el gremio, en la Asamblea, se había debatido el problema con la participación de comunistas y socialistas. Yo le dije: "Al gobierno de Perón se le ha criticado mucho que no aplicaba la democracia sindical, cosa que no comparto, pero si no hubiera sido así, yo la aplico, porque en nuestra asociación va a hablar todo aquel que tenga un carnet que diga 'afiliado', sea comunista, socialista, radical, lo que sea y usted sabe muy bien que en el frigorífico el 90 % es peronista y no me venga a mí con que hablan los comunistas; esa es la argumentación que tiene usted ahora para aplicar la represión y querer castigar a los trabajadores. Si habló un comunista, a mí no me interesa, el comunista puede hablar, yo lo voy a defender y voy a defender al socialista, al radical, al peronista, a todo el que sea. Si usted no practica la democracia la voy a practicar yo; como dirigente gremial voy a hacer lo que me corresponde, con la representación que tenga y con las resoluciones que toma el gremio."

Ahí terminó la reunión; nos fuimos a las 62. A las 10 de la noche nos llamó Valdovinos, y ahí presente estaba Birme, que era un dirigente bancario colaborador del Ministerio de Trabajo que estaba con Allende. Me dicen que ellos después de analizar el problema, así se expresó Valdovinos, habían resuelto declarar ilegal la huelga y me llamaban a mí para conversar. Yo le dije aproximadamente esto: "Es lamentable que usted me diga que analizaron el problema; usted no sabe nada de lo que pasó con la huelga en el Lisandro de la Torre, porque a usted lo habrá llamado Frondizi de Olivos y le habrá dicho hay que declarar la huelga ilegal, y Usted me llamó para que yo le firme una ilegalidad. Usted está loco si cree

que se la voy a firmar; esto es lo más legal que se puede hacer: defender el patrimonio nacional. Si usted es cómplice de Frondizi quédese con Frondizi, no me venga a mí con esto. Terminó así la conversación, volvimos a las 62 y a eso de las 2 de la mañana (estábamos en reunión plenaria permanente) me llaman del frigorífico Lisandro de la Torre, diciendo que el señor Larroude, de la Subsecretaría de Defensa, quería hablar conmigo. Llamo por teléfono a Larroude, quien me estaba esperando en su despacho y me dice que concurre allí con los dirigentes del gremio. Le insistí que los dirigentes de las 62 iban también, aunque él prefería lo contrario. Al fin a esa reunión nos acompañó Avelino Fernández, Jorge Di Pascuale, Amado Olmos y el muchacho López. Estaba el señor Larroude con un grupo de militares de distintas armas, veo a uno de civil, lo saludo, y él me dice: "Antes de movilizar a los ferroviarios y a los petroleros los llamé..." Le interrumpí: "Ustedes nos quieren movilizar... si es así, háganlo ya. Ustedes se creen que nos van a intimidar y vamos a levantar el paro. Usted que es de las Fuerzas Armadas —no, yo no soy de las Fuerzas Armadas, dice Larroude—. "Ah, bueno, como es el Subsecretario de Defensa, perdóneme, pero a ustedes señores, que les han legado un uniforme, y están escuchando en silencio a este señor que dice que va a movilizar a los trabajadores, ustedes tienen que servir para defender la soberanía de la patria y son cómplices de permitir que se entreguen las riquezas naturales, en este momento se va a entregar lo que es la esencia de lo que es la carne, mercado, frigorífico, todo, y ustedes con su silencio son cómplices. Señores de las Fuerzas Armadas, movilizan, asesinan, persiguen, y ustedes con este silencio, que es lamentable; la bandera argentina tiene que tener el orgullo de tener hombres en las Fuerzas Armadas que defiendan a la patria, al pueblo". Le puedo asegurar que ninguno de esos de las Fuerzas Armadas dijo una palabra, parecía una junta militar con uno en el medio que determinaba. Hablé 20 minutos, la verdad es que me emocionaba y puse tanto énfasis que podía pensar que me podían mandar preso. Pero fíjese que lo que estaban tratando era demorar la reunión, porque mientras estábamos hablando ahí iban los tanques para el Lisandro de la Torre, iban las tropas para ocuparlo. Habló después Olmos, Di Pascuale, Saavedra, dirigente del frigorífico, habló una cantidad de gente con la misma decisión mía, con la misma altura, con el mismo patriotismo y esos señores de las Fuerzas Armadas y ese mismo señor Larroude nada, no contestaban nada. No conocía a nadie físicamente; sé que eran hombres de las 3 fuerzas armadas. Decían que eso lo manejaba Raimúndez, a quién conocí mucho después. No creo haberlo visto en esa reunión, pero era el Subsecretario de Guerra y él me confesó que había determinado por orden del Presidente de la República el envío de las tropas, y que uno de los que manejaba un tanque era el que después fue jefe de

policía, Cáceres Monié; esto me lo dijo el señor Raimúndez a mí y lo ratificó públicamente.

Cuando volvemos a la sede de las 62, serían las cuatro de la mañana, me comunican del frigorífico que ya los tanques estaban rompiendo los portones y estaban ingresando en el frigorífico. Claro, me habían estado alejando del lugar donde yo podía ser el hombre, sin jactancia ninguna, que podía conducir.

Acá se ha hablado mucho de que la huelga fue manejada por fulano, mengano, no, la huelga la han hecho los trabajadores del frigorífico por decisión unánime y espontánea a la cual se adhirió todo el pueblo argentino, al que le tenemos que agradecer eternamente, no hay ninguna duda. Se paralizó el país, eso es claro, pero que la huelga la hemos hecho todos los trabajadores del frigorífico con la adhesión del pueblo, también es claro. Nadie manejó nada; que hubo colaboración de gente política, de W. Cooke, de otra gente, de otros compañeros que se han sumado, de la Universidad, la Facultad de Derecho, Ciencias Económicas, estudiantes, empresarios, todo el comercio de mataderos, no hay duda, pero la huelga se realiza por la injusticia que se comete con la entrega del patrimonio nacional y con una espontaneidad tal que yo no me puedo olvidar jamás de eso. Después que entraron los tanques y que el personal fue desalojado, la mañana siguiente al 17, en todo el pueblo de Mataderos, en 40 cuadras a la redonda, había barricadas hechas por ancianos, mujeres, pibes, se paraban tranvías, coches, era una ciudad abierta, eso era terrible.

P. y L. — Compañero, nos interesa también conocer su experiencia en la cárcel.

S. B. — La experiencia que he tenido en la cárcel, habiendo estado en ella bastante, es la siguiente: la cárcel temple a los hombres idealistas, temple a los hombres que tienen principios y doblega a aquellos que están en otra cosa. Yo he conocido la cárcel por primera vez en mi vida en 1956, en febrero, por segunda vez el 9 de junio, luego al fin del 56 hasta el 57 en Río Gallegos, donde la compartí con el grupo que pudo fugarse, Jorge Antonio, Cámpora, Kelly, Espejo y otros tantos, William Cooke también; luego estuve en Las Heras, Devoto, departamentos de policía, allí usted conoce quien es auténtico porque en la adversidad es donde se conoce a la gente. En la cárcel conocí a gente que mantuvo sus principios, su idealismo, su lealtad a la causa y he visto a otros que la han desvirtuado. Precisamente aquellos que en el gobierno de Perón estaban usufructuando cargos y perjudicaban al pueblo.

P. y L. — Compañero, como antiguo militante del movimiento sindical peronista, quisiéramos saber cómo ve al vanderismo.

S. B. — Con respecto al vanderismo le puedo decir lo siguiente: Augusto Timoteo Vandor, un

hombre muy pícaro, de mucha intuición, cuando comenzó a tomar las riendas del Movimiento tenía en su contra alguna gente leal, entre quienes me encontraba. Peleábamos contra Augusto T. Vandor porque él estaba tratando de formar su equipo, su organización no precisamente para defender a Perón y al peronismo, lo que quería era heredar la conducción de Perón, haciendo aparecer allá por el 59 que Perón estaba chocho, de que era un hombre que ya no daba más, que no podía conducir. Ellos se consideraron los políticos herederos del Movimiento, y querían llevarnos a otro terreno; además Vandor en forma oficiosa hacía reuniones con los militares, con los empresarios, con los gobernantes de turno llevándoles lo que nosotros debatíamos y discutíamos. Fíjese que precisamente los que no fueron a la cárcel eran ellos. Vandor, creo que desde que yo lo conocí debe haber estado un mes en la cárcel, por la huelga del frigorífico. Allí sí actuó bien, y habrá estado en el 55 un par de meses, pero luego jamás, en todos los gobiernos dictatoriales sucesivos, gobiernos que estaban contra el pueblo, y ellos no sufrieron las consecuencias que sufrieron otros muchachos honestos. El vanderismo es un molde hecho por Vandor que ha quedado. La gente que lo maneja ahora no tiene la intuición ni la picardía de Vandor aunque crean que pueden controlar la cosa, pero estoy convencido de que eso ya termina en el país. Ya ha terminado, por más dinero, por más propaganda, aquí en el Movimiento hay un solo líder que se llama Perón.

P. y L. — Compañero, el general Perón ha afirmado en la Hora de los Pueblos, que entre las formas de infiltración que se dan en el Movimiento está la de aquellos dirigentes sindicales que son fácilmente captables e instrumentables por el imperialismo en nuestro país, ¿usted qué puede decirnos al respecto?

S. B. — Lamentablemente nosotros tenemos un déficit en la conducción sindical, hoy ese déficit se llama comúnmente la burocracia sindical. No hay ninguna duda que lo que dice el general Perón hay que ratificarlo. Quien deja el país en 1955, sufre difamaciones, calumnias, exilio y a los 18 años vuelve cuando quiere él y es presidente, ha demostrado que es un genio de tal naturaleza que sus manifestaciones y sus hechos son de tal magnitud que no se pueden poner en tela de juicio. Hay déficit en la conducción sindical y gente que sirve al imperialismo, gritan "Viva Perón", pero hacen todo lo contrario de lo que el peronismo necesita, gritan justicia social y están explotando a los trabajadores; no hay ninguna duda que lo que dijo Perón es la realidad y se refiere a esos dirigentes.

P. y L. — Compañero, el Lisandro de la Torre marca un hito en el proceso, en la lucha por la liberación nacional, pero hay otras dos grandes

fechas que están presentes en la historia del Movimiento, son el 17 de Octubre y el Cordobazo.

S. B. — El 17 de octubre es la reacción del pueblo para rescatar a su líder, para restituirlo al gobierno y sacarlo de las garras de la oligarquía. El 17 de octubre fue la jornada histórica de un pueblo que rescata a su Coronel, a su líder, quien le había dado la esperanza de que tuviera una dignificación total. El Cordobazo es otra lucha que se produce en el 69, 10 años después de la huelga del frigorífico, es una lucha que no puedo calificar de más brava, de más trascendencia que la del frigorífico, pero sí una lucha auténtica de pueblo, donde dirigentes gremiales conducen acompañados por el pueblo, y cuando el pueblo ve que hay gente que conduce y da ejemplo, lo acompaña, ese es uno de los resultados de nuestra huelga del 59 y resultado de la huelga del 69, de mayo, con el famoso Cordobazo, las dos fechas históricas.

P. y S. — *Compañero, usted acaba de protagonizar un episodio realmente trascendente en lo que hace a la política nacional, cuando un funcionario designado ya por el gobierno popular al frente de la intendencia de Buenos Aires tiene un conflicto con los trabajadores y usted se transforma en el líder que conduce ese enfrentamiento ¿a qué se debe la solidaridad que recibe del resto de los trabajadores municipales?*

S. B. — Es por lo siguiente: yo entiendo —así lo entendemos todos los que tenemos un poco de criterio— que la función pública no puede estar manejada por locos ni deshonestos. El señor Debenedetti es un loco y además deshonesto, por lo tanto ese señor teniendo un cargo en el que fue designado no por el general Perón sino por otra persona, lo ha utilizado para preparar la contrarrevolución en nuestro Movimiento teniendo a su lado elementos negativos y con otra mentalidad. Así que este señor, que ya conocíamos en el año 50, habiéndoselo hecho renunciar en aquel momento por esa misma actitud, insiste en este momento y con las mismas manifestaciones, con los mismos hechos, con la misma irrespetuosidad maneja la cosa pública. No tiene sentido humano, trata a todo el mundo con una desfachatez e insensibilidad tal que la gente de la Municipalidad estaba esperando que alguien lo enfrentara, y me tocó a mí como podía haber sido cualquier otro. La persona que tiene autoridad moral no le puede permitir a ningún loco ni deshonesto que lo lleve por delante; la gente sabía lo que Debenedetti era, pero faltaba alguien que lo enfrentara para que reaccionase. Es una reacción del pueblo que quiere justicia. Y si el Movimiento Peronista está en el gobierno, lo menos que puede hacer es justicia y como no se estaba haciendo jus-

ticia, se estaba explotando, se estaba persiguiendo, el pueblo se adhiere, no a Borro, sino a sí mismo, para desalojar de ese puesto a quien agravía a Perón, para ubicar a un señor que para mí es un auténtico representante de las Fuerzas Armadas.

P. y L. — *La enseñanza sería que el pueblo, verdadero depositario de la soberanía nacional, no requiere de instrucciones ni siquiera de su propio conductor para saber cuándo debe actuar en defensa de los intereses de la comunidad.*

S. B. — Por supuesto, cualquier hombre que pertenece a nuestro Movimiento, vamos a hablar del Peronismo en este caso —porque hay gente que no pertenece al Peronismo y nos apoyó— tiene que saber qué es patriotismo, conciencia, nacionalismo, solidaridad, humanismo. Cuando no se practica eso, no necesitamos que el general nos indique qué tenemos que hacer con un loco o con un delincuente, tenemos que actuar nosotros directamente, porque no podemos estar consultando al general Perón cada acto de nuestra vida. Es decir tenemos que actuar con la honestidad necesaria, y un acto de estricta justicia fue sacar de ese puesto al señor Debenedetti a quien el presidente Lastiri lo quería mantener. Es decir que ahí se han tomado dos medidas, una sacarlo a Debenedetti, otra demostrarle al Presidente de la República de entonces, que esa medida de ratificarlo a Debenedetti era impopular e incorrecta.

P. y L. — *Fue una forma de auténtica democracia, compañero, el proceso de Reconstrucción y Liberación Nacional requiere de la participación de la clase trabajadora.*

S. B. — Es la base en este proceso de liberación nacional, es la columna vertebral de la revolución, es ella la que va elaborando además la grandeza del país, el futuro, y fíjese que la clase trabajadora argentina, no la componen solamente aquellos que dicen que son los mayores, porque nosotros tenemos la auténtica juventud que es trabajadora también, no la fabricada juventud sindical, que se acordó en el 73 que hay una juventud, cuando en el 55 no. La auténtica juventud argentina es trabajadora y está adherida y se suma a esa clase trabajadora, a las bases. Lamentablemente tenemos un déficit de dirigentes, aunque tenemos muchos también que son honestos; si hay un déficit es por algunos burócratas, pero tenga la plena seguridad que es el auténtico trabajador en sí, el mayor, el mediano y el joven, el que va a conformar ese proceso de liberación nacional que en definitiva dará el triunfo final.

P. y L. — *Muchas gracias.* ♦

La Resistencia desde sus orígenes

Un testimonio: Alemo

P. y L. — *¿Qué relación existió entre la Resistencia Peronista, los sindicatos como organizaciones y, en general, los trabajadores como clase?*

A. — En la Resistencia hubo dos aspectos fundamentales: uno el de la acción del pueblo en su conjunto, incluida la clase trabajadora, para defender las conquistas amenazadas, organizarse y retomar la conducción de los sindicatos. Otra, la de los grupos de activistas, que realizaban acciones directas fortaleciendo la tendencia de organizar los sindicatos y al mismo tiempo apoyando en forma más contundente la protesta del pueblo.

Esos aspectos se observan en lo que relatan los compañeros Roberto y Julio Troxler. Las diferencias se deben seguramente a la forma en que ellos actuaron en la Resistencia, porque en realidad se trató casi de una suma de individualidades. En el caso de Roberto se apunta a un objetivo más obrero, más en defensa de intereses de clase; Julio en cambio señala características más funcionales, más técnicas, casi tirando a militares.

P. y L. — *¿Los casos de UTA y de Grafa son ejemplos de la participación de activistas en la lucha de la clase obrera y de las organizaciones sindicales?*

A. — Un ejemplo concreto está, es cierto, relacionado con una elección que iba a hacerse en UTA. Ya comenzaban a perfilarse los burócratas con las mismas trampas de hoy para asegurarse la dirección del sindicato. Los elementos combativos del sindicato, por su parte, buscaban apoyo en los activistas de la Resistencia para reforzar su posición ante todo ese manejo que ya contaba con cierto aval de los gorilas. Estos, inteligente y tácticamente habían comenzado a aflojar la mano y a apoyarse en los elementos más blandos y tolerantes del peronismo, a fin de enfrentar a los más combativos.

P. y L. — *¿Era la acción del integracionismo frigerista?*

A. — Después se conoce esto como integracionismo; en esa época no se le daba todavía ese nombre. Otra experiencia fue la de un sindicato textil de la zona oeste, que había sido tomado por grupos gorilas. En la zona se había

consolidado cierta organización de bases, con los delegados, pero se chocaba con la oposición que se les hacía desde arriba, desde el gobierno. Entonces pensamos en aplicar el método de los hechos consumados; íbamos a reconquistar el local del sindicato y luego pedir el apoyo de los obreros. No se llegó a hacer porque, por falta de suficiente experiencia y organización iba a faltar un apoyo masivo, una vez que nos juntáramos.

Otro ejemplo fue el de una huelga en Grafa. Los que la iban a hacer pidieron apoyo de afuera. Necesitaban cobertura y apoyo logístico. Una de las cosas de las que nos teníamos que encargar era de pintar las paredes. Eso entonces se perseguía mucho (cabían penas muy grandes, estaba en vigencia el decreto 4161) y por lo tanto lo tenía que hacer gente hábil y con capacidad defensiva, para evitar caer detenidos y poder enfrentar además posibles carneros armados y grupos de gorilas que también apoyaban a los carneros en contra de la huelga.

P. y L. — *¿En qué año fue eso?*

A. — Entre el 57 y el 58, cuando comenzaban a perfilarse las luchas y las organizaciones, porque hasta ese entonces la Resistencia había sido un poco a nivel personal, o sea cada trabajador en su lugar de trabajo hacía lo que podía. Ese hacer lo que se podía abarcaba desde ir a las tres de la mañana a la casa de un gorila a tocarle el timbre para que se asustara y no pudiera dormir, hasta ir a las tres de la mañana a ponerle un caño para volarle la casa. Cada uno actuaba de acuerdo con su mentalidad, de acuerdo con su capacidad. Esa suma de individualidades formaba así un gran conjunto.

Se llegaron a manejar algunas cifras aproximadas después del 58. Se calculaba que había 200 hombres de fierro, que se jugaban y estaban dispuestos a todo. En la segunda camada habría unos 2.000 hombres; era lo que podríamos denominar el activismo. O sea 200 militantes, 2.000 activistas. Después habría 20.000 que hacían 20.000 pequeñas cosas y después 200 mil que podían hacer circular rumores, repartir volantes, etcétera.

En cuanto a la segunda parte de la pregunta, es decir a los sindicatos como organizaciones, podemos afirmar que la Resistencia se apoyó en

los más combativos, que eran los textiles y los metalúrgicos, principalmente. Hubo también algunos con características especiales, como el de la carne. Ese sector fue uno de los primeros que empezó a flaquear, pero surgió gente del Frigorífico Nacional con una posición muy firme y que, en el momento a que me refiero, llegó a ser como la vanguardia. Era donde se manejaban bastantes conceptos teóricos, organizativos. Una de las cosas más serias. Hubo también otro intento, otra punta de lanza, que no fue exactamente una huelga sino más bien un alzamiento en el transporte, donde campeaba la mentalidad golpista, militarista, predominante en el peronismo de aquel entonces. O sea se buscaba a partir del paro sembrar el caos y lograr que los demás apoyaran.

Esto fue un poco lo que pasó también en el paro del Lisandro de la Torre. Fue algo impresionante. Si no recuerdo mal empezó un viernes y el sábado por la mañana todos los trabajadores habían empezado a parar solos. Esa espontaneidad demostró que existía un gran instinto de clase en el apoyo. Cada uno tomaba conciencia por sus propios medios, por su propia mentalidad se adhería al paro, haciendo algo que consideraba justo. Mientras los delegados corrían de un lado a otro para ver qué había que hacer y dar un poco de organicidad, la gente ya estaba actuando por su cuenta. Los del transporte se largaron solos. Pero lógicamente esta acción de UTA a la que me refiero no tuvo las consecuencias y la importancia de lo que pasó en el Lisandro de la Torre. El paro quedó ahí... En primer lugar se cometió un error que perjudicó a todos los trabajadores que ya se habían ido para sus casas. Se hizo a las siete de la tarde, una hora en la cual la mayoría de los obreros ya no está en su lugar de trabajo. Hubo una cantidad de errores, pese a la buena voluntad y a la intención de hacer bien algo. Pero vos sabés que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. No alcanzan las buenas intenciones.

P. y L. — ¿Quién estaba como delegado de Perón en ese momento?

A. — No recuerdo, a nivel de conducción yo desconocía mucho en ese tiempo. Recuerdo los hechos pero no las fechas. Habría que buscar en los archivos para ubicarse mejor. Además no sabíamos mucho de la conducción. Eramos cientos y miles que esperábamos la orden de lo que hubiera que hacer y cuando no venía ninguna actuábamos solos. Como ya dije, fue algo de mucha espontaneidad, de mucho criterio propio, de individualidades. Por eso tuvo una característica tan especial: un pueblo que resiste —sin preparación efectiva— una represión que quizás haya sido la más sangrienta de la historia argentina.

P. y L. — ¿En el caso de la UTA cómo fue exactamente?

A. — Había una especie de conspiración peronista. Se quería organizar el paro, provocar el caos y la movilización popular. Siempre se buscaba eso, para impulsar una acción de los militares.

P. y L. — ¿La palabra caos estaba siempre presente?

A. — Sí, porque no se quería dejar gobernar a los usurpadores del poder y se creía que el caos testimoniaba el repudio masivo y podía provocar un cambio. O sea se seguía jugando con la espontaneidad. Eso fue lo que siguió privando por mucho tiempo, aunque había gente que decía: "si Perón hubiera dado armas", "si Perón hubiera enfrentado", "si los trabajadores se lanzaban a la calle", etc. En resumen, actitudes un poco idealistas; las cosas pasaron de otra manera y los hechos siempre tienen su lógica. Donde no hay organización ni experiencia, donde no hay cierto desarrollo ideológico, todo un trabajo previo político y organizativo definido y también conducido por los grupos más fogueados y capaces, no hay forma de llegar a una insurrección triunfante. Esa vez la iniciativa partía de la gente del sindicato junto con otros grupos, que no sabíamos identificar bien, pues nada estaba muy claro. Sólo había una mentalidad de hacer, hacer y hacer. Se pensaba muy poco y se hacía muy rápido. Mucho carácter, mucha decisión, pero poco o ningún análisis; técnicamente también teníamos un gran atraso.

En principio yo era de los grupos de acción directa. En el caso de que las cosas se profundizaran, debíamos llevar un poco la vanguardia de un proceso de insurrección. Claro, hoy todo esto parece cosa de chicos, de gran infantilismo. Pero era propio de la mentalidad que predominaba... y además éramos casi chicos. Un gran deseo de hacer las cosas, pero una gran inocencia, idealismo.

P. y L. — ¿El acuerdo con la organización sindical y con los trabajadores para llevar adelante la medida existía desde el vamos?

A. — Sí, en principio la iniciativa surgió de los que estaban tratando de recuperar el sindicato y que estaban en los lugares de trabajo; casi todos apoyaron. La mentalidad predominante en la resistencia era esa: apoyar todas las demandas de los trabajadores y la recuperación de las organizaciones sindicales, su consolidación. Y solamente en los momentos en que había un bajón de parte de los que estaban en las agrupaciones obreras los núcleos de activistas se largaban a hacer acciones por su cuenta. Siempre estábamos buscando un motivo para pelear, pero en general se trataba de dar apoyo.

P. y L. — Nunca se imponían cosas a la clase trabajadora, sino que todo se hacía desde ella, apoyándola. No se le iba a imponer un paro en contra de su voluntad y por la fuerza. ¿Es así?

A. — Claro, en los únicos momentos en que se actuaba de manera diferente era cuando se producían esos enfriamientos. Esa fue una constante durante muchos años. Sabemos de muchos que hoy aparecen en las Formaciones Especiales y que pasaron toda una etapa tratando de luchar desde adentro de las organizaciones sindicales y desde los lugares de trabajo. Pero tropezaron con grandes obstáculos y al sentir la impotencia pasan a otro tipo de lucha más adelantada.

Ya se iban perfilando dos tipos de actitud con respecto a la Resistencia. A nosotros nos llamaba la atención que de pronto venían cartas de Perón donde hacía hincapié en formas más organizativas y en buscar ciertos contactos y relaciones con los que estaban en el poder, para conseguir algunas mejoras y posiciones. Y por otro lado venían cartas con directivas terminantes: mantenerse firmes, intransigentes, en posición de lucha. En ese momento es cuando empiezan a aparecer algunos principios, algunas consignas que podríamos llamar teóricas, los cuales muestran lo que pasaba por la mente de los compañeros de la Resistencia. Esos principios eran los siguientes: intransigencia absoluta, resistencia civil, insurrección popular. Fue lo primero que vi con algunos visos de línea y que marcaba algún objetivo en sí. O sea que la línea, la política de uno en ese momento era mantenerse firmes, no transar, no aflojar, no ceder. Resistencia civil quería decir resistencia del pueblo, de los trabajadores; se la empezaba a distinguir de una cosa que era muy común, la vinculación militar-civil, donde los militares tenían la prioridad y venían a buscar el apoyo de los civiles, de los trabajadores, de los activistas. Ya en ese entonces, ante varios intentos golpistas y después de muchas traiciones comenzó la acción a afirmarse más en sectores obreros. Insurrección popular era el objetivo; levantar al pueblo, en parte armado y en parte no. Mediante su presencia, ocupando una cantidad de lugares importantes, se presionaría y lograría un poder. Era un poco ambiguo. Se contaba con que el ejército, si nosotros presionábamos y tomábamos la vanguardia, se iba a plegar a nosotros, porque en el ejército seguía habiendo oficiales peronistas. La experiencia posterior demostró otra cosa y sabemos que hay muy pocos casos de ejércitos con una posición popular y dispuestos a defender las conquistas de los trabajadores. Con respecto al ejército no puedo evitar un sentimiento adverso, aunque no diría antimilitarista porque nunca lo fui. Por esa vieja concepción traída de la escuela primaria, del glorioso ejército argentino que defendió la patria, uno siempre tiene simpatía por el ejército. Sin embargo, a medida que se va viendo y sintiendo cómo el ejército oprime, lo persigue y lo reprime, aparece otro sentimiento; se lo llega a ver como un sector de la sociedad argentina que se opone al avance. Es innegable que durante dieciocho años fue responsable directa o indirectamente de no haber permitido el

avance del pueblo argentino a través del peronismo. Por otra parte, yo tengo un principio: no se debe decir "jamás habrá tal cosa", porque en la vida no hay nada definitivo. La dialéctica enseña que todo es posible en la medida en que se encare la lucha con capacidad, con inteligencia. Decir que hay imposibles o que "jamás habrá tal cosa" es negar el proceso que ha tenido la humanidad a través de toda la historia.

Por la liberación nacional posiblemente hay un porcentaje muy grande de suboficiales que estén dispuestos a luchar; es respecto a la liberación social que yo creo que todavía a esta altura no la ven muy clara, basándome en una cantidad de cosas que manejan ellos. Porque hay que comprender que son elementos de una clase social que lo pasa más o menos bien. Entran de chicos y les dan una orientación política determinada, entonces son muy pocos los que se salvan. Pero las grandes crisis son las que van dando el nivel de conciencia. Por ejemplo, hemos visto en los últimos años que el peligro del enfrentamiento total ejército-pueblo llevó a muchos suboficiales a ver la cosa, a ver lo que implicaba enfrentar a un pueblo que venía surgiendo de luchas masivas o de sectores, enfrentar a muchachos del propio ejército que asumían la vanguardia de la lucha con las armas en la mano; ese momento crítico hizo pensar a más de uno, porque así como una de las cosas que más ayuda a pensar y a analizar es el dolor, también el miedo enseña a pensar, mejor dicho obliga a ello.

Por ejemplo había coroneles dominicanos, de la fracción nacionalista y progresista, que creían que el ejército norteamericano era amigo. Tu vieron que sufrir la intervención yanqui, después de haber vencido a la reacción interna, para darse cuenta —como ellos mismos dijeron— de lo ingenuos que habían sido. Uno de los factores que los modificó fue la madurez con que se jugaba el pueblo defendiendo un ideal. Contaba un coronel dominicano de los que condujeron la famosa lucha cuando ocuparon las veinte manzanas, el problema de no poder parar los tanques en un puente muy conocido, no me acuerdo ahora el nombre. Había ahí un hombre de pueblo que le dijo: "Mire coronel como yo le voy a parar ese tanque", y agarró una carga de dinamita, esperó que pasara el tanque, salió corriendo y le tiró la carga por la torreta. Ese coronel decía después que él tenía el concepto de que acciones como aquella la hacían sólo los militares, los profesionales... Recordaba a los muchachos que se quedaban horas y horas solos, como francotiradores, llenos de decisión y empuje.

P. y L. — O sea ahí en Santo Domingo hubo un grupo del ejército que estuvo del lado del pueblo.

A. — Y se jugó hasta las últimas consecuencias. Pecó por falta de concepto político, si no se hubiera dado la gran batalla y sería otra cosa.

P. y L. — ¿Podemos retomar las directivas de la Resistencia? Entiendo que había una doble

PERON VUELVE

orientación por parte de Perón: una la de la Resistencia, o sea mantenerse firmes, intransigentes, y otra, de mayor flexibilidad táctica, para las organizaciones que debían actuar en la legalidad del régimen, como los sindicatos.

A. — Perón, como siempre, se manejaba con la realidad. De acuerdo con los informes y de acuerdo con lo que él percibía, se iban plasmando dos cosas distintas. Una línea que después se define como negociadora, blanda, vacilante; y una línea intransigente, luchadora. Todo esto en el período de la Resistencia comienza a perfilarse como una CGT auténtica, que es la más combativa y está en una línea de resistencia, y una CGT mayoritaria u oficial. Y estas líneas se concretan después en las 62 de Pie y en las 62 de sentado, y más adelante a través de la CGT de los Argentinos y la CGT de Azopardo; últimamente, aunque no sabemos cómo seguirán dándose las cosas, tenemos a la JTP y los gremios combativos, por un lado, y por otro el sector usurpador de la cúpula de la CGT definitivamente burocrático.

P. y L. — *En lo que hace al papel de Perón, en concreto, ¿todo el equipo de la Resistencia hizo lo que hizo a nombre de Perón y pensando en Perón, para que volviera y tuviera el gobierno?*

A. — Sí, con esta diferencia: a los sectores de la Resistencia más duros, más temperamentales, lo que más les dolía era ver a los gorilas destruyendo por la violencia lo que nosotros habíamos puesto ahí. La tendencia natural a la bronca, al desquite, era muy fuerte, mientras que en la otra ala, la tendencia era conseguir que se siguiera manteniendo una estructura gubernativa votada por el pueblo. En esas actitudes se da el embrión de las dos líneas de las que hablamos; hay dos temperamentos, pero ya en la idiosincracia de cada una de las líneas se ve cuál era una y cuál

la otra. La línea blanda tenía expresión principalmente en las conducciones de las organizaciones sindicales. Porque de por sí la característica de las organizaciones sindicales es lograr la negociación, es defensivo.

Sin embargo, en todos era, sí, una reivindicación absoluta, el retorno de Perón; no se discutió nunca la necesidad del retorno de Perón. La línea dura lo quería a través de una insurrección, una violencia del pueblo que derrotara al gorilaje y trajera a Perón, con amplias facultades. Y del otro lado estaban los que querían lograr un retorno en paz, primero conquistando el Congreso y, desde esa base, la Casa Rosada.

P. y L. — *¿Eso sería el vanderismo y el neoperonismo?*

A. — Exactamente. Aunque nosotros en ese momento —porque todavía había un ánimo de unidad muy grande— entendíamos que se trataba de dos interpretaciones, de discrepancias, sin advertir que en la práctica existía una contradicción irreconciliable y que las dos líneas se tendrían que enfrentar y definir en un futuro.

P. y L. — *¿Contaban con alguna directiva precisa de Perón los grupos de la Resistencia, por ejemplo con cartas de él?*

A. — Sí, venían cartas que nos levantaban mucho el ánimo, expresando la necesidad del sabotaje, de la violencia, romper todo, meter caños. O sea el Perón que siempre nosotros habíamos querido. También de alguna manera fue un llamado de atención el ascenso de Fidel Castro al gobierno de Cuba en 1959. Entonces dentro de la Resistencia dura se decía: "Bueno, si Perón hubiera hecho como Castro". Creo que la Revolución Cubana hace ahí un aporte muy interesante, dando un poco de orientación sobre cómo debía haber sido la cosa, más bien sobre cómo

podía ser en el futuro asimilando la experiencia. Y de la misma manera hace que después algunos compañeritos se lo tomen muy a pecho y se equivoquen un poco, pretendiendo trasladar la experiencia cubana —inédita y también irrepetible— a nuestra propia realidad.

P. y L. — *¿Hubo a su juicio alguna preparación para resistir el golpe contra Perón en el 55?*

A. — Se esbozaron algunas prevenciones, pero muy pocos veían su necesidad en toda la dimensión. El alerta que daba Evita, por ejemplo, cuando decía "cuiden al general"... Para Evita "cuiden al general" era "cuiden la revolución", "cuiden todo lo que hemos conquistado" y "cuiden de acrecentarlo". Ella, con ese instinto formidable que tenía, ya veía gestándose la posibilidad de traición, y conocía de adentro el proceso. De ahí la idea de la formación de milicias populares, de armar a los sindicatos. Esa es una. Y otra prevención partió de Cooke, quien se acerca a Perón y le pide que lo deje organizar el movimiento para pasar a otro tipo de lucha, a otra etapa superior para enfrentar los acontecimientos. Indudablemente, de haberse seguido esas indicaciones algo hubiera sido distinto. En los sindicatos posiblemente los dirigentes incapaces de haber frente a la responsabilidad hubieran desaparecido y hubieran tomado las armas los elementos más combativos. Pero todo esto creo que igual hubiera fracasado; no podía construirse desde arriba, al calor oficial, con todos los arribistas y alcahuetes que desertaron en 1955.

P. y L. — *Las previsiones fueron entonces más bien alertas de carácter político general. No se tradujeron en medidas prácticas para enfrentar el golpe gorila.*

A. — Claro, no había una estructura arriba sobre la cual implementar medidas. Las disposiciones prácticas necesarias no podían apoyarse en gente que tenía una mentalidad determinada, determinados hábitos. El intento de Evita era muy bueno, pero con él iba a pasar lo que pasó: que la mayoría de las armas, los tipos que las tenían las vendieron. Y en cuanto a lo de Cooke, si reestructuraba iba a sacar a algunos elementos nocivos, pero los que quedasen atrás serían de aquella misma calaña y no serviría demasiado. O sea tenía que pasar lo que pasó para que se hiciera lo que se hizo y se aprendiera lo que hoy sabemos.

P. y L. — *Desde arriba no se podía hacer ya lo necesario; la experiencia del pueblo es irremplazable.*

A. — Así es, hasta que no se crearon las condiciones de la caída de Perón... Ante el hecho consumado, ante la acción del gorilaje vino la reacción popular.

P. y L. — *O sea que Evita y Cooke fueron visionarios, pero la realidad no se podía cambiar ni evitar el derrocamiento.*

T. — Exactamente, y menos desde arriba.

P. y L. — *¿Cuál era el tipo de acción predominante de la Resistencia?*

A. — Como toda resistencia de característica popular, cada uno aportaba lo suyo. Casualmente en estos días acabamos de hacer un festival con el fin de hacer una colecta para una nena que está muy enferma y necesita un tratamiento costoso. A mí me hizo recordar la Resistencia. Hubo desde la donación de un juego de cubiertos desarmables para asado, pasando por un juego de manteles, servilletas, siguiendo por una botella de whisky, para terminar en una botella de vino y una latita de tomates. Producía cierto impacto ver todo eso sobre una mesa, para la venta. Y me hacía recordar la Resistencia, donde cada cual hacía algo con desprendimiento, anónimamente, de acuerdo con sus posibilidades económicas, su capacidad de jugarse, su decisión...

Las cosas en la Resistencia se hicieron con elementos muy rudimentarios; por ejemplo la acción propagandística se llevaba a cabo, primero, con máquina de escribir. Había caso de muchachos que trabajaban horas y horas en eso, luego otros aprendieron a usar esas imprentitas que se arman, para poner un par de frases, o lo hacían compañeras con copiadore que había en aquel entonces. Después se ubicaron compañeros que trabajaban en imprentas y que por su cuenta hacían planchas; también compañeros que tenían una imprenta y en ratos libres, a la noche, iban reacondicionando los tipos en desuso que conseguían, para no quemar los que tenían para ganarse la vida. Porque además intervenían cuestiones de seguridad; el trabajo era clandestino. La máquina se ponía en un sótano o en un gallinero a veces. Los volantes, me acuerdo, venían manchados por las gallinas. Después se pasó a etapas superiores, con otros medios.

Al principio fue como dije, el trabajo de la familia alrededor de una mesa: uno cortaba el papel en cuadrados, otro ponía la frase con las letrillas y otro completaba abajo. En el caso particular mío una vez tuve la experiencia de trabajar con dos nenas de ocho y diez años; yo ponía el texto y una de ellas en una punta marcaba el perfil de Evita y la otra nena el perfil de Perón. A todo nivel se aportaba. Tengo presente a un compañero jubilado, que se pasaba dando vueltas por la zona cuando estábamos en reunión, también a una vecina que se quedaba a tejer en la puerta para avisarnos si veía soldados.

Entonces lo que buscamos fue unir todo eso de una manera organizada, que sirviera al peronismo. En realidad no se puede decir que hubiera un tipo de acción predominante. Quizás lo más general —como objetivo inmediato— era apoyar la lucha de los trabajadores para no dar un paso atrás en cuanto a conquistas logradas y re-

cuperar los sindicatos. En otro orden, lo predominante era organizar todo tipo de violencia para frenar la violencia gorila.

P. y L. — *¿En el terreno de lo táctico operativo era entonces fundamental el terrorismo, no las acciones militares, bajo la forma que adoptaron con las Formaciones Especiales, a partir de Taco Ralo en 1969?*

A. — Terrorismo no sería correcto decirle, porque no había el ánimo de provocar terror, sino más bien se hacía con un sentido de protesta. Porque en ningún momento se buscó que las acciones causaran la pérdida de vidas. O sea hacer sentir nuestro repudio a los usurpadores del gobierno, se buscaba eso.

Cuando se sufrió una cantidad de fusilados, de torturados, entonces sí comenzaron a tener más virulencia.

Más o menos en el 58, cuando la resistencia dura llega a su grado máximo porque ya se prevé la caída de los gorilas, la fusiladora se decide a llamar a elecciones y el ala negociadora ante esa posibilidad, toma más auge. Entonces se produce algo interesante. Al lograr que se llame a elecciones, el grueso de la Resistencia da por terminada su etapa; había actuado con el ánimo de derrocar a los gorilas y consideró que había logrado su propósito. Otro sector minoritario sigue, porque entiende que el fin es el retorno de Perón, crear las condiciones insurreccionales para imponer la vuelta de Perón, ante la otra posición, la de los negociadores, que piensan que ese ya era un paso previo al retorno de Perón, o sea, que viniera un gobierno al cual se iba a apoyar y que iba a facilitar las cosas.

Los que soportaron el peso mayor de la lucha —tres años de lucha intensa, casas allanadas, pérdida de trabajos, prisión y torturas—, lo mejor del Movimiento, lo más sacrificado, se iba. Cedía un terreno tremendo al ala blanda, capituladora, en última instancia traidora y entreguista. Pero ese sector minoritario de la Resistencia, más exigente, se seguía organizando, mientras esperaba que se cumplieran los plazos, con la seguridad de que Frondizi no iba a cumplir nada. En el 59 comienza a actuar y sigue haciéndolo en el 60. Y cuando los gorilas, que siguen detentando el poder, igual entienden que Frondizi no realiza lo que ellos quieren, hacen imponer el plan Conintes.

P. y L. — *¿Que ese sector de la Resistencia crea cumplido su objetivo en el 58, con la llegada de Frondizi al gobierno, revela un grado importante de confusión?*

A. — Sí, no tenía nada claro. Pero no sé si llamarlo confusión, porque de pronto el pueblo argentino se encuentra con una realidad nueva, desconocida: un gobierno que ha pactado un acuerdo con el peronismo aceptando nuestras exigencias mínimas, la aparente inutilidad de mantener la Resistencia, y entonces ahí viene el

problema, la improvisación, el preguntarse qué hacemos...

P. y L. — *¿Hubo una estructura militar-civil durante la Resistencia? Me refiero ahora a la participación de elementos del Ejército.*

A. — Siempre hubo una relación militar-civil. El sector militar traía un concepto golpista. La parte civil serviría de apoyatura.

P. y L. — *El ejemplo es el intento de Valle...*

A. — Exacto. Y yo no lo considero un fracaso, sino una experiencia dura. Porque las experiencias tienen su parte positiva y su parte negativa. Y lo negativo es lo que permite después que haya experiencias positivas. Yo tengo como principio que un triunfo se edifica sobre una serie de errores. Fue una experiencia dura porque hubo muertos...

P. y L. — *...pero había que pasarla...*

A. — Sí. Eso llevó también a que en los siguientes intentos, cuando nos acercábamos a militares, tomásemos más medidas de seguridad y hablásemos de compartir totalmente la responsabilidad de la conducción.

De todas maneras la posibilidad de trabajar con sectores del Ejército va perdiéndose; por otro lado aparece el COR, con una posición e iniciativa de alguna forma más seria, más profunda. En primer lugar la formación fue por comandos. Inicialmente con los compañeros de trabajo o amigos, familiares y vecinos; había que partir de una cosa fundamental, la confianza. Los compañeros se comenzaban a nuclear a través de una confianza de años. Además se agrupaban los que tenían determinada mentalidad para encarar la lucha, o sea una tendencia resistiva o fuerte. Así, inicialmente, en cada zona o lugar... Una característica especial de los comandos era que muy pocos tenían una composición homogénea; había uno que sí, con base en un sindicato, pero no era lo usual. Se puede hablar de dos aspectos: el operativo, que era celular, y el otro, el aspecto más político, de carácter masivo. Por ejemplo se hacía un festival para reunir fondos para un colegio y toda la zona sabía que era guita para los muchachos que estaban en otra cosa y la necesitaban. Se hacía todo sin mencionarlo, en forma tácita.

Sin embargo no se trataba de una organización celular en el sentido técnico que tiene en los últimos años la palabra. Se tiene que comprender que los que se largaban a ese tipo de lucha eran principalmente laburantes que habían estado siempre en cosas legales, entonces había que aprender a actuar al margen de la ley. Los conocimientos organizativos había que aprenderlos de los delincuentes, y así hay problemas al principio, porque algunos delincuentes ven el negocio de la política; algunos descaradamente dicen: "yo les ayudo en alguna cosa, pero después hay que hacer un trabajo, y vamos y vamos". La

forma organizativa más seria se logró con la coordinación de comandos. Venían uno o dos representantes de cada comando, y cómo estaban integrados lo sabía cada uno de ellos. Eramos seis los que estábamos en lo que podía ser la dirección o conducción, que no nos considerábamos tal, pero en la práctica lo éramos; después venía una gama de lo que hoy se llama apoyo logístico. Todo muy elemental, muy primitivo, pocas formas metódicas, privaba el espontaneísmo.

P. y L. — *¿Los comandos constituían en todos los casos grupos combatientes operativos?*

A. — No. Por ejemplo el comando nuestro por sus características era mucho más de agitación, de difusión, de propaganda; habíamos llegado a formar cuatro o cinco grupos en nuestra zona que hacían trabajos de difusión, de formación, el comando tenía una misión política y ese aspecto corría a cargo mío.

P. y L. — *¿Quiere decir que no fue una organización militar estable, como podemos suponer, por ejemplo, que son los Tupamaros?*

A. — En absoluto, la Resistencia fue en primer lugar un trabajo de difusión. Una de las tareas principales era difundir las directivas de Perón, tratar de distribuir los periódicos clandestinos, los volantes que hacíamos o que hacían otros. Todo aquel material que nos parecía conveniente lo hacíamos circular; otra de las tareas eran las pintadas, para tener presencia pública. Otra apoyar las luchas obreras; siempre en los conflictos había un par de elementos del comando con sus relaciones de tipo petardista.

P. y L. — *¿Había grupos efectivamente operativos?*

A. — Por lo menos hasta el 58 no recuerdo que hubiera, lo que sí sé es que del 58 al 60 comienzan a tenerse mejores conocimientos técnicos, se empieza a intercambiar experiencia... A la vez llegaban conocimientos organizativos de algunos elementos que habían estado o estaban en la izquierda, acostumbrados a trabajar en la clandestinidad. Lo decisivo es que aparecen formas nuevas, creativas, y esos conocimientos que venían de un grupo como de otro, unos por intereses económicos, otros por intereses políticos, con el tiempo son superados. Porque algo que tenía la Resistencia es que no había forma de desvirtuar su esencia, la idiosincracia propia del hombre de pueblo, del peronismo. La mayoría siguió por eso un camino correcto; después la historia demostró que en lo medular, lo embrionario, era correcto, y todos esos avances que se consiguen, años después, cuando los elementos de la izquierda comprenden por donde pasa el proceso revolucionario y también lo comprenden los sectores estudiantiles, de alguna manera se deben a aquellos hombres que intuitivamente dieron lo que conocemos como línea, o como definiciones ideológicas.

P. y L. — *¿En aquel momento cuál era la posibilidad de que la propia gente de la Resistencia, la gente trabajadora, llegara por su propio esfuerzo a tener una organización militar?*

A. — Una posibilidad fue la de los Uturuncos. Un grupo de gente del norte que quedó muy impresionado por lo que había pasado en Cuba, y basándose en la realidad que tenía ellos, o sea zonas casi inaccesibles, pero además con algo muy importante, el sentido nacional, más que nacional el sentido autóctono, empiezan a actuar con el nombre de Uturuncos. Creo que Uturunco quiere decir en quechua, jefe. Lo importante de esto es que la dirección fuera colegiada; eran todos jefes. Ese fue el intento más grande. Con bastantes perspectivas y bastante bien organizado, porque se buscaba el apoyo logístico de todo el interior y también de la Capital.

Otro intento organizativo político —casi desconocido pero que hay que destacar— se dio cerca del año 60. Algunos ven, después de la experiencia eleccionaria del 58, que la Resistencia tiene que darse una organización política que lleve adelante sus principios, sus ideas, ante la realidad del aparato político que estaba montando el ala negociadora, que tenía la conducción de los sindicatos. O sea los sindicatos ya estaban haciendo política con el integracionismo. Como reacción ante eso se logra agrupar a compañeros de la línea combativa. Pero ahí también, a partir del nombre que se le va a dar a la organización, se manifiestan incipientemente las dos líneas que después siguen dándose dentro del peronismo. Unos querían ponerle Movimiento Peronista Insurreccional y otros querían ponerle Movimiento Peronista Intransigente. En estos nombres estaban implícitas dos tendencias: la tendencia a la acción directa (los insurreccionales) y la de una organización de masas (los intransigentes). Para llegar a un acuerdo al final se le pusieron los dos nombres: Movimiento Peronista Insurreccional Intransigente.

Estas características, como dije, después se siguen dando en el peronismo. Políticamente pueden verse representadas en el MRP, donde se sigue la línea insurreccional, pero donde después también surge una tendencia a la lucha de masas. Más adelante aparece la JRP, que retoma la línea insurreccional, de acción directa. Después aparece la CGT de los Argentinos y la Tendencia Revolucionaria Peronista.

Otra línea, también combativa pero con otras características (hace más hincapié en los objetivos políticos masivos, en lo gremial) es la línea de las 62 de Pie, la de los Gremios Combativos.

P. y L. — *Ha habido una polémica permanente en el peronismo revolucionario desde los comienzos, polémica que a veces se ha planteado como una oposición a la acción de masas o a la acción directa.*

A. — Esas dos posiciones siempre se respetaron entre sí. Eran interpretaciones distintas, dentro de un común objetivo revolucionario. ♦

Opinan trabajadores del gremio del caucho

P. y L. — ¿Cuál es la situación del trabajador de la industria del caucho, su salario, sus condiciones de trabajo, normas de productividad, salubridad, etcétera?

—La situación del trabajador en la industria del caucho es por demás crítica, debido sobre todo al bajo salario que rige en el gremio. No desconocemos que la violencia gorila se dirigió desde 1955 contra el jornal y la dignidad de todos los obreros, pero no se puede olvidar el papel nefasto de los dirigentes del Sindicato que actuaron en las últimas paritarias a espaldas del gremio. Es bastante inestable la situación de la fuente de trabajo debido a los despidos que aún ahora se siguen produciendo, sobre todo en las fábricas chicas. Las empresas pueden obligar al trabajador a hacer producción, lo que se fijó en la última paritaria (art. 42), pero son contadas las empresas que establecen incentivos aceptables a la producción.

Con respecto a la insalubridad la situación es realmente grave, a más del negro de humo, que figura como insalubre en el Convenio, pero que poco se respeta, hay muchas más tareas que deben ser consideradas como tales y no lo son, por ejemplo entalcado, lijado, pulido, etc., que como agravante generalmente las realizan mujeres.

P. y L. — ¿Cuál es la organización del gremio, la situación de la organización de base en todas las fábricas, delegados por sección y turno, asambleas en fábrica y periódico del Sindicato, boletines informativos, situación de seccionales del Interior, cursos de capacitación político-gremial, situación de la Comisión Directiva, lucha de tendencias?

—La organización del gremio no es buena, la situación se ve confusa debido a la desorganización de la conducción sindical, con dirigentes que no se preocupan por las bases. Lo único que en verdad les inquieta son sus hambrientas ambiciones personales, característica de la burocracia, patrones del sindicato. En la conducción sindical hay solamente dos o tres dirigentes más activos, que se preocupan por los problemas en las fábricas y por las bases. La organización de bases en fábrica se está dando, debido a la experiencia sufrida con respecto a la conducción. Los que marchan a la cabeza son delegados o activistas de fábrica. Pensamos que la mayoría de los activistas y delegados que están identificados como opositores a la burocracia, tendrán problemas con la nueva ley de Asociaciones Profesionales, por lo que va a ser necesario estrechar filas para evitar el "negocio" de eliminar delegados y activistas combativos. En el Interior, aunque en las últimas reuniones se afirma lo contrario, hay rebeldía contra la burocracia, como en Córdoba, que parece hace punta en todo. La burocracia poco o nada tiene que informar al gremio. Las asambleas se hacen de vez en cuando. El periódico lo sacan cada cuatro o cinco meses cuando tiene obligación de hacerlo mensualmente. No se plantea la solidaridad del gremio con los conflictos de las fábricas, algunos graves. Jamás se habló de cursos de capacitación político-gremial que serían muy necesarios en el gremio. En la agrupación celeste y blanca del oficialismo, aparato mantenido por los dirigentes con el concurso reciente de la mal llamada juventud sindical, hay lucha de tendencias, pero en general todos están de acuerdo en mantener el continuismo de la actual burocracia, cambiando solamente algunos dirigentes

muy quemados; algunos llevan las cosas al extremo de conformismo y mentalidad patronal que quieren separar a los pocos dirigentes que no han entrado en el juego de vender los obreros.

P. y L. — ¿Hay agrupaciones peronistas de base o equipos peronistas en fábrica en una línea de rebelión de bases o trasvasamiento?

—Hay varias fábricas donde se están formando equipos o Agrupaciones de base. A veces se da el caso de fábricas donde no hay problemas gremiales mayores, y se producen algunos contratiempos por falta de claridad política, tanto por los que quieren desterrar la burocracia con el apoyo de las 62 vanderistas o los que todavía no han entendido que el único camino para el trasvasamiento y la rebelión de bases es el peronismo revolucionario. Este proceso de organización y mayor conciencia gremial y política en las bases va marchando a los tropezones pero crece y crece. Consideramos que ya se están colocando los cimientos para dar un vuelco en la situación de la conducción del gremio.

P. y L. — ¿Qué es la patronal? ¿Se trata de una patronal muy vinculada a las fábricas automotrices en su gran mayoría de capital monopolista imperialista? ¿Usan materia prima nacional? ¿Son subsidiarias de empresas petroleras o petroquímicas imperialistas?

—Las grandes fábricas de neumáticos, que deberían corresponder a nuestro gremio han sido escindidas de su verdadero gremio que es el del caucho, fabricando un sindicato amarillo llamado del neumático. Esta es una típica maniobra antiobrera de la patronal imperialista de los monopolios Firestone, Goodyear, etc., a la que se han adherido empresarios de la gran patronal argentina como el caso de FATE. La materia prima que usa la industria del caucho, sea importada o de origen nacional, está condicionada por la presencia de monopolios extranjeros en especial petroquímica, lo que es muy malo, y debería ser corregido. Una sola fábrica de neumáticos está en el caucho, es Imperial Cord y su dueño es el presidente de la cámara patronal. Con pocas excepciones, Pirelli por ejemplo, las fábricas son de medianas a chicas y de capitales nacionales. A más de explotadora del obrero, la patronal del caucho que es nacional, resulta débil frente a las grandes empresas del neumático y las petroquímicas, que le dejan sólo los rezagos de las materias primas.

P. y L. — ¿Qué propuestas gremiales y económicas generales quiere señalar, como por ejemplo de nacionalización de las empresas de capital extranjero, etcétera?

—En el Sindicato ni se habla de esta cuestión de la dependencia de la industria del caucho. No hay ni rumor siquiera que se planteen los directivos la nacionalización de la economía para hacer cierta la soberanía política del pueblo trabajador en un sector donde hoy es sólo víctima de la explotación. No pedimos milagros, de la lucha gremial nos encargaremos nosotros, los trabajadores, desterrando los dirigentes incapaces de servir la causa obrera y ciegos ante el interés nacional. En una cosa hay que ser claro, en esta situación económica general de la industria, tiene que jugar la mano del estado peronista, si no esto no cambia en el fondo, que es lo que se necesita.

¿Por qué filmamos

"La memoria de nuestro pueblo"?

Grupo de Cine 17 de Octubre

"LA MEMORIA DE NUESTRO PUEBLO"

Documental blanco y negro, 16 mm, 30 minutos, 1972, sonoro. Producido por el Grupo de Cine 17 de Octubre y el Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral (Santa Fe). Crónica de nuestros 18 años de Resistencia Peronista, sintetizada por un compañero militante de base peronista en 1972.

Habíamos vivido un setiembre de 1955, en el cual —al son de himnos "patrióticos" y marchas de la "libertad"— la oligarquía vacuna y las clases dominantes exhibían su "civilización" y su cultura, oponiéndola a la "chusma", a los negros como llamaban al pueblo y a los trabajadores. Oponían su cultura burguesa decadente a la cultura de la clase obrera y del pueblo peronista, que era cultura política, que era conciencia antiimperialista colectiva.

Estancieros y doctores, religiosas y sacerdotes, militares gorilas y burgueses explotadores, arribistas y trepadores, intelectuales desnacionalizados e intermediarios de colonos, dieron rienda suelta a su odio de clase, enarbolando banderas uruguayas y papales para arrastrar bustos de Evita, asaltar casas peronistas, incendiar unidades básicas y locales sindicales, humillar al pueblo, afrentar a los trabajadores.

De ahí hasta hoy fuimos conociendo el rostro de la reacción gorila, la esencia del régimen oligárquico-proimperialista en el cual el orden es opresión, paz es explotación, democracia y libertad son proscripción e injusticia.

Así llegamos, creciendo, a pisar una universidad; sabiendo que la educación superior es un privilegio en un país capitalista dependiente como el nuestro desde 1955.

Y llegábamos a esa universidad a estudiar cinematografía documental. Nuestra búsqueda individual nos llevaba hasta ahí, nuestra conciencia nacional devendría conciencia social, y nos haría transformar nuestra búsqueda individual en una lucha colectiva, cuyo principal protagonista es la clase obrera y el pueblo de nuestro continente, la Gran Nación Latinoamericana, y la liberación de los pueblos del Tercer Mundo.

La lucha social y política que vivíamos desde 1955 comenzamos a confrontarla en ese ámbito

aún desconocido para nosotros: la intelectualidad, la cultura con mayúsculas.

Eso que las clases dominantes y los partidos liberales llaman antinomias o falsas divisiones entre los argentinos era caracterizado como falsas opciones por la intelectualidad seudoizquierdista, que nosotros políticamente descubrimos desnacionalizada, cipaya y burguesa.

Para nosotros peronismo-antiperonismo era la forma política en que se manifestaban las contradicciones de la sociedad argentina, entre los intereses de la clase trabajadora y los de la oligarquía, entre los intereses nacionales de nuestro pueblo y los intereses del neocolonialismo imperialista.

Así asistimos a la expresión de dos preocupaciones entre los cineastas, o lo que —para hacer una caracterización más aproximada— podríamos llamar intelectualidad cinematográfica:

— una el compromiso con el pueblo y el país, asumido a través de la realización y búsqueda de un cine crítico-social que documentara el subdesarrollo, la miseria, la injusticia;

— otra que caracterizando a esa actitud de compromiso como populista y con un gran despliegue teórico abstracto, hacía —hizo— lo que ha hecho la izquierda cipaya durante toda su vida en nuestro país: vivir a contrapelo de la historia afrentando a la clase trabajadora nacional y oponiendo una teoría científica que ellos consumían a la experiencia política de todo un pueblo.

La primera preocupación la rescatamos porque (si bien es cierto que con distintos matices políticos e ideológicos) fue desarrollando un trabajo documental de testimonio social y humano, que conforma lo que se denomina la escuela documental de cine de Santa Fe: Tire Dié, Los Cuarenta Cuartos, Las Cosas Ciertas, Pescadores y

otros filmes de menor significación política y creativa.

La segunda preocupación afirmamos que ha sido una típica expresión de la intelectualidad pequeñoburguesa desnacionalizada, autodenominados revolucionarios, socialistas, etc., al margen de la práctica histórica de la clase trabajadora de nuestra patria: teóricos de café, poetas tristes, filósofos atormentados, cienastas fracasados aun como artistas de la burguesía.

En el transcurso de 1970 se genera un conflicto en el ICULN a raíz de la censura, y emerge

la flor y nata de la tilinguería oportunista declarando que estaba enfrentando "al sistema" porque defendían "la libertad de expresión".

Nosotros, en su momento, fijamos nuestra posición en un documento y en las asambleas.

Entendimos que no debíamos defender la "libertad de expresión" en abstracto, y que si bien es cierto no compartíamos ni avalábamos el criterio maccartista y policíaco del entonces director del Instituto y de la política universitaria gorila, tampoco íbamos a avalar el criterio liberal de la defensa de la libertad de expresión



en abstracto, por cuanto la intelectualidad pseudoizquierdizada del Instituto y el bloque de filmes propuestos (incluidos los tres censurados u observados) negaban la práctica histórica y la experiencia política de la clase revolucionaria en nuestra patria: la clase obrera peronista.

Y esas luchas sin ojos políticos, esa lucha por los "derechos" con solicitudes y declaraciones, se la dejamos al reformismo de la clase media y al intelectualismo delirante a espaldas de la realidad.

Y esas luchas internas entre intelectuales progresistas, pseudoizquierdistas, etc., no son los ejes por donde pase la lucha social y política antiimperialista y anticapitalista en nuestra patria; ni siquiera pasa por ahí la lucha ideológica contra la penetración cultural foránea (de la cual ellos sí son medidores), y menos aún la cual ellos sí son mediadores), y menos aún burguesía.

Sostuvimos —y sostenemos— que la política antiimperialista pasa en nuestro país por el enfrentamiento real entre explotadores y explotados, y ese antagonismo entre las clases dominantes aliadas a los monopolios y a los planes imperialistas y las fuerzas sociales que transforman la realidad tiene una identidad concreta que le da expresión política a la clase trabajadora: peronismo, y un Líder antiimperialista insobornable que expresa los intereses del conjunto de nuestro pueblo: el general Perón.

Entendiendo como peronismo a la forma política que desde el 17 de octubre de 1945 tienen las luchas de los trabajadores contra la oligarquía, la burguesía proimperialista, la intelectualidad cipaya y los monopolios internacionales neocolonialistas.

Tomamos conciencia de que el Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional es sostenido con el trabajo de la clase trabajadora, del pueblo, pueblo oprimido y explotado, proscrito, que no tiene acceso a la educación y cuyos derechos esenciales son negados.

Y ese Instituto y esos fondos que pertenecen al pueblo han servido para que sectores privilegiados de la intelectualidad ensayen ejercicios formales y búsquedas estéticas alienantes, por parte de quienes todavía no le encontraron sentido a sus vidas y creen que lo encontrarán haciendo un filme o exponiendo un pedazo de celuloide.

Nosotros ensayamos documentar, testimoniar políticamente la memoria colectiva de nuestro pueblo: la cultura política de los trabajadores de nuestra patria que hicieron del peronismo "el hecho maldito del país burgués".

Y ese testimoniar no es realizar un "film de compromiso", ni "de denuncia", sino asumir la reflexión crítica de la experiencia histórica de nuestro pueblo, del cual somos parte, documentar nuestros días, reflejar el devenir histórico de nuestras masas trabajadoras nacionales, verdaderas protagonistas de nuestra liberación nacional y social, recoger la vida cotidiana de

nuestros compañeros militantes, anónimos; y lo hicimos en un Instituto de la Universidad colonizada no porque creíamos en la "isla democrática", sino porque es parte de nuestra lucha contra la dependencia cultural, contra la dependencia política; es nuestra búsqueda por ir construyendo desde el combate formas expresivas propias que contengan la cultura nacional que como pueblo vamos creando en este largo y duro tránsito liberador: nuestra cultura política.

Y dentro de esta perspectiva sostenemos que con un filme no se justifica ninguna militancia política, ni el filme debe servir para paternalizar a ningún sector social, ni para ejercer el oportunismo con temas de moda, y menos aún para idealizar que es un fusil, como han afirmado algunos cineastas.

La memoria de nuestro pueblo es simplemente un documento político a través del lenguaje cinematográfico, un instrumento sujeto a críticas como todo acto, como todo hecho, como toda acción; pero sobre todo un documento que como aporte militante nos aproxima a la discusión política sobre la problemática que afronta la clase obrera peronista, el pueblo peronista y el general Perón, en este largo camino emancipador. Un documento que intenta recoger la identidad política, social y humana de nuestro pueblo.

Y es en ese sentido que nuestro filme debe ser entendido: dentro de un proceso de elaboración, de construcción, de discusión (cuando se lo intente analizar en los distintos planos: ideológicos, políticos, formales, etc.), en la perspectiva de rescatar una forma expresiva y un lenguaje de manos del opresor, que nos signifique manifestar nuestra cultura real: la cultura política de la clase obrera y el pueblo peronista en nuestra patria.

A una técnica y un perfeccionismo sin sentido oponemos nuestra voluntad de búsqueda de un lenguaje propio que nos independice de ataduras culturales foráneas y burguesas; no como autores cinematográficos, sino como militantes de esta tarea histórica colectiva por hacer el hombre en nuestra patria.

Por eso hemos creído conveniente enunciar este testimonio escrito como documento, para que tanto en el plano de la intelectualidad universitaria, de la intelectualidad cinematográfica, quede fijada —una vez más— nuestra visión política sobre la creación cinematográfica, el papel de la intelectualidad en el proceso histórico liberador.

Como peronistas, afirmamos que sólo reflexionando en el plano de la práctica política podremos ir obteniendo las conclusiones que nos permitan orientar permanentemente nuestro trabajo y nuestras luchas, aportando así a forjar el poder popular que haga realidad la patria justa, libre y soberana, sin explotadores ni explotados, y el hombre nuevo, donde el hombre dejará de ser lobo del hombre.

El golpe militar proimperialista en Chile

Habla un militante de la Unidad Popular

P. y L. — A partir de su experiencia personal, ¿cómo identificaría los elementos principales que se habrían jugado en el derrocamiento del presidente Allende y en el fracaso —esperamos que sea temporario— del proceso de liberación nacional y social en Chile?

—Yo diría que su pregunta tiene por lo menos dos amplios niveles de respuesta.

Quiero decir que el problema de los "elementos que se habrían jugado" en la caída del Gobierno Popular chileno es un problema que puede ser enfrentado en el nivel de los acontecimientos inmediatos que prepararon y produjeron el golpe, y, por otra parte, en un nivel que sea capaz de situar tales acontecimientos dentro del conjunto de la sociedad chilena, y en el lapso de tres años que fue el de la duración del Gobierno Popular. La conspiración contra el Gobierno y, en especial, contra quien, por decisión democrática del pueblo lo encabezaba, el presidente Allende, no se inauguró ni dos semanas ni dos meses antes de su caída. Empezó desde el momento mismo del anuncio del triunfo popular en las elecciones del 4 de setiembre de 1970.

Me voy a referir, necesariamente, a una y otra cosa. No es posible, al menos en una conversación como esta, separarlas. Y me voy a referir a ello a partir de mi propia experiencia, la de militante de uno de los partidos de la Unidad Popular. No es esta, en consecuencia, la opinión de un dirigente. Es la de un simple militante de base.

Yo era profesor en una pequeña universidad en el sur de Chile, en una ciudad también pequeña (100.000 habitantes). En la universidad, como en otros sectores de la población, se vivía, desde varias semanas antes de producirse el golpe, un clima de inquietud y, en cierto modo, de espera. Todo el mundo sentía que el golpe podía venir de un momento a otro y todos, por la lectura de los periódicos, por las conversaciones con los amigos y compañeros, por los editoriales vociferantes de los diarios de derecha (*El Mercurio*, *La Tribuna*, etc.) o por la propaganda incesante de sus radios (Radio Agricultura, Radio Minería y otras muchas) y canales de televisión (13 de la Universidad Católica, por ejemplo), comprendíamos que se estaba viviendo el momento más difícil desde el triunfo en las urnas el año 1970.

En realidad, eran muchos los acontecimientos significativos que se habían venido sucediendo en las últimas semanas. En primer lugar, el Gobierno estaba enfrentado a una embestida muy fuerte de parte de los gremios patronales. Esta embestida estaba liderada por el gremio

de los dueños de camiones, que agrupaba detrás suyo al resto del transporte nacional, a casi todos los gremios de comerciantes y a la mayor parte de los colegios profesionales. Esto no significa que no hubiese transportistas, comerciantes o profesionales opuestos, individualmente o en grupo (recuerdo los que se llamaron Frentes Patrióticos y cuya tarea exclusiva consistió en hacer andar el país a pesar y en contra del boicot), a la maniobra. Los hubo, pero eran una minoría. El paro de los gremios patronales cumplió con sus objetivos de preparación del golpe, desgraciadamente. Pese a que los trabajadores, la clase obrera en primer lugar, y toda la clase obrera, porque aquí no había fisuras de ningún tipo, desplegaron una fortaleza y un espíritu de sacrificio inmensos, los efectos de la huelga patronal se hicieron sentir. El país, mayoritariamente, se quedó sin transporte, sin comercio y sin la actividad profesional. Se resintió.

Por lo demás, vale la pena advertir que no era ésta la primera vez en que la maniobra se echaba a funcionar. Ya el año anterior, el mismo intento se había realizado, aunque esa vez, si descontamos el terrible daño que aquello significó para el conjunto de la economía nacional, con resultados negativos para los patronos. Los trabajadores pararon entonces la embestida.

P. y L. — ¿Por qué no lograron eso mismo un año después, y con la experiencia adquirida el año anterior? Más todavía, si, como lo demostraron las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la coalición de Gobierno había consolidado posiciones, al subir desde el 36 % del electorado, que fue la cuota con que se eligió al presidente Allende, hasta el 44 %, que obtuvo la Unidad Popular en esas parlamentarias.

—Por múltiples razones, y entre ellas no es la menos importante ese triunfo parlamentario de marzo de 1973.

Después de esas elecciones parlamentarias, la burguesía entendió que no podía arriesgar otra elección en Chile. Por primera vez, en la historia del país, un gobierno, después de tres años en el ejercicio de su mandato, no sólo no se deterioraba, sino que ganaba posiciones. Otra elección y la Unidad Popular, la coalición de partidos y movimientos que sostenía al Gobierno, habría obtenido más del 50 % del electorado, logrando de este modo una influencia tal sobre el conjunto del estado chileno que habría hecho que el proceso de transformaciones que se estaba llevando a cabo se tornase prácticamente irreversible.

En estas condiciones, la derecha tradicional chilena,

la burguesía en sus sectores más afectados por los cambios, a través de sus expresiones gremiales, los gremios patronales, y de sus expresiones políticas, partidos como el Nacional o como la agrupación fascista Patria y Libertad y la casta dirigente del Partido Demócrata Cristiano, decidieron jugarse el todo por el todo. Era su última oportunidad, pensaban. Por eso esta vez la embestida fue mucho más a fondo que la del año anterior.

Sin embargo, esto no basta para explicarse de una manera convincente toda la fuerza que lograron desarrollar. A mi juicio, esta fuerza tiene un origen interno y otro externo, ambos de tipo económico, además de una serie de otras concomitancias políticas e ideológicas, que también deben ser tenidas en cuenta.

En cuanto a la cosa interna, ya he dicho que la ofensiva patronal de 1972 lesionó terriblemente a la economía chilena. Los patronos perdieron la partida, es cierto, pero la perdieron como en esas batallas en las que el bando ganador, pese a su triunfo, emerge muy debilitado. No en cuanto a hombres, en este caso. Todo lo contrario. Los trabajadores chilenos comprometidos con el proceso de cambios ganaron en número y en conciencia después de aquel episodio. La mejor demostración es el resultado de las elecciones parlamentarias del mes de marzo siguiente. Pero la dificultad se había creado en las bases materiales de sustentación del país. Me explico. Consecuencias de la ofensiva del año 72 fueron la ampliación y la agudización de los dos problemas más graves que aquejaban a la economía chilena desde el punto de vista de sus efectos instantáneos sobre la vida de la población, y cuyas causas se hallarán sin duda en la actitud de permanente boicot asumida por los enemigos del Gobierno Popular. Estos problemas eran el desabastecimiento y el mercado negro. Desabastecimiento, porque la burguesía (lo que era el sector privado de la economía, por oposición a las empresas y a los predios agrícolas que eran o habían pasado a poder del estado y al manejo de los trabajadores) se negaba a producir o porque, mediante su control casi absoluto de los canales de distribución y comercialización, desviaba del alcance de las mayorías los productos más esenciales, inclusive aquellos que producían las empresas del estado o que venían del sector reformado de la agricultura, trasladándolos al mercado negro. En cuanto a este último, no era sino el resultado lógico de aquellos capitales a los que no se quería hacer producir, capitales que iban a dar por ello, y como parte del boicot, al campo de la pura y simple especulación. Todo esto se agravó después de la ofensiva patronal de 1972, todavía fue peor después del triunfo de marzo del 73 y alcanzó su cúspide en los meses anteriores al golpe. Los enemigos del pueblo ponían en funcionamiento todo su poder económico para pavimentar el camino del golpe futuro. El desabastecimiento y la especulación desenfrenada, acaparamiento, mercado negro, etc., fueron sus mejores armas. Por esto es que, a los trabajadores les fue difícil responder la segunda vez. Me acuerdo que los obreros y los estudiantes, multitudes de ellos, en particular los muchachos de las escuelas normales y de la Universidad Técnica, se movilizaban para abastecer a la población, para acrecentar la producción y sobre todo para normalizar el flujo de productos. Si sólo se hubiese tratado de eso, quizá se habría tenido éxito una vez más. Pero no era eso solo, desde luego.

Estaba también gravitando el factor externo. Conocida es la actitud general del imperialismo con respecto a Chile: sus inversiones electorales para impedir el triunfo del pueblo en 1970 (dinero para las campañas de Alessandri y de Tomic), su presencia en la primera intención contra Allende, la que a dos meses de su elección culminó con el asesinato del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, de limpia tendencia constitucionalista y por lo tanto opuesto a las aventuras subversivas que ya por entonces se fraguaban; y, principalmente, el bloqueo económico posterior tendido contra mi país. Si bien no fue idéntico al cumplido en contra de Cuba, este bloqueo económico contra Chile existió y existió desde los primeros meses del Gobierno Popular. Existió bajo la forma de cancelaciones súbitas de líneas norteamericanas habituales de crédito, en par-

ticular después de la nacionalización del cobre. Era presumible. Más allá del asunto de las retribuciones, estaba el mal ejemplo. La nacionalización del cobre en Chile era, sin duda, si se la observa desde el punto de vista del imperialismo, un mal ejemplo para el resto de América Latina. El descuento de las utilidades excesivas obtenidas por las compañías cupreras a lo largo de décadas y más décadas de explotación de nuestra riqueza básica, utilidades desde luego enormemente superiores a las que por ley les son permitidas a esas mismas compañías en Europa y en su propio país, en donde existen topes máximos que no pueden sobrepasarse (la explotación descarada sólo es posible en los países más débiles) sentaba un principio decisivo, principio este que se convertía, para ellos, en poco menos que herético. Cualquiera día les hacían lo mismo con la fruta centroamericana o con el petróleo venezolano. En consecuencia, había que castigar, y lo hicieron sin asco.

Porque no les bastó con cancelar sus propias líneas de crédito. Presionaron además en todos los organismos internacionales en los que tenían influencia con el fin de dejar al país sin divisas para importaciones. Con respecto a la renegociación de la deuda externa, el imperialismo ató, sin ningún tapujo, su anuencia a una supuesta "retribución justa" por parte de Chile a las compañías cupreras. La agresión llegó a tanto que incluso las compañías abrieron (y perdieron) juicios contra Chile en varios países europeos, solicitando (y logrando a veces, aunque sólo por períodos muy breves) el embargo de los cargamentos de cobre chileno. Por otra parte, no hay que olvidar la agresión en el plano de las importaciones de tecnología industrial. Es sabido que la infraestructura técnico-industrial —maquinarias y equipos— en todos o en casi todos los países de América Latina es, en general, de procedencia norteamericana. Pues bien, es muy fácil, en estas condiciones, sabotear un país. El imperialismo no tuvo inconvenientes en hacerlo en el caso de Chile, con las reposiciones de la maquinaria del cobre, por poner un ejemplo a mano, y sin que por ello faltaran otros muchos. Pero tampoco para ahí la cosa. Como si lo anterior hubiese sido insuficiente, dos o tres meses de huelga, por parte de los transportistas y de los comerciantes, algunos de ellos burguesía mediana y pequeña (si bien es cierto que también había otros que eran dueños de flotas enteras de camiones, de líneas completas de microbuses y de verdaderas redes de supermercados, y éstos es claro que no tenían nada de pequeños, ni siquiera de medianos), no se mantienen sin un financiamiento fuerte. Ese financiamiento se produjo, por supuesto. A Chile entraron, en los meses previos al golpe y con el exclusivo objeto de "mantener" la huelga, maletas llenas de dólares. ¡Cómo habrá sido la lluvia que hasta hizo bajar el dólar negro! Esto no había quien no lo supiera. Repentinamente, el mercado negro del dólar se veía saturado por una lluvia de billetes verdes que no estaban computados oficialmente en parte alguna. ¡Así cualquiera mantiene una huelga! Los bolsillos de los transportistas y comerciantes, sobre todo los de sus más connotados dirigentes, se llenaron a reventar. Los Vilarín, los Cumsille, tipos que después salieron a recorrer el mundo a explicar "la verdad chilena"... En fin, esta historia, la historia de la presencia del imperialismo en el golpe chileno, es, como la del cuento, una historia de nunca acabar. El hecho concreto es que, al deterioro de la economía provocado por la acción interna de la antipatria, se sumó este trabajo de zapa del imperialismo. Se trataba de quebrar al país económicamente, y si no lo lograron del todo, al menos contribuyeron a crear una situación de crisis que abría el camino del golpe.

De manera que ante la pregunta acerca de por qué la embestida patronal de 1973 no pudo pararse con la misma firmeza con que se paró la del 72, mi respuesta sumaria es la que acabo de dar. La burguesía nativa cipaya y el imperialismo se pusieron con todo para asegurar el éxito de la escalada. Aun cuando los trabajadores habían avanzado en número y en conciencia, entre 1972 y 1973, el nivel de la conspiración también había avanzado.

Con todo, si los militares no hubiesen entrado en el juego, mi opinión es que, una vez más, los trabajadores habrían ganado la partida. Con los tanques y las metralletas de por medio, ya no hubo nada que hacer.

P. y L. — Usted dijo antes que la fuerza que llegó a alcanzar la huelga de transportistas, comerciantes y profesionales se explicaba no sólo por los factores fundamentalmente económicos que acaba de sumarizar, sino también por la acción de "otras concomitancias políticas e ideológicas". ¿Cuáles fueron ellas?

—Ciertamente, creo que vale la pena señalarlas.

Desde el punto de vista político, no cabe duda que es de gran importancia la actitud asumida, así como las acciones concretas desarrolladas por los Poderes Legislativo y Judicial, en sus relaciones con el Poder Ejecutivo, durante todo el gobierno del presidente Allende, pero más que nada en los meses que precedieron al golpe. En lo que atañe al Poder Legislativo, el quebradero de cabeza permanente de la oposición fue su carencia en el seno del Congreso de los dos tercios de la votación. Tenían mayoría, eso es cierto, pero sólo una simple mayoría. En términos generales, simple mayoría les significaba restringirse sólo al nivel de las medidas obstaculizadoras, a veces altamente obstructivas, pero medidas que a la larga el Ejecutivo podía sortear por medio de los recursos del veto y de insistencia. Oponerse a un veto o a una insistencia significaba que la oposición, de acuerdo con las disposiciones de la Constitución Chilena, debía reunir, en ambas cámaras, una mayoría de dos tercios. No la tenían. Este era el límite. Podían acusar ministros, por ejemplo (casi no hubo uno que se salvara), o funcionarios de importancia. Podían también demorar el despacho de determinados proyectos de ley, como el proyecto que reprimía el delito económico y que era vital para combatir el mercado negro y la especulación de todo tipo. En suma, podían obstruir. Pero no hasta sus últimas consecuencias, no hasta el punto de llegar a imponerle sus criterios al Ejecutivo. En estas circunstancias inventaron lo que les pareció una solución ideal. Sentaron la tesis absurda de que si bien para legislar ordinariamente les eran necesarios los famosos dos tercios, no ocurría lo mismo tratándose de una reforma constitucional. Era la locura. Según eso, se podía reformar la Constitución por simple mayoría, aun cuando no se pudiera despachar leyes comunes y corrientes de la misma manera. Incluso senadores y diputados demócratacristianos declararon que eso era una burla. No podía estimarse de otro modo. Era una cuestión de mera lógica. Pero así como la razón y la lógica no les han quitado el sueño posteriormente, tampoco entonces ello ocurrió. Articularon un proyecto de reforma constitucional que reunía sus principales objeciones al Gobierno Popular e intentaron imponerlo por simple mayoría. Lo aprobaron y lo enviaron para su promulgación. Sabían que el presidente Allende, que por lo demás había sido parlamentario durante más de treinta años, no podría aceptarlo. Ello le habría significado renunciar de hecho a las prerrogativas de su cargo y, en sentido amplio, autorizar la transformación del régimen presidencial chileno en un régimen parlamentario. Cambiar así el espíritu mismo de la institucionalidad chilena y de la Constitución que la rige. No dio, pues, el pase a la promulgación. Eso era precisamente lo que sus enemigos esperaban. La finalidad última del juego politiquero quedó en descubierto. Declarar la ilegalidad o, cuando menos, la ilegitimidad del Gobierno. Dar la venia parlamentaria al golpe de estado.

Así ocurrió, en efecto.

La Cámara de Diputados o, mejor dicho, su mayoría reaccionaria, puesto que los parlamentarios populares hicieron abandono del recinto antes de que se votara, en aquella sesión que pasará a la historia como una de las sesiones más negras de la historia parlamentaria chilena, porque en ella los diputados reaccionarios se anulaban a sí mismos, cerrando simbólicamente el Congreso y dando luz verde al golpe, declaró al Gobierno ilegítimo. En los cuarteles, los militares golpistas han de haber aplaudido alborozados. La mayoría del Con-

greso, aquellos partidos que decían defender la democracia contra el totalitarismo marxista, los estaban llamando a gritos para que sacaran sus tanques a la calle. Pero, detrás de los militares, los alborozos más grandes tienen que haber sido los del imperialismo y la burguesía cipaya. Todas sus agresiones, el boicot económico, el mercado negro, el desabastecimiento, el acaparamiento, la especulación, las huelgas antinacionales de los gremios de transportistas, comerciantes y profesionales, todo eso era justo. El Congreso lo decía. Aun cuando la manera de decirlo haya sido torciéndole el cuello incluso a la más elemental racionalidad.

En este mismo nivel de las "concomitancias políticas", debo referirme, aunque sea brevemente, al trabajo sucio cumplido por el Poder Judicial. Particularmente la reforma agraria y, en general, la constitución del área social de la economía tuvieron que sufrir sus embates, eso al margen de las acciones concretas en contra de individuos, funcionarios, periodistas, intelectuales o simples militantes de los partidos populares. Por otro lado, en fallos que harán época, los jueces reaccionarios absolvían o daban penas menores a los criminales confesos del general Schneider (ahora los están nombrando embajadores) o relevaban de cargos a terroristas de derecha sorprendidos en plena realización de sus actividades delictuales. Todos tenían sonoros apellidos, es verdad. A lo mejor (o a lo peor), ahí estaba el secreto: se trataba sólo de las "travesuras" de los niños de la oligarquía.

Pero usted me preguntaba también por las concomitancias ideológicas. En este sentido, la campaña periodística impulsada contra el Gobierno por los medios de comunicación de masas que la oposición controlaba fue algo nunca visto antes en Chile. La procacidad con que esa campaña se llevó a cabo, la bajeza de sus métodos, sólo son concebibles si se piensa, al mismo tiempo, en que cualquier querrela, además de ser tilada en el acto de persecución a la libertad de prensa, no tenía posibilidad alguna de prosperar dentro del aparato judicial. Podía insultarse al presidente o a los funcionarios más importantes de su Gobierno en la más absoluta impunidad. Por lo demás, comparados con los medios de comunicación de masas adictos al Gobierno Popular, aquellos que estaban en poder de la oposición eran más y mejores. El Gobierno, o los partidos que lo apoyaban, disponían, grosso modo, de un par de canales de televisión, algunas radios de corto alcance y cuatro o cinco diarios capitalinos más unas cuantas revistas. También de la Editorial del Estado, Quimantú. Eso, más o menos. Del otro lado había mucho más, desde luego. Pero no era eso lo más grave. Lo más grave era que uno salía de la capital (yo mismo vivía en una provincia, lo declaré al principio) y las informaciones del Gobierno bajaban casi a cero, sobre todo las informaciones de tipo local. La acción del Gobierno Popular se silenciaba o, lo que es peor, se tergiversaba. De Concepción al Sur, esto es, a lo largo de más de un tercio del país, no había un solo diario de izquierda. En la misma ciudad en que yo vivía, aparecía sólo un diario, perteneciente a SOPESUR, empresa demócratacristiana y de la derecha demócratacristiana. Todo esto es explicable, sin embargo. Medios de comunicación de masas significan dinero y el dinero, con las siempre bien dispuestas inyecciones de dólares provenientes del hermano mayor, ya sabemos dónde estaba.

No es extraño entonces que de parte de los diarios, las revistas, las radios o la televisión reaccionarios la huelga patronal se haya atizado hasta niveles increíbles. Los camioneros se convertían en héroes de la democracia y la libertad, y lo mismo pasaba con los comerciantes o con los médicos, por cuyo abandono criminal de funciones se moría mientras tanto la gente en los hospitales. Así andaban las cosas. La huelga de los gremios patronales caotizaba el país y recibía todo el apoyo de la burguesía y sus expresiones políticas e ideológicas, y el del imperialismo y su boicot y su lluvia de dólares.

P. y L. — ¿Y los militares?

—Bueno, ellos a la espera, aunque no eran pocos los indicios que se filtraban día a día respecto de lo

que estaban por hacer. Afuera les preparaban las condiciones, pero en sus cuarteles —y no sólo en sus cuarteles, ya voy a explicar por qué— ellos no permanecían inactivos. Por ejemplo, en los días anteriores al golpe se produjeron ciertos desplazamientos en el interior de las Fuerzas Armadas, que vieron la luz pública y que, a corto plazo, probaron ser decisivos. Todo el mundo sabía en Chile que dentro de las Fuerzas Armadas había por lo menos dos sectores, un sector de militares constitucionalistas, es decir, adictos a lo que en Chile se llama la doctrina Schneider (en memoria de la actitud y las opiniones del general asesinado en 1970 por los fascistas), y que significaba un modelo de profesionalismo, prescindencia política, obediencia al Generalísimo constitucional de las Fuerzas Armadas, el presidente de la República, etc., como ámbito de funcionamiento de la institución. En síntesis, la doctrina Schneider no hace sino ratificar y explicitar lo que respecto de las Fuerzas Armadas está dicho en la Constitución Política del Estado Chileno. Pues bien, un sector de los militares se reconocía en estas tesis. La cabeza visible de ellos era el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats González. Pero había otros: los generales Pickering, Sepúlveda Squella, el director general de Carabineros y algunos oficiales de menor graduación. No se trata, y que esto quede claro, de oficiales política o ideológicamente comprometidos con el Gobierno Popular. Nada de eso. Se trata de oficiales constitucionalistas. Ellos articulaban un sector y, además, de cara a la opinión pública. El otro, de cuya existencia se sabía pero que siempre se mantuvo en las sombras, era el sector de los golpistas. El presidente Allende usó el lenguaje con la máxima propiedad al llamarlos "traidores" en su último discurso. Ni siquiera era un insulto, era una simple descripción. Porque decenas de veces le juraron lealtad públicamente, mientras desde sus madrigueras preparaban el golpe. Así lo han reconocido después ellos mismos en sus declaraciones a la prensa. El golpe fue preparado con muchos meses de anticipación. Entre tanto, como en todas las traiciones, la hipocresía fue la norma de conducta.

Más o menos una semana antes del 11 de setiembre se pudo ver con claridad que los sectores reaccionarios habían logrado escalar posiciones casi definitivas en el interior de las Fuerzas Armadas. Presentaron sus expedientes de retiro Prats, Pickering, Sepúlveda Squella y otros. Prats dijo que lo hacía para evitar una guerra civil. Cuando esto ocurrió, se tuvo un índice indiscutible de que los militares podían dejarse caer en cualquier momento. Los sectores reaccionarios consolidaban su hegemonía, ganaban el control de la institución.

Por otro lado, la mayoría del Congreso había hecho aprobar no mucho tiempo antes una ley de control de armas cuya ejecución se entregó a las Fuerzas Armadas. Esta ley fue usada por los militares golpistas desde por lo menos un mes antes de que se lanzaran contra La Moneda, con el fin de investigar y agredir única y exclusivamente los sectores de la población que ellos sabían que eran partidarios incondicionales del Gobierno. La derecha practicaba el más desenfrenado terrorismo, atentados de todo tipo contra bienes y personas, pero eran los predios reformados, las fábricas y los domicilios de los trabajadores los que se allanaban. Mataron gente incluso, en la Lanera Austral de Punta Arenas, por ejemplo. No sólo aguardaban, pues, en sus cuarteles, sino que salían a las calles a agredir y a amedrentar al pueblo, a preparar logística y psicológicamente la movida futura.

Cabe preguntarse ahora qué hacía el Gobierno Popular en vista de estos acontecimientos.

Mi respuesta, y quizás haya gente que discrepe conmigo, es que el Gobierno confió casi hasta el final en el constitucionalismo de las Fuerzas Armadas. Esto era parte de su concepción de las posibilidades de cambio de la sociedad chilena y, por lo tanto, del proyecto político sustentado por la Unidad Popular y que en su esencia se proponía la creación en Chile de las condiciones adecuadas para el tránsito al socialismo, pero desde la propia institucionalidad chilena, desde las tradiciones chilenas, desde la ideología chilena. Revolu-

ción Chilena que era antiimperialista, antioligárquica y antimonopólica, pero también institucional y pacífica. Todo ello autorizaba a pensar que las Fuerzas Armadas mantendrían su ya larga trayectoria de sujeción a la ley. Ellas eran detentadoras, recordémoslo, de una de las tradiciones más caras al país: su civilismo, que, para el caso, valía y vale tanto como decir civilización. Nada de eso se mantuvo al final. Como con tantas otras cosas, llegado el momento las Fuerzas Armadas barrieron también con sus propias tradiciones.

Por otra parte, está lo relativo al llamado Estatuto de Garantías, que el presidente Allende firmó antes de la votación del Congreso Nacional que confirmó su elección y al que suele concedérsele más importancia de la que en realidad tiene. Este Estatuto se ocupa de diversas materias y, entre ellas, de la concesión de un cierto autonomismo a las Fuerzas Armadas, a través de la observancia del principio de la verticalidad del mando y de la consiguiente no intromisión del Ejecutivo en sus desplazamientos internos. El presidente Allende no podía tener inconvenientes para firmar un documento de esta naturaleza, como tampoco los tuvo para suscribir lo referente a la autonomía de las universidades, porque todo ello entraba dentro de su propia manera institucionalista de ver las cosas, pero principalmente dentro de la manera de verlas de la Unidad Popular. Pedir garantías sobre tales asuntos era pedir garantías sobre algo que estaba desde hacía mucho garantizado y en documentos de todas clases.

De modo que el Gobierno Popular no impuso criterios en lo que se refiere a las Fuerzas Armadas, en ninguno de los tres años de su duración. Por el contrario, cuando hubo ministros militares en el Gabinete, fue porque el presidente Allende lo solicitó, en virtud del principio, compartido por el general Prats, por ejemplo, de que la soberanía nacional no era sólo soberanía geográfica, sino también económica. Siendo el programa de la Unidad Popular un programa de liberación nacional, se dijo, de máximo ejercicio de nuestra soberanía en el plano económico, lo lógico era que las Fuerzas Armadas, la institución cuya finalidad es precisamente la defensa de la soberanía, colaboraran con él. Esto con prescindencia de cualquier compromiso de tipo político. Pero una cosa, sabemos, es el nacionalismo formal, el de los uniformes, los desfiles y los himnos, y otra, muy distinta, el verdadero nacionalismo. Los mismos que dieron el golpe en nombre de la Patria son los que ahora la están vendiendo al imperialismo.

En definitiva, parece que lo que la Unidad Popular olvidó, o quiso olvidar, fueron las tesis leninistas con respecto a la naturaleza de los aparatos de estado y, en particular, del represivo. Por más que lo diga la Constitución de un país, en los hechos las Fuerzas Armadas no defienden al Ejecutivo solo, al que se deben o pueden deberse por mandato, sino al conjunto del estado, y cuando la clase dominante allí es la burguesía, es a ella a quien las Fuerzas Armadas defienden. Tal es el caso chileno. El pueblo fue, entre los años 1970 y 1973, detentador de una cuota de poder (muy importante, desde luego, sobre todo en un régimen presidencialista, como el nuestro), pero nada más. La clase dominante, en el conjunto del estado chileno, siguió siendo la burguesía. Evidentemente, las Fuerzas Armadas no hicieron más que responder a su ley histórica, acatando los objetivos antipopulares y, en resumidas cuentas, antinacionales de esa clase dominante.

P. y L. — Eso implicaría pensar que el ejército está condenado a cumplir un papel antinacional, ¿o no?

—En el caso chileno, los análisis que se manejaron sobre la situación de las Fuerzas Armadas en el conjunto de la sociedad chilena, con anterioridad al golpe, los análisis que yo conocí, que se publicaron en algunas revistas, o en diarios representativos del pensamiento mayoritario de la izquierda, eran análisis que solían insistir en la composición de clase de las Fuerzas Armadas chilenas. Se decía que, al contrario de lo que ocurre en otros países de América Latina, las Fuerzas Armadas chilenas las integran, en general, individuos vinculados no con las capas altas de la burguesía, sino con la burguesía mediana y pequeña. Esto es cierto, sin duda.

Desde hace ya varias décadas que los grandes industriales de mi país, y lo mismo acontecía con los grandes dueños de la tierra o con quienes tienen el control de las finanzas, no envían a sus hijos a los institutos militares. Para ellos, ésta era, dicho en chileno, una carrera "de medio pelo". No para "rotos", está claro, pero tampoco para "caballeros".

Pues bien, por aquí arrancaba una línea de argumentación sostenida a menudo por un sector de la izquierda. Puesto que la extracción de clase principal de la oficialidad era pequeñoburguesa, en la medida en que la Unidad Popular y el gobierno del presidente Allende lograsen aglutinar en torno suyo a esa pequeña burguesía iban a lograr también algo parecido con las Fuerzas Armadas. El argumento era simplista, por supuesto, y más atento a una experiencia dudosa que a una reflexión teórica más exacta. Olvidaba que no importa cuál sea el origen de clase de los individuos que conforman el aparato represivo del estado, una vez insertos dentro de él ya no es a su clase originaria u original a la que responden sino a aquella que en el total del estado ha logrado imponer su hegemonía.

Por otro lado, y aun concediéndole al argumento anterior un cierto margen de validez mínima, lo cierto es que este rubro "pequeña burguesía" fue siempre un problema para el proceso chileno. La pequeña burguesía, situada en el medio del conflicto, entre el proletariado por una parte, y la gran burguesía por otra, fue buscada con tenacidad por ambas partes. Se sabía que el gran problema social de la Revolución Chilena estaba allí. No obstante, la Unidad Popular nunca tuvo una política firme y consistente a este respecto. Mejor dicho, hubo siempre dos líneas. La línea que pensaba que había que atraer a la pequeña burguesía sobre la base de determinadas concesiones económicas, y la otra, la que creía, desde un punto de vista más ortodoxo quizá, que la pequeña burguesía no es más que una campana cuyo sonido se expande siempre en la dirección en que el viento corre. Es decir, el problema subsistiría mientras subsistiera el problema político: la disputa por el poder. Resuelto este problema central, el problema menor de qué hacer con la pequeña burguesía se resolvería también, de un modo natural. Claro es que una cosa lleva a la otra, y la pregunta que surge en este caso es la que inquiere por el modo de lograr el poder dentro de los cauces pacíficos y electorales de la "vía chilena" sin el concurso de la pequeña burguesía... Pero en fin, dejemos esto. Lo concreto es que la disputa existía y que ella era sólo una de las tantas patas de una disputa mayor, en el seno de la Unidad Popular, sobre la viabilidad o inviabilidad de algunos de los fundamentos de la "vía chilena".

Para nuestro asunto, lo que importa es que asimilar el problema militar al de la pequeña burguesía es un error. Primero, porque las Fuerzas Armadas no son una clase social, sino un aparato del estado, y por lo tanto responden a la dirección que en su integridad o mayoritariamente adopta el estado; y, segundo, porque aun cuando un planteamiento como ese hubiese sido mínimamente correcto desde el punto de vista teórico, desde el punto de vista práctico era francamente insoluble.

P. y L. — Yo insistía en el asunto del ejército, porque todos los militantes insertos en un proceso de liberación en el Tercer Mundo tienen como uno de sus problemas teóricos y políticos, simultáneamente, la naturaleza del ejército en los países dependientes, y si bien se ha revisado —hay datos de la realidad que lo exigen así— la comprensión de que el ejército es siempre la guardia pretoriana del régimen, en torno de eso sigue discutiéndose. Me preocupaba entonces saber si en este caso el ejército había respondido, por encima del aparato del estado, a una política antinacional, o si realmente lo que sucedía era que el aparato del estado estaba permeado todavía de fuerzas antinacionales.

—Esto último es lo que sucedió, exactamente. De algún modo, las Fuerzas Armadas chilenas respondieron, por encima de las disposiciones constitucionales, a un estado que, mayoritariamente, estaba todavía en manos de los grupos más reaccionarios y antinacionales de la burguesía. Los conflictos del Ejecutivo con el Legisla-

tivo y el Judicial, a los que ya he hecho mención, son una prueba de lo que digo. Pero, además, hoy mismo, las Fuerzas Armadas chilenas están gobernando "en equipo" con la gente del clan *El Mercurio*, relacionada desde siempre con la penetración imperialista en nuestro país, asociada económicamente a conocidas empresas multinacionales y vinculada políticamente a los sectores más retrógrados de la sociedad estadounidense. La reciente campaña de *El Mercurio* contra Kennedy y los liberales norteamericanos así lo demuestra.

P. y L. — Los sectores de la burguesía que tenían el predominio en el Poder Legislativo y en el Poder Judicial, ¿eran sectores ligados muy estrechamente a los intereses del imperialismo?

—A esa pregunta es imposible responder, creo, de un modo estático. No se trata de que todos los sectores de la burguesía enquistados en el Poder Legislativo y en el Poder Judicial hayan estado ligados objetivamente a los intereses del imperialismo. De lo que se trata es de que, en determinado momento o, mejor dicho, a lo largo de un cierto proceso de bastante complejidad, el sector de la burguesía que sí estaba ligado de un modo objetivo a esos intereses, y que no era otro que la gran burguesía monopólica, profundamente afectada por el proceso de cambios que impulsaba el Gobierno, logró aglutinar detrás suyo a la mediana y a gran parte de la pequeña burguesía (a gran parte, no a toda: los intelectuales, por ejemplo, estuvieron siempre, mayoritariamente, junto al Gobierno). En este contexto hay que entender las acciones del Poder Legislativo y del Poder Judicial. En la medida en que las tesis golpistas de la burguesía monopólica, o de sus expresiones políticas, el Partido Nacional, el Movimiento Patria y Libertad y el ala derecha del Partido Demócrata Cristiano, se iban consolidando, adquiriendo mayor peso y franca hegemonía, las acciones del Poder Legislativo y del Poder Judicial se iban tornando más y más agresivas.

Este fenómeno algún día alguien se ocupará de estudiarlo con detenimiento. Cómo la gran burguesía chilena, minoritaria e impopular, incluso execrada desde hace muchos años, logró que sus objetivos, que nada tenían que ver con los de la mediana y pequeña burguesía, llegasen a ser, sin embargo, compartidos por estos grupos. Más aún, si se considera que existían (y existen y hoy se han puesto de manifiesto con descarnada brutalidad) contradicciones económicas de fondo entre la gran burguesía y sus aliados eventuales. El presidente Allende lo dijo mil veces. El programa de la Unidad Popular propendía a la constitución de un área social de la industria, que coexistiera con un área mixta y un área privada, y que estuviese constituida sólo por las empresas de importancia estratégica para el desarrollo económico del país; y, además, a la constitución de un área reformada de la agricultura, que eliminara el gran latifundio y no la propiedad privada en el agro. No se trataba de acabar con la burguesía, con toda la burguesía. Se trataba de acabar con la burguesía monopólica y con la oligarquía agraria, ambas entorpecedoras del desarrollo económico de Chile, además de seriamente comprometidas con el capital extranjero. El mediano y el pequeño industrial, así como el mediano y el pequeño agricultor, nada tenían que temer. Por el contrario, el control estatal del crédito, por ejemplo, les abría las puertas de un beneficio que, mientras las instituciones financieras estuvieron en manos del gran capital, se mantuvo siempre cerrado para ellos. Pero ya se ve, más allá de los hechos, porque estos son hechos, hechos concretos e incontrovertibles, que el trabajo político e ideológico pudo al fin más. La gran burguesía ganó posiciones. El Partido Demócrata Cristiano, pese a ser individualmente el partido más poderoso del espectro, cedió el liderazgo de la oposición al Partido Nacional y a la agrupación fascista Patria y Libertad. La curiosa entelequia llamada "clase media chilena", supuestamente amenazada en su existencia por el Gobierno Popular (ya hemos visto cómo esto no era cierto, del mismo modo que tampoco era cierto que esa clase media existiera en realidad; se pretendía aglutinar a grupos de la población con intereses no sólo diversos, sino, lo que es peor, contradictorios) fue el pegamento ideológico

que se utilizó. Se creó así una falsa disyuntiva que la Unidad Popular no supo combatir eficientemente. El resultado es que la extrema derecha acrecentó su influencia, ganó posiciones y de una manera progresiva se apoderó del liderazgo de la oposición imponiendo desde allí sus tesis golpistas. El Partido Demócrata Cristiano pudo haber sido el dique de contención. No lo fue, sin embargo. No lo fue porque, siendo, como era, un partido policlasista, en su interior venía desarrollándose la misma lucha que se desarrollaba afuera. En los últimos tiempos, fue el ala derecha de este partido la que ganó su dirección. Los sectores progresistas o simplemente democráticos fueron desplazados, produciéndose así la poco antes increíble colusión de demócratacristianos con derechistas tradicionales. Radomiro Tomic vio las consecuencias que esto tendría con claridad meridiana y en algún momento dijo una frase que después se ha repetido mucho a propósito del golpe y de los análisis políticos que se hacen de él: "Cuando se gana con la derecha, es la derecha la que gana". Así fue y así es todavía. La derecha lideró y lidera el golpe. El Partido Demócrata Cristiano fue el mulo de arrastre de la carreta. Mientras sirvió se le dio de comer. Ahora, que ya no sirve para nada, lo echan a un lado.

P. y L. — ¿Qué posibilidades hubo, dentro de la política de unidad nacional de la Unidad Popular, de ganar a la Democracia Cristiana?

—Unidad nacional era y es, para nosotros, la unidad de todos los grupos progresistas del país. De todos aquellos grupos (partidos o lo que sea) que se pronunciaban y se pronuncian por los cambios y contra la dependencia. Unidad del Pueblo, esto es, un frente que, en términos de partidos, incluye a marxistas y no marxistas: marxistas, como los comunistas o los socialistas, y no marxistas, como los radicales o la Izquierda Cristiana. Desde el punto de vista de su composición de clases, un frente que representaba o quería representar los intereses del proletariado, del campesinado y de la burguesía no monopólica y nacionalista. Por esto es que el mismo Partido Demócrata Cristiano fue invitado a dialogar con este frente en múltiples oportunidades. Incluso mantuvieron un último diálogo con el presidente Allende tres o cuatro días antes del golpe. Si eran fieles al progresismo de sus declaraciones de principios, entonces tenía que haber puntos de coincidencia con la Unidad Popular. Efectivamente, los había. Pero también había gente, en el interior de ese partido, empeñada en obstaculizar y destruir cualquier posible entendimiento. Porque esa era gente que ya estaba embarcada en otro negocio. Al mismo tiempo que hablaban con el presidente Allende, agentes suyos hablaban también con la derecha y con los militares. Preparaban el golpe, y por supuesto que a espaldas de sus bases y contra todos sus principios progresistas y hasta democráticos.

De manera que si con la Democracia Cristiana no hubo entendimiento no fue por culpa del Gobierno de la Unidad Popular. Elementos para ese entendimiento había de sobra. Lo que no hubo, de parte de los dirigentes demócratacristianos o —si usted quiere— de ciertos dirigentes demócratacristianos, y que desgraciadamente eran los que controlaban ese partido, fue la dosis imprescindible de buena fe.

Con quienes no podía haber unidad nacional de ningún tipo era, por supuesto, con la gran burguesía monopólica y con la oligarquía terrateniente. Con el Partido Nacional, en términos políticos. Principalmente, porque, a pesar del pretencioso nombre de ese partido, nada hay de nacionales en sus miembros. No tienen ni tendrán jamás cabida en un programa real de liberación, al menos en mi país.

P. y L. — ¿Cómo caracterizaría usted el proyecto económico de la Junta Militar Chilena?

—A mi juicio, el proyecto económico de esta gente (y ya es una exageración atribuirles un verdadero proyecto económico, meditado y riguroso, y no simples instintos de clase) tiene, en general, dos patas, las cuales lo equiparan, si bien sólo como proyecto, pues en los hechos me parece del todo imposible que prospere, al llamado modelo brasileño.

Las dos patas a que me refiero son, por una parte, el intento de lograr a corto plazo una fuerte capitalización interna en beneficio exclusivo de la gran industria; y, por otra, el propósito obvio de agregar, a esa pronta capitalización interna —que por sí sola no basta, como es lógico—, el aporte de inversiones extranjeras cuantiosas, para las cuales Chile, o más bien la Junta, estaría hoy en situación de ofrecer, y estas son palabras del propio ministro (militar) de Economía, "las mejores condiciones del mundo". Puesta esta última frase en buen romance, de lo que se trata es de que la Junta Militar Chilena ofrece hoy día, en el mercado internacional, su tierra y su pueblo, a todos aquellos inversionistas que quieran dejar en el país el mínimo para, "en las mejores condiciones del mundo", llevarse el máximo. Es la historia de siempre. El mismo sistema con el que, en veinte o treinta años de explotación de nuestra principal riqueza, las compañías del cobre extrajeron (solamente en ganancias) montos superiores a las entradas que el país ha tenido a lo largo de su historia.

El propósito es, pues, crear en Chile una gran industria de exportación, en la que el capital extranjero, socio mayoritario de la gran burguesía nativa, ponga (aunque esto es dudoso) y lleve lo más.

Como usted ve, nada de esto es especialmente original. No obstante, a propósito de ello conviene referirse a dos cuestiones que pienso que son básicas. Primero, a las consecuencias de todo orden que una política económica de este tipo puede tener para mi país, sobre todo desde el punto de vista social. Y, segundo, que quizá sea aún más importante, a su viabilidad.

En cuanto a lo primero, una rápida capitalización interna, destinada a afianzar la producción de bienes nada más que para el mercado externo, y una mano de obra barata, que permita esa capitalización y que además sea atractiva para el capital extranjero, significan, lisa y llanamente, super o sobreexplotación del pueblo, acompañada de su correspondiente pauperización. No puede ser de otra manera. El capital se multiplica, rinde más cuando se compra barato y se vende caro. Cuando se paga poco y se cobra mucho. Esto lo sabe cualquier almacenero. No hace falta usar palabras difíciles para explicarlo con claridad. En Chile, eso es, precisamente, lo que hoy está sucediendo. Si la gran masa de mi país no tiene en este momento qué comer, no es porque los comercios del ramo estén desprovistos de sus mercaderías habituales, ni mucho menos —por el contrario, amigos que han venido hace poco de allá me cuentan que las cosas se añejan en los escaparates—, sino porque esa misma gran masa de la población no puede pagar los precios que se le cobran. Se trabaja día y noche para ganar salarios de hambre. Ninguna familia puede vivir hoy en Chile con menos del equivalente a ochenta o cien dólares mensuales. Sin embargo, el salario común de un obrero no sube de veinte. Podría dar cifras y cifras, precios de productos esenciales, alimentos, vestuario, habitación. Mostrar cómo esto es así. No hace falta, sin embargo. Lo han revelado ellos mismos, al decir que la suya es una política económica "de austeridad" y que durante el Gobierno de la Unidad Popular la gente "se acostumbró al consumo excesivo" (declaraciones de Pablo Barahona, uno de los asesores económicos de la Junta). Por nuestra parte, nosotros sabemos bien a qué atenernos cuando un gobierno de la burguesía habla de la austeridad y del consumo excesivo de la gente.

Primera consecuencia, entonces: sobreexplotación y pauperización del pueblo, de la gran masa trabajadora. De sus espaldas y de sus estómagos es de donde la burguesía piensa extraer al menos una parte del capital que le hace falta. Pero la sobreexplotación y la pauperización extrema requieren de otros elementos adicionales para poder funcionar con eficiencia. Requieren, desde luego, de aquellos elementos capaces de acallar cualquier asomo de protesta. Esto es esencial. El hambre grita y grita fuerte y, a veces, también actúa, más que con la fuerza de la inteligencia con la de la desesperación. Eso debe acallarse. No está ni puede

estar contemplado en un "proyecto" económico como el que aquí intentamos describir.

Segunda consecuencia, derivada de la anterior. Un nivel de represión que no encuentra similares en toda la historia de América. Represión no sólo física —esta última es sólo la coronación del esquema—, sino también política, social y, desde luego, económica. También esto obra en el conocimiento de cualquier persona que lea los diarios y no necesito, por lo tanto, entrar en detalles. Además, me da asco. Porque esos chacales nacieron, al fin y al cabo, en el mismo suelo en que yo nací. En cualquier caso, esta es una represión que fue y que es. Fue, porque se aplicó al principio, masivamente y sin contemplaciones de ninguna especie, a todos aquellos sospechosos de haber dado su apoyo al Gobierno del Pueblo. Cárceles, estadios e innumerables escuelas (¡escuelas!) fueron utilizados para recluir a esa masa desbordante, sin armas con las cuales defenderse, civiles indefensos y muchos de ellos ni siquiera militantes de un partido político. Ahí fue la tortura y la muerte. Pero esto es sólo una parte. Afuera quedaban las familias a la deriva sin tener con qué vivir. Era patético ver a las compañeras que tenían a sus esposos detenidos desde hacía dos o tres meses tratando de mantener a sus familias. Después, cuando se andaba con suerte, la salida de la cárcel y, además, por supuesto, la cesantía y la imposibilidad casi absoluta de conseguir un nuevo trabajo. Otro hombre, y fueron miles y miles, que se integraba a ese ejército de reserva laboral cuya creación es también parte del "proyecto".

Esta es la represión del principio y que, en muchos aspectos, sigue aún vigente. Pero, al mismo tiempo, ha empezado a desarrollarse la otra. La represión que es propia y consustancial al "proyecto". Es esta la represión de todos los derechos, empezando por el derecho de huelga y así hasta alcanzar incluso al derecho de opinión. Los derechos laborales, los derechos sindicales, la libertad de reunión o de prensa, nada de eso existe ya en Chile. El trabajador es puesto en la calle sin obstáculos. No hay leyes que al patrón le impidan expulsarlo de su trabajo y, por lo demás, sin compensación alguna. Las ocho horas diarias de trabajo, que son una conquista mundial de los trabajadores y que rigen desde hace más de cincuenta años, en Chile son hoy día un mito. Los sindicatos han sido abolidos. Los partidos populares, marxistas y no marxistas, están fuera de la ley. Los demás, en receso. La CUT, la Central Unica de Trabajadores de Chile, funciona en la clandestinidad. Oficialmente, no existe. Los diarios, reducidos a tres o cuatro —había docenas y de todas las tendencias— no traen un solo comentario, ni una información siquiera, que discrepe del pensamiento oficial, etc., etc. Esta es la represión actual, que afecta a todos los chilenos. La represión cuya finalidad última es la de acallar cualquier protesta. Ocultar la explotación y ocultar el hambre. Es esta una represión que no puede disminuir, sino que, por el contrario, mientras el hambre y la explotación sean mayores, mayor será también el nivel represivo.

Pero antes dije que los beneficiarios del "proyecto" no eran otros que la gran burguesía y el capital extranjero. Me parece importante, a propósito de esto, que nos detengamos, aunque sea de paso, en una tercera consecuencia. Y esta no es otra que la proletarianización, en el mejor de los casos, y en el peor, la simple indigencia de la pequeña burguesía. Ya a mediados de noviembre y principios de diciembre, *El Mercurio* inició una campaña contra lo que sus editoriales denominaban "el pequeñismo" industrial y comercial. En opinión de ese diario, vocero de la Junta, había que acabar con el pequeño comercio y la pequeña industria. No era más que el comienzo, no obstante. Hoy, a seis meses del golpe, el pequeño industrial, el hombre que hace pernos o tuercas en un taller con tres o cuatro máquinas, y el pequeño comerciante, el almacenero o el verdulero, están cerrando sus puertas. El proceso de estrangulamiento desatado contra ellos por el Gobierno ha producido sus frutos. Ya lo dije antes. Fueron el mulo de arrastre de la carreta. Ahora, que ya no les sirven, los tiran.

Ultima consecuencia que voy a mencionar. La inminente desnacionalización de la industria chilena. Es política de la Junta, anunciada oficialmente, levantar las barreras aduaneras y permitir la entrada a Chile de todo tipo de bienes de importación, y ya podemos imaginarnos para qué mercado. El resultado es que la industria chilena en desarrollo, por ejemplo lo que nosotros llamamos la línea blanca, refrigeradores, cocinas, sanitarios, todo eso, no podrá competir con los productos extranjeros, hechos en cantidades muy superiores y con tecnología más avanzada. Mademsa no va a competir con General Electric, ni Fensa con Westinghouse. En estas condiciones, no tendrán otra alternativa que "aliarse" a General Electric y a Westinghouse. Si el Gobierno no protege las empresas nacionales hasta que éstas alcancen su mayor desarrollo, y este Gobierno no está dispuesto a hacerlo, probablemente porque también las empresas nacionales son un pequeñismo con el que hay que acabar (en el fondo: porque los intereses del capital extranjero y los de la gran burguesía nativa son una y la misma cosa), entonces esas mismas empresas están llamadas a sucumbir, a ser absorbidas por empresas mayores no nacionales. Es el pez más grande que se comió al más chico, sobre todo cuando al más chico no se le dieron las posibilidades de crecer.

P. y L. —¿Y con respecto a la viabilidad de este proyecto económico?...

—A eso voy, a mí me parece, y no hay que ser un lince para advertirlo, conociendo mínimamente la realidad internacional y nacional, que el tal "proyecto" es una locura o, mejor dicho, una cruel estupidez. Pretende sacrificar un pueblo, bañar en sangre un país, en pos de esquemas idiotas. Primero, porque se trata de un modelo, como dije al principio, calcado o casi del brasileño. Y ya existe Brasil. Independientemente de la opinión que el modelo económico brasileño nos merezca, conocidos sus resultados sociales y su debilidad intrínseca, el hecho concreto es que el modelo existe en el Brasil. Existe allí, porque el imperialismo ha querido instalarlo allí y no en otro lado. No en Bolivia ni en Paraguay. En Brasil, porque es este país y no otro el que ofrece esas "mejores condiciones del mundo" que son las que los militares chilenos ahora quieren disputarle, y porque las ofrece objetivamente, más allá de las intenciones de esos mismos militares. El imperialismo se ha propuesto hacer del Brasil su sucursal en América Latina. Debemos admitir que lo ha logrado en gran medida, aunque, a mi juicio, no por mucho tiempo más. Ahora bien, desde el punto de vista económico, al imperialismo, que ya tiene hechas sus inversiones en el Brasil, más le conviene ampliar lo que ya tiene y en condiciones óptimas que realizar en un país vecino inversiones paralelas y con un futuro incierto. Esta es la realidad. Tanto así que, hasta este momento y a pesar de los clamores de la Junta Chilena, en mi país no se ha producido, con posterioridad al golpe, ni una sola inversión extranjera verdaderamente significativa. Sólo préstamos menores y que para lo único que están sirviendo es para cubrir el alza de precios mundial de ciertos productos, como es el caso del petróleo, del cual Chile importa el sesenta por ciento de lo que consume.

Por otro lado, el cuadro social de Chile no es el de Brasil. Nuestro pueblo tiene una historia heroica de luchas, que abarca todo el siglo y que no puede ser cancelada de buenas a primeras. Más todavía, los tres años de duración del Gobierno de la Unidad Popular hicieron a ese pueblo plenamente consciente de sus capacidades y derechos. Ignorar esto es cegarse ante una realidad histórica tan rotunda como indisputable. El pueblo chileno, aun a costa del sufrimiento y la muerte de miles y miles de compañeros, levantará cabeza. El compañero Allende lo sabía. Sabía qué gran pueblo era ese por el que dejaba la vida. Así como también sabía que la rueda de la historia es inexorable y que ella da vueltas no sólo para Chile, sino para todos los países de América Latina, en la dirección exactamente contraria a aquella que la Junta Militar pretende imponerle. No son un puñado de militarotes audaces, sino la realidad y las masas las que hacen la historia. ♦

Nota: Distintas razones nos impidieron hacer participar a todos y a cada uno de los colaboradores de la discusión y posterior decisión —por parte del C. de R.— de cambiar el nombre de esta revista. Ofrecemos por ello las páginas del número siguiente para recoger su opinión al respecto, así como también solicitamos el aporte de los compañeros para profundizar esa discusión.

"AQUI ESTAN, ESTOS SON, LOS OBREROS DE PERON"



12 de junio